



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

686 RC



INSTRUCCIONES

AL

PUEBLO CRISTIANO



INSTRUCCIONES AL PUEBLO CRISTIANO

POR

JOSE IGNACIO VICTOR EYZAGUIRRE

OBRA APROBADA

POR

LA AUTORIDAD ECLESIASTICA DE ROMA

TOMO SEGUNDO

QUE CONTIENE LAS INSTRUCCIONES CONCERNIENTES
A LA TERCERA Y CUARTA PARTE DE LA DOCTRINA CRISTIANA,
A SABER: LA ORACION Y LOS SACRAMENTOS



ROMA
IMPRENTA POLIGLOTA

DE PROPAGANDA FIDE

1875

ANDOVER-HARVARD
THEOLOGICAL LIBRARY

APR 12 1912

HARVARD
DIVINITY SCHOOL

H 40,820

El Autor se reserva el derecho de propiedad.

INSTRUCCION PRIMERA.

SOBRE LA ORACION Y SU NECESIDAD.

Vigilate itaque omni tempore orantes.

Velad, pues, orando en todo tiempo.

(S. Lucas. Cap. 20.)

Este es el precepto del Hijo de Dios, que despues de habernos advertido que debemos combatir durante toda la vida, pone en nuestras manos las armas formidables, mediante las cuales alcanzaremos la victoria. Es el precepto de Jesucristo, á cuya bondad infinita interesa nuestro triunfo ; el precepto, en fin, de Jesucristo, que conoce así la miseria de nuestra condicion, como la malicia de nuestros temibles enemigos. Dirige sus palabras al hombre débil y flaco por su naturaleza, para instruirle que en la oracion ha de buscar su fortaleza ; que á medida de lo grande de la miseria, que cada uno conoce en sí mismo, así debe tambien ser grande el fervor con que ha de buscar á Dios, y en El la posesion de los verdaderos y únicos bienes que necesita el hombre en camino para la eternidad. Le advierte, que la distraccion y la tibieza, figuradas por el sueño, le son causa de lamentable ruina. Le ordena vigilar, y con todo el fervor de su alma orar, porque en este santo ejercicio está su vida, su

salvacion y su corona eterna. *Vigilate itaque omni tempore orantes.* Le presenta en la oracion preparados los tesoros y las gracias celestiales, que han de enriquecerle ; le ofrece abierta la mano de su providencia para derramarlos todos sobre su alma ; le instruye que es la oracion el conducto, por donde descenderá hasta dejarla completamente enriquecida ; le declara, en fin, que en este santo ejercicio su alma, desprendiéndose de la tierra, de sus vicios, y de sus afectos, estrechará en el cielo relaciones puras é inefables que le saciarán durante toda la eternidad. *Vigilate itaque omni tempore orantes.* De suerte que, segun la doctrina del Salvador, debemos orar en todo tiempo, atendida nuestra debilidad y miseria, y atendida la providencia establecida por Dios para conceder las gracias de su infinita bondad y misericordia. Ya comprendereis, hermanos mios, cuánta es la importancia de la doctrina, en que nos proponemos explicaros estas verdades.

Necesitando pedir á Dios sus beneficios en la oracion, nos conviene conocer las circunstancias de que debe ir ésta acompañada ; porque Jesucristo mismo nos declara, que no todas las oraciones son oidas, ni todos los ruegos despachados favorablemente. Por eso, despues de instruiros sobre la necesidad de orar que tiene todo cristiano, y de los modos con que puede practicar esta oracion, explicaré las condiciones indispensables para toda buena oracion. Quiera el Padre de las luces darme las que necesito para hablar con claridad sobre materia tan importante para todo cristiano. Escuchadme.

NECESIDAD DE LA ORACION.

Digo, hermanos mios, que á todo hombre es necesaria la oracion, y no hay verdad tan repetida como ésta en las santas Escrituras. Nuestro Señor Jesucristo no se contentó con recomendarnos de continuo que orásemos, sino que formalmente nos impuso como precepto que tuviésemos oracion. « Velad, nos dice, orando en todo tiempo ; » y como si palabras tan terminantes no pareciesen suficientes : « Velad y orad, nos repite, para que no caigais en tentacion (1). » Conociendo la miseria y flaqueza de nuestra naturaleza humana, no podemos ménos que persuadirnos de la justicia y necesidad absoluta de ese precepto. El hombre antes de su caida era por su naturaleza inclinado a conversar con Dios en la oracion. Las cosas celestiales arrebataban su atencion de tal manera, que se habria hecho violencia para apartar su alma del bien inefable que le proporcionaba su conversacion con Dios. Mas esta situacion se cambio por el pecado ; enferma el alma, no pudo soportar la presencia de Dios , sin hacerse violencia ; á la union estrecha con Dios, efecto de la fervorosa oracion , siguió la distancia y la separacion absoluta. El hombre huyó de Dios ; y esto á pesar que el Señor le llamaba, cuando con voz paternal y misericordiosa, « *¿ Adam, ubi es ?* ¿ Dónde estás, Adan ? decia (2). » De aquí vino esa suma flaqueza, esa miseria infinita que nos acompaña y persigue en todas partes. Ninguna obra meritaria, nada bueno podemos hacer, si la gracia del Señor no nos auxilia ; por eso la oracion y clamor á Dios debe ser nuestra situacion continua, si deseamos ser socorridos, á medida que nos

(1) Mateo. Cap. 26.

(2) Génes. Cap. 3.

es necesario. Somos los pobres del Señor y que, á la verdad, con mejor razon que David podremos decir cada dia : « Pobre mendigo soy ; mas el Señor cuidará de mí (1). »

Preguntando cada uno á su propia conciencia ; qué cosa somos ? ella nos responderá con la santa Escritura : « Soy infeliz hombre, la corrupcion es mi madre, el barro mi padre, y aun cuando me vista de púrpura, me siente sobre un trono, me rodeen el boato, la grandeza y todo el esplendor de la fortuna, soy vileza y miseria como todos los demas hombres (2). » Esa condicion, que nos es propia, nos hace ser todavia mas infelices á consecuencia del duro combate que experimenta cada hombre interior y exteriormente. Experimenta en su espíritu las tentaciones del padre de la mentira que, como enemigo de las almas, acomete á éstas desordenando sus pasiones, y haciéndoles sentir unas veces mil pensamientos de ira, de soberbia y de amor propio, mientras que otras con falsas promesas exalta la imaginacion, inspirándole deseos que, cumplidos, le precipitarán en un abismo de perdicion. Por otra parte el mundo y la carne nos seducen de mil modos. El mundo nos encanta con atractivos, cautiva nuestros sentidos corporales con la grandeza de los honores, con el esplendor de la fortuna, y con las conveniencias del poder y de las riquezas : todo esto y mil otros recursos mas, pone en movimiento el mundo para engañarnos. Mas, sobre todos estos enemigos, la carne hace sentir sus golpes desapiadados sobre nuestra frágil condicion, y los sentidos que se disipan, llevan al alma mil especies que la commueven, la estimulan, la hacen vacilar, y la trastornarian sin

(1) Salmo 39.

(2) Sabiduría. Cap. 7.

duda, si los recursos de una gracia poderosa y eficaz no vinieran en su auxilio para sostenerla. Y no sucede esto tan solo al cristiano vulgar y poco acostumbrado á los combates espirituales; los que estuvieron dotados de fortaleza celestial, los Apóstoles del Evangelio sentian del mismo modo aquellos violentos asaltos de la carne, y en medio del cruel combate que les opri-mia: « ¡Ay de mí gritaba uno de ellos, ¡ay de mí, hombre miserable! ¡Quién me concediera verme libre de este cuerpo de servidumbre, donde tantas batallas esperimento cada dia, que me ponen á los bordes de la perdicion? Castigo mi cuerpo, y lo someto á la servidumbre de mi espíritu, porque llego á temer que, mientras sirvo de instrumento para la salvacion de otros, quede yo réprobo, consintiendo en el pecado (1). » Así se explicaba san Pablo, el grande Apóstol de las gentes, favorecido por Dios con tantas gracias, y que logró llegar hasta el cielo aun viviendo en carne mortal. ¿Qué sucederá á nosotros que no tenemos las virtudes de aquel Apóstol, ni hemos castigado nuestro cuerpo con la severa penitencia que él lo castigó? Necesita-mos recurrir á Dios en la oracion; levantar hasta el cielo el clamor de nuestro corazon, y buscar allá aquellos auxilios que David pedia, y que solo pueden venir de lo alto, como él mismo nos enseña (2).

Por esta razon, leyendo las santas Escrituras, en-contramos que el medio mas eficaz de que echaron mano los que trataron de santificarse, fué la oracion, y que por ésta los justos se conservaron en la virtud, y los pecadores alcanzaron gracia, justicia y santidad. Por la oracion alcanzó Moises que el pueblo Israelita fuese perdonado en los momentos, en que la justicia

(1) II. á los Corint. Cap. 11.

(2) Salmo 19.

divina se proponia castigar su idolatria y rebelion (1). David, caido en un profundo abismo de miseria adonde lo precipitaron los pecados de adulterio y homicidio , atribuia á la oracion no haber perecido en su iniquidad. Y finalmente, Manasés en la oracion fervorosa que hizo á Dios, desde la tenebrosa masmorra, donde cargado de cadenas le sumió el rey de Babilonia, recibió el espíritu de compunction y penitencia (2). En éstos, como en otros infinitos casos , mostró Dios que tiene la oracion eficacia admirable para alcanzar esos auxilios que convierten el corazon del hombre, y quebrantando y arrojando de nuestra conciencia los ídolos que levantó el pecado, hacen que Dios reine sobre nosotros.

Ni fué menor la eficacia de la oracion para conservar al justo en la posesion de la gracia. A la oracion atribuyó Judit no haberse contaminado con los excesos del libertinaje que reinaba en el campo de Holofernes , y perseverar sin mancha cerca de éste , hasta cumplir su propósito de libertar á Israel dando muerte á su enemigo (3). A la oracion acude el anciano padre de los Macabeos , buscando fortaleza para no desfallecer en su fé en medio de tanta corrupcion que reinaba sobre Israel ; y esa misma oracion enseña á sus hijos, como la herencia mas preciosa que podia dejarles , cuando moria. A la oracion, en fin, debieron Daniel y sus compañeros en la corte del rey de Babilonia la gracia de conservarse fieles á los preceptos de su religion, obrando prodigios el Señor en señal que protegia su fé y su piedad.

Pero nada puede probar mejor la necesidad que tiene el hombre de orar, como el ejemplo de Jesucristo

(1) Exod. Cap. 34.

(2) Lib. II. de los Paralip. Cap. 33.

(3) Judit. Cap. 13.

maestro y modelo nuestro. Al principiar la predicacion del Evangelio para instruirnos en las verdades que nos trajo del cielo, al ayuno unió la oracion en el desierto por espacio de cuarenta dias. No entró á ofrecer el sacrificio de su pasion y muerte, sin orar antes fervorosamente en el huerto de los olivos, y con este ejemplo práctico quiso hacernos entender la necesidad que tenemos de orar continuamente. Veamos ahora

QUE ES LA ORACION Y CUALES CONDICIONES
DEBE TENER.

« Es la oracion la elevacion de nuestra alma á Dios. » Buscando, hermanos mios, á Dios, buscamos nuestro centro, y la fuente de cuantos soberanos bienes esperamos. Es cierto, que la tierra tiene para nosotros tantos atractivos, y que por eso sentimos en nuestra voluntad lazos fuertísimos que con ella nos unen. Mas, acercándonos á Dios en la oracion, conocemos que todo eso ningun valor tiene en presencia de otros bienes, que El nos promete y solo El puede concedernos. Asistido por la fé, descubre el hombre y palpa estos bienes en la oracion, cuando su memoria se olvida de todo lo mundano, y como David, desea ardientemente recordar solo lo que pertenece á Dios (1). Mientras tanto el entendimiento habla con Dios, representándole la infinita necesidad que tiene de ser oido y asistido por su soberana Majestad ; y la voluntad desea amarle, procura amarle y le hace actos de amor. De esta manera se acerca el hombre á Dios por medio de la oracion, y consigue las luces que destierran la ignorancia de su alma, la fortaleza que le sostiene en las virtudes, el aborrecimiento que le pone distante del pecado,

(1) Salmo 70.

y todas las demas gracias que á su nombre David nos promete, convidándonos á que lleguemos á El para ser iluminados : *Accedite ad eum et illuminamini* (1).

Se llama mental la oracion, cuando son las potencias de nuestra alma las que, puestas en la presencia de Dios, se ejercitan en la conversacion ó comunicacion con su divina Majestad (2). Se llama vocal, cuando nuestros labios toman parte en la oracion, para expresar sensiblemente los afectos de nuestra alma. En todo caso la oracion nace en nuestro espíritu, porque si nuestra boca fuese alguna vez la que orase, sin que nuestra alma tomase parte alguna, tal oracion seria inútil y sin provecho. Seria como aquella de Israel, de la que dijo Dios por su Profeta : « Este pueblo me honra por sus labios ; pero su corazon léjos está de mí (3). » Ya sea mental ó ya sea vocal la oracion, debe ir siempre acompañada de las cuatro siguientes condiciones, á saber : piedad, confianza, humildad y perseverancia. Vamos á explicarlas.

La piedad para orar consiste en dos cosas. Primero, en la sinceridad y limpieza de corazon del que ora. David contempla á Dios en el trono de su gloria, como en un elevado monte, y pregunta : *¿Quis ascendet in montem Domini?* (4). En la respuesta que Dios pone en su boca, nos da á conocer, que puede llamarse inocente y sincero de corazon aquel que borró de su alma las manchas de los pecados cometidos, y está resuelto á no cometer otros de nuevo. Todo pecado es verdad que mancha el corazon de el que lo comete : mas, leyendo el santo Evangelio, encontramos que hay entre

(1) Salmo 33.

(2) V. P. Luis de la Puente. Introduccion á la oracion mental.

(3) Isaías. Cap. 29.

(4) Salmo 23.

los pecados algunos, contra quienes nos previene particularmente nuestro Señor Jesucristo, porque las manchas que arrojan, tienen un carácter especial de gravedad. Tales son, por ejemplo, la avaricia y, en general, todo apego desordenado á las cosas de la tierra ; porque este vicio, persuadiendo al hombre que su felicidad está en las riquezas que reune, y en las conveniencias que éstas le proporcionan, hace que olvide los bienes celestiales, y se preocupe tan solo de adquirir los terrenos y materiales. La impureza es otro de los pecados que arrancan la piedad del corazon humano, y Jesucristo, vida nuestra, protesta que ningun impuro podrá entrar al reino de los cielos. Mas reparad, hermanos mios, que el Salvador frecuentemente se deja ver en el Evangelio buscando á los avaros, hospedándose en su casa, y aun llamando á alguno de ellos á su apostolado. San Mateo, Zaqueo, Simon el fariseo y algunos otros nos dan testimonio de esta verdad. Las úlceras fétidas de los impuros tambien atrajeron las misericordiosas miradas del Salvador del mundo. Se fatigó buscando á la Samaritana bajo el sol abrazador del medio dia, se compadeció de sus vicios, y la instruyó dándole su fé y su gracia ; defendió á la mujer acusada de adulterio, y le perdonó sus pecados (1) ; y sobre todo aceptó á la Magdalena en el número de los que le servian, y la distinguió con gracias y favores muy particulares. Mientras tanto el Señor mantiene siempre alejados de su persona á los que estan manchados con otro vicio ; á esos que aparentando virtudes que no tienen, se dejan ver llenos de celo por los intereses de Dios ; á los hipócritas que se titulan defensores de la religion, mientras que in-

(1) Juan. Cap. 8.

sultan la fe y sus sagrados preceptos con la relajacion de sus costumbres ; á todos éstos no tolera el Señor, antes bien les arroja de sí, los llama sepulcros blanqueados (1), y á su corrupcion la compara con la pestilencia que reina en el recinto donde descansan los difuntos. La razon de esta diferencia es, hermanos mios, porque el vicio de los hipócritas va acompañando de la soberbia del corazon ; pero de una soberbia de la que no quieren desprenderse, sinó al contrario la estiman como acto legitimo y virtuoso. Este es el vicio por donde hemos de principiar la purificacion de nuestra alma ; el de la soberbia, hermanos mios, porque mientras algun resto de ésta quede en nosotros, no podremos tener esa piedad, que nos hace aptos para hablar con Dios y pedirle sus favores en la oracion. El lugar que ocupó en nuestra alma la soberbia, hemos de procurar que lo llene el propio conocimiento, con el que reconozcamos no haber en nosotros mérito alguno, para recibir aquello que pedimos al Señor. Debemos imitar el publicano del Evangelio, que en si no ve sinó culpas, que le hacian indigno aun de levantar sus ojos para mirar el cielo (2). Tambien consiste la piedad de la oracion en que sean realmente piadosas las peticiones que en ella hacemos. Quiso el Señor que al pedirle no venga á ocuparnos con preferencia lo terreno, sinó que tengamos en vista otros intereses mas altos, duraderos y eternos, cuales son los de la vida futura. « Buscad, nos dice, el reino de Dios y su justicia, y todo lo demas se os dará por añadidura (3). »

Mas esta piedad no nos da todavía suficiente título

(1) Lucas. Cap. 11.

(2) Ib. Cap. 18.

(3) Mateo. Cap. 6.

para presentarnos delante de Dios á pedirle sus dones; ha de ir acompañada de la confianza que nos enseña el Apóstol, diciéndonos : « Orad con fé y sin dudar, pues de otro modo no alcanzareis lo que pedis (1). » Dios debe ser el primer fundamento de nuestra confianza , viviendo como David en la íntima persuasion de que en todas las obras, que el Señor ha hecho, brillan su infinita sabiduría é inefable providencia en beneficio nuestro (2). Para conseguir esta confianza, apliquémonos á conocer á Dios, y á convencernos de su infinita bondad ; conozcámossle como Dios criador, en cuyas manos estan todas las cosas ; y tambien conozcámossle como padre y bienhechor soberano nuestro, pues que estos dos caracteres de la Majestad divina deben estar siempre unidos en nuestro entendimiento.

La grandeza infinita de Dios quizá intimida al hombre pobre, débil y abatido, le ve elevado, rodeado de gloria, reinando sobre los ángeles y sobre todas las criaturas, y como David : « Señor, le dice, relumbraron tus relámpagos por la redondez de la tierra, estremecióse y tembló la tierra (3). » Mas recuerda que ese Dios es su padre , y padre que con infinita bondad : Pedid, le dice, y recibireis, hijo mio. Entónces desaparece para él toda aquella terrible Majestad , y no queda mas que el Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo á quien clama y quien le acoge en su afficion.

Nuestra propia debilidad es otro fundamento para confiar en Dios, que debemos ejercitar en la oracion. Porque, á la verdad, no nos ha dejado Dios sobre la tierra abandonados á nuestras propias fuerzas, antes al

(1) Epist. Canon. Cap. 1.

(2) Salmo 103.

(3) Salmo 76.

contrario, El mismo con infinita providencia vela sobre nosotros. Nos conoce, y se compadece de nuestras miserias, con entrañas mas tiernas que las de la amorosa madre, que se desvive por socorrer á su hijo pequeñito. Así es que, recordando lo que somos, léjos de acobardarnos nuestra pequeñez, debe servirnos de motivo para confiar con mas seguridad en Dios, y pedirle con mayor confianza, que auxilie nuestra pobreza con su infinita riqueza.

El Hijo de Dios, hecho hombre por nosotros, es indudablemente el mas sólido fundamento de la esperanza del cristiano. El es nuestro abogado delante de su Eterno Padre, y ruega por nosotros con gemidos inexplicables (1). Y comprendereis, hermanos mios, que el Eterno Padre, que ama á este Hijo único con amor inefable é infinito, y tiene en El todas sus complacencias, nada le negará de cuanto le pida para nosotros. San Pablo contempla á Jesucristo ofreciéndose como hostia viva, santa y perfecta en beneficio nuestro (2). San Bernardo pone en sus labios las palabras con que el Profeta Rey meditaba al Divino Redentor, rogando por nuestra salvacion. « Mirad, Padre, el rostro de tu Hijo : *Respice in faciem Christi tui* (3). » Y en ese rostro sacrostanto estan pintadas la misericordiosa ternura con que buscó al hombre treinta y tres años con infinito trabajo en este mundo; el celo ardiente y fervoroso con que en todas sus acciones tuvo siempre en vista la gloria de su Eterno Padre ; estan pintados su infancia pobre y abatida, la obediencia sin límites con que quiso vivir sometido á sus mismas criaturas, la caridad inagotable que

(1) A los Romanos. Cap. 15.

(2) Ibid. Cap. 1.

(3) Medit. S. Bernardi.

mostró siempre á los desgraciados pecadores ; y está pintado, principalmente, aquel sacrificio de tiernísimo amor que ofreció por nosotros en su dolorosa pasión y muerte. ¡ Ah, hermanos míos ! mirando el Padre ese rostro de Jesus ensangrentado, esas manos perforadas, ese cuerpo todo herido, y todo por nosotros, ¿ podremos imaginar un solo instante, que dejará de oír y conceder lo que le pedimos en nuestra oración ? Seremos oídos, hermanos míos, y de esto debemos estar seguros. « Todo lo que pidierais en mi nombre, nos dice el Salvador, todo se os concederá (1). » Esta es su palabra que no podrá faltar, porque los cielos y la tierra pasarán, mas las palabras del Hijo de Dios no pasarán jamás (2).

Agregaremos todavía la humildad que debe acompañarnos en la oración como otra de las condiciones indispensables para que seamos oídos. Consiste esta humildad en la viva persuasión que debemos tener de nuestra propia miseria. Jesucristo quiere que seamos como los niños en el conocimiento de nosotros mismos. ¿ Y qué cosa es un niño destituido de fuerza para valerse por sí mismo ? Sin tener movimientos propios, ese niño ni se viste cuando está desnudo, ni satisface sus deseos cuando tiene hambre ó sed, ni se cura cuando siente dolores que le afligen : no conoce mas remedio para todas sus necesidades, que sus gemidos y sus lágrimas. Esta es la imagen del hombre humillado delante de Dios ; está persuadido de que nada puede por sí, y recurre á Dios porque de El todo lo espera. Como aquel niño, caerá por su propia debilidad, y si su padre Dios no lo levanta, allí caído perecerá miserablemente. Esta humildad supone, en quien la prac-

(1) Juan. Cap. 16.

(2) Lucas. Cap. 21.

tica, una fé profunda y vigorosa. En el santo Evangelio encontramos praticadas estas dos virtudes de un modo perfecto por aquella mujer de Canaan, de quien compadecido Jesus, sanó su hija milagrosamente. Gritaba ella de entre la turba que rodeaba al Salvador : « Jesus, hijo de David , ten piedad de mí , mira que mi hija se encuentra malamente enferma (1). » Los Apóstoles urgian al Salvador para que la despachase : la mujer, avanzando entre la muchedumbre, se postra, le adora humildemente, y le dice : « Valedme , señor, valedme. » Mas, « no es bueno, le responde Cristo, tomar el pan de los hijos, y darlo á los perros. » Sin acobardarse la mujer por esta comparacion que por cierto la humillaba : « Es verdad, Señor, le replicó, que soy como un perro , pero tambien lo es que los perritos comen las migajas que caen de la mesa de su señor. » Palabras bien significantes, y que retratan la profunda humildad de su alma. Confiesa que es apenas un perro pequeñito y que, por consiguiente, nada merece ; mas recuerda que los señores arrojan de su mesa migajas con que se alimentan aquellos pobres animales. Ved ahí retratada la humildad profunda de aquella alma que estaba llena de su propio conocimiento. « Grande es tu fé, oh mujer, le dice Jesus : hágase contigo como tú quieras, » y desde aquella hora quedó sana su hija. Por lo dicho comprendereis, hermanos mios, qué distantes estan de conseguir lo que piden los altivos y soberbios , que se creen llenos de virtudes , y por lo mismo con derecho para ser oidos ; y al contrario, cuán grande es la eficacia de la oracion de los humildes , con cuánta bondad el Altísimo inclina sus oídos para escucharla, sin que jamas deje de atenderla, como

(1) Mateo. Cap. 15.

lo enseña David en el libro de sus Salmos: miró á la oracion de los humildes, y no despreció el ruego de ellos. *Respexit in orationem humilium, et non sprexit preces eorum* (1). Contribuye mucho á mantener la humildad, con que debemos orar, la postura de nuestro cuerpo durante la oracion. La santa Escritura nos muestra á los siervos de Dios vestidos de cilicio y postrados sobre la tierra, cuando le dirigian sus oraciones. Dios mismo exigia esta demostracion de profundo respeto, diciendo por su Profeta: « Vivo yo, y en mi presencia se doblará toda rodilla (2). » El que llega delante de los reyes y grandes de la tierra, inclina su cabeza, y aun dobla su rodilla aquel que va á pedir alguna gracia. A pesar del esplendor y de la majestad que rodea y viste á los reyes, son hombres como nosotros; participan de nuestra misma miseria, y estan sujetos á los vaivenes y á los cambios que experimentan todos los demas hombres. Con cuánta mas razon debe el hombre doblar su rodilla y humillarse profundamente delante de Dios. El Profeta nos exhorta á humillar nuestra alma junto con nuestro cuerpo para probar de este modo nuestra humildad, diciéndonos: « Es el Señor Rey grande sobre todos los dioses; en su mano estan todos los confines de la tierra; suyo es el mar, y El le hizo. sus manos fundaron la tierra: venid, adoremos al Señor, postrandonos en su presencia (3). » La impiedad de algunos, así como la pereza y flojedad de otros, se resisten á tributar al Señor esta confesion de nuestra nada, en presencia de su grandeza y majestad infinita. Por eso los vemos asistir en los templos de

(1) Salmo 101.

(2) Isaías. Cap. 45.

(3) Salmo 94.

un modo irrespetuoso que, léjos de dar gloria y alabanza al Señor de los cielos, insulta prácticamente á su majestad divina. No debe ser como ésta, hermanos mios, la conducta del cristiano delante de Dios : cada uno debe persuadirse que es nada delante de El, que si algo tiene de sí propio, es polvo y vanidad, y que toda su gloria ha de consistir en poder levantar su voz para honrar á Dios, humillándose profundamente en su divina presencia.

Pero Jesucristo quiere todavía otra condicion en nuestras oraciones : « Si perseverareis, nos dice, pidiendo, recibireis (1). » La perseverancia en nuestra oracion es tan necesaria, como la piedad, la confianza y la humildad. Perseverar en la oracion, es no interrumpir advertidamente nuestra confianza en Dios, sinó mas bien continuar, avivando nuestra fé mas y mas con los auxilios de la gracia. Ojalá pudiéramos decir con el Rey Profeta : « Tú eres mi esperanza desde los primeros dias de mi vida ; y en tus brazos fui echado desde el vientre de mi madre (2). » Perseverar en la oracion, es no interrumpir nuestras peticiones al Señor con el corazon, de modo que, pendiente éste de Dios en todo momento, pueda repetir con el Apóstol : « Mi conversacion está en el cielo (3). » Perseverar en la oracion, es practicar, finalmente, con fidelidad las inspiraciones que hemos recibido del Señor, y tratamos de realizar por su honor y gloria.

Dios prueba ordinariamente la constancia de los que recurren á El. La prueba, dilatando conceder aquello que le pedimos ; y nunca es tan valiosa nuestra oracion, como cuando, á pesar de esa demora,

(1) Juan. Cap. 14.

(2) Salmo 21.

(3) A los de Filip. Cap. 3.

continuamos pidiéndole. Por eso condenó Samuel como nécia la conducta del rey Saul, que no perseveró en la oracion; antes bien ordenó á los sacerdotes que la suspendiesen porque Dios tardaba en responderle. « Obraste néciamente, dice el Profeta á aquel rey infeliz (1); obraste néciamente, y por esta razon el Señor no hará durable tu reino sobre Israel. »

De un modo enteramente distinto obraron los Santos inspirados por Dios. Veinte años perseveró Isaac en su oracion, y al fin de tan largo tiempo fué cuando alcanzó la fecundidad para Rebeca su mujer (2). Mucho tiempo gimió Ana en Silo cerca del sagrado tabernáculo, logrando por fruto de su perseverancia tener por hijo á Samuel profeta del Señor (3). El que á media noche pidió á su amigo tres panes con ruegos e instancias, los recibió al fin como fruto de su constante peticion (4). La oracion, dice San Basilio, es un escudo invencible, y por su medio evitamos todos los males, y logramos tambien todos los bienes; pero no extrañemos que al primer ruego no consigamos favor. El que pide al Señor, alcanzará misericordia seguramente, si insta en su oracion e importuna á Dios con sus ruegos. Cuando Eliseo, lleno de afliccion porque se veia separado de su maestro Elías, llegó á la orilla del Jordan, y dió en sus aguas un fuerte golpe con el manto de aquel Profeta, esperaba que las aguas del caudaloso rio se dividieran al momento, dándole paso enjuto, como en otro tiempo á los hijos de Israel (5). Mas viendo que su deseo era vano, *Ubi est*, exclama,

(1) Lib. I. de los Reyes. Cap. 13.

(2) D. Chrysost. in Genes. Hom. 49.

(3) I. Samuel. Cap. 1.

(4) Lúcas. Cap. 11.

(5) IV. de los Reyes. Cap. 2.

Deus Eliae? ¿Dónde está el Dios de Elías? Por ventura ha perdido su omnipotencia aquel gran Señor á quien invocabía mi maestro? ó ha cerrado sus oídos y sus ojos, puesto que ni escucha mis clamores, ni ve mi extrema necesidad? Pero, no por eso desiste de su empresa de pasar el río, antes bien persevera en su oración, y por segunda y tercera vez golpea las aguas que al fin se abren y le dan paso, de modo que sin mojar las plantas de sus pies, atraviesa hasta la ribera opuesta del Jordan. Clamemos nosotros de la misma manera, y volvamos á clamar hasta que seamos oídos; imitemos á David que, perseverando fielmente en su oración, decía: «Dios mío, á tí clamaré de dia, y no me oirás; continuaré de noche, y no seré tenido por necio. A tí clamaron nuestros padres, y fueron salvados; en tí esperaron, y no quedaron avergonzados (1).»

No podremos practicar con perfección estas cuatro virtudes que acabamos de explicar, si no fundándolas en nuestra conformidad con la voluntad divina. Porque, á la verdad tanto la piedad, como la confianza, y tanto la humildad, como la perseverancia, no pueden querer ni desear si no en conformidad con lo que Dios quiera. Nosotros somos ciegos, y nuestra falta de vista nos hace estimar á veces como seguro y acertado aquello que nos es realmente perjudicial, mientras que Dios con su infinita sabiduría todo lo comprende, y ve, por consiguiente, todo aquello que á nosotros se oculta. De aquí nace la necesidad que tenemos de someter nuestra voluntad á la de Dios, conformándonos alegremente con las disposiciones de su altísima providencia. San Pablo nos dice, que «no sabemos ni aun lo que debemos pedir (2):» tanta es

(1) Salmo 21.

(2) A los Romanos. Cap. 8.

nuestra ignorancia, hermanos mios, y por eso, exponiendo al Señor nuestra aficion, nuestra necesidad, y nuestras molestias , así espirituales, como temporales, debemos quedar tranquilos, y esperar que , haciendo lo que El quiera, llevaremos siempre la mejor parte.

Para orar hemos de elegir el lugar mas retirado , porque éste es el mas á propósito para recogernos á conversar con Dios. Es verdad, que en todos los lugares podemos invocar al Señor, y que en todos ellos tambien nos escuchará por su bondad infinita; mas ha declarado Dios mismo, que conducirá á la soledad á las almas con quienes ha de conversar, y allí hablará á su corazon (1). Jesucristo Nuestro Señor nos predicó la misma doctrina en su santo Evangelio, ordenándonos que, para orar, nos retirásemos al lugar mas apartado , y allí rogásemos al Padre celestial (2). Guiados por el espíritu de Dios, practicaron este retiro los mas santos varones del antiguo y del nuevo Testamento. Moises y Araon se apartan de la multitud, y penetran solos en el tabernáculo para orar por el pueblo que se ha rebelado contra Dios y contra sus santas leyes (3). Judit se encierra tambien sola en su oratorio para pedir fervorosamente la asistencia divina en el árduo proyecto que meditaba en favor de Israel (4). Jesucristo nuestro divino modelo , se retira , finalmente, solo cada noche para orar (5), y cuándo han llegado los momentos de ofrecerse en sacrificio al Padre Eterno por nuestra salvacion, se separa de sus apóstoles y discípulos para orar todavía con mayor fervor (6). De tal modo que con su ejem-

(1) Oseas. Cap. 3.

(2) Mateo. Cap. 6.

(3) Números. Cap. 14.

(4) Judit. Cap. 9.

(5) Lúcas. Cap. 6.

(6) Ib. Cap. 22.

plo nos enseñó que, para orar con provecho, debemos buscar el retiro y amar la soledad. Es imposible, hermanos mios, que en medio del bullicio y en el centro mismo de las vanidades de la tierra pueda tener alguno el recogimiento necesario para que su oracion sea agradable á Dios. Los objetos mundanos que nos rodean, disipan nuestro entendimiento, cautivan nuestro corazon, y nos dejan incapaces del todo para percibir las inspiraciones con que el Padre celestial habla á las almas que recurren á El. ¡ Ah ! busquemos á Dios en el retiro, recogimiento y fervor, y entonces sentiremos en el fondo de nuestra alma los efectos de su bondad infinita que nos harán exclamar como á David: « ; Cuán grande es, Señor, la abundancia de tu dulzura que tienes escondida para los que te temen ! La has dado cumplida á aquellos que esperan en tí, á la vista de los hijos de los hombres (1). » En lugar solitario habló Dios á aquella pobrecita mujer samaritana, en quien los sagrados expositores ven la figura de la alma perdida en los vicios: no quiso que sus discípulos estuviesen allí presentes ; ¡ y cuán grande no fué la caridad con que la llamó del camino de su perdicion y convirtió su corazon ? Jacob, en el silencio de la media noche y apartado de todos, presenta al Señor su alma acongojada; allí merece hablar con el ángel de Dios, allí recibe promesa de la proteccion divina, allí se siente fortalecido de tal modo, que lucha cuerpo á cuerpo con el mensajero del Señor, y allí mismo encuentra propicio á Esaú que venia para quitarle la vida (2).

Concluyamos, hermanos mios : hemos conocido lo que es la oracion, y los bienes celestiales que en ella Dios nos dispensa ; cuáles son las condiciones que ha

(1) Salmo 30.

(2) Genes. Cap. 32.

de tener para que sea bien hecha, y cuál es el lugar de preferencia para tenerla con mayor provecho. Conservemos los documentos de esta doctrina para ejecutar lo que nos enseñan. Pedimos muchas cosas; pero nada recibimos, porque pedimos mal, nos dice al apóstol Santiago (1). Aprendamos á pedir á Dios en la oracion, haciéndola con todos los requisitos que deben acompañarla. Presentemos al Señor limpio nuestro corazon, llena de confianza y de humildad nuestra alma, y perseveremos delante de El repitiendo constantes nuestras peticiones, pero resignados á la voluntad adorable del Señor. De esta manera serán frutos copiosos de nuestra oracion las virtudes que adornarán nuestra alma aquí en la tierra, y la bienaventuranza que poseeremos eternamente en el Reino de los cielos.

(1) Cap. 4.

INSTRUCCION SEGUNDA.

DE LA ORACION DEL PADRE NUESTRO.

*Sic ergo et vos orabitis: Pater noster, qui es in coelis,
sanctificetur nomen tuum.*

Vosotros pues así habeis de orar: Padre nuestro,
que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre.

(S. Matth. C. 6.)

Ved, hermanos mios, á Jesucristo ejercitando el alto ministerio de Maestro del género humano que le encomendó su Eterno Padre. No dirige su palabra á los sabios del mundo solamente, ni está rodeado de gente erudita que espera de su boca raudales de instruccion mundana; ni ocupa las cátedras del Ateneo , ni de la academia famosa entre los sábios ; ni ha sido rogado para explicar misterios ocultos hasta entónces á la penetracion de los filósofos. Nó, hermanos mios, nada de esto sucede, porque Nuestro Señor Jesucristo es maestro de otra clase de doctrina, cuyas verdades sublimes contienen el principio de la vida eterna. Sin embargo, á este maestro celestial lo contemplamos en un montecillo, sentado sobre la tierra , y rodeado de pobres ignorantes ; pero mientras tanto sus palabras estan destinadas á ilustrar no solo á esa turba que grita á su rededor: « *Magister, doce nos: Maestro, enséñanos* » sinó á todos los hombres , á cuya noticia habian de llegar hasta las generaciones mas remotas.

Pero, ¿ cuál leccion es la que aprendemos de su boca ? ¿ qué cosa nos dice para instruirnos ? Débil el hombre para perseverar en la ejecucion de las inspi-

raciones divinas , Jesucristo le enseña á levantar su espíritu al cielo, y buscar allí la fortaleza que no tiene: le enseña á orar, porque la oracion nos hace fuertes en nuestros combates espirituales , constantes en las infinitas contradicciones que á cada paso experimentamos en la práctica de las virtudes, sufridos en las congojas que opriuen nuestra flaqueza, y en fin, resignados para someternos á cuánto la divina próvidencia disponga de nosotros, ya sea próspero, ya sea adverso. Nos enseña á orar con provecho , y á pedir en esa oracion todo lo que debemos. Ved ahí, hermanos mios, la enseñanza que nos da Jesucristo Nuestro Señor, cuando, abriendo su boca como Maestro celestial, « De esta manera es , nos dice, cómo debeis vosotros orar : *Sic ergo et vos orabitis.* »

La ignorancia profunda en que sumergió el pecado á todos los hijos de Adan , no le deja ver sus verdaderas necesidades, ni, por consiguiente, procurarles los remedios de que urgentemente necesitan. A este fin se dirige la doctrina del Hijo de Dios , á darnos el modelo de nuestras peticiones , enseñándonos la oracion del *Padre Nuestro* , oracion divina que contiene cuánto necesitamos pedir para socorro nuestro. Instruido el cristiano por esta leccion celestial, no divaga ; su entendimiento y su voluntad salen de ese verdadero laberinto en que viven sumidos acá en la tierra; porque Dios mismo , á quien dirigimos nuestra oracion, es quien nos enseña á formularla. ¿ Comprendéis ahora, hermanos mios, la importancia de esta oracion ?

Para conocer con claridad las verdades que encierra la oracion del *Padre Nuestro* , os la explicare en ésta y en la siguiente instruccion. Esta oracion nos fué enseñada por Nuestro Señor Jesucristo,

como remedio universal para todas las necesidades que podemos sufrir tanto en nuestra alma, como en nuestro cuerpo. Por esta razon es necesario, hermanos mios, que penetremos bien cuanto contiene, á fin que podamos aprovecharlo. Explicaré ahora el hermoso preámbulo con que principia esta oracion, y ademas las tres primeras peticiones que en ella hacemos al Señor. Atendedme.

Despues que Nuestro Señor Jesucristo enseñó repetidas ocasiones la absoluta necesidad que tenemos todos de orar, y que Maria, tomando la oracion por su ocupacion ordinaria, habia elegido la mejor parte, sus discípulos le pedian con instancia que les enseñase á orar (1). Entónces abriendo el Divino Maestro su boca: « De este modo, les dijo, es como vosotros habéis de orar: Padre Nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre. Venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad como en el cielo, así tambien en la tierra. El pan nuestro de cada dia danos hoy. Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentacion. Mas libranos de mal. Amen. » Siendo Dios el autor de esta oracion, se la llama dominical, como si dijéramos compuesta por Nuestro Señor.

Se compone, hermanos mios, de un preámbulo formado por estas palabras: « Padre Nuestro, que estás en los cielos, » que sirve de introducción á siete peticiones que contienen todo cuanto necesitamos pedir. Nos enseña el Señor á llamarle *Padre*, lo que para el cristiano es de gran consuelo. Dios habló á los hombres que encontraron gracia en su presencia, y les permitió invocar su santo nombre, pero siempre rodeado

(1) Lucas. Cap. 11.

éste de la majestad infinita que le corresponde. Así en la ley natural le invocaron Abraham , Isaac , Jacob y los otros santos patriarcas , pero interponiendo siempre entre El y ellos el velo inaccesible de la grandeza de su ser eterno é incomprendible. Ninguno le trató ni le habló tan de cerca como Moises, pues le vió rostro á rostro: *facie ad faciem*. Mas cuando el santo profeta y caudillo de Israel le pregunta su nombre , Dios de entre resplandores de fuego: « Me llamo , le responde, *Soy el que soy* , y me llamarás tú *El que Es* (1). » Ved, hermanos mios, pintada la infinita grandeza y majestad divina por el mismo Dios. « El que es Grande, El que es Eterno, el que es Poderoso , El que es Justo, Ese es Dios. » En la ley escrita habla Dios á David , á Salomon y á los profetas: Isaías conducido en espíritu , entra al cielo y adora en su trono á la majestad divina (2) ; un Profeta Rey penetra el santuario mas íntimo de la grandeza de Dios: *Introibo in potentias Domini* (3), adora allí la plenitud de su poder , de su sabiduría , de su justicia y de su misericordia ; pero todos éstos , como sorprendidos por la majestad infinita de Dios, le llaman Señor de las virtudes, Dios fuerte sobre todas las fortalezas, Rey de la gloria , ó con algun otro de sus soberanos atributos.

Estaba reservado para los cristianos en la ley de gracia llamar *Padre* á Dios. Jesucristo mismo pone este nombre dulcísimo en nuestra boca, recordándonos los títulos que tenemos para llamar á Dios de esa manera. Somos sus hijos por la creacion , en la que nos dió

(1) Exodus. Cap. 3.

(2) Isaías. Cap. 6.

(3) Salmo 70.

su imagen y semejanza. Es nuestro Padre por la adopcion que hizo de nosotros, comprandonos con la sangre que derramó para redimirnos su Divino Hijo Jesuscristo. Somos sus hijos tambien porque su omnipotencia nos conserva temporal y espiritualmente: temporalmente, porque nuestra vida pende de su voluntad soberana; y espiritualmente, porque, para conservarnos la vida de su gracia, aleja de nosotros mil peligros de perderla á cada instante. ; Y cuánta confianza nos inspira, hermanos mios, este dulce título de *Padre* para hablar con Dios? ; Ah! no nos miramos ya como seres despreciables por nuestra vileza ; somos hijos de Dios, herederos del reino de los cielos, y destinados á reinar con El por toda la eternidad.

De esta manera Dios es nuestro Padre, porque nos crió dandonos la naturaleza , porque nos eleva dandonos la gracia, y porque nos destina á la herencia eterna que nos tiene prometida (1). Mas estos titulos de nuestra mas alta dignidad, que es ser hijos de Dios, deben recordarnos la obligacion estrecha que tenemos de obrar como buenos hijos , amándole , sirviéndole, honrándole y obedeciendo fielmente todos sus mandamientos. El buen hijo cuida la honra de su padre : y nosotros debemos velar con ardiente amor la de nuestro Padre celestial. De otro modo no podremos llamarnos sinó impropriamente hijos tuyos.

Pero decimos que es *Padre Nuestro*, porque realmente lo es de todos los hombres , sin que haya la menor diferencia entre unos y otros. Ni este *Padre* prefiere al grande sobre el pequeño , ni al rico sobre el pobre, ni al sabio sobre el ignorante. « No hay en su presencia aceptacion de personas , » nos dice el

(1) S. Thomas. 2.^a 2.^o quaest. 83. art. 9.

Apóstol (1), porque tiene para todos el mismo entrañable y misericordioso amor.

Por diferentes razones no debíamos decir á Dios *Padre mio*, sinó *Padre Nuestro*; porque 1º no pudiendo tener Dios sinó un solo hijo por naturaleza , y siendo éste el Hijo de Dios, que hecho hombre se llama Jesucristo, nosotros somos tan solo sus hijos por adopcion, y esta dignidad tan excelente la comunicó á los ángeles y á los hombres (2). De esta manera Dios es Padre de uno sin perjuicio del otro, y Padre tan mio como si lo fuera de mí solo, porque con cada uno ejerce la misma infinita caridad, como si no tuviese otros hijos ese tan soberano y bondadoso Padre. Porque ademas debíamos entender que, siendo todos hijos de un mismo Padre, somos hermanos, y tenemos obligacion estrecha de amarnos y de practicar los unos con los otros, el precepto de la caridad con nuestro prójimo. Advertid, hermanos mios, que poniendo Dios en nuestros labios la confesion de nuestra fraternidad , condena la conducta de aquellos cristianos que desprecian al pobre , al ignorante , al pecador y á todo aquel que consideran no ser acreedor á sus consideraciones. ¡ Oh! cuánto se queja de todos éstos el Señor por su profeta Malaquías, diciéndoles: ¡ Por ventura, no es uno solo el Padre de todos los hombres? Por ventura, no nos crió á todos el mismo Dios? Pues, ¡ porqué desprecia alguno de nosotros á su hermano (3) ? » Que nade uno en la riqueza , que habite hermosos palacios , y se cubra con preciosas vestiduras, mientras otro gane un sustento grosero y escaso con el sudor de su rostro, se abrigue apenas de la intemperie bajo una miserable guardilla, y cubra

(1) A los Efesios. Cap. 6.

(2) S. Bernard. Serm. de Angelis.

(3) Malaquías. Cap. 2.

su carne con harapos miserables, ambos son hijos de un mismo Padre; al uno y al otro les dice el Hijo de Dios: « Mirad que no teneis sino un solo Padre, y es el celestial que está en los cielos (1). » Así abate Dios la soberbia de sus malos hijos, y consuela á los pobres humillados por su condicion.

Desde este valle de lágrimas, desde esta tierra infeliz, subimos buscando á Dios con nuestro entendimiento y con nuestra voluntad, y por esta razon Padre Nuestro, que estás en los cielos, le decimos. La fé cristiana nos enseña, hermanos mios, que Dios está en todas partes por esencia, presencia y potencia. Por esencia, he dicho, porque siendo inmenso por su naturaleza, todo lo llena. Por presencia, porque á su infinita sabiduría todas las cosas, aun aquellas mas ocultas y secretas, estan de manifiesto. Y por potencia, porque las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno, todas sin excepcion dependen de El inmediatamente. Para hacernos comprender esta verdad de un modo palpable, el Angélico Doctor Santo Tomás se vale de la siguiente semejanza. Un rey, nos dice, está en todo su reino por potencia, porque su poder comprende toda la extension de su dominio, y alcanza á cada uno de los individuos que habitan en él. En su palacio está por presencia, porque todas las cosas que hay en él, estan á su vista, de tal modo que las puede observar y regular. Mas por esencia está solo en el lugar que ocupa su cuerpo. No sucede así con Dios que está en todo lugar por esencia, presencia y potencia, dando ser y vida á todas las cosas por sí mismo. Pero, sin embargo de estar Dios en todas partes, decimos que está en los cielos, porque nues-

(1) Mateo. Cap. 23.

tro entendimiento allí lo ve y le adora en el trono de su infinita grandeza y majestad. Ademas porque estando destinados por la bondad del Señor para participar en el seno de Dios de la gloria y felicidad eterna, debemos recordar el cielo continuamente como nuestra verdadera patria. Vamos en la vida presente atravesando la tierra, pero nos encontramos como Israel cautivo en Babilonia. Aquel lejos de Jerusalen, de su templo y de sus sacrificios, colgó de los sauces sus melódicos instrumentos, é instado para tocarlos: « *¿Quomodo cantabimus canticum Domini in terra aliena?* » decia: Cómo hemos de cantar al Señor nuestros cánticos en tierra extraña (1)? » *¿Lo habeis oido, hermanos mios? Se niega Israel á regocijarse en la tierra de su destierro; y al contrario llora amargamente cada vez que recuerda á su hermosa Jerusalen.* *Super flumina Babylonis, illuc sedimus et flevimus: cum recordaremur Sion* (2). *¿Y qué somos nosotros, si no pobres desterrados de la Jerusalen celestial?* Deben, pues, ser nuestros sentimientos como los de aquellos Israelitas, recordando nuestra patria; á ella han de dirigirse todos nuestros deseos. ¡ Ah católicos! y los deseos puros de felicidad eterna jamas podrán saciarse con los miserables placeres que este mundo ofrece á nuestros sentidos. Las risueñas y pintorescas campañas de Babilonia no podian consolar á los que ardientemente deseaban la felicidad de Sion. Así al recordar nosotros á nuestro Padre que está en los cielos, nuestro corazón debe desprenderse de las afecciones terrenas que tantas veces le arrastran en el barro de los desórdenes mundanos. Porque, á la verdad, el corazón noble no se

(1) Salmo 136.

(2) Ibid.

apega á lo que no le pertenece, ni puede pertenecerle; la tierra que habitamos no es nuestra; vamos por ella solamente de camino, camino indispensable para llegar á nuestra patria, el reino de los cielos. Esta meditacion arrancaba á David suspiros ardientes, que brotaban de lo mas íntimo de su fervoroso corazon y en medio de los cuales: « Sedienta está mi alma de poseer á Dios, decia : ¡ cuándo vendré , y apareceré en la presencia de mi Dios (1)? » « ¡ Quién me diera alas como de paloma para volar y descansar en El (2)? » Reparad, que todos estos sentimientos dispiertan en nosotros eficazmente la fé, encienden la caridad, y preparan nuestro espíritu para hablar á Dios con entera confianza. Mas ¿ qué podremos decirle al Señor ? ¿ qué cosa le pediremos, hermanos mios, llenos de caridad y de fé ? Siete peticiones siguen al hermoso preámbulo, *Padre nuestro que estás en los cielos*; y son como aquellas siete aspersiones que la ley antigua mandaba hacer sobre los enfermos de lepra, para restituirles la sanidad (3): así el cristiano en estas siete peticiones, que hace á Dios, busca tambien remedio para los males que sufre, para su falta de amor á Dios, para su negligencia en procurar los bienes eternos, y para esa aversion á la voluntad divina que no quiere, ni sabe ordinariamente disimular.

Tres de esas peticiones procuran el honor y gloria que todos estamos obligados á dar á Dios (4), y las cuatro restantes atienden directamente á traer sobre nosotros y nuestros prójimos bienes de que necesitamos con urgencia. En la primera de estas peticio-

(1) Salmo 41.

(2) Salmo 54.

(3) Levítico. Cap. 14.

(4) S. Thomas. 2.^a 2.^{ma} quaest. 83. art. 5.

nes decimos á Dios: *Santificado sea el tu nombre*; lo que equivale á pedirle que su nombre santo sea reverenciado, conocido y glorificado. Reverenciado, he dicho, por los cristianos que conocen su virtud admirable. Y entended, hermanos mios, que con esta peticion no queremos de ninguna manera suponer, que el nombre de Dios deje de ser santo, sinó que manifestamos nuestro íntimo deseo de que los hombres conozcan la santidad de ese divino y terrible nombre, y se resuelvan á huir del pecado que le ofende. Le pedimos, pues, que nosotros, los que creemos y confesamos la fé cristiana, con nuestra puntual obediencia á los divinos mandamientos honremos y glorifiquemos el nombre santo del Señor. Pedimos tambien el conocimiento de Dios para aquellos que no han recibido esta fé, ó, si la recibieron, no la conocen sinó de un modo imperfecto. *Santificado sea el tu nombre*, decimos hablando en favor de éstos; ó lo que es igual: Señor, extendered el conocimiento de vuestra santa fé entre los infieles, y enviadles la luz que vuestra sabiduría infinita encuentre mas á propósito. El profeta Malaquías anunciaaba á las gentes que vendria tiempo, en que el nombre santo de Dios seria conocido y venerado por todos los moradores de la tierra; diciéndole ahora nosotros: *Santificado sea el tu nombre*, le pedimos haga llegar para gloria suya ese tiempo, en que todos los hombres le adoren como único Santo, único Señor, único Altísimo, á quien solo corresponde el honor y la gloria que han de tributarle rendidas sus criaturas.

Nuestro Señor Jesucristo, al recomendarnos la santidad como cualidad inherente á nuestro carácter de cristianos, quiere que sea como la de Dios: « Sed santos, nos dice, como es santo el Padre celestial que está

en los cielos (1). » Este es otro de los objetos de esta peticion: pedir para nosotros que oramos y para todos nuestros prójimos la participacion de esa santidad infinita que reconocemos en Dios. Y en este sentido, santifiquen, Señor, tu nombre todas las criaturas, decimos, practicando obras de perfecta santidad con las que no solo os den gloria, sino tambien se edifiquen unas á otras. Esta es la santificacion que quiere Dios recibir de sus criaturas, cuando nos dice : « De tal suerte resplandezca vuestra luz delante de los hombres, que vean todos vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre celestial (2); » y esta misma la que exige á los cristianos el apóstol San Pedro, diciéndoles: « Sea tan recto vuestro modo de obrar en el mundo, que , viendo los hombres vuestras obras, se muevan á dar gloria á Dios (3). » Ahora bien, ¿cómo podrá decir á Dios: *Santificado sea el tu nombre*, aquel cristiano vicioso, que con sus malos ejemplos provoca é induce á cometer pecados á cuantos le conocen y tratan? Aquel que con sus conversaciones libertinas exita las pasiones torpes de su prójimo, y con sus juramentos y blasfemias, es causa de que sea deshonrado el nombre santo de Dios, ¿podrá con verdad decir al Señor: *Santificado sea el tu nombre?* De ningun modo, hermanos mios, al contrario son éstos aquellos de quienes escribia San Pablo: « Por su causa blasfeman los gentiles el nombre santo de Dios (4). »

En la segunda peticion decimos : *Venga á nos el tu reino;* y cuando deseamos y pedimos este reino para nosotros, pedimos y deseamos, segun San Agustin (5),

(1) Mateo. Cap. 6.

(2) Mateo. Cap. 5.

(3) I. de S. Pedro. Cap. 1.

(4) A los Romanos. Cap. 2.

(5) Serm. 58.

que nos haga el Señor dignos de llegar á él; es decir, que nos haga buenos, porque solo entonces vendrá á nosotros su reino. Ademas « pidiendo al Señor su reino, exitamos nuestro deseo de llegar al cielo y de merecer reinar en él (1). » De suerte, que pedimos al Señor en estas palabras el reino de su gracia y el reino de su gloria. :

Primero el reino de su gracia , porque por medio de ésta , reina el Señor en el alma de sus escogidos. Sin la gracia de Dios, ninguna obra meritoria para la bienaventuranza eterna puede el hombre practicar; y al contrario, habitando la gracia en nuestras almas, viven tambien la paz y la justicia del Espíritu Santo; viven la fé, la esperanza, la caridad y todas las virtudes que nos hacen agradables á los ojos de Dios. Pidiendo que reine Dios en nosotros por su gracia, pedimos tambien todo cuanto puede contribuir á ese fin : la doctrina de la fé que hemos de creer , las leyes de su gobierno que hemos de observar, los sacramentos que hemos de recibir, los sacrificios que hemos de ofrecer, y las virtudes todas con que hemos de consagrarnos al servicio de nuestro Rey eterno é inmortal.

Mas pedimos tambien que el número de los justos , que sirven al Señor con fidelidad, crezca y se multiplique sobre la tierra. *Pusillus gress* (2) , llamó á sus discípulos fieles el Salvador del mundo , y por cierto, comparado el número de los justos con el otro tan crecido de los que no lo son , resulta ser aquel . verdaderamente pequeñísimo. Aumentad, Señor, tu reino trayendo á Vos un número mayor de corazones, sobre los que reines por tu gracia, hemos de repetir al Señor con todo el fervor de que seamos capaces.

(1) S. Agustin. Epist. 13.

(2) Lúcas. Cap. 12.

El segundo reino , que pedimos en esta peticion , es el de la gloria, donde Dios reina y reinará eternamente con los bienaventurados: pero esta gloria es consecuencia de la gracia. Dios no reinará eternamente , sinó sobre las almas que le buscaron y le amaron en este mundo: ni reinará sobre el pecado, sinó sobre la ruina del pecado. Por eso, si con verdad deseamos llegar al reino eterno de Jesucristo, es indispensable, hermanos mios, que nos conservemos sin pecado, y guardando la gracia de Dios cuidadosamente. « No os equivoqueis, nos dice San Pablo ; sabed que los pecadores no poseerán el reino de Dios ; ni los que fornican, ni los adúlteros, ni los impúdicos, ni los afeminados , ni los ladrones, ni los avaros, ni los ébrios, ni los que levantan falsos testimonios, tendrán lugar en los cielos (1). » Purifiquemos, pues, cuidadosamente nuestra conciencia de todo pecado, si queremos ser oídos cuando pedimos al Señor su reino eterno.

Pedimos tambien el reino de Jesucristo, diciendo: *Adveniat Regnum tuum;* Venga á nos tu reino , señalando ese tiempo que vendrá despues del juicio universal, cuando destruidos sobre la tierra el poder de la muerte y del infierno , y sujetos al Salvador del mundo todos sus enemigos , principiará Jesucristo á reinar con los justos y bienaventurados (2). Allí manifestará completamente su poder , y lleno de majestad y grandeza , hará comprender á los que le temieron, y creyeron en El , la felicidad inefable que les concede teniéndoles consigo. Pidiendo nosotros que venga este reino, debemos interesarnos mas por la gloria de Jesucristo, que por el bien que de ello nos resulta. Jesucristo, conocido por todos como Dios verda-

(1) I. á los Corint. Cap. 6.

(2) S. Pablo. I. á los Corintios.

dero, Rey de reyes y Señor de señores, recibirá entonces el completo desagravio de las humillaciones y despelos, á que el mundo le condenó; y establecerá entre los hombres el reinado de la justicia y de la caridad. Entonces veremos cumplirse al pie de la letra aquello que David meditaba del Divino Salvador: « Dijo el Señor á mi Señor: Siéntate á mi derecha, hasta que ponga á tus enemigos por peana de tus piés. De Sion hará salir el Señor el cetro de tu poder ; domina tú en medio de tus enemigos (1). »

Concluimos esta primera parte del *Padre Nuestro* con aquella petición que tantas veces repitió el Hijo de Dios hecho hombre : « *Hágase tu voluntad así en la tierra, como en el cielo.* » Recordad, hermanos míos, que estuvo tan sometida la voluntad de Cristo á la de su Eterno Padre, que en todos los actos mas solemnes de su sacratísima vida quiso que esa sumisión brillase para ejemplo nuestro. ¿ Le pide el sacrificio que reclamaban la justicia y la misericordia divina ? Ese Hijo en el seno todavía de su Eterno Padre: « Pediste, Padre mio, dice, un sacrificio por el pecado, y á mí dísteis oídos prontos para obedecerlos. Aquí estoy , dispuesto á cumplir tu voluntad (2). » Cuando hecho hombre aparece entre los hombres, su primer ejemplo fué abrazar ciegamente la voluntad de su Padre celestial, y en fin , al entrar á ofrecer el sacrificio de su propia vida por los pecados del mundo: « Padre mio, no se haga, repite, mi voluntad, sino la tuya (3). » De suerte que toda la vida de Jesucristo Nuestro Redentor no fué mas que el exacto cumplimiento de la voluntad divina. Como la desobediencia y rebelión del

(1) Salmo 109.

(2) Salmo 39.

(3) Lucas. Cap. 22.

hombre contra el mandato de Dios fué la causa de nuestra perdicion, por eso en la perfecta subordinacion del hombre á la voluntad divina quiso tuviese principio nuestra redencion. Esto que practicó Jesucristo , es lo que Dios quiere practiquemos todos , y como sin la gracia nadie podrá conseguirlo, por eso pone en nuestra boca esta peticion: *Hágase tu voluntad así en la tierra, como en el cielo.* Nuestro Señor Jesucristo ha declarado, que « no todo el que dice : Señor , Señor , entrará al Reino de los cielos ; sinó solamente aquel que cumpliese la voluntad del Padre celestial (1) ; » porque, siendo ésta siempre santa, justa y perfecta , quien la cumple, no puede ménos que ser bueno, justo y perfecto.

Dios nos declaró en sus mandamientos, cuál es su voluntad, y todo el que los guarda con fidelidad, hace la voluntad de Dios. Mas declara el Señor tambien su voluntad á cada uno particularmente por medio de sus inspiraciones , por las amonestaciones y consejos que recibimos, y ademas por los buenos ejemplos que hablan á nuestra conciencia, y nos estimulan á practicar las virtudes. Cuando pedimos al Señor que se haga su voluntad así en la tierra, como en el cielo, le suplicamos que envie sobre nosotros una gracia eficaz , que nos haga cumplir con la voluntad que Dios nos signifique por cualquiera de estos medios. Comprendemos que, estando constantemente adheridos á la voluntad de Dios, y teniendo á ésta por regla de nuestras acciones, hemos de llegar necesariamente á la perfeccion en que nos quiere Jesucristo vida nuestra. Nada pueden los contratiempos, nada las adversidades, nada aun la espantosa idea de nuestra flaqueza sobre el cristiano, que conforma su voluntad á la de Dios. Habeis visto

(1) Mateo. Cap. 7.

alguna vez, hermanos mios, esos grandes peñazcos que se levantan en el océano rodeados por todas partes de las aguas del mar? Os habeis puesto á contemplar cómo resisten firmes é inmóviles ese asalto de las olas que vivamente les combaten dia y noche? A manera de esos peñazcos, yo considero en medio del mundo al cristiano fervorosamente sometido á la voluntad de su Padre celestial. Su conciencia vive tranquila, y en Dios encuentra siempre el remedio general de sus males. « Delante de tí estan todos mis deseos, » dice como el Profeta: *Domine, ante te omne desiderium meum* (1). « Como el siervo está en presencia de su señor pendiente de sus insinuaciones para ejecutarlas sin demora, así estan mis deseos delante de Vos para obedecer vuestra voluntad (2). » Este es el sacrificio con que probamos la rectitud de nuestro corazon, y el que ofrecemos al Señor, cuando le decimos, repitiendo la peticion que nos enseñó el Divino Maestro: « Hágase tu voluntad así en la tierra, como en el cielo. »

Diciendo al Señor: « Hágase tu voluntad, » renuncia el hombre la voluntad propia, cuyos defectos, imperfecciones y veleidades no puede ménos que conocer. Su propia experiencia le dice, que el principio de todos los males que lamenta, está precisamente en las debilidades de su voluntad inclinada á los vicios y pecados. La voluntad de Dios viene á fortificarla, y con ese fin siente que en el fondo de su alma Dios le habla; que le habla, digo, unas veces en medio del bullicio, y otras en el silencio. ¿ Y qué le dice, católicos? ¿ qué le dice esa voz eterna? Le ordena vencer sus pasiones desordenadas, le ordena desprenderse de sí pro-

(1) Salmo 37.

(2) Salmo 122.

pio, para atender mejor sus intereses espirituales infinitamente valiosos ; le ordena renunciar sus deseos de venganza inspirados por la ira ; le ordena llenar cumplidamente las obligaciones de su ministerio ó de su empleo ; le ordena, en fin , cumplir en todas partes sus deberes como buen cristiano. ¡ Ah hermanos míos ! ¿ y de cuál obra buena, por difícil y aun heróica que sea, no es capaz el hombre que vive resuelto á llenar cumplidamente la voluntad divina ? Repitamos, pues, y siempre con mayor fervor: « Hágase tu voluntad. »

Deseando que nuestra sumision á la voluntad de Dios sea cabal y perfecta , pedimos la hagan los hombres en la tierra, como la hacen los ángeles en el cielo. Es esto lo que significan las palabras con que concluye esta peticion: « Hágase tu voluntad así en la tierra, como en el cielo. » En el cielo no reina otra voluntad que la de Dios , ni anima otro deseo á aquellos felices moradores , que agradar y servir á su soberano Criador. Así es que su obediencia á la divina voluntad brilla por la perfeccion con que la llenan sin faltar ni á lo mas mínimo ; brilla porque en la ejecucion de las inspiraciones de Dios van movidos por la intencion mas pura de agradarle y obedecerle ; brilla por la prontitud con que la cumplen sin tardanzas ni repugnancia de alguna especie ; brilla por la fortaleza y perseverancia con que obran hasta el fin ; y brilla, finalmente, por la caridad fervorosa y activa que les abraza mientras ejecutan las obras de Dios.

Cuando mostramos deseos de asemejarnos á los bienaventurados en nuestra obediencia y sumision á la voluntad del Señor, ¡ ah ! cuánto fervor debemos pedir al Padre celestial para imitar á los espíritus angélicos en todas aquellas condiciones de su obediencia y sumision á Dios. Nos-

otros débiles comenzamos apenas á obedecer las inspiraciones divinas, cuando volvemos atrás acobardados por las contradicciones, obstáculos y dificultades, que á nuestra flaqueza parecen insuperables. En nuestro entendimiento y en nuestra voluntad vienen á mezclarse tantos pensamientos de agradar á Dios y á las criaturas; de intereses espirituales y terrenos que quitan á nuestras obras toda esa hermosura que tienen, cuando son ejecutadas tan solo por agradar á Dios. Esa negligencia que no procuramos vencer, nos permite apenas dar algunos pasos, y éstos muy imperfectos, en la ejecucion de las inspiraciones divinas. Nuestra debilidad se opone á que continuemos, una vez que hemos principiado su ejecucion, y ese tedio para todo lo que es espiritual y no pertenece al mundo que habitamos, no nos deja ejecutarlas con la caridad y el fervor que debemos. Ved ahí cuán distantes nos encontramos de hacer la voluntad de Dios, como la ejecutan y obedecen los ángeles y bienaventurados en el cielo. Pero el ejemplo de éstos nos estimula á obrar con prontitud, con fervor, con puntualidad y con amor. Presentemos, hermanos mios, presentemos al Señor un corazon blando para sentir las impresiones de su divina gracia, un entendimiento dispuesto para escuchar sus inspiraciones, y una voluntad deseosa de obedecerlas; y con esta disposicion repitámosle muchas veces con el Profeta: « *Doce me facere voluntatem tuam, quia Deus meus es tu: Enséñame, Señor, á hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios (1).* »

No olvidemos las lecciones que Dios de cuando en cuando nos ha dado para hacernos comprender que su divina voluntad debe ser amada y obedecida, ya nos

(1) Salmo 142.

sea doloroso y molesto lo que nos indica , ya nos sea favorable y provechoso. Mirad á Elias, profeta del Señor: el Espíritu de Dios le inspira, y no tiene dificultad para reprender amargamente al rey Achab su idolatría, ni para castigar á Israel privando á la tierra de lluvias por tres años. Prueba con milagros la falsedad de los ídolos en presencia del pueblo , echa en cara á los ministros de los falsos Dioses sus torpes engaños , y hace degollar ciento y cincuenta de ellos en el torrente Cison. El corre acá y allá, segun lo lleva la inspiracion divina; ¡ y cuántas amarguras sufre en la ejecucion de las obras del Señor ? Vedlo en el desierto al pié de un árbol, desmayado y oprimido por el dolor. « Me es amarga la vida, dice á Dios.... Me abrazo de celo por Vos, Señor Dios de los ejércitos, porque abandonaron tu ley los hijos de Israel; destruyeron tus altares, pasaron á cuchillo tus profetas ; yo he quedado solo , y me buscan para quitarme la vida (1). » Son éstas las amarguras que suele acarrear al hombre la fiel ejecucion de la voluntad divina ; pero feliz aquel que, como Elias, no desiste de su empresa , y al contrario en nada estima su vida , cuando trata de llenar las disposiciones del Señor. Dios habla á Elias, le conforta con comida y bebida celestiales, le señala el camino que debe tomar, y le saca de la tierra llevándole consigo, en recompensa del celo con que ejecutó siempre su voluntad soberana. San Pablo, derribado del caballo cuando perseguia á los discípulos de Cristo , ilustrado por la gracia de Aquel cuyo nombre blasfemaba, « ¡ Señor , mostradme quéquieres que yo haga: Domine, quid me vis facere? » le dice, y levantándose, marcha á cumplir la voluntad divina que le ha destinado para

(1) III. de los Reyes. Cap. 19.

que sea Apóstol de las gentes y testigo de su fe delante de los reyes y de los hijos de Israel (1). Y Pablo, fortalecido con el conocimiento de la voluntad divina, soporta alegremente todo género de tribulaciones, sin que nada sea capaz de retraerle.

En suma, hermanos mios, nuestra conducta para hacer tan cumplidamente la voluntad de Dios en la tierra, como la hacen los ángeles en el cielo, está significada en la de Jesucristo Señor Nuestro, cuando dice: « Yo he venido á este mundo, para hacer la voluntad de mi Padre (2). » ¿ Y qué no hizo Jesucristo para llenar su misión? Vedlo, católicos, pobre en el pesebre, mortificado y perseguido desde su niñez, llevando vida oscura y sometida á sus criaturas en la juventud. El no representa su dignidad para excusarse de la obediencia y sujecion, al contrario, *ad hoc veni in mundum*, ha venido á obedecer la voluntad de su Eterno Padre, y vive regocijado porque la cumple. Vedlo durante su vida pública calumniado por los fariseos, acusado por los príncipes de los sacerdotes, y sometido á juicio por testigos falsos. « *Ad hoc veni in mundum*: A esto ha sido mandado al mundo, » y no ha de contradecir las disposiciones de su voluntad suprema, ni en el huerto de los olivos, ni en el pretorio de Pilato, ni en el monte Calvario. En medio de todos los suplicios, con que va á ser atormentado, ni un suspiro, ni una queja se le escucha, al contrario, « *ad hoc veni in mundum*: Para esto vine yo al mundo. *Fiat voluntas tua*: Hágase tu voluntad, » repite con lo mas íntimo de su corazon. No perdamos, hermanos mios, de vista este modelo, que encontramos en aquel mismo Maestro que está en los cielos. Así con nuestras obras santifi-

(1) Hechos de los Apóstoles. Cap. 9.

(2) Juan. Cap. 18.

caremos su nombre, viviremos en el reino de su gracia, y podremos con razon esperar de su misericordia el reino eterno de su bienaventuranza, que os deseо.

INSTRUCCION CUARTA.

DE LA ORACION DEL PADRE NUESTRO.

Sic ergo et vos orabitis:...

Panem nostrum quotidianum da nobis hodie.

Vosotros, pues, asi debeis horar:...
El pan nuestro de cada dia danos hoy.

(S. Matth. C. 6.)

En lo mas elevado de los cielos levanta su trono el Todopoderoso, y dispone los sucesos del porvenir en presencia de la naturaleza que obediente espera la señal de su voluntad. El es quien se pasea sobre los vientos, la nieve, y el granizo ; El quien prescribe su rumbo á las nubes, y á las tempestades su camino. Su voz inmortal ordena detenerse á las aguas del mar, y el mar embravecido detiene sus ondas. Su soplo divino contiene los ríos, seca los torrentes, cria los montes, y abate los collados. Espíritu criador todo lo llena, espíritu vivificador á todo asiste, fija los siglos, los tiempos, los espacios del pasado, del presente y del futuro hasta la mas remota eternidad. Toda sabiduría en su presencia se confunde, y todo poder delante de El es nada sino estan acordes con su inefable providencia. De esta manera discurria San Agustín (1), contemplando la providencia inefable con que Dios gobierna á sus criaturas.

(1) S. Agustin. Soliloq.

Meditando el hombre estas verdades que nos descubre la fé, se eleva sobre su propia miseria; se eleva, repito, porque conoce hasta la evidencia, que no es su condicion la del juguete miserable destinado á divertir los caprichos del acaso, como pensaron el materialista y el pagano, sino el hijo de Dios objeto de sus mas tiernos cuidados, como nos enseña la fé cristiana. Esta es, hermanos mios, la verdad tan consoladora que nos revela el dogma de la divina providencia, dejándonos ver en el cielo á Dios, nuestro Padre infinitamente Todopoderoso, con sus manos abiertas, derramando sobre los hombres toda clase de bienes. Son estos bienes los que pedimos nosotros pobres y necesitados, diciéndole: « El pan nuestro de cada dia dánosle hoy. »

Mas nuestros deseos no quedan satisfechos con la posesion de los bienes materiales que halagan á nuestros sentidos, porque nuestra alma asistida de la fé percibe otros inefables y sobrenaturales, destinados por Dios para enriquecerla eternamente. El hombre terreno se alimenta de la tierra, dijo muy bien el Apóstol de las gentes (1); mas el hombre espiritual vive para el cielo. Ved ahí, hermanos mios, dos clases de bienes que necesitamos: el pan del alma, y el pan del cuerpo. Son estos dos los que confiadamente pedimos al Señor en el *Padre Nuestro*, diciéndole: « El pan nuestro de cada dia dánosle hoy (2). »

Os daré á conocer estas dos clases de alimento, á fin de que, cuando repitais delante del Señor esta peticion, tengais perfecto conocimiento de lo que con ella pretendéis alcanzar de Dios. Atendedme.

El alma vale mas que la comida (3), decia Jesu-

(1) Epist. á los Roman. C. 8.

(2) S. Thomas. 2.^a 2.^o quaest. 83. art. 6.

(3) Mateo. Cap. 6.

cristo á las turbas de Israel, y el hombre, inspirado por la fé cristiana, se ocupa de los intereses de su alma con preferencia sobre todos los demás. Esta alma nos exige alimento para vivir, porque muere cuando carece de él, perdiendo la gracia de Dios que es la verdadera vida. Le sucede lo que al cuerpo que, cuando está faltó de comida, se enflaquece, se enferma y al fin muere sino es socorrido oportunamente. Cuando pedimos á Dios pan para nuestra alma, deseamos aquel que la alimente y la robustezca en la gracia de Dios; tales como la palabra de Dios ó instrucción cristiana, la meditación de las verdades eternas, los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, y las inspiraciones del Señor.

La instrucción en la verdadera doctrina de Jesucristo, que es la que enseña nuestra santa Madre la Iglesia católica, es nuestro primer alimento espiritual, y el bien mayor, que puede recibir el hombre, es la instrucción de sus verdades, porque los conocimientos que nos procuran, avivan en nuestra alma el amor y el temor santo del Señor. El hombre que ignora la doctrina de Jesucristo, vive expuesto á perecer víctima de los errores y de los vicios; al contrario del que de ella se sustenta, que encuentra en sus verdades luz que le dirige, saber que le recrea, sustancia que le alimenta, y medicina llena de virtud eficaz para sanarle de sus dolencias espirituales. « Sentir hambre de pan material es señal de salud, » dice San Gregorio el Grande (1): del mismo modo desear la palabra divina es señal de poseer la gracia de Dios, que es verdadera salud para nuestras almas. Vomitar los alimentos después de haberlos comido, es enfermedad graví-

(1) *De verb. Domini. Serm. 1.*

sima, que conduce á una muerte segura ; y del mismo modo no retener el pan de la divina palabra, despreciarlo ó contradecirlo, es señal en quien la da de condenacion eterna. ¡ Ah hermanos mios ! y cuántos son los que hoy con sus palabras y con sus obras muestran esta terrible señal ? San Juan parece que hubiera querido retratar la situacion presente del mundo cristiano, cuando en el capitulo XVI del Apocalipsis nos refiere los excesos de los hombres sin fé, y sin religion. Siete ángeles ministros de la justicia divina, derramaban sobre ellos copas llenas de la cólera de Dios, que lastimaba sus cuerpos con espantosas llagas y les hacia blasfemar contra el Señor. Así aquellos, heridos con la llaga mortal de la ignorancia en todo lo que pertenece á la fé, enfermos de muerte por la indiferencia religiosa que los sume en un abismo tenebroso, debilitados física y moralmente por los excesos de la vida desenfrenada que llevan como consecuencia de su falta de religion ; blasfeman contra Dios vomitando mil errores. Por todas partes vemos jóvenes tan presuntuosos como ignorantes que discuten sobre materias de fé que jamas estudiaron. Corre á torrentes el error en millones de libros racionalistas y voluptuosos, que enseñan la licencia de costumbres mas desenfrenada y que la prensa publica cada dia. En ellos saturan su corazon con veneno hombres, mujeres, ancianos, niños, pobres, ricos, magistrados, nobles y plebeyos : son la copa donde reboza la ira del Señor, y de donde se derrama, hiriendo de muerte con la perdida de su fé, á los temerarios que la exponen. *Factum est vulnus saevum et pessimum in homines, et blasphemaverunt nomen Dei* (1). Ved ahí el castigo mas terrible con que hiere al cri-

(1) Apocal. Cap. 16.

minal en materia de religion la justicia divina ; le hiere con las tinieblas y la obsecacion misma á que le arrastraron su ignorancia y su impiedad. Ese es vuestro castigo, oh hombres desgraciados que perdísteis la fé : ¡ ah ! moved vuestra voluntad para pedir que se os conceda nuevamente. Decid al Señor con fervor : « El pan nuestro de cada dia dánosle hoy ; » el pan de la palabra divina, el pan de la instruccion religiosa dadnos, Señor, para nuestra felicidad presente y eterna.

Llamó « Pan del Cielo » Jesucristo al sacramento de la Eucaristía, en que nos da su cuerpo por comida y su sangre por bebida (1), y adonde los Profetas convocaban á las generaciones humanas para que concurriesen á sacar de las fuentes del Salvador aguas que les purificasen de sus manchas, y les fortaleciesen para no desfallecer en su camino hacia el Reino de los cielos (2). Ved ahí, pues, el pan que necesitamos, y el que pedimos á Dios, diciéndole : « El pan nuestro de cada dia dánosle hoy. » Dadme, Señor, el pan de tus sacramentos, que me sostenga y robustezca contra las infernales tentaciones que me asaltan.

El hombre abatido y cargado de infinitos males es como aquel Profeta fatigado por la tristeza y la melancolia, que al pié de un árbol oye la voz del ángel que le manda comer el pan que le ofrece. *Elias, surge et comedete* (3) ; y Elias se levanta inmediatamente, obedeciendo esa voz ; toma aquel pan y bebe del agua que le presenta el ministro del Señor, y ya no siente cansancio ni flaqueza, sinó que lleno de robustez, marcha sin parar cuarenta dias y cuarenta noches. Mas de ese pan no podremos gustar dignamente, sin llevar pura y santa

(1) Juan. Cap. 12.

(2) Isaías. Cap. 12.

(3) III. de los Reyes. Cap. 19.

nuestra conciencia ; por eso necesitamos tambien la confesion , porque en ella se borran y desaparecen nuestras culpas, y alcanzando nuestra alma la hermosura perdida por el pecado, quedamos aptos para comer el pan eucaristico.

El pan de los auxilios divinos pedimos tambien al Señor cuando le decimos : « El pan nuestro de cada dia dánosle hoy. » Auxilios de Dios son las inspiraciones y todos los pensamientos santos, que consuelan al alma en sus tribulaciones , la confortan contra la concupiscencia, y la previenen contra los innumerables lazos que el demonio le tiende en todas partes. Dios se vale de sus inspiraciones , como de otros tantos medios de su altísima providencia , para llevar su gracia hasta los hombres. A Samuel habló el Señor á la media noche, queriendo revelarle castigos severos que iba á ejecutar sobre la casa de Heli. Repetidas ocasiones le llama ; mas aquel piadoso jóven, tomando el llamamiento de Dios como voz de Heli, va y se presenta á éste para saber lo que quiere; advertido de su error , y conociendo era Dios quien le llamaba, « Habla, » dice al Señor, « habla , Señor, que vuestro siervo oye. » Y á Samuel en efecto revela Dios la sentencia que su justicia prepara contra los hijos de Heli (1). Aquella misma debe ser nuestra oracion para merecer las inspiraciones del Señor. « Habla, Señor, á mi alma, hemos de decir como Samuel, que yo tu siervo escuchó vuestra voz con ánimo resuelto á obedecerla ; » ó como David profeta : « Enseñame, Señor, á ejecutar vuestra palabra, porque eres mi Dios (2). »

(1) III. de los Reyes. Cap. 9.

(2) Salmo 142.

Pidiendo al Señor el pan de su divina palabra y de sus santos sacramentos, es claro que tambien le pedimos que conceda á su Iglesia sacerdotes celosos y ejemplares, que fielmente distribuyan ese pan. Poseer, hermanos mios, un pueblo buenos sacerdotes, es señal de misericordia y de bondad de parte de Dios para ese pueblo ; y al contrario, tener sacerdotes disipados, es un castigo tremendo de la justicia é indignacion divina.

Pero á mas del pan espiritual que sustenta á nuestra alma, pedimos á Dios el pan material, y bajo este nombre, todo aquello que necesitamos para sostener nuestra vida natural. Pedimos, por consiguiente, la comida que nos alimente, el vestido que cubra nuestra desnudez, las medicinas que reparen nuestra salud, y todo cuanto fuese necesario para conservar la vida de nuestro cuerpo. Pero advertid, hermanos mios, que solamente pedimos para hoy este pan : « Dáñosle hoy ; » es decir, pedimos lo necesario ; nada que sea superfluo, nada que sea lujo ú ostentacion mundana ; nada de pompa ni que acaricie nuestra vanidad ; porque nada de esto pertenece al cristiano, ni entra en parte de la herencia que nuestro buen Padre Dios tiene reservada para nosotros. El cristiano fiel sigue el ejemplo de Jesucristo, y éste todo eso lo desprecio ; le ve entrar á la tierra pobre, vivir rodeado de personas pobres y sencillas, y en medio de esa pobreza levantar su voz para decirnos : « Las aves del cielo tienen sus nidos, y las bestias de la tierra sus cuevas donde descansar ; pero el Hijo del hombre no tiene ni aun donde reclinar su cabeza (1). » La grandeza mundana, las pompas, y las riquezas, son espinas que lastiman la conciencia del cristiano ; por eso David aconseja al hom-

(1) Lúcas. Cap. 9.

bre, que teme á Dios, no apegar á nada de eso su corazon (1). Tambien decimos: « dánosle hoy, » para quedar obligados á pedir lo mismo mañana, y reconocer de esa manera nuestra absoluta dependencia de Dios, y la necesidad en que vivimos de ocurrir continuamente á Aquel, por quien vivimos, nos movemos y tenemos el ser. ¡Pobre del hombre á quien su soberbia le lleva hastaolvidarse de recurrir á Dios! porque se verá engolfado en los vicios, que son la herencia del que no conoce á Dios; y sus excesos, sus remordimientos, y la vergüenza de su alma cubierta ignominiosamente de pecados, serán tambien la justa espiacion de su soberbia. Quiere el Señor que el hombre eleve al cielo sin cesar sus deseos, y en él busque los verdaderos bienes; por eso quiere que pida cada dia este pan que necesita, y sin el que nadie puede tener vida.

Hay en el hombre una deuda que debe siempre preocuparle, y es, hermanos mios, la de sus pecados. David justificado ya de las culpas que Dios le perdonó en atencion á su mucho arrepentimiento, nos dice sin embargo que estaban siempre vivas en su memoria: *Pecatum meum contra me est semper* (2). Y el mismo pedia á Dios en trasportes de dolor y penitencia, que apartase su vista de esas culpas, y borrase con su misericordia infinita las iniquidades de su alma. Esta es la deuda de todo hombre, la deuda de sus propias iniquidades. Llámense deuda los pecados tanto mortales como veniales, porque los cometimos con nuestra propia voluntad, gravando nuestra conciencia con la infraccion de la ley justísima de Dios, y con la pena

(1) Salmo 61.

(2) Salmo 50.

que por esta razon merecemos. Todo hombre está gravado con esta deuda, y se engaña aquel que cree que no la tiene , dice el apóstol San Juan (1). Los justos así como los pecadores estan gravados : los justos, digo, contra quienes clama su propia conciencia convencida de mil pecados leves, de mil tibiezas y de mil imperfecciones ; y los pecadores reos de tantas culpas graves que dia y noche les acusan sin cesar. Ya ántes hemos pedido á Dios que venga á nosotros el reino de su fé, porque en el seno de la Iglesia, que conserva esta fé, dejó el Señor la fuente perenne prometida á Jacob , y á todos sus hijos que habitan la Jerusalen verdadera. Allí está el árbol de la vida, cuyos frutos hacen al hombre inmortal, y allí está tambien el Salvador del mundo en la cruz, y sus llagas y su sangre se ofrecen al Eterno Padre por los pecados del mundo. Así lo contemplaba el profeta Zacarías cuando , lleno del gozo mas vivo , convidaba á todas la gentes de la tierra para venir á sacar aguas de vida , aguas de inmortalidad de las fuentes del Salvador : *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris* (2). ¡ Y quién conoce toda la extension de su deuda, hermanos mios ? David hacia esta misma pregunta , cuando exclamaba : « ¡ Quién podrá conocer los pecados ? *Delicta quis intelligit* (3) ? » Quién podrá contar cada dia el número de los deslices en que incurrieron sus sentidos ? Cuántas negligencias, cuántos descuidos, cuántas buenas resoluciones malogradas, cuánto aburrimiento en el desempeño de nuestras obligaciones. ¡ Oh gran Dios ! ¡ quién podrá conocer á fondo todo esto ?

(1) Epist. 1. Cap. 1.

(2) Isai. Cap. 12.

(3) Salmo 18.

Delicta quis intelligit? Poned, hermanos mios, la mano sobre vuestra propia conciencia, y comprendereis que es imposible contar las manchas que como lluvia la cubren cada dia.

Pero nuestras deudas no son solamente nuestras culpas, otras tenemos todavia, y son las penas que por éstas merecemos delante de Dios. ¡Y cuán grande es, Católicos, esta deuda! Pensad un poco la enorme injusticia del pecado, y por allí podreis juzgar la extension de la pena que merecemos. A la voz de los Profetas que repetian las amenazas de Dios á pueblos prevaricadores, éstos se conmovian e imploraban en medio de las señales mas vivas de compuncion las misericordias del Señor. ¡A quién no conmueve la penitencia de los Ninivitas? Jonás les predica que la indignacion de Dios va á castigar á aquella gran ciudad; el rey, sus cortesanos, los ricos, los pobres, todos los habitantes se conmoven oyendo las amenazas del Profeta; todos reconocen sus culpas y se humillan delante del Señor, pidiendole que les perdone. El rey baja de su trono, y hace penitencia como el mas oscuro de sus vasallos; los grandes y opulentos se postran humillados en tierra; los que vivian en medio de los placeres, se despojan de sus vestidos de seda, y cubren sus carnes con cilicio; las mujeres delicadas toman el saco en lugar de sus trajes seductores; no se escuchan en todas partes sino ayes y gemidos. El rey manda un ayuno general, y todos se apartan del camino de las culpas con que irritaron al Señor. ¡Cuál esperanza les anima para practicar tantas obras de penitencia? que Dios se mueva á misericordia y les perdone; que aplaque su ira y les libre de perecer en los castigos tremendos que anuncia Jonás. Ved ahí cuánto pudo en el pueblo ninivita el recuerdo de la gravedad de sus pecados, para conver-

tirse á Dios por la penitencia, y evitar el castigo que merecía.

Mas no olvidemos, hermanos mios, que pedimos á Dios el perdon de nuestras deudas, ofreciendo por nuestra parte perdonar á nuestros deudores. ¿ Cuáles son éstos ? Son aquellos que nos ofendieron, sea cual fuere la ofensa que nos bhubiesen hecho. Y hemos de advertir, que precisamente nos pone Dios como una condicion que perdonemos, para que seamos perdonados : *Dimitte, et dimittemini* (1). « Si perdonases vosotros, nos dice, los pecados de vuestros prójimos, vuestro Padre celestial os perdonará los vuestros (2). » Mas si con ellos fueseis inflexibles, y les negaseis el perdon, tampoco os lo concederá vuestro Padre celestial. No puede ser mas terminante esta doctrina de nuestro Señor Jesucristo, que quita toda esperanza de ser perdonado por Dios, al que se niega á perdonar á su prójimo. Pero quiso todavía enseñarla prácticamente. Se presenta El mismo bajo la figura de un rey, que encuentra á su mayordomo gravado con una deuda enorme ; para pagarse, lo manda vender con su mujer, con sus hijos y con todo cuanto posee. Mas el infeliz deudor se arroja á los piés de su acreedor, y le dice : « Ten paciencia, señor, espérame, que todo te lo pagaré. » Compadecido el señor de aquel siervo, lo deja libre. Mas luego que sale ese ingrato de la presencia de su señor, ve á uno de sus compañeros que la debia una pequeña suma, y tomándolo violentamente, le dice : « Paga lo que me debes. » Arrojándose á sus piés el pobre deudor, le respondió : « Ten un poco de paciencia, y todo te lo pagaré. » Mas él no quiso esperar, y lo hizo poner en la cárcel, hasta que pagase lo que

(1) Lúcas. Cap. 6.

(2) Mateo. Cap. 6.

debia. Viendo los otros siervos, sus compañeros, lo que pasaba, se entristecieron y fueron á contar á su señor todo lo que habia acaecido : entonces lo llamó su señor y le dijo : « Siervo malo , toda la deuda te perdoné , porque me lo rogaste ; ¿ pues no debias tú tener compasion tambien de tu compañero así como la tuve yo de tí ? Y enojado le hizo entregar á los verdugos , hasta que pagase todo quanto debia. » Concluye Jesucristo esta parábola con las siguientes palabras : « Esto mismo hará mi Padre celestial con aquel que no perdonase de todo corazon á su hermano que le ofendió (1). » Si queremos pues que nuestra peticion sea oida benignamente por Dios , principiemos por olvidar las injurias que hemos recibido ; borremos de nuestro corazon cualquier odio, disgusto ó prevencion, por ligera que nos parezca , y se conserva allí con perjuicio de la caridad ; tratemos con amor especial á los mismos que nos ofendieron; de esta manera Dios derramará sobre nuestra alma con liberalidad copiosa los tesoros de su infinita bondad.

Los cristianos de los primeros siglos, teniendo un profundo respeto á esta doctrina del Evangelio, acostumbraron abrazarse, y darse ósculos de paz , cuando en la Misa el sacerdote, diciendo la oracion dominical, repetia estas palabras : « Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. » De ese modo mostraba cada uno que vivia en paz con todos sus hermanos, que perdonaba á todos sus ofensores, y que conservaba en su alma la caridad de Dios para con todos sus prójimos. La Iglesia suprimió esta ceremonia, de la que llegaron algunos á abusar de un modo reprendible.

(1) Mateo. Cap. 18.

Expliquemos ahora la sexta peticion que dice : « No nos dejes caer en tentacion. » Tentacion llamamos todo aquello que nos solicita ó de alguna manera nos excita á cometer pecado. Dios á nadie tienta, nos dice la santa Escritura (1); pero permite que sea mos tentados por aquellos tres enemigos del alma, y son el mundo, el demonio y la propia carne. Nos tienta el mundo á procurar con empeño la elevacion de los honores, la grandeza de los puestos, la riqueza de la fortuna, y todo esto aun cuando sea con el sacrificio de otros. Tienta el demonio, cuando nos sentimos inspirados por la soberbia, y nos creemos mas sabios, mas virtuosos, mas perfectos y mejores que los demás; cuando concebimos odios, ó venganzas, y llevados de deseos criminales, nos proponemos ejecutar algo que ofenda á nuestro prójimo; y cuando nos asaltan pensamientos de blasfemia, ó de infidelidad á nuestra santa fé. La propia carne finalmente tienta, cuando se rebela contra el espíritu (2), empeñada en poner otra ley que nos lleva á la esclavitud del pecado (3). En suma tienta el mundo proponiendo que sigamos sus vanidades, el demonio llevándonos á imitar su soberbia, y la carne incitándonos á la concupiscencia y á los deleites. Contra estos tres enemigos nos previene Jesucristo nuestro Señor enseñán donos á buscar los auxilios divinos para vencerlos. Mas ¿porqué permite Dios las tentaciones? ¿No seria acaso mas útil y provechoso para nosotros, que no viviésemos molestados por ellas sin cesar, como lo somos? Nó, hermanos mios, no seria así, porque sabed que para tres fines principales, segun el Angélico

(1) Carta de Santiago. C. 1.

(2) S. Pablo á los Galat. Cap. 5.

(3) A los Romanos. Cap. 7.

Doctor Santo Tomás (1), permite Dios sean tentados los hombres. A unos quiere probar con la tentacion, á otros quiere humillar y castigar con la tentacion, y á otros, en fin, coronar con nuevas gracias y merecimientos que han de adquirir en la tentacion. El que no es tentado ; qué es lo que sabe ? pregunta el Espíritu Santo en los sagrados libros (2). No ha tenido ocasión de conocer la necesidad de la divina gracia, ni de experimentar lo flaco y débil de su condicion, ni de compadecer las flaquezas y caidas de sus prójimos, y Dios somete á esta prueba precisamente á los que mas ama. « Porque eras agradable á Dios, por eso era necesario que fueses probado en la tentacion, » dijo el ángel á Tobias (3). Podemos decir , que en las tentaciones alcanzan los justos fortaleza en las virtudes y solidez en la resolucion, que Dios les inspiró de servirle con fidelidad. Recordad, hermanos mios, que Satanás puso en duda delante de Dios la fidelidad de Job, porque no habia sido experimentado en la tentacion : « Extiende, le dijo, sobre él tu mano, y verás si acaso es fiel (4) ; » y Job, tocado por la mano del Señor con las pruebas mas dolorosas y violentas, dió á conocer en ellas la fortaleza y constancia de su virtud. Sirva de consuelo esta consideracion á las almas buenas en medio de las penas amargas que les hacen sentir las tentaciones ; reciban esas penas como la visita del Señor que les ama infinitamente, y porque les ama, desea que adelanten cada dia mas en el camino de las virtudes.

Permita Dios tambien las tentaciones para casti-

(1) Caten. Aur. in Matth.

(2) Deuteron. Cap. 13.

(3) Tob. Cap. 12.

(4) Job. Cap. 1. y 2.

gar nuestra ingratitud con la humillacion de nuestras caidas. Recibe el cristiano tantas gracias de la divina providencia destinadas á hacerle avanzar en la práctica de las virtudes; tantos auxilios para evitar los pecados; y tantos avisos del Señor , que debian estimularle á hacer con fervor lo que Dios exige de él. Pero tan lejos de corresponder á todos estos favores, permanece tantas veces en su antigua tibieza ; se muestra negligente para aprovechar sus gracias , é indiferente á tantas pruebas que le da de su infinito amor. ¡ Qué hace Dios entonces? *Ego rogavi pro te, Petre* (1), dijo Jesucristo al Principe de los Apóstoles , cuando iba á ser combatido con una terrible tentacion, y á dar en ésta una espantosa caida. *Ego rogavi pro te, Petre...* La tentacion nos derriba , nos hace caer en el pecado, como cayó aquel Apóstol; pero la infinita misericordia de Dios allí mismo nos envia sus inspiraciones que nos hacen conocer el abismo en que hemos caido ; nos hablará como miró á Pedro lleno de compasion y de bondad. ¡ Oh si todos entendiésemos entonces su voz! ; cómo haríamos esfuerzos para salir fuera del precipicio en que caímos! Mas no todos la escuchan como Pedro , ni como éste se dan prisa para reparar su caida. Mientras tanto sepamos, os diré, hermanos mios, con San Pedro Crysólogo, que si peligramos en la tentacion, es porque nuestra ingratitud y nuestras culpas merecieron que Dios infinitamente justo diese permiso á Satanás para tentarnos en castigo de nuestras iniquidades (2).

En las tentaciones, finalmente, se ejercitan las virtudes que nos hacen merecer la corona eterna; porque, á la verdad, « Batalla es la vida del hombre sobre la

(1) Luc. Cap. 22.

(2) Crysol. Serm. 16.

tierra, » nos dice el Espíritu santo (1), y lucha violenta, en la que el que venciere, se hará acreedor á los premios eternos. Pero bien pueden las tentaciones combatir al cristiano, bien pueden arrastrarlo y ponerlo en los bordes del precipicio; él levantará los ojos y el corazon al cielo, y recordará que esos furiosos combates le preparan mejor para llegar allá. Yo veo en aquella arca que salvó la semilla del linaje humano en el diluvio universal, una figura de lo que sucede al justo combatido por furiosas tentaciones. ¿Qué sucedia, hermanos mios, al arca de Noé? Qué sucedia? Mirad los vientos desatados por la mano de Dios, que va á castigar los exesos de los hombres; mirad las cataratas que se abren y arrojan sobre la tierra lluvia á torrentes; mirad los árboles que se abaten bajo el peso de las aguas, y á la naturaleza que se trastorna y parece va á morir; mientras tanto el arca sube sobre los montes mas altos, y recoge y salva en su seno á Noé y su familia, semilla del género humano (2). Ved ahí la figura del hombre combatido por las tentaciones: cuánto mas le combaten y le humillan, mas le elevan por el mérito que consigue delante de Dios. Ademas, hermanos mios, gozar el cristiano de tranquilidad constante, y conservarse en la tierra sin contratiempos ni adversidades, es prueba muy dudosa de amistad con Dios. Pero al contrario las tentaciones toleradas con paciencia y resignacion son pruebas de amor que damos al Señor, que sin cesar nos recuerda en ellas que nos llama á su seno para gozar de galardon inmortal. San Pablo considera en Israel la figura perfecta del pueblo cristiano (3). Y recordad, que Israel destinado á gozar la

(1) Job. Cap. 7.

(2) Genes. Cap. 7.

(3) I. á los Corint. Cap. 10.

tierra de promision , fué probado antes de entrar con cuarenta años de peregrinacion. Y por acaso, ; no estaba Israel llamado á poseer esas regiones de admirable fertilidad ? ; No habia Dios dicho á sus padres: Daré á ti y á tu posteridad la tierra de tu peregrinacion , toda la tierra de Canaan te daré en herencia perpetua (1) ? » ; No tendria acaso derecho este Israel para quejarse, cuando la sed rabiosa le atormentaba en medio de las escabrosas soledades del Sinaí, ó cuando el hambre le devoraba y hacia ver abierto á cada cual su sepulcro bajo las arenas del desierto? Apurando su voz desfallecida no habria podido decir al Señor: ; Para qué nos trajiste aquí , acaso para que pereciésemos devorados por el hambre y sofocados por la sed ? ; Ah ! vendrán los Egipcios y los otros pueblos de la tierra que no creen ni esperan en Vos, y al atravesar este desierto, descubriendo desde léjos nuestros blancos huesos esparcidos acá y allá sobre la arena, « Ved ahí , dirán , para qué los sacó del Egipto su Dios , y los trajo á este desierto, para que muriesen de hambre, y fuesen el ludibrio de todas las naciones. » — NÓ: espera, pueblo duro , diria entonces el Señor. Yo he querido probar vuestra virtud, y hacer conocer en vos mismo á todos los pueblos de la tierra la grandeza de mi poder y lo infinito de mi misericordia. « Para coronarte, Israel, te he traído, haciéndote dueño de los valles y de las alturas (2). »

Ved ahí, pues, los tres motivos porque Dios permite que seamos combatidos por las tentaciones; y reparad , que no nos enseña á pedirle que nos libre de la tentacion, sino tan solo que no nos deje caer en ella. Haciendo al Señor esta peticion, debemos practicar los

(1) Genes. Cap. 17.

(2) Isaías. Cap. 58.

medios que Dios infinitamente liberal y misericordioso ha dejado á nuestra disposicion para vencer las tentaciones. Estos son huir los peligros de fomentar la tentacion y de caer en ella; porque Dios que nos promete auxiliarnos con su gracia, para que no caigamos, nos ha dicho tambien que: « El que ama el peligro, perecerá en él (1). » Orar sin intermision á Dios, es otro medio para vencer; pero orar con fervor, como oraba Moises combatido por Amalec; procurar la intercesion de los Santos, especialmente de aquella que es reina de todos, Maria Madre de Dios; y frecuentar los sagrados sacramentos de la penitencia y comunione, son por su efficacia los principales medios que el mismo Dios nos ha recomendado para disponernos á vencer las tentaciones.

Jesucristo nos enseña en la última peticion á pedir al Padre celestial que nos libre de todo mal: « *Sed libera nos a malo.* » Con cuyas palabras invocamos la bondad divina, pidiéndole que nos libre de todas las miserias tanto espirituales, como temporales. Esta peticion se diferencia de las dos anteriores, porque en la quinta hemos pedido al Señor que perdone misericordiosamente nuestros pecados, en la sexta que nos libre de caer en las tentaciones de cometer pecados; pero en ésta suplicamos al Señor que nos libre de las penas debidas por nuestras culpas. « Estas penas son todas las miserias y calamidades, presentes y futuras, temporales y eternas, del alma y del cuerpo (2). » Y no entendais, hermanos mios, que pedimos á Dios que nos libre absolutamente de todos los males que puedan sobrevenirnos durante nuestra vida sobre la tierra, porque no es así. Pedimos al Señor simplemente que nos

(1) Eccles. Cap. 3.

(2) S. Cyprian. De orat. Domini. Serm. 6.

libre de todo mal que pueda sernos perjudicial para nuestra eterna salvacion, de todo mal que sirva de medio para la ruina de nuestra alma. Porque, á la verdad, de los males así espirituales como temporales Dios se vale para llamarnos, y en su llamamiento está siempre nuestra mejoría, nuestra salud y nuestra vida. Son los males de la vida golpes que Dios nos da; pero que los da con el objeto de arrancar de nosotros el mal que nos arrastra á la perdicion. Son espinas que nos punzan y despedazan, pero poniéndonos de esa manera obstáculos que nos impiden ya caer, ya continuar en nuestra caida. Mientras dure la vida presente, debemos estar dispuestos para recibir toda clase de males, y para ofrecerlos á Dios con su gracia, como medio de purificarnos y de satisfacer por nuestras culpas, repitiendo con el Apóstol de Nueva Granada San Luis Beltran: « Señor, quema aquí, castiga aquí, no me perdone aquí con tal que eternamente me perdone (1). » Los males espirituales, á que aludimos, son la tibieza y negligencia en el servicio divino; las tinieblas que invaden nuestra alma, haciéndole dificultosa su comunicacion con Dios; los vanos temores que ponen en tortura la conciencia de quien los sufre, y tantos otros con que suele Dios visitarnos. Los males temporales de que le rogamos nos libre, son todos aquellos con que la divina providencia suele affigir tanto á los pueblos, como á los individuos. La guerra, la peste, el hambre, los temblores, los aluviones, las secas y todos los demas que suelen ser clasificados de verdaderas calamidades para los lugares que los sufren. La persecucion, la afrenta, la pobreza, la enfermedad y la muerte repentina, y mil mas que visitan á los hombres á cada paso. Todos éstos son los

(1) Breviar. Rom. Suppl. pro SS. Hisp. XI. Octob.

males de que humildemente le pedimos al Señor que nos libre, diciéndole: « Mas libranos de todo mal. »

En todas las oraciones de la Iglesia concluimos con la palabra *Amen*, palabra hebrea que quiere decir: Así sea. Esta voz adoptada por la Iglesia cristiana para conclusion de todas sus oraciones, no se varia en ningun idioma, ni en ninguna parte del mundo, y léjos de eso diciendo al Señor nuestras oraciones en cualquier idioma y en cualquiera region del mundo, concluimos con el *Amen* ó « Así sea. » Lo mismo que si dijéramos: tened, Señor, á bien que esto que os he suplicado se ejecute, pues todo cuanto os he dicho es la verdad. San Juan vió que los veinte y cuatro ancianos , y los coros de los bienaventurados repetian esta palabra como final de su oracion (1): queriendo Dios de esa manera consagrar la autoridad de esta palabra sagrada, inspirándola á los bienaventurados en el cielo, como la inspiró á su Iglesia militante acá en la tierra.

Hemos explicado la oracion del Padre Nuestro y conocido en ella todo cuanto es voluntad del Padre celestial que le pidamos al rezarla. Repitámosla continuamente , como recurso eficaz contra todas las adversidades del alma y del cuerpo así nuestras como de nuestros prójimos. Pero, repitámosla con el corazon, con esa alma que quiere pedir, é instruida por Cristo sabe tambien lo que le conviene pedir. Recémosla especialmente para procurarnos los bienes espirituales, aquellos bienes que nos recomendaba el Divino Salvador cuando nos decia: « Buscad al reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura (2). » Es decir la felicidad eterna que os deseo.

(1) Apocal. Cap. 19.

(2) Mateo. Cap. 6.

INSTRUCCION CUARTA.

DE LA SALUTACION ANGÉLICA U ORACION « AVE MARIA. »

Ave, gratia plena.

Dios te salve llena de gracia.

(S. Luc. Cap. 1.)

Misterios profundos de la bondad de Dios para con los hombres ; prodigios inefables de su misericordia y de su gracia estan ocultos , hermanos mios, en estas pocas palabras. Misterios profundos, he dicho, porque lo son sin duda un Dios que se humilla hasta tomar la naturaleza humana , y humillado de esa manera , aparece en medio de sus criaturas. Prodigio inefable de su misericordia es nuestra redencion , cuyo principio fué explicado por el Espíritu Santo en la salutacion que el Arcángel dirigió á Maria, en la que la llamo llena de gracia y bendita entre las mujeres. Bendigamos al Señor por aquella bondad y por esta misericordia, diciendo como los del Apocalipsis: « Digno sois, Señor, de recibir honra, gloria y bendicion, porque nos has redimido con tu sangre de toda tribu , lengua, pueblo y nacion (1). »

Somos el pueblo de Dios, sobre el cual su bondad infinita hará llover el rocío celestial de la divina misericordia , Maria aparece como el principal instrumento que el Señor elige para realizarlo y acabar la admirable obra de nuestra redencion. Madre de Dios y Virgen purísima al mismo tiempo , juntó en si la

(1) Apocal. Cap. 5.

castidad y la fecundidad : bendita por eso entre las mujeres , porque mereció que naciese de su vientre inmaculado el Hijo de Dios, fruto de bendicion, y por cuya venida suspiraron todos los siglos. Elevada sobre todas las criaturas, y engrandecida por la virtud del Todopoderoso, á ella vuelven sus ojos los pecadores, esperando que ejercite su caridad con los , que con tanta humildad vienen á implorarla, diciéndole: « Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. » Todas estas verdades importantísimas forman el tejido de la oracion que dirigimos á Maria , rogándole que tome á su cargo la causa de nuestra alma delante de Dios.

La oracion del *Ave Maria*, en la cual de esa manera hablamos á la Santísima Madre de Dios, fué usada por los fieles, desde los primeros siglos de la Iglesia. Es por consiguiente, dice el Angélico Doctor (1), despues de la oracion dominical, la oracion mas excelente, mas eficaz y mas devota que ha conocido la Iglesia cristiana. Voy ahora á explicarla , proponiéndoos el sentido de cada una de sus palabras. En esta oracion veo el Iris celestial que se muestra al cristiano para alentarle y consolarle en las amarguras de la vida y de la muerte. Escuchadme.

No es algun hombre, quien compuso la oracion del *Ave Maria*, sino el Espíritu Santo, quien la inspiró y la enseñó para beneficio nuestro. En el momento que el Hijo de Dios determinaba vestir carne humana en las entrañas de Maria humilde Virgen de Nazaret, el Arcángel Gabriel , custodio de la misma Virgen, segun algunos Santos Padres, se presentó en su aposento, y saludándola respetuosamente, le dijo las palabras de que se compone la primera parte de esta

(1) S. Thomas. 5.^a pars, quaest. 30. art. 2, 3 et 4.

oracion, á saber: « Dios te salve llena de gracia, el Señor es contigo: *Ave gratia plena, Dominus tecum.* » La palabra *Ave* equivale á la manera comun de saludar, y es como si dijese: « Dios te guarde. » Cuando el Angel saludó á Maria, no la nombró, ya fuese por la reverencia profunda que este nombre le inspiraba, ya porque queria asociar luego al reconocimiento de la alta dignidad de Madre de Dios, ese nombre dulce de Maria, como quieren San Bernardo y San Alberto Magno , ó por otro motivo: ello es que San Gabriel suprimió en la salutacion el nombre de Maria, saludándola tan solo con las palabras: « Dios te guarde llena de gracia. » La Iglesia añadió el nombre de Maria, nombre que tiene grandes y diversos significados , porque, segun San Jerónimo, quiere decir luz que alumbra ; y en este sentido tal nombre pertenece á la que dió á luz al sol de justicia Cristo Señor Nuestro. Maria quiere decir *Señora*, y este nombre conviene indudablemente á la madre de Aquel, cuyo imperio descansa sobre su hombro, como de Jesus dijo el Profeta (1). Significa tambien Maria « estrella del mar , » y lo es la augusta Madre de Dios para nosotros, que habitamos en medio del proceloso mar de la presente vida.

El Angel llama á Maria llena de gracia: *Ave gratia plena* ; y no creais que la consideró rodeada de aquella gracia que la fortuna suele conceder á los hombres, y cuya posesion parece les hiciera felices en concepto del mundo. Nós , hermanos mios , son otras las gracias en que se fijó el santo Arcángel, y que Maria nos indica tambien , diciéndonos: « Me hizo grande el Todopoderoso (2). » Estaba llena de gracia , porque el Espíritu Santo enriqueció sin medida su alma , derra-

(1) Isafas. Cap. 9.

(2) Lúcas. Cap. 1.

mando sobre ella la plenitud de sus dones; la vió llena de gracia como destinada á servir de tabernáculo al Hijo de Dios, habitando entre los hombres, y estaba, tambien, llena de gracia, porque la que recibió Maria en el primer instante de su ser, fué, dice el Angélico Doctor, proporcionada á la augusta dignidad de Madre de Dios para que estaba destinada (1), de tal modo, que á ninguna pura criatura fué concedida una plenitud semejante. El Angel, penetrando hasta lo mas escondido de aquella alma: ¡ Oh Maria! dice, tú has encontrado gracia delante de Dios. San Juan Crisóstomo, exponiendo estas palabras, ¿ qué cosa hay, exclama, mas santa que Maria? Ni los profetas, ni los mártires, ni los patriarcas, ni los ángeles, ni los tronos, ni las dominaciones, ni los serafines, ni los querubines, ni nada se encuentra entre las criaturas visibles ó invisibles mas grande, ni mas excelente que Maria (2).

Los santos mas aventajados en virtudes, entraron al mundo siervos del pecado y en desgracia de Dios: muchos de ellos ademas, incurriendo durante su vida en culpas personales, perdieron la gracia con que el Señor los había enriquecido, de modo que, para recuperarla, necesitaron lavar su alma con las aguas saludables de la penitencia. Pero no sucedió así á Maria, siendo tan llena la gracia que recibió desde el primer momento de su concepcion, que el Espíritu Santo elogiándola: « Toda hermosa eres, la dijo, y en tí no se encuentra mancha (3). » Y esa gracia aumentó Maria en cada instante de su vida con méritos elevados, porque el Todopoderoso ensanchaba y aumentaba en aquella alma dichosísima la capacidad necesaria para recibirla.

(1) 2.^a pars, quaest. 7. art. 10.

(2) Serm. 1. apud Metaphrast.

(3) Cantic. Cap. 4.

Las palabras: « El Señor es contigo, » nos descubren todavía mejor la excelencia de María, porque, á la verdad, en todos los hombres que conservan la amistad divina vive Dios, por cuanto la gracia que poseen, es una participacion de su ser; mas el Angel afirma que en María Dios asiste desde el primer instante de su concepcion, instruyéndola, gobernándola y defendiéndola, como al precioso tesoro preparado por su providencia en beneficio del linaje humano. « El Señor es contigo, » dice el Angel á María, « y no solamente el Hijo que vas pronto á tener en tus entrañas vestido con tu propia carne y alimentado con tu leche virginal; sinó tambien el Espíritu Santo con cuya asistencia vas á concebir, y el Padre que engendró antes de la eternidad al Hijo de que tu vas á ser verdadera Madre. Contigo está; oh María! el Padre que hace sea tambien tuyo á su propio Hijo: contigo está el Hijo que ha bajado á realizar en tí un profundo misterio de su amor infinito, conservando intacto el tesoro de tu virginidad; y contigo tambien está el Espíritu Santo que con el Padre y el Hijo santifica tu vientre virginal (1). » Ninguna criatura poseerá á Dios, como le poseyó María, mercediendo que el Verbo divino habitara en ella corporalmente, y de ninguna, por consiguiente, podrá decirse lo que María oyó del Angel: « El Señor es contigo. » Dios, fuente de toda gracia, de toda virtud, y de toda santidad, habitando en María, la hace partícipe de la omnipotencia del Padre, de la sabiduría del Hijo y de la caridad del Espíritu Santo.

Estas prerrogativas singulares que obtuvo la Virgen María como consecuencia de la íntima union con Dios en que vivió, han de inspirarnos deseo ardiente de

(1) S. Bernard. Serm. super *Missus est.*

trabajar, para que la divina gracia habite en nuestra alma constantemente, y toda nuestra continua diligencia vaya dirigida á limpiar y purificar mas y mas nuestra conciencia, de modo que descienda hasta ella la gracia del Señor. Si no procuramos esto eficazmente, Dios estará siempre lejos, y quedaremos sin parte en su reino de misericordia y caridad.

« Bendita eres entre las mujeres. » *Benedicta tu in mulieribus.* Aquí principia, hermanos mios, la segunda parte de nuestra oracion á la Santísima Madre de Dios. Dirigió el Angel estas palabras á Maria terminando con ellas su salutacion, y las oyó tambien despues Maria de boca de Santa Isabel, cuando la visitó en las montañas de Judá. Expresa la tercera alabanza que el Angel le consagró, y un nuevo motivo que nuestra humildad y nuestra confianza encuentran para dirigirse á Maria. Bendita, porque ella sola entre todos los hijos de Adan reunió en su persona la dignidad de madre y la cualidad de virgen. Las madres de Israel veian la bendicion del Señor en la numerosa prole de hijos que daban á luz, al paso que reputaban como verdadera maldicion la esterilidad: mientras tanto aquella bendicion llevaba consigo la maldicion, puesto que sin la corrupcion de la carne, sin la amargura del dolor, y sin soportar el yugo del marido, no podian darlos á luz. Al contrario sucede en Maria, que concibe y da á luz su precioso Hijo sin corrupcion y sin dolor, y un Hijo que vale por si solo infinitamente mas, que todos los hijos de los hombres: aquel Hijo, de quien fué dicho al patriarca Abraham: « En tu semilla serán benditas todas las gentes (1): » aquel Hijo que anuncio Isaías que naceria de una

(1) Génes. Cap. 18.

Virgen (1); y aquel Hijo, en fin, que venia para redimir á Israel de todas sus iniquidades (2). Por eso la Iglesia desde los siglos mas remotos canta á Maria: « Bendita tú entre las mujeres, porque volviste la vida que perdieron todos los hombres. Eva, madre de nuestro linaje, trajo al mundo la muerte, y tú, oh Madre de Cristo, nos restituyes la vida. Eva es la madre del pecado, Maria lo es del merecimiento que lo borra; Eva, matando en el hombre la gracia, lo arruina, mientras que Maria, dando á luz la vida, lo levanta (3).» Por todos estos títulos, « bendita, la llamamos con el Angel, entre todas las mujeres. »

Santa Isabel, saludando á la Madre de Cristo, dijo las palabras: « Bendito es el fruto de tu vientre; » y ellas forman la cuarta alabanza que le dedicamos en la oracion del *Ave Maria*. En ellas confesamos que no solamente Maria es digna de toda la honra que le dedicamos por sus excelentes virtudes, sino principalmente por ser Jesus, nuestro Divino Salvador, el fruto bendito de su vientre. Como si dijiesen segun el Padre San Bernardo: « No porque tú eres bendita ; oh Señora! será bendito el fruto de tu vientre; sino porque él te proveerá con todas las bendiciones de la gracia, tú serás bendita. Bendito el fruto de tu vientre, en quien son benditas todas las gentes, y de cuya plenitud tú tambien recibiste gracia y bendicion muy diferente de todas las demás gentes (4). » Jesus, el Hijo de Dios hecho hombre, Redentor y Salvador de los hombres, es tan solo quien puede dar fruto de gracia y bendicion. Santa Isabel lo veia con los ojos de la fe

(1) Isaías. Cap. 7.

(2) Lúcas. Cap. 1.

(3) S. Agustín. Serm. 2. de Annuntiat. Domini.

(4) Serm. 3. super Missus est.

encerrado en el vientre de Maria, y por eso brotaban de lo mas íntimo de su alma, alabanzas que glorificaban al Hijo, y redundaban tambien en gloria de su Madre. Bendito es, decia, el fruto de tu vientre; y con razon, porque bendito es Jesus con bendiciones eternas junto con el Padre y con el Espíritu Santo; bendito sobre los ángeles y sobre los hombres ; bendito sobre todas las criaturas como Señor y Criador de todas las cosas, y bendita Maria Madre de Jesus en cuanto participa de estas bendiciones como elegida entre todas las mujeres, para ser la Madre, el templo y sagrario de Jesus, fuente y autor de toda bendicion, y por quien son benditas todas las gentes de la tierra. Invoquemos nosotros á Jesus por medio de Maria , recordemos á ésta que Aquel , que todo lo puede, es fruto bendito de su vientre, y que en El ponemos toda la esperanza de nuestra salvacion.

La Iglesia añadio á las palabras de Santa Isabel : « Bendito es el fruto de tu vientre , » la invocacion del dulcísimo nombre de « Jesus, » porque Jesus, fruto bendito del vientre virginal de Maria, es nuestro Salvador, nuestro Reparador, nuestro Abogado delante del Eterno Padre y, en una palabra , todo nuestro bien , toda nuestra esperanza, y único título de nuestra felicidad eterna. Porque, invocando el nombre bendito de Jesus, obligamos mas á Maria , honrándola con el recuerdo de la gloria inefable que tiene de ser Madre de Jesus Dios y hombre verdadero. Porque , en fin , invocando el nombre de Jesus, confesamos que es nombre sobre todo nombre, y que Dios por un don particular de su misericordia nos ha concedido que le nombremos para terror de nuestros enemigos, para fortalecernos contra las tentaciones , y para reparar los estragos que aquellos y éstas han hecho en nuestra alma (1).

(1) S. Bernard. Serm. 5. super Cantic.

Todo lo que resta de la oracion del *Ave Maria* pertenece á la tercera parte , y fué compuesto por la Iglesia, para que sus fieles hijos invocasen desde todos los ángulos de la tierra con una misma deprecacion á la que es intercesora, abogada y medianera de todos delante de su Divino Hijo y Salvador Nuestro Jesucristo. *Santa* llamamos á Maria. *Santa Maria*, porque realmente lo es con aquella santidad que Dios ha querido comunicarle como á Madre y sierva suya. Dios es la santidad perfecta, y aquella que pueden tener sus criaturas , es la que El les participa segun su voluntad (1). « Solo uno es bueno , y ese es Dios, » dice Jesucristo (2); y en este mismo sentido en medio del mas profundo respeto la Iglesia canta cada dia al Señor: « Solo tú eres Santo. » Y no es ciertamente con santidad semejante á la de Dios , que á veces llamamos *santas* á las criaturas, sinó con una santidad limitada, y que comparada con la de Dios , es como la nada. Llamamos *santas* á las criaturas , cuando llenan con perfeccion la voluntad de Dios; y cuanto mas alta sea esa perfeccion, tanto mayor es tambien la santidad que en ellas reconocemos. Maria fué entre todas las criaturas la que observó con mayor perfeccion la ley de Dios , las inspiraciones de Dios y todo cuanto revela á los hombres la voluntad del Señor. Dios para premiar tanta virtud, la llenó de dones celestiales que ella aprovechó con exactísima diligencia para aumentar la santidad de su alma. Por esta razon á ella se aplica la sentencia del Cántico: « Toda hermosa eres, amiga mia, toda hermosa eres, y en tí no se encuentra mancha (3). » Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia

(1) Mateo. Cap. 19.

(2) Marcos. Cap. 10.

(3) Cantic. Cap. 2.

ven en ella aquel monte elevadísimo, de que habla el profeta Isaías, y que sobrepasa con mucho á todos los montes de la tierra (1). Tal es la santidad de María en comparacion á la de todos los otros Santos; y por eso con razon la llamamos *santa*.

La Iglesia pone de nuevo en nuestros labios la palabra *Maria*, porque es de tanta dulzura para los que la pronuncian con fervor verdadero. Cuando oramos á María, somos como aquellos navegantes que recorren los senos mas peligrosos del océano mirando sin cesar la estrella polar para no extraviar su rumbo. Así nosotros, atravesando este mar proceloso de nuestra vida, miramos la santidad y perfeccion de la estrella María, porque de ella recibimos luz que nos guia, amparo que nos protege, consuelo que nos fortifica, y virtud que nos enciende. Oid, hermanos mios, al melifluo Doctor San Bernardo á este respecto : « ¡ Oh tú ! que navegas entre las tempestuosas ondas del mar de esta vida miserable, no apartes los ojos de María, sino quieres que te arrebate y sepulte la tempestad. Si contra tí se levantan como récio huracan la impureza para precipitarte al abismo del pecado; si sopla fuerte contra tí el viento impetuoso de la tribulacion; si tu alma es combatida por la ira, la soberbia, ó la avaricia, *Respice stellam, voca Mariam.* Si la muchedumbre de tus pecados te inspira desconfianza y temor, llama en tu auxilio á María, invócala con tu corazon, y ten seguridad de ser oido. En todos los peligros, en todas las angustias, y en todas las dudas piensa en María, llama á María, no se aparte este nombre dulcísimo de tu corazon ni de tu boca : siguiendo á María irás bien, rogándola no desesperarás, pensando en María no erra-

(1) Isaías. Cap. 2.

rás. Si la tuvieses favorable, te conducirá seguro al puerto de la gloria (1). » « El nombre de Maria, dice San Alberto Magno, es despues del nombre de Jesus sobre todo otro nombre, y conforta á los débiles, sana á los enfermos, alumbrá á los ciegos, convierte á los duros de corazon, fortalece á los que combaten por la fe, y hace sacudir el yugo de Satanás. Al oir el nombre de Maria, el cielo y la tierra se regocijan, el infierno se espanta, y Satanás tiembla (2). » Santa Brígida nos asegura que al oir el nombre de Maria, las almas del Purgatorio se consuelan del mismo modo, que el enfermo al escuchar la voz que le promete su pronta salud (3).

Nestorio, separándose impíamente de la fe que habian predicado los Apóstoles, y enseñado todos los Padres y Doctores de la Iglesia cristiana durante mas de cuatro siglos, dió lugar á que se reuniese el Concilio general de Efeso, donde fué condenada su doctrina que negaba ser Maria Madre verdadera de Dios. Separando Nestorio en su imaginacion la divinidad, de la humanidad hipostáticamente unidas en Jesucristo, llamó á Maria Madre de Cristo hombre, mas no de Dios. Trecientos obispos, congregados en Efeso en Concilio general, aclamaron á Maria Madre verdadera de Dios, declarando que era ésta la doctrina de la Iglesia universal, y creida y profesada constantemente por los santos Apóstoles y por todos sus sucesores; condenaron como herejía la enseñanza de Nestorio, y proclamando el dogma de Maria verdadera Madre de Dios, entonaron todos á una: « Santa Maria, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores. » De este modo quedó consig-

(1) Homil. 2. super *Missus est.*

(2) Expos. in Evang. Luc. C. 1.

(3) Liber Revelat. Cap. 13.

nada en la oracion cotidiana de los fieles la declaracion del Concilio Efesino , que vindicó la dignidad de Madre de Dios que la herejía pretendió arrebatar á Maria Virgen. Los Padres del Concilio de Efeso , así como todos los fieles de la Iglesia, creian y veneraban á Maria como Madre verdadera de Dios ; porque el mismo Dios lo reveló asi en las santas Escrituras. Isaías nos habla de una Virgen, que concebirá y parirá un hijo que se llamará Manuel , es decir , Dios con nosotros (1). El ángel San Gabriel al anunciar á Maria la encarnacion del Hijo de Dios en sus purísimas entrañas: « El Santo , le dijo, que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios (2); » é Isabel, al ver á Maria que lleva en su vientre á Jesus , exclama: « ¡ De dónde á mí tanto bien, que la Madre de Dios venga á visitarme (3)?» Finalmente San Pablo, escribiendo á los Romanos, dice terminantemente: « Cuyos padres son los mismos (habla de los Israelitas), de quienes desciende tambien Cristo segun la carne , que es Dios sobre todas las cosas , bendito en los siglos (4). » Pero debemos entender bien que, cuando llamamos á Maria, Madre de Dios, no pretendemos que Maria haya engendrado la deidad , sino que engendró á Jesus , cuya carne tomó la deidad en las entrañas de Maria, naciendo de este modo el Hijo de Dios de sus purísimas entrañas , siendo esta gran Señora por eso verdadera Madre de Dios.

En esta dignidad incomparable , que tiene Maria , fundamos la confianza con que llegamos á pedirle su intercesion. Como miserables pecadores, nos vemos envueltos en tantos y tan horrendos vicios , soportan-

(1) Cap. 7.

(2) Lúcas. Cap. 1.

(3) Ibid.

(4) Cap. 9.

do infinitas necesidades espirituales, y contrarestando la fuerza de innumerables enemigos que nos combaten sin cesar; á la Madre de Dios, que participa de la bondad y misericordia de su divino Hijo, nos acojemos, llamándola: *Santa Maria, Madre de Dios.* Nuestra conciencia nos dice que, siendo Madre de Dios, nada podrá negarle su Hijo; sino que de El obtendrá todo cuanto pida para nosotros; que alcanzará para los pecadores su conversion, para los justos y amigos del Señor la perseverancia, para los penitentes el perdón de sus culpas, para los afligidos el consuelo, para los santos el aumento de gracias y merecimientos, y en fin, para todos los cristianos, que la invocan con fervor, su sombra misericordiosa que les guarde en todos los peligros.

Ruega, le decimos llenos de confianza, *ora*; y notad, hermanos mios, que no le pedimos que haga, ni nos conceda aquello que necesitamos; sino que nos limitamos á pedirle que ruegue. Porque, aun cuando contemplamos á Maria llena de gracia, poseida de Dios, bendita entre todas las mujeres, y aun mas todavía, cuando en ella veneramos á la Madre de Dios; á pensar de todo esto, Maria es pura criatura, y como tal, nada puede concedernos, y si solo pedir y rogar á Dios en beneficio nuestro. Dios nos ha recomendado que ocurramos á sus siervos mas perfectos, para que intercedan por nosotros en nuestras aflicciones. San Pablo nos enseña expresamente el valor que tienen delante de Dios los ruegos de sus Santos. A Maria que, segun el Angélico Doctor, goza por su encumbrada excelencia de Madre de Dios una dignidad como infinita (1), ¿no deberemos rogarle humildemente, suplicándole que

(1) 3.^a pars, quaest. 75. art. 5.

nos reciba bajo su poderosa proteccion ? Algunos de los sagrados expositores encuentran una figura del poder de Maria, en el que ejercitó Ester en la corte del poderoso rey Asuero. Mardoqueo le representa el peligro de morir que amenaza á su pueblo, y que quizá para salvarlo, la ha constituido la providencia cerca de Asuero. Estimulada de esta manera, se presenta delante del rey á interceder por Israel. Todo el mundo tiembla al llegar delante de Asuero; mas cuando Ester se presenta á interceder por los suyos, Asuero mira á la reina con agrado. ; Qué pides, Ester? le dice, aunque me pidas la mitad del reino, te será dada. Los ruegos de Ester inclinan la voluntad de Asuero en favor de los Judios, y la ley de exterminio publicada contra éstos queda derogada por respeto suyo (1). De este modo consideramos á Maria reina de cielos y tierra, intercediendo por nosotros.

Delante de la majestad de Dios tiemblan y se inclinan todas las potestades, escribe el Apóstol (2). El hombre que ha delinquido y teme con razon el rigor de la justicia divina, invoca á Maria; y lo que ni los ángeles, ni los demas Santos pudieran conseguir, lo obtendrá por medio de Maria Madre de Dios. ; Qué pides, Maria, le dirá el Rey del universo, que no se te conceda inmediatamente? ; Ah! y los ruegos de nuestra reina y madre al mismo tiempo arrancarán del pecado, de la ruina, y de la muerte al infeliz que se acogió á su proteccion. Todas las gracias espirituales que recibimos los pecadores, por Maria las recibimos, segun San Juan Crisóstomo (3). Roguemosla, pues, incesantemente, digámosle con fervor: « Oh Maria, ruega por nosotros. »

(1) Ester. Cap. 5.

(2) Epístola á los Efesios. Cap. 1.

(3) Serm. 1. de Virginibus, apud Metaphrast.

Pero confesamos á Maria nuestra triste situacion de pobres pecadores: « Ruega por nosotros pecadores, » representándole de esta manera la suma necesidad que tenemos de sus ruegos. El propio conocimiento es la manera mas eficaz de humillarnos, así como la humildad el mérito mas valioso que á Dios agrada en las oraciones de los hombres. « La oracion del humilde siempre es oida, » leemos en la santa Escritura (1); y nosotros que deseamos ser oidos por Maria, nos humillamos confesando que, realmente somos pobres pecadores. « Todos los hombres pecaron, dice San Pablo, y todos tienen necesidad de la gloria del Señor (2). » Por consiguiente, por todos los hombres rogamos á Maria, cuando le señalamos á los pecadores como acreedores á su proteccion. Jesucristo predicó de sí mismo que « no habia venido á buscar á los justos, sino especialmente á los pecadores, porque el bueno no tenia necesidad de médico, sino el enfermo (3), » mostrando de esa manera la caridad especialísima con que atiende á los pobres pecadores. Maria Madre de Jesucristo y partícipe de su inflamada caridad, observa igual conducta; quiere ser llamada « abogada de pecadores; » busca á éstos con amor singular por medio de llamamientos saludables que les alcanza de Jesus, les reduce á volver al camino de la verdadera vida, y con solicitud maternal pide, para todos los que se convierten, el don de la perseverancia.

La palabra *ahora* significa el tiempo presente de nuestra vida, en el que tanta necesidad tenemos de su intercesion. « Por todas partes me rodean los males, se quejaba David, y no veo para mí sino contradiccio-

(1) Salmo 101.

(2) A los Romanos. Cap. 3.

(3) Mateo. Cap. 9.

nes (1). » ¡ Ah con cuánta mas razon, que este santo profeta, podemos decir nosotros de la misma manera! A cada instante de nuestra vida vemos precipicios que se abren á nuestros piés, contradicciones que se levantan á nuestra virtud; en una palabra, experimentamos aquello que anuncia el apóstol San Pedro , á saber, que « el demonio , nuestro enemigo, anda como leon rugiente á nuestro rededor , buscando á quien devorar (2). » Nuestra oracion debe ser por eso continua así como es continuo nuestro peligro. « Ahora, Virgen Santa , necesito vuestro auxilio , porque ahora mismo experimento la rabia de mis enemigos. » Tiene tambien otro significado esta palabra *ahora* , y es lo corto y fugitivo de nuestra vida. Job la llamaba « viento, » y confesaba que sus dias corrian veloces como la sombra del que pasa (3). Penetrados de esta misma verdad , y mirando nuestra vida que corre veloz á su fin, ¡ ah! cuánto tenemos porqué temer ! ¡ Oh Maria! socorredme ahora para que, aprovechando este tiempo , me prepare para la eternidad. *Nunc.*

Cuanto mas avanzamos en el camino de nuestra vida, mas sentimos el peso enorme de trabajos y miseriaas de todo género que nos abruma. Desfalleceríamos á cada instante, caeríamos en la desesperacion, y nos perderíamos en sus senos tenebrosos, sinó tuviésemos adonde volver la vista para solicitar fortaleza. Levantamos, como el Profeta, al cielo nuestros ojos, porque de allí esperamos el auxilio (4). Alli vemos á Maria ocupada de nosotros, y á cada instante oimos su voz poderosa que pide tambien por nosotros. *Nunc.*

(1) Salmo 39.

(2) Epist. 1. Cap. 5.

(3) Job. Cap. 7.

(4) Salmo 120.

Hay, hermanos mios , para cada hijo de Adan un momento supremo, y el mas solemne de todos los momentos de que se compone la vida. Ese momento es el de la muerte. Entónces , cuando desaparece la fortaleza del poderoso, y queda reducido á la misma condicion que el débil y miserable; cuando el rico no vale mas que el pobre, ni el sabio mas que el ignorante; en aquel momento, digo, en que al soberano se prepara una cuenta mas estrecha de sus acciones que al vasallo, y todos los hombres escucharán aquella voz inexorable: « *Judicabo te juxta vias tuas , et ponam contra te omnes abominationes tuas:* Te juzgaré segun tus obras, y haré valer contra ti todas tus abominaciones (1); » entónces deseamos encontrar á nuestra Madre, á nuestra Reina y á nuestra Abogada rogando por nosotros pecadores. No tiene el hombre negocio tan importante, como el de su salvacion; y todo cuanto grande y valioso puede alcanzar en este mundo, es nada comparado con la grandeza y felicidad eterna. Jesucristo nos exhorts incesantemente á asegurarla, haciendo para ello todo género de sacrificios. Por esta razon no basta haber pedido la proteccion de Maria para todos los momentos de nuestra vida, sinó que en particular quiere la Iglesia, de quien son estas palabras, que le supliquemos encarecidamente , ruegue por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte.

El Espíritu Santo promete á los justos una muerte feliz (2) por los consuelos abundantes que derramará sobre ellos. Durante su vida, quizá habrán abierto sus puertas injustamente las cárceles para recibirlos; y los desprecios, las persecuciones y tribulaciones de toda especie les habrán perseguido; pero en la hora de la muerte

(1) Exequiel. Cap. 7.

(2) Salmo 115.

todo eso cesará : al poner su alma en las manos del Criador termina aquella penosa jornada, y se les abre la puerta de su verdadera patria llena de bienes infinitos. Muerte verdaderamente preciosa , dice San Bernardo, porque es el fin de los trabajos, la consumacion de la victoria, la puerta de la vida, y la entrada á una felicidad perfecta. Ved ahí lo que Maria garantiza en favor de los que buscan su proteccion ahora y en la hora de la muerte. ¡ Cuánto consuelo sentirá en esa hora formidable el cristiano , que con fé y devocion invocó á Maria cada dia de su vida ! Volviéndose á ella entre las angustias de su agonía: « Vírgen Santa, le dirá, os he invocado para esta hora, y ahora os invoco nuevamente; os he llamado Madre: decid á Jesus que sois mi Madre , y como tal, haced mi bien y mi felicidad eterna. » Maria oirá nuestro ruego , vendrá en nuestro auxilio , y nuestra muerte á la sombra de su proteccion será el tránsito de nuestra alma á la felicidad eterna.

Hemos recorrido, hermanos mios, el significado de cada una de las palabras que forman la Salutacion Angélica ú oracion con que honra la Iglesia cotidianamente á Maria Santísima. Concluiré exhortándoos á practicar la verdadera devocion á Maria, que consiste en acompañar los ruegos que le dirigimos con la imitacion de sus virtudes. Maria nos ha dejado lecciones prácticas y acomodadas para individuos de todos los estados, de pacienza, humildad, fortaleza, y vigilancia. En fin, todos encuentran en la vida de Maria modelo de virtudes perfectas que imitar, y si tenemos tal resolucion, estemos seguros de encontrar su patrocinio ahora y en la hora de nuestra muerte.

No es devoto verdadero de Maria el que vive en los desórdenes de los vicios; y en esa situacion , aun

cuando la invoque , no será escuchada su oracion, sinó bajo el propósito firme de apartarse del pecado, y de abrazar la práctica de las buenas obras. Solo con estos antecedentes podemos invocar á María con la seguridad de ser oidos, y contar con su proteccion en los mas duros conflictos de nuestra vida. Estimularé, hermanos mios, vuestra piedad, refiriéndoos el siguiente suceso del que puedo decir que soy testigo , puesto que lo oí contar en el lugar mismo que sucedió, pocos dias despues, á las personas que intervinieron en él. Oidlo. En un pueblecito llamado San Estanislao, situado á las márgenes del gran rio Magdalena en la República de Nueva Granada, vivia una jóven, cuyas dotes corporales servian de atractivo para que fuese visitada y celebrada por muchos. Nacida de padres pobres, ella miraba, como su único patrimonio, su vihuela, su voz y su destreza para bailar. Era solicitada para todas las diversiones de los lugares vecinos, y en todas corría mil peligros su honestidad. Sucedió, que en compañía de otras personas de su familia concurrió á un casamiento á otro pueblo en la orilla opuesta del rio ; y habiendo bailado, cantado y divertidose mucho los asistentes todo el dia, entrada ya la noche, quiso la jóven volverse á su casa. En vano le hicieron ver los asistentes los seríos peligros que presentaba el rio , principalmente de noche: todo fué en vano; la jóven quiso volver ; y se volvió en efecto. El rio Magdalena, uno de los mas grandes y que recorre mayor territorio en América , tendrá en el lugar que nos ocupa una legua de ancho, y presenta dos peligros seríos á los que lo atraviesan en pequeñas embarcaciones. El uno las canales que forman los árboles caidos y que, aglomerándose unos sobre otros, ofrecen graves dificultades aun á los buques mayores. El otro los caimanes ó cocodrilos, que de

enorme grandeza, hay en número infinito en toda la extension del rio. Es ordinario, que estos animales devoren á las personas que encuentran dormidas cerca de la ribera. En la embarcacion ya, la jóven con dos mozos que tomaron los remos, entraron sin sentirlo en una canal, y la corriente comenzó á llevarla pegada á la orilla del rio ; pero con una velocidad que no puede describirse. Un enorme caiman marchaba tambien tras de la embarcacion. Las ramas del espeso bosque, que puebla todas las orillas del Magdalena, lastimaban á los tres pasajeros; mas esto no fué lo peor , sino que una de esas mismas ramas fuerte y robusta prendió á la jóven de su vestido, y la sacó de la embarcacion, quedando pendiente en el aire sobre el rio. En medio del espanto que en la jóven produjo este suceso, con todo el fervor de su alma oró á la Virgen Santísima, acogiéndose bajo su amparo, y prometiéndole cambiar de vida y principiar la nueva que prometia entablar haciendo una buena confesion general. Mas la rama de que pendia la jóven se quebró con el peso de ésta , cayendo la infeliz sobre el caiman que la aguardaba. Aquí está, hermanos mios, lo extraordinario del suceso. Cayó la jóven sobre la espalda de la bestia, y resbalando quedó como á caballo sobre ésta que furiosa se zabullia en lo profundo. De este modo permaneció algunos minutos que tardaron sus compañeros en vencer las corrientes , para volver á tomarla de sobre el animal. La jóven cumplió con exactitud cuanto prometió, y lleva una vida santa, segun las noticias que tengo. Ved ahí cómo protege Maria al mas pobre y desdichado que la invoca de la manera que ella quiere ser invocada. Invoquemosla tambien nosotros, pero desprendidos de nuestras pasiones ; de esa tibieza que no nos deja avanzar en los caminos de Dios; de los deseos de ven-

ganza tan contrarios á la santa caridad; y en fin, dispuestos á seguir las inspiraciones de la divina gracia, mediante la cual merezcamos algun dia reinar con Cristo en el cielo que á todos deseо.

INSTRUCCION QUINTA.

DE LAS ORACIONES QUE DIRIGIMOS A DIOS POR MEDIO
DE LOS SANTOS.

Respice Sion civitatem solemnitatis nostrae.

Vuelve los ojos á Sion ciudad de nuestra solemnidad.

(Isai. Cap. 33.)

Ved ahí, hermanos mios, lo que consolaba á Israel errante por la tierra de su cautiverio. Arrancado de su patria, trasportado á las riberas del caudaloso Eufrátes, encontrando acá y allá mil causas de distraccion y entretenimiento, tiene sin embargo su vista fija en un solo objeto: en Jerusalen, ciudad de sus solemnidades. Canta á Jerusalen y desea ardientemente volver á su seno: por ella suspira, por ella llora cada dia, y levantando al cielo sus ojos bañados en lágrimas, pide por ella á Dios en sus oraciones: *Respice Sion civitatem solemnitatis nostrae* En aquella Jerusalen amaba Israel la tierra de su nacimiento, prometida por Dios á sus padres, y alcanzada por éstos despues de cuarenta años de peregrinacion. En su seno se alzaba el templo donde fué vista tantas veces la gloria del Señor, y desde donde respondió á los sacerdotes e iluminó con luces sobrenaturales el entendimiento de sus profetas. Allí el pueblo encontró misericordia en los dias de su tribulacion; desde allí fulminó castigos contra los blasfemos que injuriaron su sagrado nombre; y desde allí

protegió á los que, confiando en sus promesas, fueron á combatir contra los impíos enemigos de su santa ley. De esta manera en esa Jerusalen miraba su gloria , su felicidad y su verdadera vida ; sin ella nada podia serle útil ni agradable, y su pensamiento fijo en ella decia á su alma sin cesar: *Respice Sion civitatem solemnitatis nostrae.*

Semejantes á los deseos de Israel , que nos representan estas palabras del sagrado texto , son los que experimenta el cristiano que, animado de una fé viva, recuerda su verdadera patria , el reino de los cielos. Allí ve la tierra bienaventurada que Dios tantas veces le prometió por exceso de su infinita bondad ; allí ve á Jesucristo nuestro Divino Redentor que, derramando su preciosa sangre , nos lavó de nuestras manchas y nos hizo pueblo suyo; allí ve preparados los asientos para todos los que , aprovechando la divina gracia , practican las virtudes; allí ve, en fin, una muchedumbre de hijos de Adan, que nadie podria contar, sentados en tronos, y con corona en su cabeza, que reinan con Dios y claman sin cesar: « Salud á nuestro Dios que está sentado sobre el trono, y al Cordero (1). » Esa es nuestra patria verdadera , para allá vamos caminando, deseamos cuanto antes llegar á ella, levantamos como Israel nuestra voz y, mirando al cielo, como él repetimos tambien: *Respice Sion civitatem solemnitatis nostrae.*

Pero necesitamos, para llegar allá, amigos que nos reciban en los eternos tabernáculos (2), y los buscamos entre los dichosos moradores de aquella patria; á ellos volvemos nuestros ojos, procurando su intercesion delante del Juez eterno que nos puede abrir sus puer-

(1) Apocal. Cap. 7.

(2) Lucas. Cap. 16.

tas y discernir sus lugares. Ved ahí porqué los cristianos, que vivimos en el seno de la Iglesia Católica, honramos á los Santos, buscamos su intercesion, y dirigimos á Dios nuestros ruegos por su medio. Así lo han practicado desde el tiempo de los apóstoles, creyendo que los bienaventurados nos alcanzarán de Dios los auxilios oportunos para llegar á la felicidad eterna. Esta es la materia que voy á tratar en la presente instruccion: os haré ver cuál es la doctrina de la Iglesia sobre las oraciones que dirigimos á los Santos, y de qué manera deben ser hechas para alcanzar el fin que nos proponemos. Escuchadme.

Es artículo de fé católica , que solamente á Dios podemos adorar , y á El solo tributar todo el culto perfecto que corresponde al criador y conservador supremo de todas las cosas ; que solo á Dios podemos invocar como dueño absoluto de los bienes así naturales como sobrenaturales ; y que tan solo delante de Dios debe postrarse el hombre humildemente con toda su alma y todo su ser, confesando que nada somos delante de El, ni grandes, ni pequeños, pues El solo es El que es.

Partiendo de este principio que , como hemos advertido, es dogma de nuestra santa fé, me preguntareis , hermanos mios: ¿ en qué consiste entonces el culto que prestamos á los Santos ? Consiste en cierta veneracion religiosa con que les honramos como amigos de Dios , mostrándola con señales exteriores é invocando su patrocinio para con el mismo Dios.

Los protestantes luteranos y calvinistas , así como los otros reformadores del siglo diez y seis, renovando los errores de los maniqueos , niegan á los Santos esa veneracion , y acusan como idólatras á los cristianos que se la tributan. Mas al proceder así, obran los pro-

testantes en abierta oposicion con la santa Escritura, con la tradicion constante de la Iglesia de Jesucristo, y con la misma razon natural, como lo vamos á ver.

La santa Escritura nos refiere, que los hombres mas eminentes por su piedad para con Dios, al encontrarse delante de los ángeles, les honraron con profunda veneracion. Así lo hizo Lot con los dos ángeles que vinieron para salvarle de la muerte con que castigó el Señor á los habitantes de Sodoma y Gomorra (1). Así lo hizo Abraham al recibir la visita de los ángeles que le anunciaron el nacimiento de Isaac (2). Así lo hizo Josué cuando habló al ángel que se llamaba « Príncipe del ejército del Señor » (3). Y por cierto que ninguno de esos santos varones intentó adorar á los ángeles, sinó protestarles solamente aquella reverencia ó culto religioso que, inspirados por Dios, comprendieron que debian tributar á la eminente santidad , por la cual los ángeles estan intimamente unidos á Dios Nuestro Señor. Esto mismo hacemos nosotros cuando damos á los Santos ese culto especial que la Iglesia tiene determinado para ellos. Honramos á los amigos de Dios intimamente unidos con El en el reino de los cielos. No los adoramos, lo repetimos, porque la adoracion la reservamos solamente para Dios ; sinó que les honramos y les veneramos por la intimidad que gozan con Dios. Honra y venera tambien en ellos la Iglesia Católica con un culto especial aquellas virtudes excelentes, que les hicieron llegar á la posesion de la bienaventuranza eterna ; y honra y venera , finalmente , su perseverancia para combatir hasta el fin á los enemi-

(1) Genes. Cap. 19.

(2) Ib. Cap. 18.

(3) Josue. Cap. 5.

gos mortales, que trataban de impedirles el paso para su felicidad eterna.

En este sentido la Iglesia cristiana, esposa de Cristo, columna y fundamento de la verdad, desde los primeros siglos practicó el culto de los Santos como muy justo, legítimo y debido. Así lo aseguran las festividades instituidas para honrarles desde los tiempos mas remotos. Entre otras vemos en las Constituciones Apostólicas, cuyo autor vivió indisputablemente en los primeros siglos, que se ordena á los fieles guardar las fiestas de San Estevan Protomártir y de otros Santos (1). Pero mas hizo la misma Iglesia : construyó templos que dedicó á Dios bajo la invocación de sus Santos. Estos templos comenzaron á existir desde aquellos siglos en que, segun el testimonio de los reformadores, la Iglesia conservaba pura su doctrina. Viviendo todavía el apóstol Santiago se construyó en Saragoza un gran templo á María en el lugar que hoy existe la suntuosa Basílica del Pilar (2). En otro templo dedicado á la Virgen María se reunió el Concilio primero de Efeso en el siglo segundo, y en otro consagrado á la ínclita mártir Santa Eufemia el de Calcedonia poco despues. El pueblo cristiano , escribe San Agustín en el siglo cuarto, celebra la memoria de los Mártires con solemnidad religiosa (3) , porque el honor del siervo redunda en gloria de su señor ; y finalmente San Ambrosio, San Cirilo de Jerusalen, San Juan Crisóstomo y otros Padres antiquísimos de la Iglesia nos dejaron en sus obras brillantes testimonios de la legitimidad del culto que la Iglesia dió siempre á los Santos.

En los templos fueron colocadas tambien las imágenes

(1) Lib. VIII. Cap. 33.

(2) Hispan. Sacra Sec. 1^{ma}.

(3) Lib. II. contra Faust. Cap. 21.

de los Santos, no para adorarlas, como falsamente suponen los disidentes, enemigos de la Iglesia, sinó para honrarlas con las muestras de nuestro respeto, y para que la vista de esa imágen nos recuerde las virtudes que practicó su original, y nos estimule á su imitacion. El uso de colocar en los templos las imágenes de los Santos data desde el tiempo de los Apóstoles. La Historia Eclesiástica admite que San Lucas pintó algunas imágenes de la Virgen Maria, que fueron recogidas con piadosa avidez, llevadas á diferentes partes de Europa y Asia, y expuestas en los templos á la veneracion de los fieles. Algunas de éstas todavia son veneradas en Bolonia y en otros lugares, donde existen desde una larga serie de siglos. San Metodio, del siglo segundo, nos instruye sobre la honra que debemos á las imágenes de los ángeles, porque nos recuerdan su dignidad excelente, y nos dan motivo para glorificar al Señor (1); y San Atanasio en el tercer siglo explica el fin que nos proponemos al tener con nosotros las imágenes sagradas.

Si mi objeto fuese, hermanos mios, hacer sobre esta materia una disertacion, yo aduciría el testimonio de tantos otros Padres de la Iglesia que escribieron sobre la veneracion de las santas imágenes; pero no es tal mi objeto, cuando trato simplemente de exponer la doctrina que ha profesado y profesa hasta hoy sin variacion alguna la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo. Recordad, hermanos mios, que Dios mandó venerar el arca del testamento como trono de su gloria. *Adorate scabellum pedum eius, quoniam sanctum est*, dijo por boca de David (2): « Adorad el trono de sus pies, porque es santo. » El mismo Dios mandó construir dos

(1) S. Method. Orat. II. de Resurrect.

(2) Salmo 98.

querubines, y colocarlos sobre el arca en señal del sumo respeto y veneracion debido al lugar santo; y El mismo tambien hizo fundir la serpiente de bronce que, elevada en medio del pueblo mortificado por una plaga mortal, fuese símbolo perfecto de Cristo, levantado en la cruz para salud del linaje humano. De esta manera Dios de antemano autorizó el uso de las imágenes de los Santos. Ademas, ; cuál es el hijo de buenas costumbres que no honra la imagen de su padre? ; Y no son acaso los ángeles y los santos, que reinan con Cristo, nuestros verdaderos padres que nos forman para el cielo con sus ejemplos, nos instruyen con su doctrina, y nos alientan y fortalecen con sus oraciones? Tomando en consideracion la doctrina y las tradiciones de la Iglesia practicadas durante tantos siglos en todos los paises de la tierra, el santo Concilio de Trento declaró que « las imágenes de Jesucristo , de la Virgen Madre de Dios y de los otros Santos deben tenerse y conservarse particularmente en los templos, y dárseles el honor y la reverencia que se les debe. No porque se crea que en ellas exista alguna virtud ó dignidad, por la que se les deba tributar culto, ó porque se les pueda pedir algo , ó porque deba ponerse en esas imágenes nuestra confianza , como lo hacian los gentiles, colocando sus esperanzas en los ídolos; sino porque el honor , que damos á las imágenes , se refiere á los originales que representan , de tal modo que , por las imágenes que veneramos y delante de las cuales descubrimos nuestra cabeza y nos humillamos , adoramos á Cristo y veneramos á los Santos que representan (1). »

Finalmente venerainos las reliquias de los Santos, y tenemos razon para ello, desde que Dios mismo las

(1) Sess. 25. de invocat. et venerat. Sanctorum.

eligio tantas veces para que fuesen instrumentos de su admirable providencia al querer derramar sobre los hombres sus beneficios. Los huesos de José obran maravillas (1). Al contacto de las cenizas de Eliseo un muerto se levanta y echa á andar con sus propios pies (2). Las ropas de San Pablo puestas sobre los enfermos tienen virtud para sanarlos, cualesquiera que fuesen los males que padeciesen (3): y claro es que Dios nos autoriza con prodigios semejantes para que honremos las reliquias que El mismo honra. Por eso la Iglesia dió culto á las reliquias de los Santos desde el tiempo de los apóstoles. San Agustín nos refiere la pompa religiosa con que eran venerados los huesos de San Estevan Protomártir, y los insignes prodigios que obraba el Señor por intercesion de este gran Santo; San Justino, en el siglo inmediato á los apóstoles, recomienda á los sacerdotes instruir al pueblo sobre el respeto que merecen las reliquias de los Santos: porque á su contacto decia huyen los demonios, y alcanzan sanidad muchos enfermos abandonados ya por los médicos (4). De esa manera los Doctores mas antiguos de la Iglesia nos estan enseñando, cuán venerables fueron siempre para los fieles las reliquias de los Santos: con cuántos prodigios quiso el Señor autorizar esa misma veneracion, y recomendarla como loable á los cristianos de todos los siglos.

Ahora bien, hermanos mios, el culto que damos á los Santos consiste en invocarlos para que nos ayuden con su intercesion delante del Señor. Esta práctica de la Iglesia Católica está autorizada por Dios evidentemente.

(1) Ecclesiast. Cap. 49.

(2) Lib. IV. Regum. Cap. 13.

(3) Hechos de los Apóstoles. Cap. 19.

(4) Quaest. 28.

mente, como lo manifiesta la santa Escritura. Elifas y sus dos amigos han pecado, ofendiendo la santidad de Job ; y el Señor les manda que pongan al mismo Job como intercesor delante de El para conseguir perdón: « Id, les dice, á Job mi siervo ; él rogará por vosotros, y yo escucharé su oracion para que vuestra necesidad no os haga mal (1). » Asarías, compañero de Daniel, hace oracion e invoca á Dios, poniendo por intercesores á Abraham, á Isaac y á Jacob. « ¡ Oh Señor ! dice aquel ilustre confesor de un solo verdadero Dios, no apartes de nosotros tu misericordia, por Abraham á quien tanto amas, por Isaac tu siervo, é Israel tu santo (2). » El apóstol San Pedro en su carta segunda promete á sus hermanos en el conocimiento y profesion de la fé de nuestro Señor Jesucristo rogar por ellos continuamente. Conocia, por especial favor de Dios, que se aproximaba el tiempo de su muerte , y les escribia: « Tendré cuidado que aun despues de mi fallecimiento podreis vosotros tener memoria de estas cosas (3), » haciéndoles ver de ese modo, que con sus oraciones les ayudaria delante del Señor. « Hermanos, rogad por mí al Señor, » dice San Pablo, escribiendo á los de Tesalónica (4), y que ore por él sin intermission, suplica tambien encarecidamente á toda la Iglesia ; y si las oraciones de todos estos varones santos, que vivian todavía sobre la tierra , eran de grande auxilio para el santo Apóstol , y por esa razon las procuraba y se empeñaba fervorosamente por alcanzarlas, ¿ porqué no ha de ser lícito acogernos bajo la proteccion de los que ya reinan con Cristo en la gloria eterna ?

(1) Job. Cap. 42.

(2) Daniel. Cap. 3.

(3) II. Petri. Cap. 1.

(4) Cap. 5.

Pudieron socorrernos cuando acá eran todavía pobres peregrinos, como somos nosotros; ¡ cuánto mejor podrán hacerlo ahora que viven ya en su bienaventurada patria, y cuando aquella turba felicísima , ya segura de su inmortalidad , se muestra tan solicita por nuestra salvacion (1)? La Iglesia Católica, desde los primeros siglos, ha invocado á los Santos como sus protectores y abogados delante de Dios , y reunida en diferentes Concilios generales ha definido solemnemente que puede invocárseles como á intercesores nuestros, para alcanzarnos los favores que necesitásemos. En las actas del Concilio general de Calcedonia (2), los obispos reunidos, invocando la proteccion del ínclito Mártir San Flavian , obispo que habia sido de Constantinopla, « Flavian, dicen, vive despues de muerto , ruegue por nosotros el sagrado Mártir. » En el Concilio Niceno segundo los Padres: « Obremos en todo, exclaman á una, con temor de Dios, esperando la intercesion de la Virgen Santísima nuestra inmaculada Madre , y tambien la de los santos ángeles y la de todos los demas Santos (3). » Finalmente el santo Concilio de Trento definió contra los herejes modernos: « que es bueno y útil invocar devotamente á los Santos, y para alcanzar de Dios sus beneficios muy provechoso implorar sus oraciones, su auxilio y ayuda (4). »

Los protestantes ó herejes modernos condenando la invocacion de los Santos , que practica la Iglesia católica, nos dicen que « Jesucristo es el mediador entre Dios y los hombres , y que invocando otro, hacemos un agravio al mismo Jesucristo. » Mas este argumento

(1) S. Cyprian. de mortalit.

(2) Act. Cap. 17.

(3) Acta Concil. Tom. VII.

(4) Sess. 25. decret. de vener. Reliq.

no es contrario de ningun modo á lo que practicamos en la Iglesia católica invocando á los Santos. Creemos y confesamos, que nuestro Señor Jesucristo es único mediador entre Dios y los hombres, en el sentido que ejerce las funciones de tal mediador de una manera excelente y singular, y que no podrá jamas ejercitar ninguna otra criatura de un modo semejante. Porque, siendo Dios y hombre al mismo tiempo, no solamente con oraciones y ruegos, sino tambien con sus propios merecimientos reconcilia á los hombres con Dios, y muriendo, pagó la deuda de nuestros pecados. De El, como de su propia fuente, nos vienen todas las graciaeas, que nos concede el Señor, y por todas estas razones solo á El tambien podemos dar propiamente el título de medianero entre Dios y los hombres. En cuyo sentido nos dice San Pablo : « Uno es el medianero entre Dios y los hombres, Jesucristo Hombre (1). » Pero esto de ninguna manera se opone á que los Santos puedan llamarse nuestros medianeros, tomando esta voz en el sentido de abogados, patronos e intercesores delante del Señor, y que ruegan por nosotros á Dios en nombre de Jesucristo ; y ruegan al mismo Jesucristo, representándole en favor nuestro los merecimientos que ganó en su pasion y muerte con que nos redimió del pecado. Ejercitando los bienaventurados esta clase de mediacion, en nada disminuyen la dignidad de Cristo, de la cual distan infinitamente ; ni menoscaban el mérito de su mediacion, pues lo que ofrecen á Dios cuando en su presencia oran por nosotros, son los merecimientos de Jesucristo su divino Hijo, y de ningun modo mérito alguno propio.

Pretenden ademas los protestantes asemejar el culto

(1) I. à Timot. Cap. 2.

que, damos en la Iglesia católica á los Santos, con el que los gentiles dan á sus ídolos ; pero existe entre uno y otro culto una diferencia sustancial, como vamos á manifestarlo. Los gentiles adoraban á sus ídolos como verdaderos dioses ; como á tales dioses les ofrecían sacrificios, inmolaban víctimas y les tributaban todas las demás muestras de verdadera adoración. Suponían que estaba en sus manos concederles ó negarles aquello que les pedían, desde que los reconocían como divinidades y en posesión de los atributos que competen á la Divinidad. Mas el católico, que venera á los Santos, nada de eso hace ; considera como verdadero sacrilegio toda adoración rendida á la criatura, cualquiera que sea la elevación de su naturaleza, reservándola tan solo para Dios. En los ángeles y Santos mira aquellas criaturas felices que, terminando sencillamente la carrera de su vida, gozan ahora en el cielo el premio debido á las virtudes que practicaron. Dios en su gloria les ha hecho amigos suyos, y como á tales se complace en honrarlos. En esa unión íntima que gozan con Dios, creemos que pueden hablarle, rogarle y suplicarle en beneficio nuestro ; por eso con oraciones tratamos de empeñarlos á fin de que hagan delante de Dios esos oficios por nosotros. Esto queda de manifiesto á todo el que lea las oraciones de la Iglesia, pues en todas nos limitamos á suplicar al Santo, á quien se dirigen, que nos alcance del Señor aquello que necesitamos, pidiéndolo á Dios por los merecimientos de nuestro Salvador Jesucristo.

En las cortes de los reyes y príncipes de la tierra no es honrado tan solo aquel que ocupa el trono, y todo lo gobierna ; sino también todos aquellos que están más inmediatos á su persona. Cuánto más elevados son los empleos que se sirven, tanto mayor in-

fluencia se cree que ha de tener en el soberano aquel que lo desempeña. Esto, léjos de disminuir el honor del príncipe, contribuye á dar una idea mas alta de su grandeza y dignidad; porque no se honra á ninguno de aquellos cortesanos, sinó por respeto al soberano que los honra, teniéndolos cerca de sí. Igual cosa sucede entre la majestad de Dios y sus bienaventurados en el reino de los cielos. Los acerca á su persona, como hijos, como amigos y como servidores suyos: los viste de su propia grandeza, los hace poderosos participándoles algo de su poder, gloriosos concediéndoles parte de su gloria, y bienaventurados con la bienaventuranza que disfrutan en El como en su fuente perenne. Los hace santos con el reflejo de su santidad que derrama sobre ellos, dignos de honor y de aquella gloria que El mismo se digna concederles. Pero todo ese honor pertenece á Dios, toda esa gloria es tambien obra suya, y por consiguiente, cuanto honor y cuanta gloria se dispensa á estos sus hijos, sus amigos y servidores, redundá en honra y gloria del Señor, que por su bondad infinita ha querido honrarles y glorificarles.

Hemos visto cual es la doctrina de la Iglesia sobre el culto con que honramos á los Santos; ahora digamos algo sobre las oraciones mismas con que nos acomodemos bajo su patrocinio. Es cierto, que en privado cada uno puede rezar aquellas oraciones que mas le acomoden, ó porque sienta al decirlas mayor devoción, ó porque las encuentre mas adaptadas para expresar aquellas necesidades que tiene y trata de socorrer, ó en fin, por cualquier otro motivo. Pero no es ménos cierto, que en esas oraciones que dice privadamente cada uno, debe tener presente el ejercicio de aquellas virtudes que han de practicarse en todas nuestras peticiones, ya sean públicas, ya sean privadas, para que

Dios las escuche, y nos sean de provecho. Por consiguiente hemos de ejercitar nuestra confianza de alcanzar lo que pedimos á Dios por intercesion de sus Santos; pero entendedlo bien, hermanos mios, esa confianza no se funda ni en los merecimientos de aquel Santo, bajo cuya proteccion nos hemos acogido, ni tampoco en el poder propio que tenga para concedernos lo que le suplicamos; confiamos solo en Dios, que por su bondad infinita é insonable misericordia nos ha de conceder aquello que le pedimos por intercesion de su siervo, cuyos ruegos empeñamos para conseguirlo. Debe conocerse nuestra piedad en no buscar el patrocinio de los Santos para tener bienes de la tierra, que pueden muy bien contribuir á nuestra ruina ; sinó aquellos bienes que ni el tiempo destruye, ni la polilla devora ; aquellos bienes que el Salvador nos recomienda, cuando dice : « Una sola cosa es necesaria (1) ; – buscad el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura (2). » Dignos son de lástima aquellos cristianos, que con ahinco piden á los Santos les alcancen riquezas, comodidades, vestidos preciosos y tantas otras cosas que, léjos de facilitarles su salvacion, la pone en riesgo, estimulando, en quien las recibe, mil pasiones contrarias al espíritu que Jesucristo nos inspira con su doctrina y con sus ejemplos. Rogando debemos perseverar en nuestra oracion, aun cuando tardemos en recibir lo que esperamos: y en esa tardanza no recurramos, como suelen hacer algunos malos cristianos, á castigar á los Santos : suponiendo que con tales castigos les obligan á interesarse por ellos. De esta práctica perniciosa nacen mil injurias con que ofenden el respeto debido á las sagradas

(1) Lucas. Cap. 10.

(2) Mateo. Cap. 6.

das imágenes. Hablo, hermanos mios, del abuso de poner á éstas vueltas para el muro ; de quitarles sus adornos, las luces, etc.; de ponerlas con la cabeza para abajo, y de cometer otras irreverencias como éstas.

Debemos acreditar la humildad, llevando con paciencia el retardo del despacho de las peticiones. Nada tenemos de mérito, y al contrario mucho que nos hace desmerecer delante del Señor. ¡ Ah ! ¿ y porqué entonces tanta vehemencia para pedir y tanta osadía para recibir con molestia el que se nos retenga aquello que deseamos alcanzar ? Hemos de ser perseverantes en nuestros ruegos á los Santos , no un dia, ni un mes, ni un año, sinó todo el tiempo que tuviéremos necesidad de aquello que pedimos. Evitemos, hermanos mios, emplazar á los Santos, fijándoles tiempo para alcanzar del Señor el bien que deseamos ; dejemos á la Providencia que obre como fuese mas conveniente en órden á concedernos, cómo y cuando le fuere mas agradable, las cosas.

Al recurrir cada uno á los ángeles y á los Santos fuera de ejercitar esas virtudes, hemos de evitar dos vicios que nos alejan de su proteccion. El primero es olvidar á Jesucristo por invocar á ellos, olvidando así que nadie viene al Padre sinó por Jesus (1). Nuestra santa Madre Iglesia propone siempre la doctrina que San Agustin nos enseña en estas pocas palabras: « La oracion que no se hace por Cristo , no solamente no borra el pecado, sinó que ella misma es un pecado (2); » y por esta razon cuida la misma Iglesia que todas sus oraciones concluyan con el dulcísimo nombre de nuestro Señor Jesucristo que ponemos delante del Eterno Padre. El segundo es poner en los Santos una con-

(1) Juan. Cap. 14.

(2) In Psalm. 108.

fianza supersticiosa, llegando por ella á persuadirse algunos que, practicando tal ó cual devocion, no morirán sin recibir los sacramentos : de tal modo que se salvarán necesariamente por intersecion del Santo su devoto, aun cuando no hubiesen cuidado de imitar los ejemplos de virtud que nos dejó.

Estos dos vicios son, hermanos mios, muy injuriosos á los Santos, y contrarios á lo que cree la Iglesia al darles culto. Oigamos lo que dice San Agustín á los que obran de esa manera: « Honrar á los mártires y no imitarlos, no es otra cosa que adularlos mentirosamente (1). » Los que, confiando en sus devotos, perseveran en los pecados, juntando con éstos algunas prácticas de culto externo con que creen honrar á los Santos, sepan que Jesucristo en la hora de su muerte se reirá de todos aquellos que, durante su vida, despreciaron su santa ley. « Yo tambien me reiré, dice Dios, y os escarneceré en vuestra muerte (2). »

En las oraciones, que dirigimos públicamente á los Santos, hemos de preferir aquellas que Dios ha determinado, y las que la Iglesia tiene aprobadas. Con la oracion del *Padre Nuestro* y del *Ave María* honra la Iglesia á los Santos, porque, representándose en la del *Padre Nuestro* todas nuestras necesidades, nuestra fe y nuestra devocion quedan satisfechas pidiendo á nuestro devoto que presente al Señor esas mismas oraciones. En la oracion del *Ave María* honramos á la Reina de los ángeles y de todos los Santos, y su honra redunda en beneficio de todos aquellos de quienes es Reina y Señora María Santísima. Tambien rezamos en honor de los Santos el *Creo* ó Símbolo de nuestra fe, en memoria de esa fe que todos ellos tuvieron tan viva

(1) *Sermo 325.*

(2) *Proverb. Cap. 1.*

y ardiente, y por cuya defensa unos murieron mártires, y otros experimentaron trabajos y amarguras innumerables. La Iglesia honra é invoca tambien á los Santos con las Letanías instituidas por ella misma para que le sirvan de presidio ó refugio contra todo género de males, así espirituales como temporales. Con ellas invocamos á Dios é imploramos humildemente sus misericordias, y empeñamos á los Santos delante del Señor, nombrando á los mas conocidos, y cuya devoción se encuentra propagada por toda la cristiandad. Tambien tiene la misma Iglesia las oraciones del Breviario, con que honra á los Santos, y podemos usarlas para invocarlos con la seguridad de haber sido aprobadas con ese objeto. Todas estas oraciones estan dirigidas á Dios y á su divino Hijo Jesucristo; suelen recordarnos algunas virtudes que brillaron especialmente en aquel Santo, y se pide que brillen tambien en nosotros de tal modo, que nos encontremos llenos del Espíritu de nuestro Señor Jesucristo, así como lo estuvo el Santo que invocamos. Nada hay tan sencillo, y al mismo tiempo tan afectuoso, como estas oraciones con que honra la Iglesia á sus Santos: nos estimulan á imitarlos, y á pedir al Señor los auxilios necesarios para conseguirlo. En ellas reconocemos á Dios como supremo Arbitro de todos los bienes que concedió á sus Santos, con la abundancia que le agrado. Reconocemos en Dios, repito, esa mano omnipotente que eleva á los humildes de la tierra, hasta hacerlos brillar como estrellas en el firmamento de los cielos; y que fortifica á sus siervos de tal manera, que triunfan del poder de las tinieblas. Nuestro espíritu, lleno de fe y de esperanza, se alienta y enciende para marchar por el vestigio que ellos nos dejaron en las acciones de su vida.

La Iglesia ha expresado muchas veces su voluntad de que ninguna oracion dirigida á Dios ó á los Santos se diga públicamente ó en un concurso de fieles, sin que antes haya tenido su aprobacion. Las oraciones del Breviario tienen la aprobacion del Sumo Pontífice, y las que se rezan en las novenas ú otros devencionarios deben llevar la del obispo ú ordinario eclesiástico del lugar donde se rezan. Por carecer de este requisito, no es raro ver que se rezan en los templos y en otros lugares públicos devencionarios plagados de errores, y que de ninguna manera pueden contribuir á fomentar en los fieles la verdadera devucion.

Dios ha mostrado en todos los siglos, que le es sumamente agradable que le pidamos gracias por intercesion de sus Santos. No hay nacion, ni pueblo, ni aun casi individuo que no profese á Maria Vírgen, Madre de Dios , la tierna devucion que le debemos , que no cuente algun beneficio especial recibido por su intercesion. Mil y mil ocasiones ha mostrado el Señor, cuánto aprecio hace de los que le impetrان favores por intercesion del padre putativo de su Divino Hijo el Señor San José, y la Historia Eclesiástica si-glo por siglo nos va refiriendo los infinitos beneficios, que Dios ha dispensado á los hombres por intercesion de los Santos sus especiales patronos. La Espafia se gloria de haber sido auxiliada muchas veces por el Apóstol Santiago en sus guerras con los Arabes Mahometanos. La Francia invocó en públicas calamidades á Santa Genoveva, y la proteccion de ésta le fué de gran importancia. El nombre de San Genaro es célebre en toda la Italia, porque á él se han dirigido las plegarias de los Napolitanos en las tremendas calamidades causadas por el Vesubio. Y en todos los lugares del mundo cristiano se encuentra viva la devucion á Ma-

ria Madre de Dios y Madre nuestra, y vivas y frescas las señales de la protección que nos ha concedido siempre en toda suerte de aflicciones. ¿Qué significan, ehrmanos mios, tantas basílicas, templos y capillas que le están consagradas sobre toda la tierra ? ¿Qué significan mil santuarios en el viejo y en el nuevo mundo, donde se ostentan las señales visibles de su protección ? Preguntadlo á la Francia, y ella, mostrándoos los famosos santuarios de Nuestra Señora de Furvieres, de la Guardia, de Lurdes, de San German y tantos otros, os dirá que todos ellos son monumentos de la protección particular que le dispensó María en todo tiempo. Dejando á la España, Italia, Alemania y Bélgica; dejando á las regiones de oriente, en donde vemos mil y mil lugares santos consagrados á la Santísima Madre de Dios, preguntad á este nuevo mundo, á esta América nuestra patria querida, y ella mostrándoos sus famosos santuarios de Guadalupe en Méjico, de Chiquinquirá y de las Piedras en la Nueva Granada, de Copacavana en Bolivia, y de Andacollo en Chile, os responderá que María es venerada por todos los Americanos, que la reconocen como la mejor de las madres, recibiendo infinitas y espléndidas muestras de la bondadosa protección que les dispensa. Para gloria de Dios y de su Madre Inmaculada cerca de siete mil templos y capillas se encuentran erigidas en la América Española, en las que se le da culto bajo sus diferentes advocaciones. Todo esto nos está demostrando hasta la evidencia la legítima confianza que tenemos, cuando veneramos á los Santos para que intercedan al Señor por nosotros; y está probando tambien que nos oyen, porque en Dios ven y entienden todas las cosas, que piden con fervor en beneficio nuestro ; porque sentimos y experimentamos á cada paso

y en todo tiempo los beneficos efectos de su intercesion.

Concluyamos, hermanos mios, diciendo con la Iglesia universal: « Roguemos á Maria , porque ella es nuestra medianera delante de Jesucristo (1). » « Roguemos á los ángeles, porque son para nosotros fortaleza inexpugnable ; roguemos á los mártires , porque pueden alcanzarnos perdon de Dios (2). » « Imploremos la intercesion de los sagrados Apóstoles , pidamos las oraciones de los santos Confesores , porque jamas desprecia el Señor Dios ruegos tan poderosos (3). » « No omitamos diligencia alguna, para tener por amigos nuestros á los ciudadanos felicísimos que reinan con Cristo, porque sus oraciones han de ayudarnos mucho para hacernos llegar á unirnos con ellos (4). »

Mas para ser sus verdaderos amigos , necesitamos imitarles en todo aquello que son imitables. No merece la proteccion de los Santos el que tan solo se ocupa de honrarles con muestras exteriores de reverencia , mientras que prácticamente y con sus obras desprecia sus virtudes. Para honrarles verdaderamente y merecer su proteccion , es necesario ántes de todo ajustar las acciones de nuestra vida á los preceptos de Dios y á la doctrina del Evangelio , y buscarla principalmente para alcanzar las gracias necesarias á ese mismo fin. No empeñemos, hermanos mios, á los Angeles y Santos para que nos impetren beneficios temporales, gracias terrenas y pasajeras, sino empeñémosles á fin de obtener el reino de Dios, y las virtudes que nos conducen á él. Excitemos en nuestra alma el deseo de

(1) S. Ioann. Chrysost. Sedul.

(2) S. Ambros. Orat. de feria 3.

(3) S. Cyprianus, de Stella et Magis.

(4) S. Cyril. Hier. Catech.

acompañar á los Santos en aquella patria, donde la posesion de Dios será nuestra bienaventuranza, y digamos con David: « ¡Qué hermosos son tus tabernáculos, Señor Dios de las virtudes ! Mi alma los desea, y desfallece por llegar á los atrios del Señor (1). » Alcanzadnos vosotros, que reinais con Cristo, alcanzadnos llegar cuanto antes allá. Así sea.

INSTRUCCION SEXTA.

DE LA ORACION MENTAL.

Psallam spiritu, psallam et mente.

Oraré al Señor con mi espíritu, oraré con mi mente.

(1. Cor. 14.)

Ved ahí, hermanos mios, cómo aprovecha el apóstol San Pablo las lecciones que ha recibido de Dios, cuando, arrebatado de la tierra, penetra hasta el tercer cielo, y aprende entre los ciudadanos de aquella dichosa patria la ciencia mas importante para el hombre, es á saber, la ciencia de la oracion. Siente su entendimiento conmovido por la grandeza de Aquel, á quien ni el ojo vió, ni el oido oyó, pero que ha visto con los ojos de su alma, y conocido su bondad infinita de la que ha recibido muestras inefables. Su voluntad se mueve á amarlo y bendecirlo orando fervorosamente. « Oraré, dice, al Señor con mi espíritu, oraré con mi mente: *Psallam spiritu, psallam et mente.* » Es esta la oracion mental con que el Apóstol de las gentes nos convida á todos, para que conversemos con Dios,

(1) Salmo 83.

diciéndonos: « Llenaos del Espíritu Santo, hablándoos á vosotros mismos con salmos, himnos y cánticos espirituales, dando continuamente gracias á Dios en el nombre de Jesucristo (1). » Esta doctrina nos explica la naturaleza y propiedades de la oracion mental, con que pedimos á Dios, y atraemos sobre nosotros sus gracias y favores celestiales.

El Espíritu Santo es el maestro de la oracion mental, quien, segun el testimonio de San Juan (2), es la uncion que lleva consigo todos los bienes. Por inspiracion de este Espíritu Divino la aprendieron y la practicaron los Apóstoles y los Padres de la Iglesia, y por su inspiracion hemos de querer ser conducidos tambien nosotros, á fin de alcanzar la union con Dios que es la perfeccion en el ejercicio de las virtudes propias del cristiano.

El Salvador recomendaba con la palabra y con el ejemplo la oracion mental (3). Los Evangelistas lo presentan orando fervorosamente durante la noche, y alentando sus discípulos á practicarla en los momentos de ser entregado á manos de sus mortales enemigos. No haré yo á vosotros ahora un largo discurso, recomendándoos este santo ejercicio, sino mas bien os daré la doctrina de la oracion mental, enseñándoos á practicarla, de manera que podais recoger los frutos que por su medio nos dispensa el Señor. Diré primero en qué consiste la oración mental; lo que en ella debemos tratar con Dios, y las virtudes que hemos de ejercitar; y segundo os indicaré los obstáculos que encontramos en este sancto ejercicio, y los medios de que hemos de valernos para vencerlos.

(1) Ad Coloss. Cap. 5; ad Ephes. Cap. 3.

(2) Epístola I. Cap. 2.

(3) Lucas. Cap. 6.

¡ Quiera el Señor enviar sus santas luces sobre mi alma, para que mi palabra sea como debe ser en materia tan importante para todo cristiano ! Hacedlo así, Dios mio, ya que en Vos solo pongo toda mi esperanza, y para alcanzarlo con mayor seguridad, á Vos acudo, Madre y Señora mia, pidiéndoos que rogueis por mí.

La oracion mental es , hermanos mios , segun el Angélico Doctor Santo Tomás (1), « la elevacion de nuestra alma á Dios. » Esta elevacion la conseguimos por medio de las tres potencias del alma , memoria , entendimiento y voluntad , que ejercitan sus actos sobre los misterios y verdades de nuestra santa fé , acerca de los cuales nos proponemos orar.

La memoria se ejercita en la oracion mental, acordándose de Dios con quien se ha de hablar, y recorriendo prolíjamente todo lo que pertenece al punto que se trata de meditar. Se ejercita el entendimiento, considerando aquello que está en relacion con el misterio ó punto de meditacion ; y últimamente se ejercita la voluntad con las resoluciones y afectos, que hace el alma y son efecto del convencimiento que adquiere de lo que debe practicar y de lo que debe evitar (2). Mas , para que podais adquirir, hermanos mios , un conocimiento práctico en este santo ejercicio, lo dividiré explicándolo por partes.

El Espíritu Santo nos enseña lo que debemos hacer antes de la oracion: « *Ante orationem praepara animam tuam:* Antes de ponerte en oracion, prepara tu alma(3).» Y siguiendo esta doctrina, lo primero que debe hacer toda persona que desea orar con provecho, es lo que llamamos oracion preparatoria. Por consiguiente, puesto

(1) 2.º 2.º quaest. 83. art. 1.

(2) Luis de la Puente, *Introducción á la oracion mental.*

(3) Eccles. Cap. 18.

de rodillas, si buenamente puede hacerlo, el que va á orar, ó sinó en aquella postura conveniente á su salud, pedirá á Dios su gracia para hacer la oracion mental, rezando el himno del Espíritu Santo, el *Padre Nuestro* ó aquello que le inspire el deseo mismo de ponerse delante de Dios para conversar con El. Es tambien provechoso, para conseguir esa gracia, la proteccion de la Santísima Virgen Maria, invocándola con alguna oracion devota, ó con el *Ave Maria*. El Angel de la guarda y el Santo del nombre de cada uno pueden auxiliarnos mucho con su intercesion, y servirnos como de guias ó de maestros en la oracion. El ángel Rafael presentaba en el trono del Señor la oracion de Tobias (1). El ángel Gabriel ofrecia las de Zacarias padre del Bautista (2); y los ángeles custodios ofrecerán tambien las nuestras si, llenos de fé y de confianza, á ellos recurrimos. Por eso los Santos Padres, que tratan sobre la oracion mental, nos aconsejan acompañarnos de los ángeles para orar.

La presencia de Dios es otra diligencia con que principiamos la oracion mental. Con las potencias de nuestra alma hemos de mirar á Dios allí mismo, donde nos encontramos. Unas veces le veremos dentro de nosotros por esencia, presencia y potencia, viendo lo que hacemos y lo que pensamos, y ayudándonos para que lo hagamos de un modo debido y provechoso. « Allí lo veremos cumpliendo lo que nos ofrecia diciéndonos: Cuando orares, entra dentro de tu retrete, esto es dentro de tu corazon; y cerrando la puerta de tus sentidos, ora á tu Padre celestial que está allí, y te ve, te oye y te dará lo que le pides (3). » Otras veces

(1) Tobias. Cap. 12.

(2) Lucas. Cap. 1.

(3) S. Hilar. Tract. 3. in Matth. Cap. 6.

consideremos al Señor en derredor de nosotros, y rodeándonos por todas partes, mirémonos dentro de El, tal cual se encuentra un pez en el mar sumergido en sus aguas totalmente.

Cuanto mas avivaremos esta idea de Dios presente dentro y fuera de nosotros, y en todas partes donde hiciésemos oracion, mejor inspirados nos encontraremos para hablar con El, y para conseguir todo aquello que necesitamos con relacion á nuestra propia utilidad. Ademas esa grandeza infinita de Dios nos hace conocer mejor nuestra suma miseria y pequeñez. ¡Qué soy yo delante de Dios, podemos preguntarnos ó, como se preguntaba San Francisco de Asis, ¡quién soy yo, Señor, y quién sois Vos? ¡Ah! nada soy, nada puedo, nada merezco; pero vengo buscando á quien todo lo puede, con la esperanza de que auxiliará esta miseria mia, levantándola con su gracia del abatimiento y postracion en que la colocan sus pecados. Nada puedo; pero, si recibo su gracia, con esta todo lo podré: nada soy por mi mismo; pero, uniéndome á Dios, puedo contar con cuanto El haga por mí: nada puedo; pero, auxiliado por su gracia, todo lo puedo: nada merezco; pero, en virtud de su misericordia, todo lo obtendré. Todo esto se hace en nuestro interior pausadamente, cuidando que todos estos sentimientos vayan como grabándose en nuestra alma. Tambien es provechoso y contribuye para hacernos conciliar mejor la devocion, humillarnos profundamente con el cuerpo delante de Dios, uniéndonos con el polvo de que hemos sido formados.

Concluida esta oracion, que hemos llamado preparatoria, pasamos á la segunda parte, que es la composicion de lugar ó representacion. Asi llamamos aquella viva aprension de nuestra alma, que se imagina estar realmente viendo los lugares, las personas y las

cosas que estan relacionadas con su oracion. Por ejemplo, meditamos sobre la malicia y gravedad del pecado mortal, y para conocerla y persuadirnos mejor de ella, imaginaremos que estamos mirando en nuestra propia alma los terribles estragos que ha causado. Vemos á ésta en figura corporal como un cuerpo muerto, pero que deja bien percibir todavia algo de la suma hermosura y belleza que le concedió la bondad de Dios, supremo Criador de todas las cosas. Tiene tantas llagas asquerosas, cuantos son los pecados mortales que ha cometido, y de que se encuentra reo delante de la Majestad divina. Mirando atentamente ese objeto, va conociendo la situacion en que le dejó el pecado mortal, y persuadiéndose, por consiguiente, mas y mas de la gran malicia de éste, que tantos estragos produce en el alma que lo comete. Si queremos meditar en algun misterio de la vida de nuestro Señor Jesucristo, será mucho mas fácil hacer esta representacion ó composicion de lugar. El que, por ejemplo, quiere meditar en alguno de los pasos de la pasion, entonces mirará el Divino Salvador tal cual nuestro entendimiento se imagina que estaría en aquel lugar, cubierto su rostro de escupos y de sangre, afeado por crueles bofetadas; coronada con espinas su cabeza, desnudo y atado á la columna en la flagelacion, y cargando la cruz cuando marchaba á la crucificacion. Me fijare en las personas que le rodean: éstos son sus enemigos encarnizados, que le acusan y piden se le condene á muerte; los verdugos que, asusados por los principes, le atormentan sin piedad. Veré, en fin, á su Madre santísima y algunos de sus discípulos que le siguen compadeciéndole, lamentando y llorando amargamente lo que padece. Esta representacion ó composicion de lugar es de grande utilidad, pues fija al alma en el punto que

pretende meditar. Por eso la llamaron algunos Doctores de la teología mística « llave de la oracion mental (1). » Es como la señal, que se da al alma para recogerse en las distracciones que la acometen; ó como el rastro, que señala al viajero el camino entre la nieve que cubre la montaña.

Hecha y bien fija ya en la mente la composicion de lugar, se pasa á la consideracion ó meditacion. En esta se han de tener presentes las siguientes reglas.

1^a. Que nuestra meditacion ha de ir ordenada á un fin determinado, y ese fin es producir aquel bien que necesitamos alcanzar: ya sea ese bien librarnos de algun vicio ó defecto, en que incurrimos á menudo, ya sea conseguir la práctica de tal ó cual virtud de que nos encontramos escasos, nuestra meditacion ha de dirigirse á conseguir ese fin determinado. Con ese objeto la ordenaremos de modo, que sintamos aborrecimiento á aquel vicio que queremos arrancar de nosotros, y amar la virtud que deseamos conseguir.

2^a. Al que medita no debe causar cuidado no poder hacer discursos, ni largas reflexiones en su oracion; su atencion especial á de dirigirse á mover con la meditacion su voluntad, y á que esta forme resoluciones provechosas. David no hacia en su oracion mental largos discursos, sino al contrario dirigia á Dios con sencillez los deseos de su corazon : le hablaba como un pobre ignorante algunas veces, y otras como un niño; mas él conocia el gran fruto que sacaba de su oracion, cuando dice: « Porque soy ignorante en las letras, por eso penetraré los secretos del Señor (2). » Hagamos nosotros igual cosa en nuestra oracion ; hablemos con el Señor humildemente, hablemos como ignorantes y como

(1) S. Ignatius in Lib. Exercit. spirit. Edit. Regal.

(2) Salmo 70.

niños, porque el trato de éstos le agrada particularmente, nos dice la santa Escritura (1).

3^a. Cuando , durante la meditacion , nos sentimos movidos por algun afecto particular , ó de arrepentimiento y dolor de nuestros pecados, ó de afecto á alguna virtud, ó de amor y agradecimiento á Dios nuestro Señor, debemos detenernos , á fin de ensanchar y profundizar ese mismo afecto, repitiendo muchas veces con nuestra voluntad lo que él nos inspira , á fin de aprovechar la gracia del Señor, que es la causa principal que lo mueve.

4^a. En las razones que encontramos en la oracion para aborrecer y detestar los pecados, ya sean mortales, ó veniales, debemos procurar detenernos, á fin de que se graben sólidamente en nuestro entendimiento , y en nuestra voluntad. Así grabados subsistirán y nos harán recoger los frutos consiguientes, que son la reforma de nuestros defectos, y nuestra santificacion por medio de las virtudes.

Teniendo presente estas advertencias, procuraremos pensar sobre cada una de las circunstancias del punto de meditacion, haciendo con nuestro entendimiento las reflexiones ó discursos que de ella se desprenden y mueven nuestra voluntad eficazmente á amar algun bien ó á aborrecer algun mal. Esas circunstancias podemos meditarlas en las postimerías como verificadas en nuestra propia alma: meditando sus angustias en el juicio al aparecer en la presencia del Juez ; la soledad en que allí mismo se encontrará ; la compañía del demonio que le acusa, y la del ángel de su guarda, que ó la defiende si ha salido de este mundo en gracia de Dios, ó queda en silencio si la ve car-

(1) Proverb. Cap. 5.

EYZAGUIRRE, Instrucciones. Tom. II.

gada de pecados. Todas estas circunstancias son á propósito para inspirarnos aborrecimiento á las culpas , deseo de abrazar vida cristiana, de satisfacer al Señor con obras de penitencia , y de vivir preparados para ese juicio formidable, al que seremos llamados el dia que ménos pensemos.

En las meditaciones de la vida, pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo los puntos que nos han de servir en nuestras meditaciones pueden ser: ¿ quién es el que padece ? El Hijo de Dios, la segunda persona de la Santisima Trinidad, y Rey de los cielos. ¿ A manos de quién padece ? Padece ultrajado por los hombres, que estan impulsados por los demonios. ¿ Qué es lo que padece ? Desde la planta de los piés hasta el extremo de la cabeza no se ve en su cuerpo parte alguna sana. Todo su cuerpo es una llaga , de tal modo que está lleno de dolores, sin haber en él parte alguna que no sufra. ¿ Porqué padece ? Por el hombre padece, porque consiga su salvacion: por mí padece que perdi el cielo por mis pecados; por mí padece, porque vuelva á la gracia del Señor , de que me separaron mis passiones desordenadas ; y en fin , por todos nosotros padece, porque pudiéramos llamarnos hijos suyos, despues que habíamos dejado de merecer ese título por nuestras culpas. ¿ Cuál era nuestro mérito para tanta bondad y misericordia ? Ninguno , porque en los hombres no hay sinó demérito é ingratitud á los beneficios divinos, infidelidades y todo cuanto puede hacer á su alma despreciable delante de Dios. Cada uno de estos puntos debemos considerar y profundizar detenidamente; pero en aquellas verdades que mas dispierten en nuestra alma afectos de compuncion y de agradecimiento á la bondad divina ó de amor á Jesucristo nuestro Divino Redentor, nos detendremos mas, hasta haber extraido

de aquella consideracion toda la ternura, todos los afectos y toda la devucion á que nos excite. Por consiguiente, no debemos pasar con lijerezas de una consideracion á otra, pues entonces nos passará lo que sucede al que va corriendo por un camino, que no puede fijarse en los objetos que encuentra, sinó de un modo muy imperfecto; así el que va con lijerezas en las consideraciones, que le ofrece su alma, no sacará ni la luz, ni el conocimiento, ni la gracia que Dios le tiene reservada en aquella meditacion. Sucece al contrario, cuando nos detenemos profundizando cuanto es posible las verdades que meditamos, porque logramos entonces extraer de ellas la ciencia de las virtudes, que es la única verdadera ciencia. Bien conocia esto el Padre San Agustin, cuando escribia: « La meditacion nos inspira conocimiento de Dios y de nosotros mismos ; la ciencia, compencion por nuestros pecados y miserias; la compencion desperta afectos de devolucion hacia Dios por sus grandezas y misericordias ; y la devolucion perfecciona la oracion, haciendo que nuestro espíritu se junte amorosamente con Dios, y le pida todo cuanto necesita y fuere conveniente alcanzar (1). »

El corazon y la lengua pueden ayudarnos en la meditacion, brotando aquellos torrentes de afecto, que llamamos jaculatorias. A éstas aludia el Santo Rey David, cuando, llena su alma de amor y de reconocimiento á Dios, « Mi corazon, decia, erutó santas palabras (2). » Así el alma, penetrada en la oracion de ciertas verdades, llama en su auxilio al corazon y á la lengua para expresar lo que siente. Estas jaculatorias son expresiones breves y afectuosas que dirigimos al Señor, unas veces penetrados del exceso de nuestra

(1) Liber De anima. Cap. 70.

(2) Salmo 44.

miseria, pidiéndole que tenga misericordia de nosotros; otras abismados de su bondad infinita, le hablamos llenos de agradecimiento, complaciéndonos de sus soberanas perfecciones, confesando sus atributos y esperando en su misericordia. Los Salmos de David están llenos de estos afectos, y pueden ayudarnos mucho en esa especie de conversación que nuestra alma entabla con Dios; San Francisco de Sales dice que debemos procurar que broten de nosotros frecuentemente tales jaculatorias, porque « consumen todo cuanto puede haber en nuestra alma que desagrade á Dios (1). »

Cuando el cristiano se ha persuadido en la meditación de aquello que le conviene hacer ó renunciar, forma sus propósitos ó resoluciones. En orden á éstos debo advertir tres cosas. Primera que, al hacerlos, no presumamos apoyarnos sobre nuestras propias fuerzas, ni sobre nuestro propio poder, porque nada podemos ni nada valemos, pero hemos de resolvernos á ejecutar tal cosa contando con los auxilios de Dios, que hemos pedido y seguiremos pidiendo continuamente. Segunda, no debemos contentarnos con hacer propósitos generales, como, por ejemplo: me resuelvo á ser bueno, á vivir arregladamente, á guardar todos los mandamientos, etc.; porque muy buenos serán estos propósitos, mas mucho mas aprovecharán si, junto con determinarnos á ser fieles al Señor en la guarda de sus santos mandamientos, hacemos un propósito mas particular de huir tal ó cual pecado, con que hemos quebrantado mas á menudo esa misma divina ley. Por eso habiéndonos persuadido en la meditación del mal que nos hacen ciertos pecados ó defectos, en que incurrimos, debemos resolvernos eficazmente á evitarlos. Lo

(1) Cartas espirituales.

mismo digo en orden al ejercicio de las virtudes : debemos proponernos practicar especialmente aquellas, que sean contrarias á los pecados ó defectos en que incurrimos. Tercera, al proponer apartarnos de aquellos vicios, y practicar aquellas virtudes, hemos tambien de adoptar los medios que nos conduzcan á lograr esos fines. Porque, á la verdad, hermanos mios, no puede darse resolucion eficaz de hacer alguna cosa, si no la hay tambien al mismo tiempo de poner los medios que nos lleven á conseguirla. Vano es el deseo que muestra un sujeto de ver á su amigo, si, pudiendo hacerlo, no se pone en movimiento para buscarlo y satisfacer ese deseo. De la misma manera enteramente inútil es resolverse á dejar nuestros malos hábitos, si no nos resolvemos al mismo tiempo á poner todos los medios necesarios hasta alcanzarlo. De consiguiente hemos de particularizar tambien esos medios. Dios nos ha hecho conocer en la oracion, que tal visita disipa nuestros buenos propósitos, que tal relacion es causa de tales ó cuales caidas, que la concurrencia á aquel lugar nos induce á faltar á la caridad, á la pureza ó á otro precepto de la ley divina; debemos particularmente resolver abstenernos de hacer esa visita, á cortar aquella relacion, y á renunciar la concurrencia á aquel sitio, mientras que subsista el peligro. Los fines á que se dirigen esos propósitos, son precisamente el fruto principal que nos proponemos en la oracion, que, como ya lo hemos dicho, es la reforma de nuestras costumbres, el aborrecimiento de nuestros pecados, aun cuando sean veniales, y evitar toda ocasion de cometerlos, domar las pasiones, mortificar los sentidos, reprimir las inclinaciones viciosas, vencer las dificultades que se presenten para la práctica de las virtudes, pelear constantemente contra las tentaciones, y alentarnos para sufrir con resignacion los trabajos que

se nos presenten en el servicio de Dios. Ademas debemos proponernos imitar las virtudes de Jesucristo Nuestro Divino Salvador, especialmente su paciencia, su humildad, su obediencia, su mansedumbre, y su caridad; ese amor tan ardiente á la cruz, á los desprecios y á la mortificacion de los sentidos, y nada de esto podremos alcanzar, si nuestras resoluciones no van dirigidas especialmente á conseguir ese fin.

Algunos , cuidando poco de fijarse en cuáles son los medios mas adecuados para llegar al fin que se proponen en la meditacion, divagan en este punto; ya se resuelven á practicar una cosa, ya dejan ésta y se proponen otra. Son semejantes, dice San Francisco de Sales, á las aves que saltan sin cesar de una rama á la otra, sin permanecer quietas en ninguna (1). Tales personas no lograrán los bienes, que podian conseguir en la oracion, porque no ponen medios adecuados para ello. Hagamos, hermanos mios, lo que hacia David, cuando , Permaneceré , decia , meditando las grandezas de mi Dios, oiré lo que El hable á mi alma, y obedeceré con prontitud y eficacia aquello que me dijere (2).

Hechos los propósitos , y bien puntualizados los medios que hemos de emplear para cumplirlos con exactitud, nos volveremos al Señor hablándole familiarmente con algun coloquio ú oracion. Cuidemos que ésta exprese bien á su divina majestad lo que pasa por nuestra alma: nuestro agradecimiento á sus beneficios, nuestro dolor por los pecados cometidos , y nuestras resoluciones de serle enteramente fieles. Hablemos á Dios unas veces como el hijo habla á su padre, otras como el enfermo trata con su médico sobre las dolencias que

(1) Cartas espirituales.

(2) Salmo 84. y otros.

padece, otras como el discípulo trata con su maestro, y otras aun como el pobre necesitado pide y ruega al rico de quien solicita ser socorrido con alguna limosna. Hablemos á Dios con toda confianza; cierto es que todo lo nuestro, aun lo mas íntimo, lo sabe y conoce mejor que nosotros mismos; pero tambien lo es que quiere que nosotros le representemos humildemente nuestras ignorancias, nuestras miserias y nuestras pobrezas, y le roguemos que las remedie. Podemos tambien dirigirnos á Jesus Nuestro Divino Salvador, recordándole los merecimientos que ha ganado para nosotros, y pidiéndole nos aplique algo de su sangre preciosa para lavar la inmundicia de nuestras iniquidades; *Esto mihi Salvator*, digámosle con San Bernardo: « Sed para mí Salvador, » libertándome con tus gracias del mal gravísimo de mis culpas. Para aumentar nuestra confianza hablando con Jesus, miremos con los ojos del alma esas llagas amorosas que brotan la sangre que nos lava y purifica de nuestras culpas: ¡Oh fuentes de misericordia! Oh dulcísimas llagas que abrió mi amor en el cuerpo de Jesus mi Salvador! Oh torrentes de gracia y de misericordia dispuestos para mi santificación! Oh alma mia muévete presto, presto á recibir tan grandes tesoros! Si Jesus hizo tanto por salvarte, ¿cuánto no deberás tú hacer hasta conseguir tu salvacion? Alma mia entrégate á Jesus, del todo resuelta á pertenecerle eternamente. Dile con la misma voluntad y con el mismo fervor que su Profeta: « Tuya soy, salvadme, Jesus mio (1). »

Completemos nuestro coloquio dirigiéndonos á nuestra misericordiosa Madre la Virgen Maria, hablémosle tambien para empeñarle en favor nuestro. Ella conoce

(1) Salmo 118.

el valor de cada alma y cuánto cuesta á su divino Hijo Jesus. ; Oh Virgen Soberana , negociad para mí que ame á vuestro Hijo con perfeccion ! Sed mi maestra, y enseñadme lo que debo hacer para agradarle y servirle en todas las cosas, de modo que jamas me aparte de su presencia. Al Angel de nuestra guarda y á los Santos de nuestro nombre y de nuestra particular devocion podemos suplicar tambien, que nos auxilien con su intercesion, para ser mas y mas fuertes en la batalla que los enemigos de nuestra felicidad eterna han de suscitar contra nuestras resoluciones.

De esta manera se concluye nuestra oracion mental ; pero es necesario antes de separarse del lugar, donde se ha tenido, hacer dos diligencias que han de asegurar su fruto á nuestro favor. La primera es dar gracias al Señor por el inmenso beneficio , que nos ha hecho permitiéndonos estar en su presencia, oyendo nuestros ruegos y socorriendo nuestras necesidades. Esta accion de gracias es imprescindible para cualquier cristiano que ha recibido del Señor sus beneficios. El *Padre Nuestro*, el *Ave Maria*, la confesion ó *Yo pecador* son oraciones adecuadas para rendir á Dios ese humilde tributo de nuestro amor y reconocimiento. La segunda es examinar cómo nos hemos portado en la oracion; si me preparé bien para entrar en ella; si previne el punto ó materia de la meditacion ; si me puse en la presencia de Dios; si procuré hacer la composicion de lugar, y renovarla cada vez que me asaltaron distracciones, y si han sido ó no éstas voluntarias ; si he recibido con humildad las inspiraciones del Señor que me dan, á conocer lo que Dios quiere de mí, y si he hecho propósitos segun esas mismas inspiraciones y segun las necesidades de mi alma. Examinando todo esto , se pedirá perdón al Señor de

las faltas en que se hubiese incurrido voluntariamente.

Dejamos explicado con brevedad el modo de hacer con provecho la oracion mental; ahora apuntaré en dos palabras la materia, que cada uno podrá preferir para su meditacion consultando su mayor provecho. Podemos dividir á los que median en cuatro clases de personas. A la primera pertenecen los pecadores que desean salir de sus culpas que les impiden acercarse á Dios. A la segunda los principiantes en la virtud, y que, aun cuando desean mortificar bien sus pasiones desordenadas, y purificarse completamente de sus manchas alcanzando la limpieza del corazon, no obstante sus pasos en ese camino son aun débiles e inciertos. A la tercera los adelantados ya en la práctica de las virtudes cristianas, pero que desean robustecerse y perfeccionarse mas y mas en estas mismas. A la ultima, finalmente, los ya perfectos, pero que meditando y orando se proponen unir su espíritu con Dios. Pues bien, á cada clase de estas personas les conviene para su aprovechamiento usar materia diferente para su meditacion.

A los primeros, es decir á las personas que de veras quieren convertir su corazon á Dios y mudar de vida, conviene tomar como punto de meditacion algunas de las verdades de la fe, que inspiran en nuestra alma temor saludable al Señor. Tales como las amarguras que el pecador experimentará en el trance de su muerte; el juicio de Dios que tendrá lugar en el momento en que se separe el alma del cuerpo; el infierno eterno que aguarda á los pecadores impenitentes, todo esto conviene como punto de meditacion á tales personas, porque el temor saludable suele ser para el hombre principio de justificacion, y todo cuanto puede inspirar ese temor, es materia útil

y provechosa para tales pecadores. Pero aquellos que ya principian á conocer y ejercitar las virtudes cristianas aunque imperfectamente, mas desean con sinceridad adelantar en ellas , sacarán provecho de los ejemplos que nos dejó en su vida Nuestro Señor Jesucristo : ejemplos todos de práctica excellentísima de todas las virtudes. Un Dios hecho niño, se nos presenta obediendo sin réplica á sus criaturas ; humilde y pobre, buscando la compañía de los pobres y humildes; mortificado, negando á sus sentidos toda especie de satisfaccion. ¡ Ved ahí el modelo que corresponde á esas personas ! El mismo se nos propone diciéndonos: « Aprended de mí . »

Aquellos que ya estan adelantados en el ejercicio de las virtudes cristianas, porque á fuerza de vencerse á sí mismos han triunfado de los vicios y malas pasiones, aprovecharán ejercitándose en la meditacion de lo que hizo y padeció Nuestro Señor Jesucristo durante su vida activa. Meditando , digo , las virtudes admirables que nos refiere el santo Evangelio, particularmente esa caridad, raiz de todas las demás, y tan activa que nos lo deja ver extenuado por la fatiga y el cansancio, y muerto en la cruz á fin de salvar á los tristes pecadores. A todos éstos enseña Jesucristo con los ejemplos de su vida, pasion y muerte, que las virtudes se arraigan y fortalecen en nosotros, entre los sufrimientos y las contradicciones de la pasion; pero no en los placeres, ni en las satisfacciones del contento y de la fortuna.

Finalmente los que han llegado á perfeccionarse en el servicio de Dios , pueden meditar la vida gloriosa de Nuestro Señor Jesucristo, su resurrección , las conversaciones amorosas que tuvo con sus discípulos, despues de salido del sepulcro ; las amonestaciones é in-

strucciones que se dignó darles , y en fin , su entrada triunfante al reino de los cielos. La gloria del Salvador al frente de los padecimientos que toleró , ¿ cuánto fervor no comunica á nuestra alma ? cuánto deseo no nos inspira de sacrificarnos por Cristo , esperando la gloria de Cristo , como nos dice San Pablo ? Sabiendo que las pequeñas molestias , que tolerásemos por Jesus durante el breve espacio de nuestra vida , serán eternamente recompensadas con las abundantes delicias que derramará el Señor sobre nosotros eternamente , que nuestra carne y nuestros huesos mortificados por la penitencia se levantarán regocijados á la voz del Criador , que les llamará á gozar en su seno las dulzuras inefables de su gloria .

Estas son , hermanos mios , las meditaciones que convienen y recomendamos á cada clase de personas , consultando su utilidad espiritual . A los que saben leer , les aconsejamos hacer la lectura espiritual que les provea de puntos de meditacion en la Imitacion de Cristo de Tomás de Kempis , en la oracion y meditacion del Venerable Luis de Granada , en las meditaciones de San Agustin , de San Bernardo , de San Alfonso Maria de Ligorio y del Venerable Luis de la Puente . Todos estos libros , y otros como éstos , son de reconocida utilidad para auxiliar las almas en el santo ejercicio de la oracion mental .

Antes de concluir mi doctrina , os indicaré , hermanos mios , cuál deba ser nuestra conducta en medio de las distracciones que suelen acometernos en la oracion . Las causas de estas distracciones podemos encontrarlas ya en el demonio empeñado en impedir que consigamos el fruto de nuestra oracion , ya en nuestra imaginacion tan propensa á correr acá y allá , y á la que ademas nosotros hemos concedido tanta libertad . Otras veces

las encontraremos en las aficiones desordenadas de nuestro corazon: así mismo en los cuidados terrenos que nos preocupan, en nuestra propia tibieza, y finalmente en nuestra ignorancia y falta de experiencia en lo que pertenece á la oracion mental. Los remedios que debemos aplicar á las distracciones son sencillos; y el primero de todos es tratar de conocer cuál es la causa de ellas, para que conocida trabajemos por desarraigárla y alejarla de nosotros. Otro remedio es la humildad profunda, con que hemos de reconocer nuestra flaqueza y miseria; avergonzándonos de encontrarnos delante de Dios con tales distracciones, persuadiéndonos que son éstas efecto de nuestras culpas, y al que se humilla de esta manera, Dios lo ensalza en su oracion. También es arma poderosa, para vencer tales distracciones, la fortaleza de espíritu con que hemos de resistirlas. Para practicar esta fortaleza nos resolveremos, desde que principiamos la oracion, á no admitir advertidamente pensamiento alguno que separe nuestra mente de este santo ejercicio. Renovaremos fervorosamente de continuo la presencia de Dios y la composicion de lugar, nos excitaremos á jaculatorias, y asi perseverando, lograremos que se retiren de nosotros las distracciones. La misma oracion es medio que hemos de emplear para vencer las tentaciones, y con este fin excitaremos nuestra alma, para que se mueva á buscar en Dios el refugio que en iguales circunstancias buscaba David diciendo al Señor: « Librame de la fuerza que padezco, y no tardes, Dios mio, en ayudarme (1). » Otras, repetiremos con el mismo: « Como tierra sin agua se encuentra mi alma delante de Vos: óyeme con prez-
teza, porque ya desfallece mi espíritu (2). » Imitemos

(1) Salmo 39.

(2) Salmo 142.

tambien á los Apóstoles en medio de esas verdaderas tempestades que provocan nuestras distracciones, y clamemos á Dios como ellos clamaban entre las ondas de Genezaret: «Sálvame Señor, porque perezco (1); » ó como el ciego á quien el tropel no impedia el fervor de su oracion, levantaremos la voz diciendo: « Hijo de David, ten misericordia de mí (2). » Y si perseveramos clamando, aunque sea con sequedad y haciéndonos violencia, no dejará Cristo Nuestro Divino Salvador de compadecerse de nosotros, como se compadeció de aquel ciego. Finalmente pongamos en Dios toda nuestra confianza persuadiéndonos que nos ha de dar la gracia necesaria; á esta confianza juntemos efficaces diligencias para desterrar de nuestra alma los cuidados vanos, las pasiones mal vencidas, las tibiezas y tantos otros motivos de distraccion que nos perturban en el ejercicio de la oracion. Practicando estas diligencias, conoceremos por experiencia propia cuán bueno es el Señor para todos aquellos que le buscan, y derraman delante de El su corazon. Convidemos á nuestras potencias para adorar al Señor, convidemos tambien á nuestros pensamientos y afectos; digámosles cada dia con el Real Profeta: « Venid, adorremos al Señor, postrémonos en su presencia, lloremos delante de El nuestros pecados, porque el Señor es nuestro Dios, y nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño (3). » Las personas que viven extrañas á Dios, aquellas para las cuales el mundo es su patria, y no gustan sinó oir y tratar de aquello que pertenece al mundo, esas no hacen oracion mental, y jamas podrán gozar tantos bienes que á este santo ejercicio tiene vinculados el Señor; ni los gozarán tampoco los

(1) Mateo. Cap. 8.

(2) Lúcas. Cap. 18.

(3) Salmo 94.

que , aun cuando conocen su necesidad y utilidad , se dejan dominar por la pereza y negligencia , y no encuentran tiempo para este santo ejercicio ; ni los gozarán, finalmente, los espíritus pusilánimes que miran la oracion mental como un ejercicio muy difícil. Recuerden todos éstos, que á ellos principalmente manda orar Jesucristo Señor Nuestro, para desprender su corazon de los afectos de la tierra, para lavarles de sus culpas, para que tengan fervor , y para acercarles al cielo. Oremos, pues, hermanos mios; oremos todos sin intermission , os repetiré con el Apóstol de las gentes (1); oremos en todos los lugares, oremos en todo tiempo, y sentiremos la gracia de Jesucristo que nos acompañará durante nuestra vida, y despues de ésta nos llevará al reino de los cielos. Así sea.

(1) A los Tesal. Cap. 5.

INSTRUCCION SÉPTIMA.

DE LOS SACRAMENTOS EN GENERAL.

Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.

Sacarás aguas con gozo de las fuentes del Salvador.

(Isai. Cap. 12.)

Ved ahí, hermanos mios, la gran promesa que hacia Dios por su Profeta, señalando á todas las gentes de la tierra al Salvador sacrificado y muerto como precio de nuestra redencion: Vendreis llenos de gozo, les decia, á las fuentes de sus llagas, para sacar las aguas de su divina gracia. Porque , á la verdad, nosotros pobres pecadores estábamos destinados á perecer, si la misericordia infinita del Señor, en medio de la ruina y profunda miseria en que nos precipitó la culpa, no nos hubiera socorrido poniendo á nuestra disposicion las riquezas inefables de su bondad. De las llagas de Jesucristo Nuestro Salvador fluyen los sacramentos de la Iglesia que, como siete torrentes de misericordia y de amor, conducen á las almas la divina gracia, y con ella la vida verdadera. Dios al criarnos nos destinó para vivir eternamente ; pero nosotros, cometiendo el pecado, nos acarreamos la muerte , y con ésta toda esa flaqueza que nos acompaña para obrar el bien, ese disgusto constante por las cosas espirituales, y ese deseo insaciable de goces y contentos de la tierra, que son veneno que agrava mas y mas las enfermedades de nuestra alma. Por eso en las fuentes de las llagas de Jesus encuentra el cristiano las aguas abundantes que han de regenerarle; esa fuente de caridad donde el alma se lava de sus culpas con las

aguas de la divina misericordia que se las borra ; la fuente de sabiduría celestial que destierra de su entendimiento las tinieblas de la ignorancia que le hacen tropezar y caer mil veces cada dia ; y la fuente del fervor que hará crecer y desarrollarse tantas virtudes, para cuya práctica se siente inspirado por Dios. En estas fuentes nos lavamos, nos regeneramos, y nos robustecemos para la vida espiritual , á que nos llama Dios, y cuyo fin es unirnos con El en el reino de los cielos.

Los sacramentos son los conductos que estableció Jesucristo para hacer llegar hasta nosotros los tesoros inefables de la bondad divina; y á ellos es donde debe ocurrir el cristiano sediento de la gracia que le conduce á la vida eterna. A lavarnos en estas fuentes nos convida Dios, cuando nos dice por boca de su Profeta: « Venid llenos de gozo para sacar aguas de las fuentes del Salvador. *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.* »

En medio de Jerusalen dotó el Señor á la fuente de Siloé de virtud admirable para curar las enfermedades corporales de los Israelitas; y en el seno de la santa Iglesia Católica , verdadera Jerusalen y cuyo símbolo era aquella otra, colocó las aguas de su misericordia, para curar nuestras dolencias espirituales. La naturaleza humana enfermiza y débil tenia suma necesidad de esta medicina , y el acto de concederla era digno de la providencia que Dios ostentó tantas veces en beneficio del género humano. Nuestro Señor Jesucristo, llamando á todos los hombres á vivir unidos en el seno de su Iglesia, los liga exteriormente con el vínculo de la participación de los sacramentos, así como los unió tambien en el alma con los vínculos de la caridad que en estos se les comunica. Los hijos de Jesucristo vemos

en los sacramentos el cumplimiento de las profecías y de los sacrificios de Israel; y de lleno percibimos los efectos de la infinita liberalidad de Dios, que prometió haría llover sobre la tierra su gracia como abundante y saludable rocío. Todas éstas son las verdades de que voy á hablaros en esta doctrina. Os explicaré primero, qué entendemos por sacramento, y luego después lo que cada cristiano debe saber en orden á los sacramentos. La materia es de suma importancia, y os ruego me escuchéis con atención.

Llamamos « sacramento » una señal sensible de cosa sagrada, instituida por Dios con virtud para santificar á los hombres (1). Decimos « señal sensible, » porque deben percibirla nuestros sentidos de tal modo, que viéndola podamos elevar nuestro corazón á Dios, que la dispuso para conferirnos su gracia. Añadimos que son « señal de cosa sagrada, » significando bajo este nombre la divina gracia que nos confieren; y por lo mismo son todos los sacramentos, señales prácticas, desde que por la virtud que Dios les comunicó, no solo significan la gracia, sino que la llevan al alma que los recibe con la disposición necesaria. Pero estas señales no han sido ni instituidas, ni convenidas por los hombres, porque no está en la potestad de éstos disponer á su arbitrio de la gracia del Señor; sino que fué Dios quien las eligió para emplearlas en sus santos sacramentos como medios de santificación en beneficio nuestro. Por eso llamamos á los sacramentos « señales sensibles de cosas sagradas instituidas por Dios, » reconociendo de esa manera que solo Dios puede santificar, y El solo también elegir los medios para causar esa santificación. Dios, infinito en poder, sabiduría y pro-

(1) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 60. art. 2.

ETEAGUIRRE, Instrucciones. Tom. II.

videncia , eligió esas señales sencillas con virtud para santificar á los hombres , porque los sacramentos que significan la gracia, tambien la contienen, como ya lo hemos indicado. Así en el bautismo , por ejemplo , el lavatorio exterior y visible con que el agua limpia las manchas del cuerpo , lleva tambien al alma perfecta santificacion que opera en ella la divina gracia. Del mismo modo las otras cosas externas y visibles, que son necesarias en los otros sacramentos, como el santo óleo en la extremauncion, y el pan y el vino en la eucaristía, no solamente intervienen para significarnos los efectos del sacramento, sino para conferirnos la gracia del mismo sacramento ; todo esto por la virtud que les concedió Jesucristo Nuestro Señor, vinculando en ellos los méritos infinitos de su preciosa sangre.

Todo cristiano tiene obligacion de saber en orden á los sacramentos lo siguiente. Primero , que Nuestro Señor Jesucristo instituyó todos los sacramentos de la Iglesia (1), y que, por consiguiente, El solo es el verdadero y único autor de los sacramentos. Llámense éstos, sin embargo, sacramentos de la Iglesia, porque los instituyó para enriquecer á su Iglesia con los méritos que en ellos le legó en beneficio de sus hijos. Ni podía ser otro que Dios el autor de los sacramentos , porque solo Dios puede purificar á los hombres de sus pecados, como que es fuente de pureza y principio de toda santidad. Ademas los sacramentos estan instituidos como medicina contra el pecado, y solo Dios es el médico que conoce y sana las enfermedades de nuestra alma. Estas medicinas producen su efecto en lo mas íntimo de la conciencia de los hombres , donde nadie mas que Dios penetra y solo obra la eficacia de su infinito

(1) Concil. Trident. Ses. 7. Cap. 1. de Sacrament.

poder. Los sacramentos, en fin, forman el vínculo mas fuerte con que ligó el Señor á todos los miembros de su Iglesia católica exterior y visiblemente; y por medio de su participacion quiso que nos reconociésemos como parte del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y tributásemos á su majestad el culto de nuestra alma que estamos obligados á rendirle. Y Dios solamente podia proveer á los hombres de todos estos medios celestiales, inefables é infinitamente superiores á los que nosotros podíamos arbitrar.

Segundo, debemos saber que estos sacramentos instituidos por Nuestro Señor Jesucristo son solamente siete, como lo tiene definido nuestra Madre la Iglesia (1), y son: Bautismo, Confirmacion, Eucaristía, Penitencia, Extremauncion, Orden y Matrimonio. La Iglesia al admitir estos siete sacramentos tuvo presente no tan solo la autoridad de las santas Escrituras, sinó tambien la tradicion apostólica y el testimonio de todos los Padres de la misma Iglesia. Con estos siete sacramentos proveyó el Señor á todas las necesidades de nuestra vida espiritual, así como habia provisto tambien á las de nuestra vida temporal. Siete son las principales necesidades que siente todo hombre que viene á este mundo, para vivir en él vida corporal, y son: la generacion que da ser y principio á su vida humana; crecer y fortalecer esa misma vida; alimentarla con la comida, y, si su salud se resiente por las enfermedades, curarla con la medicina conveniente, hasta hacer desaparecer las causas de la enfermedad, á fin que las dolencias no vuelvan á reproducirse. Considerando á los hombres que viven socialmente, necesitan magistrado cuya autoridad les gobierne, y padres que legítimamente

(1) Concil. Trid. Sess. 7. de Sacram. in gen. Can. 1.

propaguen el linaje humano. Estas mismas necesidades tenemos en la vida espiritual, y Dios las llena por sus sacramentos: nacemos por el santo bautismo á la vida de la gracia; por la confirmacion robustecemos esa misma vida; en la eucaristia la alimentamos á fin de que no decaiga su robustez; por la penitencia curamos nuestras dolencias espirituales que son los pecados; con la extremauncion arrancamos de nuestra alma los restos de la culpa, y nos habilitamos para el combate supremo del que pende nuestra eterna felicidad; por la sagrada ordenacion se instituyen ministros hábiles para conferir los sacramentos, y para gobernar la Iglesia de Dios; y por el matrimonio se atiende á la propagacion del pueblo cristiano, que componen todos los hijos de Dios (1). En éstos siete sacramentos nos aplica el Señor, como soberano médico, la medicina de su preciosa sangre; mas como nuestras enfermedades no exigen todas igual medicina, porque no son todas de la misma condicion, por eso instituye el Señor siete sacramentos diferentes, que lleven á las almas diferentes remedios.

La primera enfermedad la contrajimos en Adan nuestro primer padre, de quien recibimos como herencia el pecado original; esta misma la aumentamos y agravamos con nuestros pecados personales, y como consecuencia de uno y otros, padecemos la debilidad y postracion de fuerzas espirituales que experimentamos, así como la propension al pecado que sentimos en nuestra voluntad. Aquel médico celestial que decia: « A sanar todos los contritos de corazon me ha mandado el Señor (2), » nos cura de aquellos males con el santo bautismo, con la penitencia y con la extremauncion,

(1) Conc. Constant. Sess. 15; et Florent. in deer. pro Armenis.

(2) Isaías. Cap. 65.

que tienen en sí la gracia de borrar y perdonar pecados, cada uno segun su naturaleza. Con la eucaristía y la ordenacion fortalece el Señor nuestra debilidad, dándole medicinas del cielo que perfeccionan la vida conseguida en el bautismo y en la penitencia; y por el matrimonio y la confirmacion preserva á los hombres de nuevas caidas, á que podia precipitarles la concupiscencia de sus pasiones. De suerte, hermanos mios, que fueron instituidos los sacramentos como verdaderas medicinas espirituales, destinadas por Dios á curar en el hombre las dolencias de su alma, y por eso en todos los siete encontramos las que son necesarias para sanarnos, para robustecernos y para preservarnos.

Tercero debemos saber que los sacramentos contienen gracia que conceden por sí mismos, independiente mente del mérito ó virtudes de que se encuentre adornado el que los administra, con tal que éste obre como verdadero ministro de la Iglesia Católica. Del mismo modo que de estos sacramentos hay cinco que se llaman *de vivos*, y los dos restantes que se llaman *de muertos*. Se llaman sacramentos de vivos aquellos cinco, porque el que los recibe, tiene obligacion de acercarse á recibirlos vivo por la gracia de Dios, so pena de cometer un sacrilegio, si viniese de otro modo. Estos cinco son la confirmacion, la eucaristia, la extremauncion, el órden y el matrimonio. Los dos restantes, á saber el bautismo y la penitencia, se llaman sacramentos de muertos, porque suponen al alma, de quien los recibe, muerta por el pecado, siendo su principal efecto resucitarla á la vida de la gracia.

Tambien debemos saber, que tres sacramentos imprimen carácter en el alma, y son el bautismo, la confirmacion y el órden, los cuales por esa misma causa no pueden reiterarse. Carácter llamamos « cierta señal

espiritual é imborrable impresa en el alma (1). » Por el carácter que recibimos en el bautismo , quedamos señalados eternamente como hijos de Dios, y declarados con derecho para recibir los demas sacramentos de la Iglesia. Por el carácter de la confirmacion recibimos el sello de soldados de Jesucristo , que nos concede la fortaleza necesaria para defender y propagar sin temor las verdades de su santa fé. Por el carácter , en fin , de la órden queda el hombre consagrado perpetuamente al sacerdocio que instituyó Jesucristo Sacerdote sumo , y autorizado para dispensar á los fieles los otros sacramentos. Debemos saber tambien, que para acercarse á los sacramentos, deben concurrir en el cristiano ciertas disposiciones. De parte de quien los administra , potestad legítima para administrarlos , intencion recta de administrarlos de la manera que se debe, y devucion que edifique á los fieles que concurren á su administracion. De parte de quien los recibe , debe haber fé viva para creer todo lo que la Iglesia cree, principalmente con relacion á aquel sacramento; intencion recta de recibirlo bien, y agradecimiento de corazon á Dios Nuestro Señor, que se dignó enriquecer á los hombres con esta soberana muestra de inefable bondad.

No son todos los sacramentos igualmente necesarios á cada hombre , aun cuando todos ellos contengan en sí gracias y virtudes admirables, y todos por esta misma causa deban ser debidamente apreciados y venerados. Son tres los absolutamente necesarios: el primero el bautismo , cuya necesidad para todos Jesucristo declaró, cuando nos dijo: « Si alguno no hubiere vuelto á nacer por el agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios (2) ; » el segundo es la penitencia,

(1) Conc. Trid. Sess. 7. Can. 9.

(2) Juan. Cap. 3.

necesaria para todos los que perdieron la gracia recibida en el bautismo; y el tercero el orden, cuyo sacramento no es indispensablemente necesario á cada uno de los fieles, pero lo es á toda la Iglesia de Jesucristo.

Considerando la santidad que contiene cada uno de los siete sacramentos, encontramos en todos ellos las verdaderas fuentes de virtud y de gracia, cuya corriente lleva á los hombres hasta la vida eterna. Mas entre todos sobresale en dignidad el de la santa eucaristia, porque contiene en sí mismo al autor de todas las virtudes, y por esta razon aventaja á todos los otros sacramentos. Así es que el santo Concilio de Trento, hablando sobre la dignidad de la eucaristia, nos dice: « Los otros sacramentos tienen virtud de santificar á quien los recibe, pero en la eucaristia el hombre une consigo al autor mismo de la santidad (1). »

Jesucristo al instituir los santos sacramentos determinó la forma con que debian ser administrados. Por forma entendemos aquí las palabras que profiere el sacerdote mientras administra el santo sacramento á uno ó á muchos sujetos. « Dos cosas, dice el Angélico Doctor Santo Tomás (2), deben considerarse en el uso de los sacramentos, á saber: el culto divino, y la santificación del hombre. Lo concerniente al culto divino corresponde al hombre, por cuanto es él quien debe honrar visible y materialmente á Dios, acrediitando de ese modo que reconoce y adora la soberanía y dominio que ejerce sobre sus criaturas. Para tributar á Dios este culto ha establecido la Iglesia las ceremonias y preces, que preceden y siguen á la administracion de cada sacramento. Todas ellas estan dirigidas á honrar y á

(1) Sess. 13. Can. 5.

(2) 3.^a pars, quaest. 60.

invocar al Señor criador y santificador de los hombres, autor de toda luz y fuente de toda verdad, impetrando para el que recibe el sacramento, la perfecta santificacion, que trae la divina gracia, con esperanza firme, consejo recto y doctrina santa (1). » Todas estas ceremonias y preces puede la Iglesia, que las determinó, suprimirlas, variarlas y modificarlas, segun lo encuentre conveniente; pues á ella sola corresponde ordenar lo concerniente al culto público que debemos tributar á Dios. Mas lo que directamente estableció Dios para santificar al hombre, que es la « forma » misma de cada sacramento, y la que repite el ministro al conferirlo en union con la « materia », » eso no es licito al hombre ni variar, ni alterar, ni modificar, debiendo observar invariablemente aquella misma que dejó establecida el soberano autor de los sacramentos. Así es que la forma determinada por Dios, tanto para el bautismo, como para los demas sacramentos, debe usarse tal cual Dios la instituyó, so pena de no haber sacramento, cuando el ministro llegue á alterarla sustancialmente. En la forma de cada sacramento, consideramos el instrumento que Dios destinó para derramar su gracia sobre las almas, pero que no quiso confiar al hombre, porque sus manos profanan y degradan aun lo mas santo, cuando queda entregado á su voluntad.

A mas de la forma, ordenó Jésucristo la materia para cada sacramento, y ésta debe siempre ir unida con la forma, pues ambas, así unidas, tienen virtud para conferir la gracia. Llegando á faltar en alguno de los sacramentos la materia, no habria verdadero sacramento; pues que su materia, así como su forma, son partes esenciales de cada sacramento, y juntas no solo

(1) Ritual. Rom. de sacram. Baptismi.

dan la gracia, sinó que significan el efecto que produce en el alma de quien lo recibe. Debemos saber, hermanos mios , que no todos los cristianos son llamados á administrar los sacramentos , como pretenden ciertos herejes ; sinó que para cada uno Jesucristo señaló el ministro, que nos lo debia dispensar. Este fué el sentir unánime de los Padres de la Iglesia, fundado en las sagradas Escrituras; porque, en efecto, de los Hechos de los Apóstoles y de las Epístolas de San Pablo y de Santiago consta así bien claramente. Todos los Padres apostólicos sostuvieron esta verdad de fe católica; pero con especialidad San Ignacio en el siglo primero (1), Tertuliano en el segundo (2), y San Cipriano obispo y mártir de Jesucristo en el tercero (3). La Iglesia, apoyada sobre la doctrina constante de todos los siglos , condenó y anatematizó á aquellos que pretendian, que todo cristiano tiene poder para administrar los santos sacramentos. Ministros de los sacramentos son, pues, solamente aquellos que fueron para ello deputados por Jesucristo Señor Nuestro.

Los primitivos cristianos pretendieron alguna vez atribuir mayor ó menor virtud al bautismo que habian recibido, segun la mayor ó menor reputacion del ministro que se los habia administrado. « Yo soy de Juan, » decian los unos; mientras otros, « yo de Cefas ó de Pablo. » El Apóstol de las gentes, para sacarlos de su error e ilustrarlos con la luz de la verdadera doctrina , les decia: « Ni Cefas, ni Pablo han muerto por vosotros, ni habeis recibido en el bautismo los méritos de alguno de éstos , sinó los de Jesucristo , con cuya virtud fuisteis santificados en el sacramento. »

(1) Epist. ad Magnes. et ad Trallian.

(2) De praescript. Haeret.

(3) De Lapsis.

Y á la verdad, hermanos mios, nosotros creemos como ha creido siempre la Iglesia Católica, que ni la fe, ni la bondad del ministro son necesarias para el valor del sacramento, y que, teniendo alguno la potestad de hacer éste, y poniendo las cosas que para él se necesitan hace verdadero sacramento, aun cuando sea indigno por su falta de virtud ó por la relajacion de sus costumbres. El Angélico Doctor Santo Tomás da la razon. « La potestad, dice, de conferir los santos sacramentos pertenece al carácter espiritual é indeleble, y por lo mismo, aun cuando el ministro esté excomulgado, suspendo ó degradado, no pierde por eso la potestad de conferir aquellos sacramentos, excepto el de la penitencia; sinó que queda privado de la licencia de conferirlo y del uso de tal potestad; pero confiere válidamente el sacramento, aunque peca mortalmente tanto él, como aquel que lo recibe, á no ser que á éste le excuse del pecado su ignorancia (1). »

Ademas tambien necesita el ministro del sacramento unir la materia con la forma, y tener la intencion de hacer lo que hace la Iglesia Católica (2). Y no basta que tenga intencion mental, como han pretendido algunos, sinó que es necesario, que esta intencion la exprese determinadamente por actos sensibles que muestren tener intencion de hacer, en el sacramento que administra, lo mismo que hace la Iglesia Católica. Los teólogos con el Angélico Doctor Santo Tomás distinguen tres especies de intencion, á saber: intencion actual, que es aquella que se tiene cuando se ejecuta una cosa con entera reflexion; intencion virtual, que es la que tiene aquel individuo que obra solo por impulso de la intencion actual que se tuvo, y que solo

(1) 3.^a pars, quaest. 64. art. 9. ad 3.

(2) Concil. Trident. Sess. 7.

ya existe virtualmente; y en fin , intencion habitual , que consiste en hacer algo por hábito y sin reflexion, ni advertencia. Aun cuando basta la intencion virtual para administrar bien los sacramentos, no obstante se ha de procurar la actual , como mas propia y conveniente á la dignidad é importancia de los sacramentos. No basta la intencion habitual , porque las acciones , que se ejecutan de esa manera, no proceden de algun acto determinado de nuestra voluntad. Por lo dicho comprendemos fácilmente , cuánta compostura y reverencia, cuánta devucion y fervor deben acompañar al que administra los sacramentos. Somos entonces los que dispensamos los misterios de Dios, por expresarme con el Apóstol (1), y justo es que tambien aparezcamos revestidos del Espíritu de Dios. Altamente reprendibles son aquellos, que en la administracion de los sacramentos se conducen con precipitacion y falta de respeto á las funciones santas que desempeñan. Dios tenia ordenado en Israel , que los sacerdotes y levitas no llegasen al altar, para ofrecerle los sacrificios y practicar las ceremonias dispuestas por la ley , sino con suma reverencia y persuadidos de la santidad del ministerio que desempeñaban. Y recordemos, hermanos mios, que los sacrificios y las ceremonias de Israel eran mero símbolo de los sacramentos instituidos en beneficio del pueblo cristiano. Debemos, por consiguiente, asi los que administramos, como los que recibimos los santos sacramentos, acercarnos á ellos con la veneracion mas profunda.

La luz, dice San Agustin, no deja de comunicar su virtud, aun cuando pase por lugares cenagosos y cloacas inmundas: asi, aun cuando la gracia de Jesucristo pase

(1) I. à los Corínt. Cap. 4.

para llegar hasta la conciencia de los fieles por ministros abominables por sus vicios , produce los efectos maravillosos que le son propios (1). El agua, conducida para regar, no pierde su virtud de fecundizar la tierra, porque se la conduce por cañería de plomo , de tierra ó de alguna otra materia vil ; al contrario las plantas , las flores y los árboles , que aprovechan su regadio , aparecerán á su tiempo cargados de flores y de frutos mediante su virtud: igual cosa sucede con la gracia de Dios , que desciende á las almas por medio de los ministros de los sacramentos; la misma desciende por conducto del santo que del pecador. Si el alma , que recibe ese riego saludable, está bien dispuesta, las virtudes que se le comunican no tardarán en producir flores de buenas obras, y frutos de perfecta santidad. Mas debo advertir, hermanos mios, que los ministros, que por oficio estan destinados á la administracion de los sacramentos , pecan mortalmente administrándolos con su conciencia manchada con culpa mortal. La razon es, porque no se conforman con su ejemplar Cristo fundador de los sacramentos, santo, inocente y sin mancha alguna de pecado. En la ley antigua la voz de Dios gritaba á los sacerdotes, que se purificasen antes de tocar los vasos sagrados ; con mucha mayor razon deben estar siempre puros aquellos que por su oficio, en la ley de gracia, deben distribuir los dones del cielo en los vasos de los sacramentos.

Declaremos ahora, hermanos mios, quiénes son los sujetos que pueden recibir los sacramentos , y cuáles las disposiciones con que deben acercarse. Por sujeto de los sacramentos, generalmente hablando, entendemos todo cristiano que no tenga para ello impedimento justo.

(1) *Tract. in Joann. Cap. 5. et 6.*

Decimos todo cristiano, porque es el bautismo, mediante el que somos cristianos, quien nos hace aptos para recibir los demás sacramentos. Pero hemos dicho tambien, que no tenga para ello impedimento, porque hay impedimentos que sirven de obstáculo á muchos cristianos para recibir tales ó cuales sacramentos, como lo declararemos en su lugar. En los niños y en todos los demás que no tienen uso de razon, ninguna intencion, ni disposicion se requiere para el valor de los sacramentos, de que son capaces: como no pueden éstos tener voluntad propia, suple la del ministro del sacramento en nombre de Cristo y de la Iglesia. Mas en los otros adultos se requiere voluntad propia é intencion de recibir el sacramento, porque así, como no justifica Dios á ningun hombre sin su voluntad, tampoco sin ésta le franquea los sacramentos, que son medios para alcanzar esa justificacion. Cuando los adultos reciben el bautismo, deben traer libre consentimiento de su voluntad, para abrazar la fé de Jesucristo y sujetarse á los preceptos que impone. Como no explicamos ahora los requisitos que se necesitan para recibir dignamente cada sacramento, sinó tan solo aquellas disposiciones generales que son necesarias en el sujeto de los sacramentos en general; por eso repetiré lo que dije antes, que como requisito general se necesita fé viva, creyendo que es Dios el solo autor de todos los sacramentos, y en su Divino Hijo, que enriqueció con ellos á su Iglesia; esperanza cierta de alcanzar los beneficios que por medio de ellos nos concede su soberano autor; y en fin, gratitud de corazon, que nos resuelva á corresponder esos dones inefables de la divina bondad. Los que reciben el bautismo despues que cometieron pecados personales, así como los que se acercan al sacramento de la penitencia, necesitan tener dolor de los pecados para recibir la gracia

que conceden los sacramentos. La razon es, porque los pecados personales nunca se perdonan sin penitencia y sin revocar la voluntad de pecar; y es sabido, que la verdadera penitencia llena al hombre de aborrecimiento á los pecados, á medida que lo acerca á Dios, de quien ellos le alejaban. Para recibir los sacramentos, que se llaman de vivos, ha de estar, el que los recibe, en gracia de Dios, si desea percibir sus frutos. Como todos ellos traen al alma solamente segunda gracia, la suponen ya en posesion de la primera, bien sea por el bautismo, ó bien por la penitencia.

Dijimos antes, que todos los sacramentos son señales de gracia que nos santifica; y por aquí ya conocemos el primer efecto que producen en el cristiano que los recibe, cual es comunicarle la gracia. Algunos herejes han pretendido que los sacramentos no aprovechan al cristiano mas que para corroborar su fé; pero la Iglesia, y con ella todos sus hijos fieles, creemos que los sacramentos confieren gracia, cada uno segun su naturaleza. Esta gracia es la que los teólogos llaman *justificante*, y mediante la que nos hacemos agradables á Dios, y capaces de vida eterna (1). En orden á esta gracia debemos advertir, que no es la misma la que recibimos en todos los sacramentos, sino que tiene cada uno la suya peculiar y que da al que debidamente lo recibe. Son estas gracias « ciertos auxilios especiales, que se nos proporcionan para conseguir el fin con que fué instituido por Cristo cada sacramento (2). » En el bautismo, por ejemplo, se nos conceden auxilios conducentes á conservar la pureza y santidad de vida que principiamos con la regeneracion que recibimos en sus aguas sacrosantas; en la confirmacion recibimos los auxilios ne-

(1) Trid. Sess. 7. de Sacram. in gen. Can. 5. 6. 7. 8.

(2) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 60.

cesarios para profesar constantemente la fé; y del mismo modo en todos los otros sacramentos se conceden, á aquellos que los reciben, ciertas gracias especiales, ordenadas á conseguir el fin de los sacramentos. Los teólogos dan el nombre de sacramentales á esas gracias, y mediante la virtud que nos comunican podemos resistir mil tentaciones que nos asaltan en la vida espiritual, y que por nuestra miseria no podríamos ciertamente vencer, sin el socorro de aquellas. La providencia infinita de Dios Nuestro Señor, que nos destina al reino de los cielos, nos da en los sacramentos las armas, con que hemos de triunfar sobre los enemigos, que se oponen á que lleguemos á él. Nos dice que ese reino de los cielos es nuestra patria; pero que nadie lo obtendrá, sinó con violencia y contradiccion. Para auxiliar, pues, nuestra debilidad incapaz de superar esa difícil prueba, nos da las gracias de los sacramentos, que nos hacen formidables delante de los enemigos de nuestra felicidad eterna.

Estas gracias sacramentales son don divino, y por lo mismo tienen un precio celestial é inestimable. Por eso el hombre, ministro de Dios, jamas puede creerse autorizado para exigir paga ó recompensa de ninguna especie, por el servicio espiritual que en ellos nos dispensa. Cometeria pecado mortal de simonía el sacerdote, que pretendiese conferir por dinero la gracia de cualquier sacramento; y el Angélico Doctor Santo Tomás aduce varias razones que manifiestan la suma gravedad de ese pecado. Porque el que administra los sacramentos, no es dueño de lo que administra, sinó tan solo un dispensador; por consiguiente, administrándolos por dinero, se apropiá lo que no es suyo. Ademas el que confiriese por interes los santos sacramentos, pondria precio á una cosa, que por su naturaleza es inestimable,

cual es la divina gracia que en ellos se nos concede. Esta gracia, sobre ser inestimable, es gratuita; y el que administrase los sacramentos por dinero, defraudaria á Dios de la gloria que le resulta de haber enriquecido gratuitamente á los hombres con tesoros mas preciosos que el oro y la plata. Oid la palabra del soberano autor de los sacramentos: *¿Qué quiere Dios para vosotros, sinó colmaros de sus beneficios?* Para nada le sirven ni vuestras riquezas, ni vuestra ciencia; como basura mira toda vuestra grandeza, y vuestro poder no es á sus ojos mas que un puñado de polvo. Graciosa mente fuisteis santificados, graci osamente fuisteis redimidos, y por caridad quiere enriqueceros con los tesoros infinitos de su amor y de su misericordia (1). De esta manera nos instruye el Señor, que todas las gracias, que dispensa á sus hijos, las concede gratuitamente; y siendo los sacramentos dones tuyos inefables por su naturaleza y sus efectos, los hombres encargados de administrarlos no pueden exigir retribucion alguna por su administracion.

Mas hemos de advertir, que los sacramentos no pueden ser administrados sinó por los ministros que su divino autor deputó para ello, y es justo que cada cual viva de aquello de que licitamente se ocupa. De aquí es, que suele exigirse algun emolumento de los que reciben tal ó cual sacramento, no precisamente como derecho impuesto sobre la administracion de ese sacramento, sinó como medio de mantencion que los fieles dan á sus párrocos por los servicios que éstos les dispensan en todo tiempo. San Pablo nos muestra la justicia de este proceder en la siguiente doctrina, que daba á los cristianos de Corinto: « *¿No sabéis, les dice, que*

(1) Isaías. Capp. 40. y 52.

los que trabajan en el santuario, comen de lo que es del santuario, y que los que sirven al altar, participan juntamente del altar? Así tambien el Señor ordenó, que los que anuncian el Evangelio, vivan del Evangelio (1). » Y en efecto, Nuestro Señor Jesucristo declaró, que deben ser alimentados sus obreros espirituales (2), y á éstos les manda comer aquello que los fieles les presenten (3). Digna es de San Agustín la consideracion que hace exponiendo estas palabras del Evangelio: « Así como el fruto de la viña, dice, pertenece al que la plantó, y á los pastores la leche del ganado ; del mismo modo al sacerdote toca recibir las cosas necesarias para su alimento, de aquellos á quienes predica el Evangelio ; no, como recompensa de su trabajo, sino como un subsidio para su vida presente (4). »

De todo lo dicho en esta instruccion , hermanos mios, debemos concluir, que los sacramentos son santos, y que en ellos nos abre la bondad infinita de Dios las puertas de su misericordia, para que entremos al reino de los cielos. Que por su medio su divino autor nos dispuso para practicar las virtudes, que son raiz de todas las demás : con el bautismo á la fé, con la extremauncion á la esperanza, con la eucaristía á la caridad, con la confirmacion á la fortaleza, con la penitencia á la justicia , con el órden á la prudencia , y con el matrimonio á la templanza. De modo que tanto las virtudes teologales, como las cardinales, las encuentra el cristiano protegidas y fomentadas por los sacramentos (5). Conozcamos por aquí la grandeza de su

(1) Carta I. á los Coríntios. Cap. 9.

(2) Mateo. Cap. 10.

(3) Lúcas. Cap. 10.

(4) S. Agustín. de Cons. Lib. LXXX. n. 73.

(5) Ortiz Cantero, Doctrina cristiana. Parte IV.

EXAEGUIRRE, Instrucciones. Tom. II.

dignidad, y resolvámonos á aprovechar las gracias que en ellos se nos reparten. Todos los pecados y todos los vicios, que son efecto de los pecados, remedio el Señor con sus sacramentos. Nos dió el bautismo contra el pecado original, la penitencia contra el mortal, la extremauncion contra el venial, el orden contra la ignorancia, la eucaristía contra la malicia, la confirmacion contra la debilidad para obrar el bien, y el matrimonio contra la concupiscencia. Ojalá que, recibiendo cada uno estas gracias en los sacramentos á que se acerca, logre los efectos á que los destinó su soberano autor. Así sea.

INSTRUCCION OCTAVA.

DEL SACRAMENTO DEL BAUTISMO.

*Nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spiritu Sancto,
non potest introire in regnum Dei.*

No puede entrar en el reino de Dios, sino aquel que fuiese renacido de agua y de Espíritu Santo.

(S. Joan. Cap. 3.)

Enferma la naturaleza humana por el pecado original, desheredada del reino de los cielos, y condenada á ser eternamente infeliz, escucha del Hijo de Dios en aquella doctrina celestial, que no solamente ha venido á redimirla de sus males, sino que tambien la sana y le restituye la posesion de su reino. Esa medicina, que vuelve al hombre su primitiva dignidad, y le abre el reino de los cielos, es, hermanos mios, el sacramento del bautismo. Así lo declara Jesucristo Señor

nuestro diciendo: « que solamente el que hubiere renacido en sus aguas por el Espíritu Santo, ese podrá entrar en el reino de Dios. »

Desde siglos remotos habia el Señor preparado al género humano para este sacramento por medio de figuras, que daban á conocer su objeto , su naturaleza y sus efectos. El diluvio universal, con que Dios purificó á la tierra manchada por los desórdenes de la concupiscencia, á que se abandonaron los hijos de Adan, fué figura de las aguas del bautismo, que nos lavan de los pecados. Naaman , cubierto de asquerosa lepra , y curado por Eliseo con las aguas del Jordan , fué tambien figura de la regeneracion saludable que causa en el hombre el santo bautismo, desterrando de él las miserias de la culpa. Finalmente, aquella picina, á que entraban los enfermos y con el lavatorio de sus aguas quedaban sanos de toda enfermedad, fué, entre otras muchas, figura de la eficacia del bautismo para sanarnos de las enfermedades espirituales. Viniendo Jesucristo á la tierra, instituyó este sacramento anunciado ya en las aguas del diluvio, del Jordan y de la probática picina, y con él limpió al género humano de las manchas que le degradaban , y lo hizo digno de recibir la herencia del reino de los cielos.

Con el bautismo abrió Jesucristo á los hombres las puertas de los otros sacramentos, porque éste nos hace aptos para recibir todos los demás, y tambien para la gracia que en cada uno Dios nos comunica. Por esta razon es llamado el sagrado bautismo puerta y principio de todos los sacramentos. Voy á explicaros qué cosa es bautismo, su institucion divina, y todo lo relativo á ésta. Escuchadme con atencion.

Bautismo se llama, dice el Angélico Doctor, el primero y mas necesario de los sacramentos, que consiste

en el lavatorio exterior hecho con agua natural, bajo la forma instituida por Jesucristo Señor Nuestro, y con intencion de hacer lo que hace la Iglesia (1).

Es el bautismo el primero de todos los sacramentos, porque aquel que no ha sido bautizado, no es capaz de recibir ningun otro. Así como el que no ha nacido á la vida natural, no es capaz de disfrutar los bienes que pertenecen á esta misma vida; así tambien aquel que por el bautismo todavia no ha nacido á la vida espiritual, es del todo incapaz de recibir los bienes espirituales, que se nos conceden por los santos sacramentos. Decimos que es el mas necesario de todos éstos, porque, despues de la promulgacion del Evangelio, nadie puede salvarse sin la regeneracion que causa en el hombre el santo bautismo; así lo declaró el Divino Salvador, como leemos en el Evangelio de San Juan: « No puede entrar en el reino de Dios, sinó aquel que hubiere renacido por las aguas y el Espíritu Santo (2). »

En el río Jordan instituyó Nuestro Señor Jesucristo el bautismo al principiar la pública predicacion de su santa doctrina. Habiendo llegado á la corriente del río, entró á ella con San Juan su precursor, á quien mandó que lo bautizase de la manera que lo hacia con las gentes que venian á él. San Juan profundamente asombrado oyendo á Cristo que le pedía su bautismo: « Señor, le dijo, ¿ tú vienes á mí, cuando soy yo quien debo ser bautizado por tí? » Pero Jesus le respondió: « Deja ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia. » Entonces Juan, obedeciendo, administró el bautismo á Jesus, y saliendo éste inmediatamente del agua, y puesto en oracion, se abrieron los cielos, y el

(1) 3.^a pars, quaest. 66.

(2) Juan. Cap. 3.

Espíritu Santo, descendiendo en figura de cándida paloma, reposó sobre la cabeza de Jesus, al mismo tiempo que una voz venida de los cielos: Este es, dijo, mi Hijo amado, en quien me he complacido (1). Esta voz de los cielos fué escuchada por toda la multitud que recibia el bautismo de Juan: y esa paloma que descansó sobre su cabeza, lo hizo nō con misterio, ni reserva de género alguno, sino en presencia de todo el pueblo y á la luz del medio dia.

Quedó entonces instituido el sacramento del bautismo, y toda la augusta Trinidad, como observa San Jerónimo, quiso intervenir en esa institucion, que tiene por objeto la regeneracion del linaje humano; á saber el Padre dando con sus palabras el testimonio mas espléndido y solemne de la persona de su Hijo, el Hijo que era bautizado, y el Espíritu Santo que descendió sobre El en forma de paloma. Desde ese momento las aguas, que solamente habian sido efficaces para lavar lo material, recibieron de Dios otra virtud mas alta, celestial y divina, cual es lavar los espíritus manchados por las culpas. Entónces principió á ostentar su fuerza en las aguas aquella voz misteriosa, que contemplaba David: *Vox Domini super aquas* (2); porque el Dios de infinito poder y eterna majestad las santifica con el contacto de su Verbo divino, para aplicarlas luego como medicina á las llagas de su pueblo. Esta solemnidad, hermanos mios, con que quiso Dios instituir el santo bautismo, nos hace comprender cuánta es la importancia del beneficio que en él se nos dispensa, y cuánto el reconocimiento que debemos por él mismo tributar al Señor. Con devicion tan pura y tan fervorosa, como Israel salvado de la muerte temporal por las aguas del

(1) S. Luc. C. 3.

(2) Salmo 28.

mar Rojo, así libertados nosotros de la perdicion eterna por las aguas del bautismo, adoremos al Señor, cuya voz quedó en las aguas bautismales para nuestra sanctificacion. *Vox Domini super aquas.*

Pero aun cuando entónces quedó instituido el bautismo, su recepcion no fué obligatoria , sino cuando , despues de resucitado de entre los muertos Jesucristo Señor Nuestro, « Id , dijo á sus apóstoles , y enseñad á todas las gentes , bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (1). » « El que creyere y fuese bautizado, se salvará ; mas el que no creyere, será condenado (2). » .

Cuando el Hijo de Dios que habia recibido todo poder en el cielo y en la tierra, hablaba de esta maniera, promulgaba la ley que hacia obligatorio el bautismo para todos los hombres. Por el bautismo hacia á los hijos de Adan hijos de Dios, y profesando su fé los hacia tambien aptos para practicar las virtudes cristianas, y merecer los premios eternos. Por esta razon el bautismo es necesario para todo hombre con necesidad de medio, de tal modo que, sin recibirlo, nadie puede conseguir su salvacion. La Iglesia ha distinguido tres modos de recibir el bautismo, que ha llamado bautismo de agua, bautismo de sangre y bautismo de deseo. El primero es el que recibimos ordinariamente cuando somos llevados á la sagrada fuente ; bautismo de sangre fué el que recibieron algunos mártires, muriendo por la fé de Nuestro Señor Jesucristo, sin haber tenido antes proporcion para recibir el bautismo de agua. La caridad perfecta, con que derrama el hombre por Jesucristo su propia sangre, da eficacia á esta misma para borrar del alma todos los pecados ; me-

(1) Mateo. Cap. 28.

(2) Marcos. Cap. 16.

diente ésta, como creen muchos, fueron santificados los niños inocentes que hizo morir Herodes en odio de Cristo, habiéndolos purificado Dios con el bautismo de su propia sangre. Llamamos bautismo de fuego ó de deseo la ardiente caridad con que alguno desea el sacramento del bautismo, naciendo su deseo de puro amor á Dios. No puede existir este bautismo de deseo sino mediante el dolor de los pecados, y la promesa formal de recibir el bautismo de agua tan luego como fuese posible. Con bautismo de deseo suponen algunos teólogos que fueron borrados los pecados del Buen Ladron, á quien Cristo Nuestro Señor prometió el cielo desde el madero de la cruz. Pero debo advertiros, hermanos mios, que ni el bautismo de sangre, ni el bautismo de deseo son sacramentos, sino que solamente suplen los efectos del sacramento en casos determinados.

La materia del ~~sacramento~~ del bautismo es la que prescribió y enseñó el mismo Jesucristo , á saber : el agua natural, bien sea tomada de pozo, fuente ó rio, sin que pueda el hombre en ningun caso poner otra materia en lugar de ésta. Decimos agua natural, porque aquellas que son artificiales, como aguas de flores ó extraídas por industria de los hombres de otras sustancias, son inútiles para el bautismo ; de tal modo que, si con alguna de esas aguas fuese bautizada una criatura, tal bautismo seria enteramente nulo por falta de la materia fijada por Cristo , que es el agua natural. Esta fué la que santificó el Salvador del mundo con el contacto de su cuerpo, y no algunas otras que los hombres pudieran inventar ó habian ya inventado. Las personas que por lujo ó vanidad nécia mezclan en el agua natural, con que va á administrarse el bautismo, algunas sustancias extrañas, con el objeto de perfumar ó embalsamar esas mismas aguas, pecan porque expo-

nen la materia del sacramento, pudiendo muy bien suceder, que esas sustancias sean mezcladas en tal cantidad, que hagan nula ó, por lo menos, dudosa el agua que va á servir para el sacramento. Los santos profetas contemplaban regocijados estas aguas saludables; « las veremos salir del santuario, derramarse sobre la tierra y santificar á todos aquellos hasta quienes alcanzarán sus corrientes salvadoras, » decia Joel (1); mientras otros alzando su voz anunciaban á los hombres en nombre del Señor: « Derramaré sobre vosotros agua cristalina, y quedareis limpios de vuestras manchas (2). » Eligió Dios el agua natural para materia del bautismo, porque siendo para todos este sacramento de necesidad absoluta, quiso que su materia se encontrase en todas partes y á disposicion de todos. Por eso vemos en los Hechos de los Apóstoles, que en aquellos primeros dias de la religion cristiana, apenas sentian los hombres las impresiones de la gracia, é invocaban á Jesus, cuando en el primer arroyo ó fuente, ya fuese en el campo ó en la ciudad, pedian se les administrase el santo bautismo. Así el Etiope ruega al diácono Felipe le bautice en el camino que conduce á la ciudad de Gaza (3). Así la multitud recien convertida á Jesucristo por la predicacion de San Pedro pide tambien el bautismo en la ciudad de Cesarea (4), y se les administra sin tardanza; y de ese modo, finalmente, todos los apóstoles y diáconos lo administraron á los primeros creyentes en la fe. Nada importa que el agua con que se bautiza, esté fria, tibia ó caliente, pero debe sí estar limpia y sin mezcla de otras materias que alteren su sustancia; lo

(1) Cap. 3.

(2) Exequiel. Cap. 36.

(3) Hechos de los Apóstoles. Cap. 8.

(4) Ib. Cap. 10.

que sucederia encontrándose el agua corrompida ó cenagosa. El que en caso de urgente necesidad hubiese administrado el bautismo con agua de esta especie, está obligado á declararlo al párroco , para que éste, apreciando el caso, remedie los males gravísimos que de ésto pudieran seguirse.

Jesucristo nos enseñó tambien la forma, con que se ha de administrar el sacramento del bautismo , y es ésta: « Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. » Con estas palabras mandó el Salvador del mundo á sus apóstoles que bautizasen á toda criatura que creyese en El. Debe decirlas el que bautiza, pronunciándolas al mismo tiempo que derrama el agua sobre la cabeza, ó en caso de necesidad, sobre cualquiera parte del cuerpo del bautizado, poniendo cuidado de no añadir ni quitar cosa alguna. Debe esta forma percibirse por los circunstantes, y si en ella se hace variacion sustancial, de ninguna manera hay sacramento. Por eso yo aconsejaria á todas las personas ménos instruidas, que cuando hayan de bautizar en caso de urgente necesidad, lo hagan en su propia lengua , de modo que no pueda haber alteracion en la forma del sacramento. La expresion de la unidad de esencia, y de la trinidad de personas en Dios , es esencial en la forma del bautismo, de modo que nada puede alterarse ni variarse en ella. La Iglesia Católica observó escrupulosamente esta forma del bautismo enseñada por Nuestro Divino Maestro Jesucristo, y reprobó y condenó toda alteracion que alguna vez se pretendiese introducir en ella por ignorancia ó por error. Fijense, pues, todos los que bautizan en caso de necesidad: no sea que por falta de cuidado expongan el sacramento, y lo que aun seria mas doloroso, expongan á dejar sin bautismo al que lo recibe. Pero á mas de saber bien

la forma del bautismo con toda su integridad, cuiden mucho de decirla al mismo tiempo que derraman el agua, de modo que las palabritas, que son la forma del sacramento, sean dichas al mismo tiempo que se derrama el agua que es su materia.

Cuando el bautismo se administra con las ceremonias prescritas por la Iglesia, se llama bautismo solemne; mas puede tambien en caso de necesidad administrarse simplemente el agua bajo la forma esencial del sacramento, y entonces se llama bautismo no solemne.

Hablemos ahora del ministro deputado para ambos casos. En el bautismo solemne son ministros por derecho propio los obispos en sus diócesis, asi como cada párroco en su parroquia; á todos éstos pertenece por oficio propio administrar solemnemente el sacramento del bautismo. Puede tambien bautizar solemnemente con licencia del obispo ó del párroco cualquier sacerdote, y en caso de necesidad podria ademas administrar el santo bautismo solemnemente el diácono. Mas en caso de necesidad extrema, esto es, cuando se administra el bautismo sin las ceremonias prescritas por la Iglesia, pueden administrarlo cualquier hombre ó mujer aun cuando sea infiel, hereje ó excomulgado, con tal que sepa decir la forma, aplicar convenientemente la materia, y tenga intencion de hacer lo que Cristo instituyó, y la Iglesia Católica ejecuta en el bautismo. Pero debo advertiros, hermanos míos, que aun cuando en estos casos de necesidad, cualquiera que tenga uso de razon puede administrar el bautismo, deben sin embargo, para obrar lícitamente, guardar cierto orden, prefiriendo el mas digno al menos digno. Así es que no debe bautizar la mujer delante del hombre, ni el seglar en presencia del clérigo, ni éste delante del sacerdote, ni en fin, el sacerdote estando pre-

sente el propio párroco ó el obispo. Pero si los mas dignos no quisiesen bautizar, entonces los otros pueden licitamente y deben administrar el bautismo. Tambien debo advertir , que hay obligacion bajo pecado mortal de guardar ese órden, siempre que todos esten igualmente instruidos en la forma y modo de administrar el sacramento; pero si algunos de los que parecerian mas dignos, carecen de instruccion, aun cuando éstos fuesen hombres , han de ser preferidos aquellos que saben bien lo que toca á la administracion del sacramento, aun cuando fuesen mujeres (1). La razon es, porque debe evitarse, cuanto sea posible, el peligro de errar en materia tan grave como es el bautismo. El padre y la madre pueden en caso de necesidad bautizar sus propios hijos ; mas si hubiesen personas extrañas, que lo hiciesen, deben ser éstas preferidas, para evitar el parentezco espiritual que sobre vendria administrando uno de los cónyuges el bautismo al hijo de ambos.

Cualquiera que sea el ministro del bautismo, debe tener intencion, y ésta no es mas que la voluntad de bautizar de la misma manera que bautizó Cristo , y quiere la Iglesia que se bautice. Debiendo el que bautiza tener esa intencion , claro es que debe ser capaz de tenerla, y por lo mismo aquellos que accidentalmente se encuentran incapaces, lo son tambien para administrar el bautismo. Desgraciadamente entre los ministros de necesidad, en los campos ó aldeas no es raro que los curanderos y parteras bauticen á los recien nacidos que suponen enfermos, ó realmente lo estan ; pero los bautizan á veces despues de haber bebido licores fuertes, y ésto con abuso. Tales personas en esa situacion de-

(1) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 67. art. 1; Concil. Trident. Sess. 7. Can. 4. de Bapt.

ben abstenerse de administrar el santo bautismo, porque embotado su entendimiento y ofuscada su razon por efecto de la bebida, no es posible que pueda existir en ese individuo la intencion necesaria para la recta administracion del sacramento. Los párrocos , para evitar en parte los males que se originan de que personas incompetentes administren el bautismo , deberian en diferentes lugares de su parroquia comisionar sujetos examinados por ellos mismos, que en los casos de necesidad puedan administrar el bautismo. Tambien es conveniente que examinen sobre la administracion de este sacramento á las mujeres que suelen asistir á las enfermas de parto, y á las que por lo mismo sucede con frecuencia tener que bautizar niños. Con estas diligencias se evitarán males gravísimos que suceden, y muchas dudas que, por ser en materia de suyo tan delicada, no pueden ménos que mortificar y afligir profundamente á quienes afectan.

Todo hombre vivo no bautizado antes , es apto y capaz de recibir el sacramento del bautismo. Si es adulto y tiene uso de razon, debe tener intencion y verdadera voluntad de recibarlo; pero si no ha llegado al uso de razon, será suficiente que esa voluntad la manifiesten sus padres, sus padrinos ó aquellos que lo llevan para que sea bautizado. A toda criatura racional ordenó Jesucristo á sus apóstoles que bautizasen , á ninguno excluyó, porque todos estan criados para la vida eterna, y el bautismo es la puerta por donde entramos á ella. Y esta es la razon porqué la Iglesia Católica cuida que se franquée ese gran bien á toda criatura. No solamente manda sus sacerdotes á todas las regiones de la tierra, procurando la instruccion y el bautismo para toda criatura capaz de conocer y amar al Señor, sinó que trata de salvar las almas de los niños que, inca-

paces todavía de comprender por sí mismos los bienes eternos, no pueden discernir lo que les conviene hacer. A semejanza del Divino Redentor que, extendiendo sus brazos á los pequeñitos: « Dejad, decia á los apóstoles, que éstos se acerquen á mí, porque de ellos es el reino de los cielos (1); » así la Iglesia Católica abre á los pequeñitos la entrada á la patria celestial, admitiéndolos al sacramento del bautismo. Y nada ha variado de esta solicitud, al contrario, con la misma que en aquellos tiempos eran bautizados todos los individuos, que componian las familias de las piadosas matronas Lidia y Estéfana, con esa misma hoy empeña el celo de sus ministros, estimulándolos á fin que procuren el bautismo para los pequeñitos de todo el mundo.

Algunos disidentes de la Iglesia pretendieron, que ésta no tiene derecho para bautizar los párvulos, pues que son incapaces de tener la voluntad, y de expresar el consentimiento que cada uno necesita para su justificación. Mas advertid, hermanos mios, que esos niños tampoco pecaron con voluntad propia, sino solamente en Adán nuestro primer padre, y que es muy justo que, así como no cometieron culpa alguna con voluntad personal, reciban la gracia que les justifique en virtud de la voluntad é intención que por ellos presta la Iglesia universal. Además la circuncisión fué en la ley escrita la sombra ó figura del sacramento del bautismo instituido en la ley de gracia, y los recién nacidos eran según la ley escrita admitidos á la circuncisión. Quería Dios que recibiesen esa marca que les distinguera de las gentes de la tierra, y les estimulara a vivir solícitos para Dios. Están, pues, obligados los padres y madres á procurar para sus hijos el bautis-

(1) Mateo. Cap. 19.

mo, haciéndoles de esta manera capaces de conseguir la vida eterna. Por amargo que me sea, debo no obstante decirlo, no ha de ser motivo que les retraiga de llevarlos á la parroquia, no tener como satisfacer los derechos del párroco; el que es pobre, no se avergüence de su pobreza, dígala con franqueza, y el sacerdote, compadecido de ella, no le hará sufrir una repulsa. Los derechos parroquiales los debe aquel que tiene como pagarlos, pero de ningun modo fueron autorizados para oprimir á los miserables, que nada tienen fuera del triste jornal con que alimentan escasamente á su familia. Ni ha sido la voluntad de la Iglesia, que ese pobre hijo de Dios, como los demás hombres, quede desheredado de los bienes de su Padre celestial, porque carece de medios para satisfacer el dinero, que le pide su párroco con el fin de administrarle los sacramentos que debe recibir. ¡ Ah ! que Dios nos habla, y con esa caridad de que está lleno, ¡ oid ! oid ! como dice á nuestra alma cautiva por la miseria del pecado : « Sacúdete el polvo, levántate, siéntate, Jerusalen, suelta las ataduras de tu cuello, cautiva hija de Sion. Porque dice el Señor : *De valde fuistis vendidos, y sin plata sereis redimidos* (1). »

Pecan gravemente los padres y madres, que obran con negligencia en esta materia, y no hacen todo cuanto es posible, á fin de rescatar inmediatamente á sus hijos de la mas fatal de las esclavitudes, la de satanás. Y pecan del mismo modo los que, por aguardar á tales ó cuales personas, que han de servir de padrinos, dilatan muchos dias, y aun meses, el santo bautismo.

(1) Isaías. Cap. 53.

Cuando es adulto el que ha de recibir este santo sacramento, necesita tener intencion y libre voluntad de ser bautizado, y ademas la instruccion necesaria acerca de la fé cristiana, que va á profesar en el bautismo. Mas existe diferencia sustancial entre la necesidad de estas disposiciones. Si algun adulto fuese bautizado sin tener voluntad libre y determinada de serlo, y sin tener intencion de recibir el santo bautismo, esa persona no quedaria bautizada: pero si otro con voluntad é intencion de bautizarse, hiciese esa intencion, pero sin la instruccion necesaria; ese recibiria el sacramento, mas no las gracias que concede el mismo sacramento. Nuestro Señor Jesucristo nos declara, cuán necesaria es esta instruccion en los adultos que reciben el bautismo, pues mandó á sus Apóstoles, que primero instruyesen á las gentes, y despues las bautizasen.

Ademas los adultos que han cometido pecados personales deben, fuera de las disposiciones dichas, tener dolor de sus culpas, convirtiéndose á Dios de cérason, y sin este requisito no podrán alcanzar la justificacion, que causa el sacramento bien recibido.

Digamos ahora algo de los admirables efectos que causa el sacramento del bautismo en quien lo recibe con las debidas disposiciones, si es adulto. El primero es lavarnos de todas nuestras culpas, y de ésto nos da el Apóstol de las gentes una idea admirable en su carta á los romanos (1), cuando dice, que por el bautismo somos sepultados á semejanza de Jesucristo, para levantarnos vivos y gloriosos como El resucitó de entre los muertos. El pecador queda sepultado en las aguas del bautismo con las iniquidades y las miserias del viejo Adan, del mismo modo que Faraon y su ejér-

(1) Cap. 6, y á los Colos. Cap. 2.

cito lo fueron entre las ondas del mar Rojo ; pero queda sepultado, para que se levante el hombre nuevo á imágen de Jesucristo para vivir como éste vida de virtudes, de santidad y de perfecta resurrección espiritual. El hombre viejo principia en el bautismo la crucifixión de su carne para destruir al pecado, de tal modo que jamás vuelva á vivir sometido á su dominio. Como Cristo resucitado ya no muere, porque la muerte ningún poder tiene sobre él; así el cristiano resucitado por el bautismo no ha de morir con la muerte, que causa el pecado, sino vivir la vida de la gracia de que es modelo Cristo Señor nuestro. Ved ahí, hermanos míos, cómo el hombre muerto por la culpa, ya sea original, como sucede en los párculos, ya original y personales como ordinariamente pasa en los adultos, por el sacramento del bautismo se levanta vivo por la divina gracia que le concede. Perdonada además el bautismo la pena que merecía el pecador por esas mismas culpas, y éste es su segundo efecto. Renacido el hombre por la gracia del bautismo á una vida nueva, nada se le imputa en ésta de las deudas contraídas por sus antiguas prevaricaciones ; así es que las penas merecidas por éstas, quedan todas perdonadas y completamente borradas en virtud de los merecimientos de Jesucristo Nuestro Señor, que en él se le aplican. San Pablo contempla á la Iglesia de nuestro divino Salvador pura, hermosa, perfecta, libre de toda servidumbre, y sin defecto alguno que pueda ajarle ni menoscabarle esa misma perfección y libertad ; siendo el bautismo la puerta por donde entramos á formar parte del cuerpo de la Iglesia, es claro que allí mismo la gracia del Señor borra todas las deudas y todas las penas, que son las manchas y las ataduras que nos privan de la belleza

y de la libertad, y nos deja aptos para pertenecer al cuerpo de la Iglesia.

El Señor, al librarnos por medio del santo bautismo de las culpas y de las penas que por ellas merecemos, no quiso libertarnos de las miserias y calamidades temporales que el pecado acarreó al hombre, tales como las enfermedades, la rebelion de las pasiones y la muerte. El Angelico Doctor Santo Tomás encuentra que para esto tuvo Dios varias razones ; es á saber, que esas penalidades contribuyen en nosotros al ejercicio de las virtudes, con que merecemos la gloria del reino de los cielos. Si los cristianos no experimentásemos éstas que llamamos y son verdaderamente amarguras de la vida, se disminuiria el mérito de nuestra fé y de nuestra esperanza. De nuestra fé, porque no tendríamos sacrificios que ofrecer al Señor, y de nuestra esperanza, porque no habria razon para suspirar por la posesion de los verdaderos goces, desde que aquí podríamos llamarnos tambien felices. Quiso, tambien, el Señor que viviese todo hombre pendiente de El, obligado á recurrir á cada instante por los socorros de su misericordia, convencido por su propia experiencia de lo infinito de su flaqueza (1).

Otro efecto del sacramento del bautismo es imprimir carácter en el que lo recibe. Ya dijimos que carácter se llama una señal espiritual é indeleble impresa en el alma. El carácter que se nos imprime en el sacramento del bautismo nos une á Jesucristo como hijos á su padre; de suerte que en él consideramos un documento, por el que Dios se ha dignado adoptarnos por hijos suyos escrito con su propia sangre en las potencias de nuestra alma, y que no se borrará por toda la eternidad.

(1) 3.^a pars, quaest. 69. art. 2.

Subsistirá en el infierno para confusion y vergüenza del pecador, que no correspondió á los recursos recibidos de la bondad divina en las gracias del bautismo: y subsistirá en la gloria eterna , donde los cristianos lo ostentarán con mayor satisfaccion, que los soldados valientes muestran sus divisas despues de la batalla en que triunfaron de sus enemigos. Ojalá, hermanos mios, que esta consideracion os empeñe á marchar con fervor en el camino de las buenas obras, aprovechando tantas gracias y tantos auxilios que de continuo se os dispensan para ello.

Produce tambien el bautismo parentezco espiritual, segun lo ordenado por las leyes de la Iglesia, y éste es otro efecto del sacramento. El que bautiza, contrae parentezco con el bautizado y con sus padres ; y el bautizado y sus padres lo contraen con el que bautiza, y ademas el padrino ó los padrinos contraen dicho parentezco con el bautizado y con sus padres. Pero los padrinos entre sí no contraen parentezco alguno , de modo que un hombre y una mujer, que han sido padrinos de una criatura, no teniendo otro impedimento, podrian casarse. Para contraer parentezco espiritual se requieren las condiciones siguientes.

Que el bautismo sea solemne, es decir administrado con las ceremonias solemnes de la Iglesia. En el bautismo simple ó privado no contraen parentezco, sinó tan solo el que bautiza con el bautizado. Cuando ha sido bautizada una criatura en caso de necesidad y con bautismo simple, el que administra despues bajo condicion el bautismo solemne , es de presumir que tambien contraiga parentezco ; pero no es seguro, por cuanto el bautismo fué administrado solo condicionalmente.

Otra condicion necesaria, para que en el bautismo

los padrinos contraigan parentezco, es que tengan real y fisicamente á la criatura, mientras el sacerdote hace la ablucion y demas ceremonias sagradas del sacramento que le administra.

En el sagrado bautismo recibe el alma una gracia especial, que se dirige á robustecerla y adiestrarla en la práctica de las virtudes cristianas. De suerte que no solamente nos traen las aguas bautismales esa primera gracia, que nos restituye, como ya lo dijimos, la inocencia y santidad perdidas por la culpa, sino tambien otras nuevas que nos comunican vigor y fortaleza para abrazar y seguir hasta el fin la vida cristiana. Hasta donde llegue la eficacia de estas gracias, nos lo explica San Cipriano, Padre de la Iglesia, en el siguiente pasaje de su libro á Donato. En éste, á mas de habernos dejado escritos todos los errores y vicios en que estuvo sumergido durante su vida de pagano, así como su admirable conversion á la fe cristiana, nos pinta la maravillosa transformacion causada en él por el bautismo: « Yo habitaba, dice, en la mansion de las tinieblas, y vagaba en el mar proceloso del mundo, extraño enteramente á la luz, é incierto del lugar donde debia fijar mis piés. Lo que me habian hablado de un segundo nacimiento dispuesto por la bondad de Dios, lo tenia por duro é impracticable. No podia concebir cómo un hombre principiando nueva vida, despues de recibir el bautismo de la regeneracion, dejase de ser lo que era antes de su conversion, es decir, nueva persona, pero reteniendo la constitucion de su cuerpo: como si se dijese, arrojar al hombre antiguo y renovar del todo el espíritu de su mente. Como estaba enteramente sumergido en los errores de mi antigua vida, de que me parecia imposible apartarme, soltaba la rienda á mis

vicios cotidianos, les añadia mayor fuerza con mi complacencia, y desesperado de mi curacion, eslabonaba mas y mas la cadena de pecados que llegó á serme natural: de modo que llegué á mirarla como parte de mi misma naturaleza. Mas al punto que las aguas vivificantes del bautismo lavaron las manchas é impurezas de mi alma; desde que mi corazon recibió la luz de la verdad celestial, el espíritu de Dios descendió sobre mí, y yo quedé hecho nueva criatura. Todas mis dudas se desvanecieron pasmosamente, mis dificultades se resolvieron, y toda mi pasada oscuridad quedó desterrada. Me pareció fácil desde entonces aquello mismo que había tenido como dificultoso é impracticable; y quedé plenamente convencido de que podía sufrir todo cuanto me parecía antes imposible. Me convencí por experiencia propia que el principio terreno que contraje desde mi nacimiento, me expuso al pecado y á la muerte; pero tambien que el nuevo espíritu que recibí de Dios en mi regeneracion espiritual, me dió nuevas ideas, nuevas inclinaciones, y dirigió todos mis deseos y afectos hacia Dios (1). » Lo que pinta este valeroso Confesor de la fé de Cristo como sucedido en sí mismo, es lo que acontece, hermanos mios, en todos los hombres que, regenerados como aquel por el santo bautismo, tratan de aprovechar las gracias que reciben, y de alcanzar los fines para que les fueron concedidas por Dios. Porque, aun cuando el hombre recibe las gracias del bautismo, necesita todavía aprovecharlas, de otro modo le serán no solo infructuosas, sinó del todo inútiles. Esta es nuestra obra, hermanos mios, somos hijos de Dios por el bautismo, nuestro nombre escrito está en el libro de la vida eterna; y para llegar

(1) Ad Donatum. Epist. 1.

allá se han puesto á nuestra disposicion todos los recursos necesarios. *Age, age,* digamos á nuestra voluntad, como San Cipriano se decia á sí mismo, hagamos buenas obras, y lograremos al fin alcanzar la vida eterna que os deseo.

INSTRUCCION NONA.

DE LAS CEREMONIAS DEL BAUTISMO.

Cum baptizaretur omnis populus, et Iesu baptizato et orante, apertum est coelum; et descendit Spiritus Sanctus corporali specie sicut columba in ipsum; et vox de coelo facta est: Tu es Filius meus dilectus, in te complacui mihi.

Como recibiese el Bautismo todo el pueblo, tambien fué bautizado Jesus, y estando El orando, abrióse el cielo, y descendió sobre El el Espíritu Santo en especie corporal como paloma, y dijo una voz del cielo: Tú eres mi Hijo el amado, en ti me he complacido.

(S. Luc. Cap. 3.)

El hombre viene al conocimiento de los misterios de la providencia y sabiduría de Dios por medio de los objetos que los representan. Por eso el Apóstol de las gentes escribia á los Romanos, que « conocemos las obras invisibles de la sabiduría de Dios por medio de las visibles que perciben nuestros sentidos (1). » Así el Señor queriendo dar á Israel una idea justa de lo grande y terrible de su majestad, le dicta su ley en medio de truenos y relámpagos que le aterranc. Cuando quiere hacer comprender el culto que se le debe tributar,

(1) Carta á los Romanos. Cap. 1.

inspira á Moises las victimas que han de inmolársele, así como los ritos y las ceremonias con que deben ofrecérsele. Cuando, en fin, quiere dar idea de la reverencia profunda con que su santo nombre debe ser adorado y conocido, cubre con resplandores visibles el santuario de su templo, y desde el seno de nubes misteriosas habla á los hombres que han de llevar al pueblo su santa palabra. Siguiendo este mismo orden de cosas, cuando quiso darnos á conocer los grandes y saludables misterios que se encierran en el sacramento del bautismo, inspiró á su Iglesia las ceremonias con que ha de administrarlo, haciendo brillar en éstas los infinitos dones con que su providencia misericordiosa nos enriqueció al numerarnos entre sus hijos. El mismo, al instituir el santo bautismo, quiso aparecer rodeado de muestras visibles de su divinidad: que se abriesen los cielos, que escuchasen los hombres la voz del Padre celestial, y que adorasen todas las criaturas la inefable Trinidad, que consagraba las aguas destinadas á la regeneracion humana; para que tantas y tan augustas demostraciones nos descubriesen el bien inefable que recibíamos. Las ceremonias de la Iglesia son un reflejo de lo que entonces pasaba en el Jordan. La regeneracion espiritual del hombre queda puesta al alcance de los fieles, que la presencian por medio de los exorcismos y demas ceremonias exteriores. El que va á entrar en la milicia de Jesucristo, renuncia voluntariamente del demonio, de sus pompas y vanidades, y se ofrece á seguir durante su vida las virtudes de nuestro Divino Salvador. Ved ahí, hermanos mios, cuántas verdades estan significadas en las ceremonias del bautismo solemne, que voy á explicar en la presente instruccion. ¡Quiera el Señor que mis palabras lleven á vuestros corazones la luz de la doc-

trina, con la gracia de la resolucion de seguir á Jesucristo, como lo prometisteis en el santo bautismo. Este es, ¡oh Dios mio! el favor que espero alcanzar de vos.

El que va á ser bautizado, acompañado de sus padrinos, si es adulto, ó cargado por ellos, si es pár-vulo, se detiene á la puerta de la Iglesia. Desde la mas remota antigüedad se estableció que un cristiano acompañase á los catecúmenos que se acercaban á recibir el bautismo, á los que se dió el nombre de padres, que significa *quasi parentes*, como padres; porque la Iglesia encarga á los padrinos llenar las obligaciones de los padres en ciertos casos. Está instituido que en el bautismo solemne haya á lo sumo dos padrinos, hombre y mujer; significando en ésto que, así como para el nacimiento temporal intervinieron el hombre y la mujer, así tambien intervienen para su renacimiento espiritual. El santo Concilio de Trento llama *susceptor* al padrino que recibe al bautizado (1). Tambien le llamaron « doctor de la fe », y « prometedor » algunos Padres de la Iglesia, y finalmente *compares* ó como padres el Ritual romano, significándose en estos nombres las obligaciones que contraen de enseñar los padrinos á su ahijado las verdades de nuestra santa fe con los preceptos de la vida cristiana, y de conducirlo hacia Dios, supliendo, cuando llegase la ocasion, los descuidos y omisiones de los padres.

Para elegir los padrinos de sus hijos, no deben los padres buscar principalmente las conveniencias temporales, sinó la mayor virtud. Algunos hay que procuran encontrar compadres entre los hombres ricos é influyentes; nada les importa que sean viciosos, ni que hagan alarde de su impiedad, porque solo

(1) Sess. 24. Can. 2.

pretenden que los padrinos puedan influir en favor de sus ahijados. Tal conducta es indigna del cristiano, porque no son los bienes de la tierra, ni las conveniencias materiales lo que hace felices á los hombres, sino las virtudes que dan paz, y con ésta la felicidad permanente. Los que con sus enseñanzas apoyadas en buenos ejemplos, procuran para sus ahijados aquellos bienes, son los padrinos mas provechosos y que los padres deben preferir para sus hijos en todo caso.

El sacerdote vestido con los paramentos sagrados, recibe en la puerta de la iglesia al bautizando llevado por los padrinos ; aquí representa el ministro del sacramento á nuestro Señor Jesucristo que es la única puerta de su Iglesia, y por la que entramos y somos admitidos en ella. Nos enseñó El mismo esta verdad, diciéndonos : « Yo soy la puerta, y el que por mí entrare, se salvará (1). » El bautizando es detenido en la puerta de la iglesia, porque ninguno es digno de entrar en la casa de Dios, sin que primero haga cuanto esté de su parte por libertarse de la esclavitud de satanás, y manifieste una resolución eficaz de servir á Cristo, entre los hijos fieles de la Iglesia católica. Antes de cualquiera otra ceremonia, el sacerdote pone nombre al bautizando, porque con ese nombre va á ser numerado entre los hijos de Dios, y á ser inscrito en el registro que de éstos conserva nuestra santa madre Iglesia.

No debe imponerse al bautizando un nombre cualquiera, sino el de alguno de los Santos que venera é invoca la Iglesia; porque ese Santo será delante de Dios abogado de aquél que lleva su nombre; porque ademas este nombre debe recordarle las virtudes que ha de

(1) Juan. Cap. 1.

practicar con ese mismo fervor y devocion que las practicó aquel. La Iglesia ha protestado constantemente contra el abuso que cometan los padres que piden para sus hijos nombres de personajes de novelas, de héroes profanos, ó de individuos gentiles, que tan lejos de recordarnos virtudes para imitar, excitan con su ejemplo á vicios repugnantes y del todo contrarios á la santidad del cristiano.

¿Qué pides? pregunta el sacerdote al que se bautiza: ¿qué pides á la Iglesia de Dios? La fe, responde el bautizando ó sus padrinos por él. Porque en virtud de la fe, hermanos mios, principiamos á pertenecer al cuerpo de Cristo, y debemos saberla y conocerla para confesarla y defenderla, como tenemos obligacion de hacerlo todos cuantos pertenecemos á Jesucristo. Y aun los niños que no son capaces de hacer esta peticion de la fe, por no tener uso de razon, la hacen, dice el Angélico Doctor, por medio de sus padrinos, para que conste que se han obligado á guardar los preceptos de la religion cristiana (1), que protestan querer abrazar desde aquel instante como medio para alcanzar la vida eterna.

El sacerdote revestido del poder que recibió de Nuestro Señor Jesucristo, manda al demonio que deje libre aquella alma, que expresa su voluntad de pertenecer á Dios. « Dejadla, espíritu inmundo, le dice, dad lugar al Espíritu Santo Paráclito que vendrá á santificarla con su gracia. » Al decir estas palabras, el ministro del Señor sopla tres veces sobre el rostro del que se bautiza, en señal de vivificarlo con el Espíritu de Dios, para que pueda levantarse libre del poder de la antigua serpiente, y conseguir el

(1) 3.^a pars, quaest. 71. art. 1.

aliento de vida que perdió con la culpa (1). Hace tambien á la criatura la señal de la cruz sobre la frente y sobre el corazon, diciéndole: « Recibe esta señal de cruz, toma la fé de los preceptos del cielo, y procura vivir como ellos ordenan, para que puedas ser verdadero templo del Señor. » De tal manera , hermanos mios , que Dios hablando á nuestra alma antes de numerarla entre sus hijos, le presenta sus divinos mandamientos, para que los conozca , como la ley que le ha de gobernar durante su vida , y sin cuya observancia no podrá alcanzar salvacion eterna. Por esta razon el sacerdote hace oracion á Dios, para que proteja con su poderosa virtud á esa criatura , á quien acaba de señalar con la santa cruz, de modo que, guardando inviolablemente sus santos mandamientos , pueda llegar al reino de los cielos.

Concluida esta oracion, pone el sacerdote su mano sobre la cabeza del bautizado , y levantando á Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo nuevamente sus ruegos, le pide que mire con misericordia á esa criatura , á quien se ha dignado traer á su santa fé; que destruya la ceguedad de su corazon, que corte los lazos con que satanás la tiene cautiva , y le abra la puerta de su infinita piedad .

En seguida pone el sacerdote un poco de sal bendita en la boca del bautizando; en cuya ceremonia se nos advierte, que por la doctrina de la fé cristiana, y el don de la gracia, que recibe el hombre en el bautismo, ha de trabajar constantemente, á fin de verse libre de la corrupcion de los pecados, y gustar el sabor de las buenas obras, que son fruto de las verdades que nos enseña esa misma fé.

(1) Catech. Rom. Part. II. Cap. 11.

« Ninguno puede venir á mí , si mi Padre no le trae , » dice Jesucristo (1); y guiado por esta doctrina celestial el sacerdote ministro del bautismo, ruega encarecidamente al Padre celestial, que lleve á sí á esa criatura que pretende ser bautizada. *Perduc eam, Domine*, le dice, *ad novae regenerationis lavacrum* (2): esto es, que la lleve al bautismo donde ha de recibir su nueva regeneracion. Los exorcismos, que así se llaman las oraciones con que el sacerdote conjura al demonio para que deje el alma que tiene bajo su potestad, son de uso antiquísimo en la Iglesia, y en ellos se invoca el nombre santo y terrible de Dios contra el poder infernal, al mismo tiempo que se signa al bautizando con la señal de la cruz. Esta señal de la santa cruz hecha en la frente, ojos, pechos, hombros y oídos del bautizando en diferentes ceremonias durante el bautismo , significa que por este sacramento se abren y se fortifican los sentidos del bautizado , para que pueda recibir la gracia de Dios, y entender y guardar sus divinos mandamientos. La señal de cruz en la frente, y la imposición de manos , que se hace sobre la cabeza del que se bautiza, cierran al demonio la entrada á esa criatura, que principia á ser de Dios, y es por eso señalada con el sello santo de la cruz.

Despues de pedir el sacerdote á Dios, autor de toda luz y de toda verdad, que se digne iluminar á la criatura que se bautiza con la luz de su inteligencia, dándole la verdadera ciencia, la pureza de corazon, la esperanza firme, el recto consejo y la santa doctrina por los méritos de Jesucristo Nuestro Señor, pone sobre ella un extremo de la estola. En esta ceremonia está significado, que la Iglesia recibe en su seno aquel nuevo hijo , y to-

(1) Juan. Cap. 6.

(2) Rituale Rom. De sacram. Baptismi.

mándolo como de la mano, lo conduce á Dios. Por esta razon el sacerdote, ministro del Señor y de su santa Iglesia, dice al bautizando: « *Ingredere in templum Dei ut habeas parlem cum Christo in vitam aeternam* : entra en el templo de Dios , para que tengas parte con Cristo en la vida eterna. » El sacerdote, entrando al templo con los padrinos, va rezando junto con ellos y el bautizando, si es adulto, el *Padre Nuestro* y el *Credo*, porque en estas sublimes oraciones está incluida la profesion solemne de la fe cristiana , que todo el que se alista en la milicia de Jesucristo promete guardar inviolablemente durante su vida. De suerte , hermanos mios, que mediante la fe que profesamos en el santo bautismo, fuimos admitidos en la Iglesia cristiana donde tenemos la felicidad de podernos llamar hijos de Dios, y lo somos verdaderamente. ¡ Con cuánta vigilancia hemos de procurar guardar esta fe y arraigarla mas y mas en nuestra alma ! Pensadlo bien, hermanos mios, y compadeced á aquellos que, habiendo profesado la fe de Jesucristo, viven como si no la conociesen.

Entrando en el santo templo, llamamos padre á Dios por primera vez , poniendo El mismo esta dulce palabra en nuestros labios, en señal de estar en posesion de esa dulcísima adopcion , por la cual nos llamamos y somos verdaderamente sus hijos. ¡ Ojalá que nunca durante nuestra vida olvidemos que Dios es nuestro Padre, y que El mismo nos enseñó á llamarlo así !

Exorcizado nuevamente satanás en el nombre de Dios y con la señal de la cruz, para que huya de esa criatura que el Señor ha elegido para su templo , el sacerdote unge con su saliva los oidos y las orejas del niño, diciendo: *Ephpheta, quod est, Adaperire: in odorem suavitatis. Tu autem effugare, diabole; appropin-*

quavil enim iudicium Dei. En esta ceremonia se nos significa la eficacia que tiene el sagrado bautismo, para iluminar nuestros entendimientos, y hacerlos capaces de entender las verdades sobrenaturales que nos enseña la fe. Somos como aquel ciego, á quien untó el Señor los ojos con barro hecho con saliva de su boca sacratísima, y le mandó se lavase luego en la fuente de Siloé donde cobró la vista. Así á nosotros nos unge primero, y luego nos lava, dejándonos enteramente sanos de nuestra ceguera espiritual, y en posesion de la vista y conocimiento que nos traen las verdades divinas que recibimos. En esta unción con saliva en los oídos y narices del bautizando ve el Padre San Ambrosio el símbolo de los dones del Espíritu Santo, que se conceden por el sacramento del bautismo.

Mas oid, Católicos, las preguntas que hace el sacerdote antes de administrarnos el santo bautismo. Llamando por su nombre al bautizado: « ¿ Renuncias, le dice, á satanás? renuncias á todas sus obras? renuncias á todas sus pompas? » Reflexionemos un momento el significado de cada una de estas preguntas, y si acaso hemos recordado alguna vez lo que entonces prometimos al Señor. Hemos renunciado, hermanos mios, á satanás con toda nuestra mas espontánea voluntad, y bajo este nombre no solo comprendemos al demonio, enemigo de Dios y de todo cuanto pertenece á Dios, sino todo aquello que puede conducirnos al pecado que nos somete á su miserable esclavitud. Renunciar al demonio es separarse del pecado y de todas las ocasiones de cometerlo voluntariamente; renunciar á satanás es consagrarse á vivir como cristiano, pues los que de ese modo viven, se llaman con razon discípulos de Jesucristo; renunciar las obras de satanás es mortificar nuestras pasiones violentas, y

abrazarnos con la cruz de nuestro divino Salvador , que respira amor al prójimo, perdon para las injurias que se nos han hecho, y olvido completo de los ultrajes y vilipendios recibidos ; renunciar, en fin , las pompas de satanás es renunciar la vanidad en el vestir , en el comer, y en el pasear; renunciar ese anhelo con que suelen buscarse los honores, las riquezas, las dignidades, las comodidades, y los regalos superfluos de la vida. Ved , hermanos mios , lo que comprenden esas formales renuncias hechas en el bautismo, meditémoslas con frecuencia, y siempre con la resolucion de desprendernos de todo aquello, de que Dios quiere que vivamos desprendidos. « Recuerda, alma, estas tres promesas hechas á Dios, nos dice San Agustin , no quieras olvidarlas, mientras tengas vida, pues el Juez eterno , á quien las hiciste, algun dia te pedirá estrecha cuenta de su cumplimiento. Alza, alza al cielo tu corazon y tu voluntad , porque allí está el galardon que se te reserva, si las cumples con fidelidad (1). » ¡ Oh cuánta vergüenza da, hermanos mios, encontrar tantos cristianos completamente olvidados de estas promesas hechas delante del Señor, en el momento de ser admitidos en el número de los hijos de Jesucristo ! Viven en la tierra como en su verdadera patria, reputan los honores y las riquezas como su felicidad, los deleites de la concupiscencia como su propio elemento , y los desbordes de sus pasiones violentas como movimientos legítimos y aun nobles de su alma : ved ahí los que traicionan las obligaciones que contrajeron con Dios en el sacramento del bautismo. No seamos de este número, si no queremos caminar derechamente á nuestra perdicion eterna.

(1) Serm. 7. ad Baptizat.

Cuando el bautizando ha hecho esta renuncia , le unge el sacerdote en el pecho y en las espaldas con el óleo de los catecúmenos. Le unge en el pecho, para que por la gracia y los dones del Espíritu Santo arroje de sí todos los errores y las ignorancias de que vive esclavo por el pecado , y se haga capaz de recibir la verdadera fé; « pues el justo vive por la fé (1). » Lo unge en las espaldas, para que, mediante la gracia del Espíritu Santo, sacuda de sí la pereza, y se ejercite en obras de virtud, porque « la fé sin obras es muerta (2). » Concluida esta ceremonia, el sacerdote llama por su nombre al bautizando , y le pregunta: ; Crees en Dios, Padre Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra? Creo, responde él mismo, si es adulto, ó su padrino, si es párvulo. El sacerdote continua preguntando tres veces si cree en los articulos de la fé, haciendo de este modo solemnemente su profesion de cristiano. Tres veces se nos pregunta si creemos , del mismo modo que tres veces preguntó el Divino Salvador al Príncipe de los apóstoles si le amaba ; porque quiere el Señor recibir de nuestra parte pruebas frecuentes de la caridad fervorosa con que le amamos , para que esa misma confesion ó ratificacion en su fé y en su caridad sirvan de medio para obtener nuevos dones de su infinita bondad.

El sacerdote, despues de ésto, llamando por su nombre al catecúmeno, le pregunta si quiere ser bautizado ; y respondiendo afirmativamente , ó haciéndolo á su nombre sus padrinos, procede al bautismo. En esta ceremonia estan significados los misterios de nuestra caida en el abismo de las miserias por la culpa, y de nuestra justificacion y redencion por la gracia de Nues-

(1) S. Pablo á los Galat. Cap. 3.

(2) Santiago. Cap. 4..

tro Salvador Jesucristo. Cayó el hombre en la culpa por su libre voluntad, seducido por la serpiente infernal que le prometió llegaría á ser como Dios ; comió del fruto vedado, de suerte que, si lo vemos caido y sin fuerzas para levantarse , es por su propia culpa. Ahora tratando Dios de reparar á ese hombre, quiere que éste libre y espontáneamente consienta en su reparacion. Por esta razon le pregunta el sacerdote: *¿Vis baptizari?* ; Quieres ser bautizado ? Ademas al llamar-nos Jesucristo á la conquista del reino de los cielos nos alista entre sus soldados voluntarios; de manera que, prestando obediencia tambien voluntaria á sus santos mandamientos, lleguemos á conseguir su posesion, auxiliandonos la gracia y la constancia de nuestros esfuerzos.

El padrino y la madrina tienen á la criatura ; el padrino de la parte superior del cuerpo, y la madrina de la parte inferior; mientras que el sacerdote ministro del sacramento, tomando en sus manos el vaso con el agua bautismal , que es la que cada párroco bendice el sábado santo en su parroquia, la derrama en forma de cruz sobre la cabeza del que se bautiza , diciendo al mismo tiempo que la derrama: « Fulano, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. »

El sacerdote derrama el agua sobre la criatura formando tres cruces, porque Dios trino y uno es quien nos regenera y santifica en el bautismo. Jesucristo mismo, al prescribir la forma de este sacramento , lo enseñó así. Cuando hay duda sobre si el infante está ó no bautizado, por haberlo sido en caso de necesidad ó por persona ménos apta , el sacerdote dice aquella fórmula condicionalmente: « Fulano, si no estás bautizado, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. » Como el bautismo no puede

reiterarse, sin que cometa, quien lo reitere maliciosamente, un enorme sacrilegio; por esta razon la Iglesia ha adoptado para los casos de duda prudente esta formula condicional, y que de ningun modo expone al sacramento á ser reiterado.

Los padrinos deben hacer intencion por el bautizado de recibir el sacramento, así como el sacerdote de administrarlo, de la misma manera que lo administra la Iglesia Católica. De esta manera es, hermanos mios, como queda regenerada la criatura y hecha hija de Dios la que poco antes era su enemiga y esclava del demonio. ¿ De dónde sacó tanta virtud el agua que, tocando el cuerpo, lava el alma? exclamaré aquí con San Agustín (1). Su virtud le viene, diré con el mismo, de haber sido santificada por Cristo en el rio Jordan, recibiendo eficacia para lavar los pecados de los hombres que creyesen la palabra de Cristo y abrazasen su fe. Esa alma poco antes horrible, ahora es tan hermosa, que atrae las miradas misericordiosas del Señor que le dice lleno de amor: « Me desposaré contigo por la fe, me desposaré contigo por amor y misericordia (2). » Como esposo da en aquel mismo instante al alma su esposa en dote tres virtudes teologales ó divinas, á saber: fe, esperanza y caridad, y con las que podrá alcanzar su union eterna con el Esposo celestial.

Cuando el bautismo está hecho como habeis oido, hermanos mios, el sacerdote ungiendo al recien bautizado en la cabeza con el crisma consagrado por el obispo, le dice: « El Dios Omnipotente, Padre de Nuestro Señor Jesucristo que te regeneró con el agua y el Espíritu Santo, concediéndote el perdon de todos tus pecados, El te unja con el crisma de salud en el mismo

(1) Serm. ad Baptiz. Cap. 3.

(2) Oseas. Cap. 2.

tras dure vuestra peregrinacion. » Pero ¿ qué hemos hecho con este precioso don ? ¡ Ah ! como el siervo perezoso del Evangelio « *Abit et abscondit pecuniam domini sui;* Fué y escondió el tesoro de su señor (1); » así nosotros dejamos sin provecho las luces espirituales que recibimos, las ocultamos dentro de nosotros mismos, y damos lugar para que se levanten en nuestra conciencia mil enemigos que combatirán nuestras virtudes hasta hacerlas perecer. Entónces, apagada la luz que nos dirigia, ¿ adónde iremos á buscar la dirección necesaria ? ¡ Ah ! no apaguemos esa luz, hermanos mios, conservemos en nuestra conciencia ese dote precioso que recibimos del Señor, para que el dia de nuestra muerte podamos presentar encendida nuestra candelá, es decir brillando nuestra fé, nuestra esperanza y nuestra caridad, y engalanada nuestra alma con la hermosura de sus divinos resplandores. Mientras tanto os repetiré aquel precepto terminante de Nuestro Señor Jesucristo : *Luceat lux vestra coram hominibus* (2) ; que esa candelá, que recibisteis, brille delante de los hombres, alumbrando á todos con la luz de las virtudes. En un siglo como el nuestro, que se precia de incrédulo, de ateo, escéptico y libertino, brille nuestra fé para refutar prácticamente los errores de todos aquellos: *Luceat lux vestra.* En las incertidumbres en que coloca hoy á tantos hombres la falta de principios religiosos, haciéndoles vivir como si aquí en la tierra estuviesen los goces para que fueron criados, brille mas y mas con buenas obras nuestra fé : *Luceat lux vestra.* Manifestemos tambien viva y constante nuestra esperanza en las promesas divinas; y cuando la caridad se encuentra helada en tantas conciencias, que algun dia abrazó con sus fervo-

(1) Mateo. Cap. 25.

(2) Mateo. Cap. 5.

res, pidamos al Señor incesantemente nos inflame con su fuego divino , para poder enseñar á los otros , cuán bueno es Dios para todos los que le aman é invocan de corazon (1).

Finalmente, concluida ya la ceremonia de la candelá, dirigiéndose el sacerdote al recien bautizado , le dice : « Anda en paz, y el Señor sea contigo . » Con cuyas palabras le despidie con caridad y amor paternal. La verdadera paz es la gracia del Señor , de la que dice el Apóstol que sobrepuja á todo entendimiento , porque no podemos comprender hasta dónde alcanza la felicidad de poseerla (2). De suerte que, al decir el sacerdote al bautizado: *Vade in pace* , le expresa un deseo vivo de que conserve la gracia que acaba de recibir , de manera que , Dios reinando en su corazon , todas sus obras vayan dirigidas al servicio espiritual de Jesucristo Señor Nuestro (3). Los que piensan tener paz en su alma en medio de los cuidados y atenciones inútiles y aun pecaminosas de la tierra, piensan conseguir una cosa imposible, porque lo es del todo conservar la gracia á una con los enemigos que la combaten. Jesucristo nos enseña que ninguno puede servir á dos señores, porque al uno amará, y al otro aborrecerá (4). El cristiano que con su libre voluntad ha resuelto servir á Dios, debe con esa misma voluntad firme y decidida procurar arrojar de sí cuanto pueda contribuir á alejarlo de Dios.

Hemos dado á conocer, hermanos mios, el significado de las ceremonias del bautismo solemne. Todas nos estan enseñando que es la puerta por donde

(1) Salmo 72.

(2) Hugo Card. in Epist. ad Philipp. Exposit.

(3) S. Pablo á los Filip. Cap. 4.

(4) Mateo. Cap. 8.

vestida el alma ; y ya, en fin, la gloria de nuestra resurrección alcanzada por las aguas del bautismo (1). San Juan vió vestidos con ropas albas como la nieve á los que se lavaron y purificaron en la sangre del Cordero inmaculado, los vió tomar lugar cerca de su trono, y protegidos por él, llegar á las fuentes de agua viva para beber en ellas la alegría sempiterna (2). Ved ahí, católicos, la situación del alma que está significada en esa ropa ó cobertor blanco, que el sacerdote ha puesto al bautizado. Ojalá nos penetrásemos de la inefable dicha que encierra ese candor, y á toda costa tratásemos de conservarlo, si lo tenemos hasta hoy, ó de restaurarlo con la penitencia, si desgraciadamente lo hubiésemos perdido. Porque, á la verdad, manchado el candor, y perdida la hermosura del alma por el pecado, no queda mas arbitrio al cristiano que lavar con las aguas de la penitencia aquellas manchas, hasta borrarlas completamente, y quedar restablecida aquella felicidad, que le dió en el bautismo la sangre preciosa de Jesucristo nuestro Redentor.

Concluida esta ceremonia, se pone en la mano del bautizado una candela encendida, la que tienen por él sus padrinos, cuando es párvido. En esta candela nos hace ver San Gregorio Nazianzeno grandes significados. « Luz era, nos dice, la ley que fué dada al primer hombre y que apagó éste con su culpa ; luz los preceptos de quienes fué dicho : antorchas son para mí ¡oh Dios mio ! tus mandamientos, y candela que me dirige en mi camino (3) ; luz fué la que guió á Israel en su camino de peregrinación, y le mitigaba

(1) S. Thomas. 2.^a pars, quaest. 66.

(2) Apocal. Cap. 7.

(3) Salmo 118.

las penas del desierto (1); luz la que sirvió á Elías de carro para subir al reino de los cielos (2); luz la que rodeó á los pastores, cuando aparecía el Hijo de Dios vestido de naturaleza humana (3); luz tambien hermosa y resplandeciente la que alumbró á los Magos en su camino, y los condujo hasta el pesebre de Belén (4); luz aquella divinidad que se deja ver de sus discípulos en el Tabor momentáneamente; pero con resplandores tan vivos y celestiales ; que la vista de los apóstoles apenas pudo soportarla (5); luz la que aterró á Pablo en su camino de iniquidad, y cegándole los ojos disipó las tinieblas de su alma (6); luz tambien la claridad que reciben los que purifican su conciencia de las manchas del pecado, y de los que Dios , brillarán , dice, los justos como el sol (7). Pero sobre todas éstas es luz hermosa y resplandeciente la que nuestra alma recibe en el bautismo (8). » Y este es el significado verdadero de la candela que allí se nos pone en la mano , el resplandor de las virtudes que acabamos de recibir, y que con nuestras buenas obras hemos de procurar aumentar y robustecer. Pero entre todas las virtudes niguinas contribuirán tan particularmente á mantener en nosotros viva y hermosa esa antorcha, como aquellas que recibió nuestra alma como dote de su desposorio con Cristo, á saber : la fé, la esperanza y la caridad. Cuando nos las dió en el bautismo, nos dijo el divino Salvador: « Aquí teneis la luz que debe dirigiros mien-

(1) Exod. Cap. 13.

(2) Lib. IV. de los Reyes. Cap. 2.

(3) Lúcas. Cap. 2.

(4) Mateo. Cap. 2.

(5) Ib. Cap. 17.

(6) Hechos de los Apóstoles. Cap. 9.

(7) Mateo. Cap. 13.

(8) S. Greg. Nazianz. Oratio XL. de Baptism.

Jesucristo Nuestro Señor en vida eterna (1). » Las mismas palabras estan mostrando el significado de esta ceremonia dirigida á hacer entender al recien bautizado que , desde ese momento , queda unido á Cristo como un miembro del cuerpo está unido á su cabeza, y que por razon de esta union se llamará cristiano, tomando este nombre de su cabeza Jesucristo , como Cristo lo tomó de la uncion que recibió de su Eterno Padre. Los antiguos reyes de Israel eran ungidos en señal de la plenitud de gracia y de justicia, que recibian de Dios para gobernar rectamente su pueblo ; y Davíd profeta cantando la gloria de Nuestro Señor Jesucristo, Rey de todo lo visible é invisible, lo contempla ungido para sentarse sobre trono por los siglos de los siglos, y gobernar á las gentes con vara de rectitud que es la vara de su reino. Por esa uncion el Hijo de Dios fué reconocido digno de ser el rey de la Iglesia, y destinado á este oficio para todos los siglos venideros. Mas Jesucristo fué ungido por el Padre con dos unciones: la primera en su encarnacion, cuando el Verbo Divino tomó la naturaleza humana y se unió á ella hipostáticamente. Esta uncion es la que meditaba el Profeta, cuando ponía en boca del Salvador : « El espíritu del Señor vino sobre mí , y por eso me ha ungido (2), » y á la que aludia el Príncipe de los apóstoles cuando , predicando á los judios á Jesus de Nazaret, Hijo de Dios y Mesías prometido, « Dios lo ungió, les decia, de Espíritu Santo y de virtud (3). » La segunda la recibió en su gloriosa resurreccion, cuando el Padre llenó á Cristo de la gloria que merecia. En ambos casos la ceremonia tiene su aplicacion relativa

(1) Rit. Rom. De sacram. Baptism.

(2) Isaías. Cap. 6.

(3) Hechos de los Apóstoles. Cap. 10.

al hombre que recibe el santo bautismo. Como Jesucristo, recibiendo la naturaleza humana, mostraba á su Eterno Padre una voluntad resuelta á someterse á sus mandatos, así el cristiano, que recibe en el bautismo la unción de hijo de Dios, debe encontrarse siempre dispuesto á imitar á Jesucristo, y como éste, hacerse obediente hasta la muerte. Como Jesucristo, ungido en su resurrección con unción de gloria, vive vida inmortal y de perenne bienaventuranza; así nosotros, resucitados por el bautismo del sepulcro de la culpa, hemos de procurar vivir vida de virtudes que nos hagan dignos de la gloria eterna.

El sacerdote da luego la paz al bautizado: « La paz sea contigo, » le dice, significándole, segun el Angélico Doctor, que por el bautismo ha sido hecho hermano nuestro (1). No de otra manera saludó el Salvador á sus discípulos, cuando les visitó despues de su resurrección: les daba la paz, porque les confirmaba en la fe, sin la cual no puede jamas el hombre tener esa paz que trajo al mundo el Divino Salvador, y que consiste en la perfecta práctica de la caridad enseñada por Jesucristo.

El sacerdote viste con vestido blanco al bautizado, diciéndole: « Recibe este vestido blanco para que lo lleves sin mancha al tribunal de Nuestro Señor Jesucristo, y consigas vida eterna. » A los párvulos que se bautizan, ordinariamente en lugar de la vestidura que se pone á los adultos, se les cubre con un lienzo blanco: en esta ceremonia se significa ya la vida de gracia, inocencia y santidad, á que nacemos en el santo bautismo; ya el esplendor y hermosura de que, lavadas en la sagrada fuente las manchas de la culpa, queda

(1) 3.^a pars, quaest. 66.

en presencia de los fieles y públicamente pedimos ser admitidos y numerados entre los soldados de Jesucristo, y para conseguirlo renunciamos espontáneamente á los enemigos capitales de nuestra virtud. Ojalá que, meditando estas verdades, vivamos de tal modo que, en medio de ese torrente que forman los deseos de nuestras malas pasiones y de los vicios, en que abunda el mundo, la memoria de la profesion de cristiano hecha en el bautismo nos fortalezca para guardar aquel género de vida, que corresponde al discípulo de Jesucristo.

INSTRUCCION DÉCIMA.

DEL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACION.

*Imponebant manus super illos, et accipiebant
Spiritum Sanctum.*

Imponian las manos sobre ellos,
y recibian el Espíritu Santo.

(Act. Apost. Cap. 8.)

Todos los sacramentos fueron ordenados, hermanos míos, por su soberano autor para atender á las necesidades de nuestra vida espiritual, así como en la naturaleza proveyó tambien los medios, para remediar las de la vida natural. En las aguas sacrosantas del bautismo nacemos á la vida de la gracia, y principiamos á dar los primeros pasos en la senda que nos conduce á la dulce patria de los hijos de Dios y la bondad divina quiso robustecernos en este camino, dandonos todavía una nueva gracia, con la que auxiliado el hombre espiritual, fuese creciendo mas y mas en la fé y en la práctica de las virtudes cristianas, que son peculiares á los hijos de Dios. Con ese fin nos dió el sacramento

de la confirmacion, llamándose éste así, porque mediante su virtud Dios confirma en nosotros lo que comenzó á obrar en el santo bautismo.

La historia nos dice, que en Roma pagana los atletas, que habian de combatir en los anfiteatros, eran ungidos antes de la lucha en todo su cuerpo, para que así fuese dificil su derrota, y mas segura, por consiguiente, su victoria. De un modo semejante quiso Jesucristo Nuestro Divino Salvador, que sus hijos nacidos por el bautismo fuesen ungidos en la confirmacion con el sagrado óleo, y preparados para esa lucha formidable, que el cristiano está llamado á sostener dia por dia, instante por instante, con los enemigos de su felicidad eterna. Esta sagrada unción inspira al cristiano fortaleza para confesar y sostener la fe, haciéndole superior á todos sus enemigos, y para mirar con desprecio las preocupaciones de los unos, las amenazas de los otros, y tantos artificios que todos ponen en juego para pervertir su corazon. Es este sacramento como la armadura que prometia Dios por boca de David, y de la que él se veia revestido para pelear las batallas del Señor.

Cuando iba á subir al cielo Jesucristo, mandaba á sus discípulos que « no se apartasen de Jerusalen, hasta que hubiesen sido vestidos con virtudes de lo alto (1). » Y en efecto, ellos cumplieron el mandato de su divino Maestro, hasta que el Espíritu Santo descendiendo, les trajo la gracia de la confirmacion. ¿ Y qué no fueron capaces de ejecutar despues que estuvieron animados por esta gracia divina? La sagrada Escritura y la historia de la Iglesia nos lo dicen. La gracia del Espíritu Santo, que recibieron el dia de Pentecostes, les asis-

(1) Lúcas. Cap. 24.

macion, es de fe que fué El quien la establecio, y no los apóstoles ó los discípulos del Señor, ó algunos de los primeros obispos, como pretendieron probar los modernos novadores. A todos éstos diremos solamente con el Angélico Doctor Santo Tomás : « Los apóstoles y sus sucesores son vicarios de Dios para el gobierno de la Iglesia, fundada por la fe y por los sacramentos de la fe. Por lo cual, así como no les es lícito fundar otra Iglesia, así tampoco les es lícito enseñar otra fe, ni instituir otros sacramentos ; porque la Iglesia fué fundada por los sacramentos que fluyeron del costado de Cristo pendiente en la cruz (1). »

Inmediatamente despues de la ascencion de Cristo y venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles, principió la Iglesia á usar el sacramento de la confirmacion. Consta esta verdad manifiestamente de la santa Escritura. Abrid los Hechos de los apóstoles, y allí vereis que San Pedro y San Juan poniendo las manos sobre la cabeza de los fieles recien bautizados en Efeso, bajaba sobre ellos el Espíritu Santo, llenándoles de sus divinos dones (2). » Igual cosa se refiere de San Pablo en Efeso, donde imponia las manos sobre los ya bautizados, para que recibiesen el Espíritu Santo (3). Esto sucedia en el tiempo de los apóstoles, que predicaban y ejecutaban fielmente aquello que habian aprendido de su divino Maestro Jesucristo.

Conservando integra la Iglesia la doctrina de este sacramento, lo ha dispensado bajo diversos nombres. Se llamó « imposición de manos, » y con ese nombre lo administraron los apóstoles, de quienes escribe San Lucas : « Imponian las manos sobre los bautiza-

(1) S. Thomas. Pars 3.^a quaest. 64. art. 2.

(2) Hechos de los Apóstoles. Cap. 8.

(3) Ibid. Cap. 19.

dos (1). » Tambien fué llamado « sacramento del crisma saludable, » por la unción con el sagrado crisma que es la materia con que se administra. Le llamaron en otras ocasiones « signo espiritual, ó 'signo del Señor, » ya por la señal de cruz que el ministro del sacramento imprime en la frente del que lo recibe, consagrándolo con la cruz en verdadero templo del Dios vivo ; o ya por el carácter que imprime en el alma de quien lo recibe. Tambien « signo de vida, » por la vida espiritual que lleva al alma del cristiano, que se acerca á recibirlo con fé y devoción, y por la robustez de que le dota , para ejercitarse en las obligaciones de la vida cristiana, imitando las virtudes de nuestro Señor Jesucristo. « Sacramento de perfección , » por cuanto perfecciona en el hombre la gracia del santo bautismo. En fin , fué llamado « confirmacion. » Así lo llamó San Pablo, escribiendo á los fieles de Corinto : « Dios nos confirma en Jesucristo (2) ; » así lo llamaron tambien algunos de los Padres y Sínodos antiguos celebrados en la Iglesia ; y así lo llamaron los Concilios de Florencia y de Trento, y con este mismo nombre es conocido y recibido hoy por la Iglesia universal. Reasumiendo todo lo dicho: entendemos bajo este nombre de *confirmacion* un sacramento de la nueva ley , por el que se aumenta la fortaleza de los bautizados, tanto para creer las verdades de la fé, como para defenderlas valerosamente.

El objeto con que fué instituido este sacramento se comprende bien, si atendemos cuántos son los enemigos que nos asaltan para combatir, hasta arrancar de nosotros, si posible les fuese, el precioso tesoro de

(1) Hechos de los Apóstoles. Cap. 8.

(2) II. á los Corint. Cap. 1.

su humanidad santísima (1). De suerte, hermanos mios, que podemos contemplar en este sacramento á Nuestro Señor Jesucristo ungido por el Eterno Padre con la sagrada uncion de virtudes y dones del Espíritu Santo, que llamó David « uncion de alegría, » comunicando por medio de la confirmacion á los hombres, que la reciben, algo de esos mismos dones.

Jesucristo, autor de todos los sacramentos, lo fué tambien de la confirmacion, y aun fué El mismo quien prescribió el rito del sagrado crisma y de la forma con que se administra en la Iglesia católica. Así lo establece el Papa San Fabian en su segunda carta á los orientales (2), en cuya carta, escrita en época tan vecina á la de Jesucristo y sus apóstoles, nos dejó consignada aquella doctrina como recibida generalmente por todos los cristianos. Puede ser que lo instituyese el Salvador en la noche de la cena, como opinan muchos Doctores de la Iglesia; ó puede suceder que fuese, cuando imponia las manos sobre los niños, y despues los dejaba ir, como quieren otros; pero mas probable parece todavía que instituyese y administrase este sacramento en el intervalo de los cuarenta dias, que permaneció sobre la tierra y mediaron entre su triunfante resurreccion y ascencion gloriosa al cielo. Así lo han creido algunos, y el Papa San Leon tambien nos lo indica, cuando dice: « No se pasaron aquellos cuarenta dias ociosamente, sino que en ellos fueron confirmados grandes sacramentos, y revelados altos misterios (3). » En efecto, durante estos cuarenta dias descubrió el Salvador á sus discípulos la gracia y virtud que obra este sacramento; así nos lo cuenta el evan-

(1) Iacob de Valent. in Psalm. 132.

(2) De consecrat. Dist. 3. Cap. *Literis vestris*.

(3) Serm. 2. de Ascen.

gelista San Lucas, repitiéndonos la doctrina de Jesucristo, que: « Recibireis, les dijo, la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y me servireis de testigos en Jerusalen y en toda la Judea y Samaria, y hasta las extremidades de la tierra (1). » En cuyas palabras se habla claramente no tan solo del don del Espíritu Santo, que se nos concede en la confirmacion, sino tambien de la virtud y eficacia de este santo sacramento, para fortalecer al cristiano en todos los combates, que está llamado á sostener por nuestra santa fé. « Me sereis testigos en Jerusalen, Samaria y hasta en los mas remotos confines de la tierra. » Finalmente, no pocos han enseñado que Jesucristo instituyó la confirmacion cuando dijo á sus discípulos: « Si yo no me fuese de aquí, no vendrá á vosotros el Espíritu Santo; pero si yo me fuese, os lo enviaré (2). » A esta opinion se inclina el Angélico Doctor Santo Tomás, enseñando que el divino Salvador instituyó este sacramento, no practicándolo, sino prometiéndolo (3), segun leemos en el Evangelio de San Juan: « Si no me fuese al cielo, el Espíritu Paráclito no vendrá á vosotros; pero si me fuese, os lo enviaré. » Por lo mismo que en la confirmacion se nos concede la plenitud de la gracia del Espíritu Santo, no debia darse antes de la resurreccion y ascencion de Jesucristo, segun aquellas palabras del mismo Evangelio: « Aun no habia sido dado el Espíritu Santo, porque Jesus no habia sido glorificado todavia (4). »

Mas, sea en una ú otra de las ocasiones insinuadas, cuando Cristo nuestro Señor instituyó la confir-

(1) Hechos de los Apóstoles. Cap. 1.

(2) Juan. Cap. 16.

(3) Quaest. 72. art. 1.

(4) Juan. Cap. 7.

tió de tal modo, que se sintieron fuertes para anunciar el Evangelio en toda la tierra, y esto á despecho de los soberanos del mundo y del príncipe de las tinieblas. Por todo esto podreis, hermanos mios, conocer algo de la importancia del sacramento de la confirmacion, que voy á explicaros en la presente instruccion, y persuadiros de la temeridad con que obran aquellos, para quienes es indiferente recibirlo ó no. Estadme atentos.

La Iglesia Católica reconocio en todo tiempo la confirmacion como uno de los sacramentos instituidos por Nuestro Señor Jesucristo para provecho espiritual del pueblo cristiano. En esta virtud el Sumo Pontifice San Clemente discípulo del Príncipe de los apóstoles San Pedro, escribiendo á ciertos obispos de aquél siglo, les dice : « Todos, al renacer para Dios, se han de apresurar para ser sellados por su obispo, esto es para recibir sin tardanza la septiforme gracia del Espíritu Santo; porque no puede ser perfecto cristiano el que, por desprecio voluntario y sin ser forzado por la necesidad, deja de recibir este sacramento, segun aprendimos de San Pedro y enseñaron los demás apóstoles por mandamiento del Señor (1). » Los Padres mas ilustres de la Iglesia nos dieron en los primeros siglos otros testimonios tan claros de su institucion divina y de su necesidad, como el que acabamos de repetir ; y varios Concilios guiados por esta constante doctrina de la Iglesia , fundada en los libros santos , declararon que era la confirmacion uno de los sacramentos instituidos por Nuestro Señor Jesucristo. Mas, á pesar de esto, los modernos reformadores Lutero y Calvino pretendieron que la confirmacion no era otra

(1) Epist. 4. á Julian., citada por el Catecismo del Concilio de Trento.

cosa que una ceremonia como cualquiera otra de la Iglesia. A estos novadores condenó el santo Concilio de Trento, declarando que la confirmacion es verdadero y propio sacramento de Nuestra Santa Madre Iglesia (1). Dios se dignó anunciar la confirmacion durante la antigua ley con diversas figuras y profecías, como á los demas sacramentos. Su figura y promesa muy terminante es la que leemos en la profecía de Joel: « Derramará el Señor su Espíritu sobre los hombres (2); » lo que se realizó no solamente el dia de Pentecóstés, cuando el Espíritu Santo bajó sobre los apóstoles y discípulos, sino que tambien se verifica cuando reciben los fieles las gracias que se conceden en la santa confirmacion , pues que entonces participan de los dones del Espíritu Santo. Tambien consideraron algunos (3) un símbolo de la confirmacion en el precioso ungüento, con que en la ley escrita se mandaba ungir el tabernáculo y los vasos dedicados al culto del Señor; porque este sacramento consagra al servicio de Dios al cristiano que lo recibe, haciendo de su alma un vaso apropiado para contener todas las virtudes y dones, que derrama sobre nosotros el Espíritu Santo. Finalmente, meditando aquellas palabras de David: « Como el ungüento que, derramado sobre la cabeza de Araon , bajó hasta su barba (4) , » encontramos figurado por ellas el efecto de la confirmacion, pues este sacramento hace descender los dones celestiales, con que Dios ungió á su divino Hijo Jesucristo, sobre nosotros que somos los miembros de su cuerpo místico , y la vestidura que cubre

(1) Sess. VII. Can. 1. de Conf.

(2) Joel. Cap. 2.

(3) Ortiz Cantero, Direct. Catech. Lib. I. de los sacramentos de la Iglesia. Cap. 3.

(4) Salmo 132.

nuestra fé, que recibimos en el bautismo. Cualquiera precaucion que el hombre acaudalado adopte, para guardar sus riquezas y precaverlas del peligro de ser robadas, la llamamos prudencia, y la alabamos como verdadera discrecion. Dios infinitamente sabio, nos inspira prudencia mas discreta y con fines mas elevados para la conservacion de los bienes espirituales. Estos los llevamos en vasos frágiles y sobremanera expuestos, como nos enseña el Apóstol (1), y por eso su infinita bondad nos concede la gracia de los sacramentos, para socorrernos y fortalecernos oportunamente. Queriendo fortificar nuestra fé, fundamento de las demas virtudes y sin la cual no podemos alcanzar nuestro ultimo fin, nos da la confirmacion; porque aun cuando en el bautismo la recibimos de Dios como la luz que ha de guiarnos hasta encontrarlo á El, y unirnos con El que es nuestro principio y soberano autor, la gracia de la confirmacion la robustece mas, neutralizando con nuevos auxilios la violencia del aquilon, empeñado en apagar aquella luz soberana. Nos trae ademas esa gracia otras disposiciones para creer, removiendo aquellas resistencias que se levantan ya en nuestro entendimiento y ya tambien en nuestra voluntad, para recibir las verdades divinas. Los apóstoles sentian necesidad urgente de este auxilio, cuando decian á su divino Maestro: *Adauge nobis fidem* (2), y ese auxilio tan necesario para todo cristiano, es el que Dios nos concede en la gracia de la confirmacion, del mismo modo que la concedió á aquellos. Conociendo este objeto de la confirmacion, nos persuadiremos fácilmente de su necesidad.

(1) Carta II. á los Corint. Cap. 4.

(2) Lúcas. Cap. 17.

Es cierto que este sacramento no es de necesidad absoluta ó de medio para el cristiano, como lo es, por ejemplo, el bautismo á todo hombre; así es que nadie dejará de salvarse por no haberlo recibido. Pero es de necesidad de precepto eclesiástico, porque la Iglesia en repetidos mandatos desde los tiempos mas remotos del cristianismo, nos exhorta y amonesta para que lo recibamos. Ademas al instituir Jesucristo nuestro Señor este sacramento, lo dispuso para nuestro provecho; y esta gracia dispuesta por la caridad divina se malograria, sinó procurásemos recibirla con empeño. De esta doctrina se deduce claramente, que tienen obligacion de procurar la sagrada confirmacion todos aquellos que, no habiéndola recibido aun, estan en situacion de hacerlo; se deduce tambien, que cometen pecado grave los que, pudiendo con facilidad recibir este sacramento, no lo hacen por negligencia. Concluyente es la sentencia de San Agustin sobre este punto: « Todo hombre está obligado á recibir la confirmation una vez en la vida; y si puede hacerlo y lo omite por negligencia, peca mortalmente, aun cuando de otro modo no desprecie el sacramento. Y si en este estado muriese, se condenará, á no ser que confesase su pecado con arrepentimiento verdadero, y pudiendo, recibiese la confirmation que omitió por negligencia cuando estaba sano (1). » Cometen pecado igualmente los padres y madres, tutores y maestros que no ponen cuidado de su parte, para que reciban este sacramento los niños que les estan encomendados. Tambien cometen pecado los párracos que no exhortan con celo á sus feligreses, para que, aprovechando de la visita de los obispos, se procuren el bien espiritual de la santa confirmation.

(1) Catech. Tit. 14. Cap. 14. sect. 1.

EYZAGUIRRE, Instrucciones. Tom. II.

El Angélico Doctor Santo Tomás, tratando de la necesidad de este sacramento, dice que debe procurárseles á aquellos que, no habiéndolo recibido aun, se encuentran próximos á morir. No ya precisamente para lograr el socorro de las gracias que dispensa, y que tan necesarias son á todo cristiano durante su vida; sino para que, cuando en la resurrección universal comparezcamos delante del supremo Juez, aparezcan como cristianos perfectos, y con la plenitud de los dones del Espíritu Santo que se reciben en la confirmación (1). Pero es mas grave todavía el pecado que cometan los que por desprecio dejan de recibir la confirmación, ó no la procuran para sus hijos y demás personas que tienen á su cargo. Prácticamente hablando, sucede hoy esto con frecuencia: hoy, lo repetimos, cuando el espíritu cristiano se encuentra tan helado en la mayor parte de los fieles, que apenas da señales de vida, viven y mueren muchos sin el sacramento de la confirmación. Y al hablar así, no tenemos en consideración tan solo á los infelices que viven en lugares muy apartados de la residencia de los obispos, como sucede ordinariamente en los obispados de América; sino á muchos que habitan en las ciudades donde reside el obispo, ó en lugares inmediatos. De éstos, repito, hablo advirtiéndoles que viven en pecado mortal; porque tal es el desprecio con que miran al sacramento de la confirmación.

Digamos ahora algo sobre la materia de este sacramento que es el santo crisma, compuesto de aceite de olivas y bálsamo consagrado por el obispo el jueves santo con ese objeto, y con el que unge la frente del confirmando. Tanto el bálsamo como el aceite, que

(1) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 72. art. 8.

entran en la composicion del crisma, tienen su significado peculiar. La fragancia del bálsamo es simbolo de las buenas obras que debe emprender el confirmado; lo es tambien de la fé cristiana que ha de confesar prácticamente, y cuyo ejemplo atraerá á muchos al gremio de los hijos de nuestro Señor Jesucristo. Así lo hicieron los mártires quienes, confesando con valor su fé, ganaron para ella á muchos nuevos y fervorosos creyentes. San Pablo nos amonesta para que demos á todos buen ejemplo, de manera que seamos para nuestros prójimos « como el buen olor de Cristo para Dios (1). » El aceite, que unido con el bálsamo forma el santo crisma, representa los dones del Espíritu Santo que se conceden al cristiano por la confirmation. El Esposo celestial veia al alma figurada por la Esposa de los cantares, aguardándole ungida con ungamentos fragantísimos de mirra y aceite muy puros. Nuestra alma, vestida en la confirmation de los dones del cielo, aguarda como aquella otra su union con Dios por los lazos de la eterna caridad; hermosa, brillante y capaz de atraer sobre sí las miradas benignas y misericordiosas de aquel que dijo: « Me desposaré contigo por la fé, por la caridad y la misericordia. » ¡Ah! y cuántas veces, percibiendo los efectos saludables de la gracia misericordiosa que recibe del Señor, podrá decirle con el Profeta: *Impinguasti in oleo caput meum;* « Vos, Dios mio, robusteceis con el aceite de vuestras virtudes mi cabeza (2). »

La unción hecha sobre la frente del confirmando con el santo crisma es la materia próxima de la confirmation, y con la que debe ir unida su forma. Esta unción se hace en forma de cruz sobre la frente del

(1) II. á los Corint. Cap. 2.

(2) Salmo 22.

cristiano; porque la cruz es el primero de los títulos en que con razon podemos gloriarnos. Los mundanos ostentan cada dia sus blasones de familia, dibujan sobre ellos muchas figuras que recuerdan los hechos esclarecidos de sus antepasados, y los llevan consigo como un testimonio inexcusable de lo que en el mundo se llama nobleza. Mas el buen cristiano conoce otro blason infinitamente mas noble que cuantos pudiera presentar la vanidad humana, y este es la cruz. La cruz le recuerda que es hijo de Dios, heredero del reino de los cielos, redimido de las miserias por la sangre de Jesucristo, y destinado á reinar con El eternamente. ¡ Podemos acaso, hermanos mios, idear ni conocer nobleza igual ? ¡ Ah ! con cuánta razon en esta cruz santa se gloriaba el Apóstol, cuando decia : *Gloriari oportet in cruce Domini nostri Iesu Christi* (1). Gloríese el filósofo en su ciencia, el soldado en su valor, el gentil en sus riquezas ; mas el cristiano se gloriará en la cruz de Jesucristo, porque en ella encuentra su salud, su vida y su resurrección. Esta es la causa, hermanos mios, porque el santo crisma es aplicado en forma de cruz sobre la frente del confirmando.

¿ Y porqué es aplicado sobre la frente ? Porque el cristiano jamas debe avergonzarse de esa fé, que está simbolizada en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. De tal modo que, mientras los impíos, como los judios de otro tiempo, se rien y burlan de esa fé ; y los indiferentes, incrédulos, malos creyentes y demás enemigos de esta misma fé llamarán nécias é insensatas las prácticas que ésta manda ejecutar, el cristiano confiesa valerosamente sus dogmas, y se honra con esas prácticas en todas partes.

(1) A los Gálat. Cap. 6.

La forma de la confirmacion universalmente recibida y usada en la Iglesia católica es ésta: *Signo te signo crucis, et confirmo te chrismate salutis, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.* « Signote con la señal de la cruz, y te confirmo con el crisma de la salud, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. » Y en esta forma, como explica el An-gélico Doctor (1), está significado todo cuanto debe expresarse, á saber, la materia próxima y remota del sacramento, el efecto que causa éste en quien lo recibe, el fin para que fué instituido por su soberano autor, la causa de él, y el acto que se ejerce. Dice el ministro que confirma: te signo con la señal de la cruz, dando á entender que el confirmando recibe del Espíritu Santo la fortaleza que necesita para confesar la cruz de Jesucristo, símbolo sagrado de la fé cristiana. Dice que le confirma con el crisma de salud, mostrando la materia y los efectos del sacramento y la nueva gracia que en él se le da para profesar, confesar y defender tambien, cuando sea necesario, la fé. Añade, en fin, la confession del inefable misterio de la Santísima Trinidad, diciendo: en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; significando que Dios trino y uno es la primera y principal causa de la gracia, que desciende sobre los hombres, así como de todos los auxilios que se les dan en este sacramento.

Entre los griegos, la forma con que se administra la confirmacion, es la misma sustancialmente que la que hemos dicho, con la diferencia que la unción con el crisma no solamente se hace en la frente, sino tambien en los ojos, en las narices, en las orejas y en los pies. He indicado ésto, para que sirva como refu-

(1) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 72. art. 4.

tacion á los protestantes , que pretenden arrebatar á este sacramento su dignidad y su eficacia. Porque el hecho de ser recibido y venerado como sacramento y de ser administrado con la misma materia é igual forma no solo por la Iglesia católica latina, sinó tambien por los griegos orientales, demuestra evidentemente que su institucion divina , como uno de los verdaderos sacramentos, fué creida por todos los cristianos primitivos.

Son ministros ordinarios de este sacramento solamente los obispos, y ésto consta de la santa Escritura, porque los Apóstoles , que fueron los primeros obispos ordenados por Jesucristo nuestro Señor, fueron tambien los únicos que imponian las manos sobre los fieles administrándoles la sagrada confirmacion. Ni los presbíteros, ni los diáconos, ni alguno de los otros discípulos del Señor ocupados entonces en la propagacion del Evangelio se creyó autorizado para administrarlo. El Angélico Doctor Santo Tomás nos explica la causa de ésto (1). « En el sacramento del bautismo, dice, el hombre queda consagrado en templo del Señor y en disposicion de recibir todas las gracias que Dios quiera comunicarle en la percepcion de los otros sacramentos. Mas la perfeccion de ese templo está vinculada á la confirmacion, y la confia el Señor á los pastores de su Iglesia, como artífices mas conocedores y mas experimentados. » Así mientras vemos que para administrar el bautismo deputó Jesucristo á los presbíteros, y aun á los diáconos, como Felipe , porque en este sacramento se admite é inicia á los hombres en la vida cristiana ; para la confirmacion que perfecciona y fortalece á aquellos en los caminos de esta misma, señala solo á los obispos, como Pedro y Juan, que lo administraban á los fieles

(1) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 62. art. 11.

de Samaria. El santo Concilio de Trento (1) declaró solemnemente, que los obispos son los únicos ministros ordinarios de la confirmacion, y sancionó penas eclesiásticas contra los que sostuviesen opiniones contrarias á esta doctrina.

Los Sumos Pontífices, mediando causas gravísimas, han concedido raras veces que puedan algunos presbíteros administrar el sacramento de la confirmacion en lugares señalados, y en ciertos y determinados casos. Pero ésto, no como ministros ordinarios de este sacramento, sinó tan solo como ministros extraordinarios ó de urgente necesidad. A mas de los ejemplos que tenemos de esta práctica en siglos bien remotos de la Iglesia, la encontramos autorizada por el Papa San Gregorio el Grande (2), y continuada despues hasta nuestros tiempos en beneficio de algunos lugares de Asia y América, donde no es fácil proporcionarse obispo que lo dispense.

Sujeto de este sacramento es todo cristiano que jamas lo haya recibido: sea niño, párvulo ó adulto, todos son llamados igualmente á recibir la confirmacion, asi como todos estan llamados á la perfecta santificacion. Así como descendiendo el Espíritu Santo sobre los Apóstoles el dia de Pentecóstes, á nadie excluyó de cuantos estaban reunidos en el Cenáculo; del mismo modo en la casa de la Iglesia católica, de la cual aquel Cenáculo era verdadera figura, todos los fieles estan llamados á participar de los dones que derrama en la confirmacion. Mas debemos observar que, aunque despues del bautismo se puede administrar á cualquiera el sacramento de la confirmacion, no conviene dar-

(1) Sess. 7. de confirmat.

(2) Epist. 26. Tom. 2. edit. BB.

lo á los niños hasta que lleguen al uso de razon; por lo que sinó pareciere bien esperar hasta los doce años, á lo ménos es muy conveniente aguardar hasta los siete. Porque no se instituyó la confirmacion como absolutamente necesaria para la salvacion, sinó para que nos hallemos muy bien armados y prevenidos con su virtud, cuando nos fuese necesario pelear por la fé de Cristo, y « nadie dirá que son capaces de este género de pelea los niños, que aun carecen del uso de razon. » Respetando esta doctrina, que sobre el sujeto de la confirmacion nos da el Catecismo del Concilio de Trento, debemos advertir no obstante, que los padres de familia han de atender mucho, para decidirse á llevar sus hijos á confirmarse, la facilidad ó las dificultades que podrán ocurrir despues para conseguirlo. En Europa donde es tan crecido el número de los obispos, y éstos visitan ademas con tanta frecuencia sus diócesis, pueden sin escrupulo aguardar que sus hijos lleguen al uso de razon, para llevarlos á recibir este santo sacramento; esperando así, lograrán que los recien confirmados se preparen para ello de un modo conveniente. Mas en América, donde las diócesis son tan vastas, donde los obispos tienen tantas dificultades para visitarlas siquiera con mediana frecuencia, donde yo mismo he encontrado lugares adonde en medio siglo ningun obispo habia llegado, y donde, por consiguiente, solo muy pocas personas ya ancianas habian recibido la confirmacion ; en tales lugares, digo, nadie debe dejarlo de recibir habiendo proporcion para ello. En las ciudades que sirven de residencia al obispo, ó donde van éstos con frecuencia, bien está que esperen los padres que lleguen sus hijos al uso de razon, y puedan prepararse para recibirlo de un modo conveniente: ésto es prudente y conforme con el espíritu de la Iglesia.

Mas dejarlo de recibir habiendo ocasion, y exponiéndose á que no se presente otra en muchos años, es temeridad que grava con pecado la conciencia de quien obra así.

En el adulto que recibe la confirmacion se requieren las siguientes disposiciones para conseguir la gracia del sacramento. La primera tener su conciencia limpia de pecados mortales, para lo que debe confesarse antes de recibir la confirmacion el que no esté en gracia de Dios. Y si no pudiese hacerlo, por no haber confesor ó por algun otro grave inconveniente, deberá purificarse con actos de verdadera contricion y de arrepentimiento perfecto de sus pecados. Como la confirmacion es de aquellos sacramentos que se llaman de vivos, porque suponen viva el alma por la gracia de Dios, para que pueda sentir sus efectos, comete sacrilegio aquel que lo recibe en pecado mortal.

La segunda disposicion es la fe, con la que debe creer y confesar las verdades y misterios que nuestra santa madre Iglesia nos manda. Por esta razon es conveniente, que sepa por lo menos el *Creo*, los mandamientos, el *Padre nuestro* y los sacramentos, y que tenga algun conocimiento del sacramento que pretende recibir.

La tercera es intencion de recibir verdadero sacramento, y deseo de hacerse participante de los dones que en él se nos dispensan.

Hay otra disposicion que la Iglesia ha exigido tambien, y que buenamente pudiendo, deberán traer los adultos que llegan á recibir la confirmacion: es estar en ayunas. Antiguamente se exigia esta disposicion tan rigorosamente, que se sostenia por algunos obispos, que no podia concederse la confirmacion, sino á los que realmente la trajesen. El Angélico Doctor escribia

que, habiendo graves motivos, podia darse la confirmacion á los que no estuviesen en ayunas, y el Catecismo del santo Concilio Tridentino encarga tambien á los párocos, que amonesten á los fieles, para que lo reciban en ayunas (1). Por consiguiente, cuando este santo sacramento se confiere á una hora conveniente de la mañana, el adulto que lo recibe con buena salud, deberá ir en ayunas. Pero ésto, solo como un medio para lograr con mas seguridad y plenitud mayor las gracias del mismo sacramento.

Podemos reducir, hermanos mios, á tres los efectos principales que causa la sagrada confirmacion. El primero es conferir gracia, no aquella que se llama justificante, que es propia de los sacramentos del bautismo y de la penitencia, sino segunda gracia que aumenta y vigoriza la justificante que ya se posee. Esta segunda gracia peculiar á la confirmacion se llama corroborativa, porque da fuerzas al cristiano para profesar inviolablemente la fe que abrazó en el bautismo. Esta gracia es diversa de la que nos concedió el santo bautismo, pues, como escribia uno de los primeros Pontífices, aquella del bautismo introduce al hombre en la milicia de Cristo, y la de la confirmacion arma al hombre para el combate. En la fuente del bautismo da el Espíritu Santo la plenitud de inocencia, mas en la confirmacion franquea la perfeccion de esa gracia ; en el bautismo somos reengendrados á la vida, y la confirmacion nos fortalece para la batalla; la gracia del bautismo nos lava, la de la confirmacion nos fortifica ; la gracia de regeneracion por sí sola salva á los que reciben el bautismo, mientras que la confirmacion arma y fortalece para la pelea á los ya rege-

• (1) Sess. 7. de Confirmat.

nerados. Se ve, pues, que la gracia corroborativa, que da la confirmacion, es diferente de la gracia regenerativa, que es propia del bautismo.

El segundo efecto de la confirmacion es imprimir en el alma del que lo recibe carácter que le señala eternamente por soldado de Jesucristo, así como el carácter del bautismo le señaló como oveja de su rebaño. Por esta razon la confirmacion no se recibe mas que una vez, y quien la volviese á recibir, cometria pecado mortal. En caso de haber duda fundada si una persona ha recibido ó no la confirmacion, se puede licitamente recibir de nuevo bajo condicion. Mas esa duda debe antes exponerse al ministro del sacramento, para que la califique y resuelva.

El tercer efecto del sacramento es, por disposicion de la Iglesia, producir parentezco espiritual. La Iglesia ha determinado que el confirmando lleve un padrino cuando recibe este sacramento, y este padrino es el que responde á la misma Iglesia del aprovechamiento de su ahijado. Las obligaciones de aquellos para con éstos son las mismas que tienen los padres de bautismo, y que las explicamos en su lugar. El parentezco que se contrae en este sacramento es entre el confirmado y su padrino, y entre éste y el padre y la madre del confirmado.

Las ceremonias de la confirmacion son muy breves: el confirmando, si es adulto, se hinca de rodillas delante del ministro del sacramento, ó si es párvulo, se hinca por él su padrino, llevándolo en sus brazos. El obispo le pone la mano sobre la cabeza en señal de comunicarle el Espíritu Santo que ha invocado ya, repitiendo una oracion del Ceremonial. Se da luego el nombre de quel se confirma, y que el ministro repite al principio de la forma que ya hemos explicado, junto con la uncion del crisma. Concluye la administracion del sacra-

mento dando el ministro una palmada en la mejilla al confirmado, la que significa que con la gracia recibida queda fuerte para sufrir por Cristo todos los trabajos, y aun la misma muerte en defensa de su fé. El obispo concluye dando la paz al confirmado, cuya significacion es que lleva en su alma la divina gracia, que es la verdadera paz.

Todo cuanto hemos dicho sobre el sacramento de la confirmacion, nos está indicando, mis amados hermanos, su virtud admirable para robustecernos mas y mas en las virtudes, y particularmente en la fé. Por nuestra parte, llenos de reconocimiento al Señor que misericordiosamente nos dispensa este santo sacramento, hemos de procurar corresponderle confesando prácticamente esta misma fé. ¡Ah hermanos mios ! sea ésta particularmente nuestra correspondencia al Señor. No nos avergoncemos como Michol de honrar á Dios, confesando su grandeza y nuestra pequeñez delante de las criaturas; sino como David tengámonos por muy dichosos honrando públicamente al Señor. Confesemos nuestra fé, repito, públicamente, y con particularidad cuando algunos malos cristianos procuren deshonrarla. Imitemos á aquel discípulo de Cristo que, al ver á su Maestro humillado, escarnecido y muerto en la cruz , se siente lleno de celo, y entra con esfuerzo varonil al tribunal de Pilatos para pedir el cuerpo de Jesus que desea honrar debidamente. Tal conducta aumentará en nuestra alma las gracias que nos dió este sacramento, y nos abrirá el camino del reino de los cielos.

INSTRUCCION UNDÉCIMA.

DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

*Accipite Spiritum Sanctum:
quorum remiseritis peccata, remittuntur eis;
et quorum retinueritis, retenta sunt.*

Recibid al Espíritu Santo:
aquellos, cuyos pecados perdonáseis, les serán perdonados;
aquellos, à quienes les fuesen retenidos, les son retenidos.

(S. Joan. Cap. 20.)

Las palabras que con mas frecuencia ponía Dios en boca de sus profetas eran exhortando á penitencia á Israel y á otros pueblos prevaricadores. « Vivo yo, dice por Exequiel, y no quiero la muerte del pecador, sinó que se convierta y viva (1). » « Lavad y purificad la malicia de vuestro corazon, » predica por boca de Jeremías (2). « Aunque vuestra conciencia se encuentre mas sucia que el paño inmundo arrojado al muladar, yo la dejaré mas blanca que la nieve, » promete por Isaias (3), aleñando la esperanza de los pecadores. Al hombre que tiene fé y se interesa por la salvacion de su alma, no puede ménos que conmover tan amorosa solicitud, con que el Señor nos invita á levantarnos de la miseria en que nos precipitan los pecados. Y ojalá, hermanos mios, que alguna vez volviendo nuestra consideracion sobre nuestra conciencia,

(1) Cap. 33.

(2) Cap. 4.

(3) Cap. 1.

y meditando los estragos que en ella nos causaron aquellos, escuchásemos esa voz misericordiosa, que dice á los pecadores: *Erubescere, erubescere, o anima, et in viam salutis revertere.* « Avergüénzate, avergüénzate, oh alma, y vuelve al camino de salvacion del que te separaste. » Mas al manifestar el Señor su decidida voluntad por salvar á los pecadores, les ofrece tambien el medio seguro y eficaz de conseguirlo. Este es el sacramento de la penitencia, que instituyó el Hijo de Dios, para que en él se purificase el hombre de las manchas contraidas por los pecados cometidos despues del bautismo.

Cuando Dios por medio de sus profetas invitaba á Israel á penitencia, era tan solo á practicar esa virtud que inspira á los hombres arrepentimiento de sus culpas, les hace llorarlas con dolor verdadero de haberlas cometido, y concebir propósito eficaz de no volver á cometerlas jamas. La virtud que inspira al pecador tales actos es la penitencia, y ésta era la que predicaba San Juan á las turbas que ocurrian á escuchar su predicacion en el desierto de la Judea. Con esta penitencia alcanzaron su justificacion los penitentes del antiguo testamento: fruto de ésta eran las lágrimas de David, los ayunos de los Ninivitas, el saco y cilicio de Manacés, y, en fin, todas las obras de mortificacion que practicaron los pecadores arrepentidos antes de la venida del Hijo de Dios á redimirnos y salvarnos. Y esta penitencia fué de tal modo necesaria á los hombres, que habian cometido pecados mortales, para volver á la gracia de Dios perdida, que ninguno jamas pudo justificarse, sinó en virtud de ella.

Mas quiso la bondad divina elevar esta penitencia á sacramento de su nueva ley, y lo verificó cuando dijo Jesucristo Hijo de Dios á sus apóstoles: « Recibid al

Espíritu Santo: los pecados que perdonáreis, serán perdonados; y los que retuviéreis, serán retenidos; » constituyendo de esta manera á los apóstoles, y en la persona de ellos á todos los sacerdotes de su Iglesia, jueces de la conciencia de los hombres; con todo el poder necesario para absolver ó condenar, segun la disposicion de cada uno. Este sacramento es, hermanos mios, el que voy á explicaros en la presente doctrina en todo aquello que pertenece á su institucion, materia, forma y efectos admirables. Escuchadme.

Llamainos sacramento de la penitencia, con el santo Concilio de Trento, aquel que instituyó Nuestro Señor Jesucristo, y en el cual el sacerdote concede la absolucion de sus culpas al que las confiesa íntegramente, y se arrepiente de ellas con verdadero dolor (1).

Dos causas principales reclamaban la institucion de este sacramento: la primera, nuestra flaqueza; y la segunda, la misericordia infinita de Dios. Es cierto que con el bautismo reparó el Señor nuestra flaca naturaleza, levantándola de su caida, lavándola de sus manchas, y curándola de sus dolencias; pero también lo es que, subsistiendo en nosotros los efectos del pecado, de que nos curó el bautismo, caímos unas veces miserablemente en la culpa, nos encontramos otras á los bordes del precipicio, aun sin comprenderlo, y sentimos ordinariamente en nestr óser espiritual, para practicar las virtudes, esa misma repugnancia, que el enfermo siente para tomar los alimentos destinados á robustecer su naturaleza.

De aquí nace la necesidad de una nueva medicina eficaz ya no solamente para sanar el alma de las enfermedades contraidas despues del bautismo, sino tambien

(1) Sess. 14. Cap. 15.

para fortalecerla y hacerla capaz de triunfar de tantas tentaciones, de tantos peligros, y de tantas asechanzas, que la rodean y asaltan en todas partes. Dos cosas pedia á Dios frecuentemente el Profeta Rey, á saber: que borrarse de su alma las manchas, con que la ensuciaron sus iniquidades, y que le guardase contra las asechanzas del pecado, bajo las alas de su infinita misericordia (1). En el sacramento de la penitencia nos otorga el Señor ambos beneficios: borra nuestros pecados con la gracia que nos concede, y nos robustece contra las tentaciones, dándonos auxilios efficaces para resistirlas y vencerlas. El Padre San Efren pinta hermosamente estos dos beneficios, que Dios dispensa á la flaqueza humana en el sacramento de la penitencia. « ¿ Te encuentras enfermo ? nos dice ; recurre, pecador, á la penitencia, porque en este sacramento te dejó Dios la sanidad. ¿ Estás caido ? levántate , aquí encuentras la fortaleza para poder decir resueltamente : ahora principio nueva vida , y el cambio de mi corazon es obra del Todopoderoso (2). » En dos palabras nos enseña San Pablo esta doctrina, cuando considerando á nuestra conciencia manchada con pecados, la ve purificada primero de todos éstos, y robustecida despues para la ejecucion del bien, y todo ésto en virtud de la efficacia de la sangre de Cristo, que se le concede por el sacramento de la penitencia. *Emundabit conscientiam nostram ad serviendum Deo viventi* (3).

Mas la misericordia infinita de Dios, he dicho, reclamaba tambien la institucion del sacramento de la penitencia. En efecto, los santos Padres llamaron á este sacramento con frecuencia, segunda tabla despues del bautismo,

(1) A cada paso en el libro de los Salmos.

(2) Lib. III. de Poenit.

(3) Ad Hebreos. Cap. 9.

porque si Dios, mostrándose infinitamente misericordioso, nos salvó por el bautismo del naufragio que causó el pecado original en el género humano, no se muestra ménos rico en misericordias, salvándonos por el sacramento de la penitencia del nuevo naufragio, á que nos conducen cada dia nuestras propias iniquidades. De modo que en el bautismo Dios nos concede un medio de salvacion universal y del que todo hombre necesita asirse, para no perecer en la borrasca del pecado original, desde que todos pecaron en Adan e incurrieron en la indignacion divina. Mas en la penitencia Dios extiende de nuevo su mano misericordiosa para salvar á aquellos hombres, que voluntariamente cayeron en pecado, no siendo fieles á las gracias recibidas en el bautismo. El Apóstol compara nuestra vida á la del viajero que, para llegar á su patria, emprende una larga peregrinacion: al principiar ésta, Dios pone á nuestra disposicion todos los medios necesarios, y mediante los que lograremos llegar allá con toda felicidad. Pero ese viajero se distrae en su camino, olvidado que su permanencia sobre la tierra es de tránsito para el cielo; su voluntad consiente en arraigarse en la vida presente; sus bienes le cautivan, sus deleites le seducen, y sus vanidades dispiertan en su corazon mil ambiciones locas, que desea satisfacer. Entonces es el hombre engañado por la serpiente, que en ese momento no divisa sino el objeto que desea poseer y disfrutar, y que olvidado ó distraido de su fin, pierde el camino que seguia, se aleja de su patria, disipa los elementos que habia recibido de su bienhechor soberano y se ve arrastrado por el violento huracan que le hace rodar acá y allá por entre escollos y precipicios. Para salvarle, Dios le da en el sacramento de la penitencia nuevas gracias misericor-

diosamente, y mediante éstas conoce que se apartó de su camino, que se alejó de su patria, y que habría perdido para siempre la felicidad eterna que le estaba prometida, sinó hubiera recibido este nuevo recurso, que le concede la infinita bondad de Dios.

Por lo dicho comprendereis desde luego, hermanos mios, que no son las mismas las gracias que se nos conceden en el bautismo, que aquellas que se dan en la penitencia; porque en el bautismo se nos da la gracia de regeneracion con la cual, lavados de la culpa original y de cualquiera otra que hubiésemos cometido, nos hacemos miembros del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo; al paso que la gracia, que se nos confiere por el sacramento de la penitencia, es solamente curativa, que nos sana de los pecados en que voluntariamente incurrimos despues del bautismo. Uno y otro sacramento nos lavan del pecado; uno y otro nos dan la caridad de Dios, y con ésta todas las virtudes de que es raiz ó principio esa caridad; mas la gracia del bautismo, regenerándonos y haciéndonos hijos de Dios, nos introduce en la herencia de los bienes eternos, al paso que la penitencia nos restablece solamente en los derechos á estos bienes, dándonos nueva gracia, mediante la que desaparecen de nuestra alma las miserias y los vicios que nos hacian indignos de llamarnos hijos de Dios y herederos del reino de los cielos. En fin, en el bautismo nace el alma á la vida espiritual, que principia en la sagrada fuente bautismal, y en la penitencia resucita á esa misma vida, que había perdido con la muerte en que incurrió por el pecado.

Dios preparó al linaje humano para este sacramento, anunciándolo y prometiéndolo por medio de figuras, que encontramos en los libros santos. Fué figura de este sacramento aquella gran fuente de metal que, llena de

agua, mandó Dios estuviese colocada perennemente cerca del altar en su templo de Jerusalen, y en la que los sacerdotes se purificaban antes de ofrecer á Dios sus sacrificios. Esta fuente estaba adornada con espejos (1), en donde se reflejaban las figuras de los que, obedeciendo el precepto divino, concurrian á purificarse. Dios en el seno de su santa Iglesia establece en el sacramento de la penitencia esa fuente de perenne misericordia: y en sus aguas han de purificar las manchas de su conciencia, no solamente los sacerdotes consagrados para ofrecer al Señor el sacrificio del Cordero inmaculado, sino tambien todos los fieles, que le han de inmolar su propio corazon. En el espejo de este sacramento cada uno reconoce la figura de su alma, ve cuáles y cuántas son las manchas que la ensucian, y cuáles tambien las verdaderas causas que las motivan (2). Nuestras obras, nuestras palabras, nuestros pensamientos y todo cuanto pasa en lo mas interior de nuestra conciencia, aparece allí, lo vemos con perfecta claridad, y vemos tambien á la vez lo profundo y dilatado del mal que nos ha hecho aquello, que cometimos contrariando la ley de Dios.

Símbolo fué tambien del sacramento de la penitencia la Probática Piscina, de que nos habla al Evangelio (3). A ella descendia una multitud de enfermos por cinco portadas que daban paso hasta sus aguas; y los que se bañaban en éstas, cuando el ángel las movía, sanaban de todos sus males. Mas eficaz es todavía el santo sacramento de la penitencia, para curarnos espiritualmente, que lo fué esa piscina, para sanar en Jerusalen de los padecimientos corporales. Allá,

(1) Exod. Cap. 30. y 38.

(2) S. Gregor. Homil. 17.

(3) Juan. Cap. 5.

tocando las aguas misteriosas, los ciegos, los cojos y los paralíticos cobraban el uso de sus sentidos ; mientras que acá los ciegos por la ignorancia criminal de sus obligaciones, los que cojean reincidiendo en los pecados, de cuyas ocasiones no se resuelven eficazmente á separarse, y los que sufren la parálisis de su pereza e indiferencia para las cosas del cielo, sanan acercándose con las disposiciones debidas á las aguas que congregó Dios para nuestra medicina. Y reparad, hermanos míos, que para alcanzar su curacion, los enfermos de Israel entraban á la piscina por cinco pórticos ; y para ser lavados los cristianos de sus culpas con las aguas del sacramento de la penitencia, han de llegar con cinco disposiciones, que nos conducen á recibir en él la gracia que nos lava, nos cura, y nos purifica completamente, derramando sobre nuestra alma la caridad de Dios.

La manifestacion de la lepra al sacerdote, y todas las ceremonias que mandó el Señor practicar en ese caso; el becerro de oro reducido á polvo, y comido luego por los Israelitas; y otros muchos sucesos que tuvieron lugar en el seno del pueblo de Dios, fueron tambien figuras con que la misericordia divina anuncio á las gentes el sacramento de la penitencia como medio de salvacion.

Cuando, llegada la plenitud de los tiempos, todas las profecías habian de cumplirse, y todos los símbolos y figuras debian desaparecer, para dar lugar á la realidad de que eran anuncio, Jesucristo el Hijo de Dios, en cuyas manos estaban todas las cosas (1), autor de todos los sacramentos, y por quien todos se salvan, instituyó el de la penitencia ; enseñó su eficacia para

(1) Mateo. Cap. 11.

borrar nuestros pecados, y aun indicó las circunstancias y condiciones que en él deben intervenir, si queremos conseguir sus gracias y efectos maravillosos. En efecto, prometió á los apóstoles su institucion, cuando dijo á San Pedro : « Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares en la tierra, será tambien atado en el cielo (1); » y del mismo modo cuando dijo á los apóstoles : « Todo cuanto desatáreis aquí en la tierra, será desatado en el cielo ; y todo quanto aquí atáreis, será atado en el cielo (2). »

Estas promesas las cumplió despues de resucitado, cuando en una de las gloriosas apariciones, que hizo á sus discípulos, sopló sobre ellos, diciéndoles: « Recibid el Espíritu Santo: les serán perdonados sus pecados á aquellos á quienes vosotros se los perdonáseis; y se les retendrán á aquellos á quienes vosotros se los retuviéseis. *Insufflavit et dixit eis : Accipite Spiritum Sanctum : quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; et quorum retinueritis, retenta sunt* (3). » Nota el Angélico Doctor, que sopló sobre ellos primamente en señal que comunicaba su Espíritu Santo á todos aquellos, á quienes elegia para ministros de este santo sacramento; y despues de comunicárselos de esa manera, les advirtió el significado de esa accion, y el gran sacramento de misericordia y perdon que instituia. Los Santos Padres de la Iglesia, y con ellos el Santo Concilio de Trento, formulañ la doctrina de esta institucion de la manera siguiente : Nuestro Señor Jesucristo instituyó el sacramento de la penitencia principalmente cuando, resucitado de entre los muertos,

(1) S. Mat. Cap. 16.

(2) Ib. Cap. 8.

(3) Juan. Cap. 20.

sopló sobre sus discípulos diciendo: « Recibid el Espíritu Santo: aquellos cuyos pecados perdonáseis, les serán perdonados; y aquellos cuyos pecados retuviéseis, les serán retenidos (1). »

Instituyó Jesucristo este sacramento en forma de juicio, queriendo que el cristiano delincuente declare en él voluntariamente sus culpas al sacerdote constituido juez de nuestra conciencia. Señala en la misma institución que el objeto del poder divino, que comunica á éste, es en beneficio de los hombres, y especialmente de aquellos á quienes el peso de su conciencia les hace vivir agobiados, como la pobre enfermedad del Evangelio, que soportaba con intensa angustia la enorme carga de su cáncer. Para beneficio, repito, de aquellos que en medio del ardor de su infinita caridad llama para aliviarlos, diciéndoles: « Venid á mí todos los que estais cargados y fatigados, y yo os aliviare (2). » Este santo sacramento de la penitencia es necesario y obligatorio á todo cristiano que ha cometido pecado mortal después del bautismo: así es que, si el pecador tiene los medios precisos para confesarse, está obligado á hacerlo, tanto por necesidad de medio, como por precepto para alcanzar perdón de sus culpas. Y en ese caso no le basta, para justificarse, el dolor y arrepentimiento, para que pueda justificarle, debe ser perfecto, y no puede serlo, sinó incluye el propósito formal de confesarse cuanto antes. Y ciertamente puede hacerlo aquel que tiene á su disposición los medios necesarios, y que si no los aprovecha, es porque su corazón

(1) Sess. 13. Can. 1.

(2) Mateo. Cap. 11.

no está eficazmente convertido á Dios ; ó, lo que es igual, el arrepentimiento que tiene de sus culpas, no es verdadero; y por consiguiente, nó el que necesita el hombre para justificarse. Por lo dicho comprendereis, hermanos mios , que viven miserablemente engañados aquellos que creen bastará arrepentirse de sus culpas á la hora de la muerte , para conseguir la salvacion de su alma. Viven engañados, repito, porque sin confesarse, pudiendo hacerlo, no serán perdonados: viven engañados , porque sin la promesa de confesarse no pueden tener arrepentimiento verdadero; y viven tambien engañados , porque la confession es por derecho divino necesaria al pecador, para reconciliarse con Dios y alcanzar su salvacion eterna. Algunos Padres de la Iglesia y expositores de la santa Escritura, ven representada esta doctrina en lo que sucedió á Lázaro hermano de Marta y Maria, tan amadas de Cristo Señor nuestro. Lázaro tendido en la sepultura , envuelto en un sudario , y atado de piés y manos , es la imagen del pecador que ofendió á Dios, y se encuentra sepultado en el abismo profundo de sus desórdenes. La caridad infinita de Jesucristo llama á Lázaro, para que resucite y salga á vivir nueva vida. Mas ese Lázaro que vuelve á vivir á la voz de Cristo, ¿ se levanta por acaso y echa á andar fuera del sepulcro ? Nó, hermanos mios, Lázaro no se levanta , ni echa á andar, hasta que los apóstoles le desatan, obedeciendo al mandato de Jesucristo. Del mismo modo sucede al pecador que conoce su pecado: por mas que lo llore y lo deteste, no podrá levantarse, hasta que la confession le desate y deje libre de el. *Solvite illum, et sinite abire* (1), dijo Jesus á sus discípulos cuando re-

(1) Juan. Cap. 11.

sucitaba á Lázaro: *Solvite illum, et sinite abire*, dice á los ministros de la penitencia , señalándoles á los pecadores que llegan á sus piés , buscando el perdon de sus culpas. Puede Dios levantar á la gracia á ese pecador caido en la culpa, así como pudo resucitar á Lázaro difunto; mas tiene dispuesto que resucite , cuando el sacerdote le desate de sus pecados, dándole la absolucion sacramental, del mismo modo que Lázaro no salió del sepulcro, hasta que los apóstoles le desataron.

Vengamos ahora á la materia de este sacramento. La materia remota del sacramento de la penitencia son todos los pecados actuales cometidos despues del bautismo. Mas debemos advertir que en la penitencia la materia remota no entra para componer el sacramento, sino tan solo como objeto que debe ser destruido y borrado por la virtud de este misino. Entra de la manera , que la enfermedad es la materia que la medicina se propone destruir, como las llagas son tambien materia que el cirujano trabaja por sanar y borrar, y en fin, como la leña es materia del fuego, porque en ella se ceba éste hasta consumirla. Así en este sacramento son materia los pecados, porque él los destruye, borra y consume completamente. Los pecados cometidos despues del bautismo son unos mortales, y otros veniales. Los mortales, que todavía no han sido bien confesados, son la materia necesaria de este sacramento , porque necesariamente deben sujetarse á la confession para su perdon. Los pecados veniales son materia voluntaria , porque está en la voluntad del penitente sujetarlos ó no á la absolucion sacramental ; y son tambien estos mismos materia suficiente, porque en ellos puede recaer la absolucion sacramental provechosamente.

La materia proxima son los tres actos, que al re-

cibir este sacramento pone de su parte el cristiano , procurando su justificacion. Estos tres actos son el dolor de los pecados cometidos , la humilde y dolorosa confession de éstos , y la satisfaccion que por ellos ha de dar á Dios , siguiendo el mandato del confesor. De estos tres actos dos son necesarios para la esencia del sacramento , de manera que , si llegasen á faltar, no habria sacramento : tales son el dolor y la confession. El otro, á saber la satisfaccion, es necesario para la integridad del sacramento, de modo que, faltando ésta, existirá el sacramento siempre que al recibir la absolucion hubiese habido en el penitente ánimo de satisfacer, cumpliendo la penitencia que el confesor le impone. Pero existirá, repetimos, el sacramento , aun cuando sea sin la perfeccion que le es propia segun su divina institucion. Por estos tres actos que forman la materia proxima del sacramento de la penitencia , convertimos al Señor nuestro corazon , y satisfacemos la injuria que le inferimos con nuestras culpas. El pecador ofende á Dios con pensamientos, palabras y obras : el dolor de los pecados obra directamente sobre el alma de donde nacen los pensamientos. *De corde enim exēunt cogitationes malaे* (1). La confession de las culpas hecha por nuestra propia boca, muestra la voluntad que tenemos de enmendar las palabras proferidas con agravio de la ley divina; y con la penitencia ó satisfaccion reprobamos las obras que nos extraviaron del recto camino del Señor (2). De suerte que la divina providencia quiso que en este sacramento contribuyesen á llevarnos á Dios los mismos medios, que empleamos antes para separarnos de El: los pensamientos, las palabras y las obras.

(1) Mateo. Cap. 15.

(2) S. Fulgent. De remiss. peccat. Cap. 12.

La forma del sacramento de la penitencia consiste en estas palabras: « Yo te absuelvo de tus pecados, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. » « Yo te absuelvo, » dice el sacerdote, declarando que el alma del penitente estaba atada por los lazos de sus culpas. Porque verdaderas ataduras son, hermanos mios, las que nos retienen lejos de Dios, y nos hacen verdaderos esclavos de satanás y de nuestras pasiones desordenadas; y esas son las que rompe la gracia que nos comunica la absolucion del sacerdote. Sanson, juez de Israel, atado por los filisteos con gruesas cuerdas, auxiliado por Dios, despedazó y rompió sus prisiones, quedando libre de los enemigos que le oprimian ; del mismo modo atado el pecador con las formidables ataduras de las culpas mortales, por enormes que éstas sean , queda libre mediante la palabra del sacerdote , que en virtud del poder concedido por Jesucristo, « yo te absuelvo, » le dice, de tus pecados. »

Mas ya comprendereis, hermanos mios, que para proferir tales palabras , es necesario que el sacerdote tenga verdadera y legítima jurisdiccion; por consiguiente debemos llamar ministro de este sacramento á todo sacerdote, que en virtud de poder legítimo está autorizado á conceder esa absolucion. Jurisdiccion legítima pueden dar el Sumo Pontífice en la Iglesia universal, y cada obispo en los límites de su diócesis (1). Los sacerdotes en posesión de ese poder son los ministros de la penitencia, figurados en aquellos otros de Israel, ante quienes por mandato de Jesucristo fueron á presentarse los pobres enfermos, que el Salvador curó de la lepra. *Ite, ostendite vos sacerdotibus* (2), les dijo ;

(1) Trid. Syn. Sess. 14. Can. 5. 6. et 7.

(2) Lucas. Cap. 17.

y ellos obedientes á la voz de su bienhechor marchaban á buscar á los ministros de Dios, ante quienes se postraban, cumpliendo con lo que les estaba mandado. El sacerdote, como ministro del sacramento de la penitencia, ejerce el poder mas augusto que existe sobre la tierra: el poder de absolver y de retener los pecados. Cuando absuelve, no dice de un modo deprecitorio, que ruega al Señor perdone las culpas de aquel penitente, ni que espera que Dios perdone aquellos pecados; sinó que de una manera absoluta: « Yo, dice, te absuelvo de tus pecados. » Está seguro que recibió de Dios ese poder, y por lo mismo lo ejerce sin duda ni condicion alguna. ¡Oh poder augusto! oh poder divino! En la potestad del sacerdote está la de abrir y cerrar las puertas del cielo! ¿Qué es al lado de ésta el poder humano, por elevado y extendido que sea, hermanos mios? El poder de los soberanos de la tierra ¿qué es delante de éste? ¡Ah! los reyes y los magistrados, los que imperan sobre las monarquías, así como los que administran las repúblicas, ejercen un poder cuyo fin está en lo visible y transitorio; absuelven y condenan, pero sus fallos son transitorios, y cuando mas, se extenderán mientras durare la vida del que condenaron ó absolvieron. Mas el poder que por institucion divina ejerce el sacerdote en el sacramento de la penitencia, se extiende mas allá de la vida, penetra los siglos futuros, se remonta hasta los cielos, abre y cierra las puertas eternales, y anticipa, si me permitis la expresion, el juicio de Dios en cuyo nombre y con cuyo poder pronuncia su fallo el ministro de la penitencia, cuando dice á unos: « Yo te absuelvo de tus culpas, » y á otros: « Yo te niego la absolucion de tus pecados. » ; Comprendeis ahora hasta dónde se extiende semejante poder?

En artículo de muerte cualquier sacerdote es ministro de la penitencia , y aun cuando no tuviere licencia para confesar , podria hacerlo en beneficio del penitente , que se encontrase en peligro próximo de morir (1).

Digamos ahora dos palabras sobre los efectos que produce el sacramento de la penitencia en el alma de quien lo recibe con las debidas disposiciones. Con admirable elocuencia enseña el Angélico Doctor Santo Tomás (2), « ser la justificacion de un pecador la mas grande y admirable de las obras de Dios ; » y esta justificacion es , hermanos mios, el primer efecto que causa en nosotros el sacramento de la penitencia. El hombre por el pecado perdió la hermosura de la gracia, perdió las virtudes que su alma recibió como dote, cuando en el sacramento del bautismo entró á ser hijo de Dios, y perdió tambien el tesoro único, infinito por esencia , que es Dios. Como nuestra fé es tan imperfecta y débil, no alcanzamos á comprender hasta donde llega el exceso de miseria, á que nos conduce la perdida de todos estos bienes. Las sombras de la ignorancia se apoderan de nuestro entendimiento y de nuestra razon ; quedamos como el viajero á quien en medio de las tinieblas de una noche oscurisima se le abandona en un lugar completamente desconocido. Nada ve ese infeliz, nada ve de los peligros que le rodean, ni de la desgraciada suerte que le preparan los precipicios, que le esperan abiertos por todas partes. ¡ Porqué ? porque las tinieblas nada le dejan ver. Del mismo modo el pecador, sepultado en la oscuridad de la culpa, queda privado de la luz de la divina gracia, que sirve de antorcha á su entendimiento y á su voluntad. Sol

(1) S. Ligor. con el Conc. Trid. Sess. 14. Can. 6.

(2) 1.^a 2.^{ma} quaest. 113. art. 9.

resplandeciente fué el alma de David, mientras en ella alumbró la gracia del Señor ; con el auxilio de ésta penetraba lo mas oculto y escondido de la sabiduría de Dios: *Incerta et occulta sapientiae tuae manifestasti mihi* (1); su entendimiento se asemejaba á la luz del sol que disipa las nubes de la mañana , y como él mismo dice en uno de sus salmos, penetraba y conocia cuanto entendieron sus mas sabios predecesores. *Super senes intellexi* (2). Pero ¿ en qué ignorancia tan vergonzosa no le sumergió, hermanos mios, el pecado ? Ya nada veia, nada advertia, nada consideraba: todo Israel se escandalizó de su vergonzoso adulterio; las naciones vecinas blasfemaron al Dios de Jacob que sufrió tamaña iniquidad en un rey levantado por su mano ; pero mientras tanto David nada veia de todo ésto. El mismo nos refiere, que la ceguedad y las tinieblas le rodeaban como sombras de muerte, y de tal modo le acompañaban en todos sus caminos, que nada, absolutamente, nada podia ver (3). Con estos antecedentes comprendereis, hermanos mios, cuán grande beneficio de la misericordia divina es el que nos redime de esa ceguera vergonzosa que nos lleva á una eterna perdicion.

Como la palabra de Dios que , haciendo aparecer la luz, disipó las tinieblas que cubrian la tierra ; ó como la de Cristo Nuestro Señor , que hizo ver al ciego de nacimiento ; así la divina gracia , que se nos comunica en el sacramento de la penitencia , ilumina nuestras almas , y disipa completamente las tinieblas en que el pecado nos habia sumergido. Mediante esta luz, conocemos cuánto tienen de mostruoso y abominable

(1) Salmo 50.

(2) Salmo 118.

(3) Salmo 39.

nuestras culpas cometidas contra Dios, cuánto repugnan á la justicia y á la recta razon, y en fin, conocemos tambien cuánto cuidado hemos de poner para evitarlas en lo sucesivo.

Otro efecto que causa el sacramento de la penitencia es restituirnos la sanidad espiritual, que perdimos por nuestros pecados. Cada uno de éstos es una verdadera enfermedad, que hemos contraido y que nos lleva á una muerte cierta. El sacramento de la penitencia nos restituye la sanidad, y cuánto mas grande es la fē y disposicion con que lo recibimos, son tambien mayores las gracias que en él se nos conceden. Sucede al pecador, que se lava en las aguas de la penitencia, lo que á Naaman cuando se bañó en las del Jordan. Le prometió Eliseo profeta que, lavándose en las aguas de aquel rio, quedaria sano de la lepra espantosa que roia sus carnes, causándole indecibles sufrimientos. *Obedi, et mundaberis a lepra,* le decia el profeta. Se resuelve Naaman, y efectivamente se baña en el Jordan del mismo modo que Eliseo se lo tenia ordenado, y queda sin otra medicina sano completamente. Así el hombre, lleno en su alma de tantas enfermedades, cuantas son las culpas que ha cometido, apenas recibe el sacramento de la penitencia, cuando alcanza perfecta sanidad.

Hay una enfermedad que agota al hombre sus fuerzas hasta aniquilarlas, y le hace vivir en continuo sobresalto, hasta hacerle á veces insopportable su vida. Son esa enfermedad los remordimientos de la conciencia. La tranquilidad es la medicina, hermanos míos, que ese pobre pecador necesita, como la única que curará los males de su alma, arrancando la causa de las penas y dolores espirituales que sufre. Esa paz y tranquilidad son fruto del sacramento de la penitencia.

Nuestras culpas se vuelven incesantemente contra nosotros mismos, y mientras no las acusamos con espíritu de verdadera compuncion, claman acusandonos con la voz de los remordimientos en el fondo de nuestra conciencia. Esa era la voz que turbaba á David, cuando, « mis pecados, decia, se vuelven continuamente contra mí (1); » esa era la voz que cubria á Cain de amarga desesperacion, hechándole en cara la muerte dada á su hermano Abel (2); y ésta, en fin, la voz que obligaba al rey Antioco á pedir al pueblo Israelita le perdonase las enormes injusticias de que lo habia hecho víctima (3). Esta voz se apaga luego que en el sacramento de la penitencia declaramos nuestros pecados al sacerdote, que los perdona y absuelve en virtud de la eficacia de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Finalmente, hermanos mios, cuando recibimos este santo sacramento, ejercitamos heróicas virtudes que adornan á nuestra alma de excelentes merecimientos para el reino de los cielos. Ejercitamos la fé, creyendo el poder misericordioso de Dios, que perdona todos los pecados que detestamos y lloramos sinceramente en la confesion. Confesamos y aprovechamos su bondad, llegando al sacramento con tanto fervor, como el ciego del Evangelio, que marchaba dando voces para que todos conociesen el poder de Dios, que le habia restituido la vista. Ejercitamos la confianza, poniendo, en cuanto está de nuestra parte, los medios para conseguir del Señor el perdon que nos tiene prometido. Con ese fin nos humillamos y confessamos nuestras culpas, esperando que esa humilde confianza desarme la indignacion divina, y absuelva y per-

(1) Salmo 56.

(2) Genes. Cap. 4.

(3) Macab. Cap. 6.

done nuestra iniquidad. Ejercitamos la caridad, pues por amor á Dios aborrecemos los pecados, y propone mos sincéramente no volver á cometerlos. Esa caridad no es estéril, pues se explica con actos interiores que brotan de lo mas íntimo del alma, y purificando hasta los senos mas escondidos de nuestra conciencia, borra de ésta aun los pecados mas ocultos. Se explica tambien por los actos exteriores con que el arrepentimiento del corazon se hace palpable, para reparar los malos ejemplos dados á los prójimos, y que fueron en tantas ocasiones causa de la perdicion de muchos. Ejercitamos, finalmente, la obediencia, sometiendo nuestra conciencia al juicio del confesor, aceptando aquello que éste nos manda practicar como necesario, ya para dar la satisfaccion debida á Dios por las ofensas que le hemos inferido, ya para edificar á nuestros prójimos escandalizados por nuestros pecados, y ya tambien para evitar la reincidencia en éstos, quitando las ocasiones que nos estimulan á cometerlos. ¡ Cuántas virtudes, hermanos mios, se encierran en la confesion ! ¡ Cuánta bondad, cuánta ternura y cuánta misericordia ha depositado Dios en este sacramento para beneficio nuestro ! Ea, pidamos al Señor que nos admita á tan santo sacramento, y que en él nos lave y nos purifique de tantas miserias é inmundicias que manchan nuestra alma. Que nos dé fortaleza para vencer los mil obstáculos, que por todas partes nos levanta satanás para alejarnos de El, de modo que aprovechemos aquellas gracias amorosas, que tiene preparadas en beneficio nuestro. Que nos dé espíritu de penitencia, con que sincéramente compungidos estemos resueltos á vèngar en nosotros mismos las injurias que con nuestros pecados hicimos á Dios. ¡ Ah ! que la sangre de Cristo nos insta, hermanos mios, para que sin tardanza nos

acerquemos á este santo sacramento, con el objeto de ser curados, lavados y vivificados por la divina gracia, hasta ponernos en aptitud de entrar al reino de los cielos, que os deseo.

INSTRUCCION DUODECIMA.

DE LAS DISPOSICIONES NECESARIAS
PARA RECIBIR EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.
SOBRE EL EXAMEN DE CONCIENCIA.

*Scrutemur vias nostras, quaeramus
et revertamur ad Dominum.*

Escudriñemos nuestros caminos, busquemos
y volvámonos al Señor.

(Jerem. Cap. 3.)

Llora el profeta Jeremías por Israel, que soporta el tremendo castigo que le acarreó su infidelidad; ve derrotados sus ejércitos, y pasados á cuchillo sus soldados mas robustos; cargados de cadenas sus príncipes esclarecidos, y llevados al destierro los ancianos mas venerables por su prudencia y discrecion. Ve el templo del Señor profanado, destruido el altar en que eran inmoladas las victimas de los sacrificios, arrasado el tabernáculo, y cubierta de oprobio la dignidad augusta del santuario. Allí, donde Dios dejó percibir tantas veces del pueblo creyente su voz inefable, aparece enseñoreado el libertinaje repugnante; y donde reveló á los profetas los secretos de su soberano ser, dominando la idolatría con todas sus vergonzosas consecuencias. Ve á la hija de Sion despojada de sus galas, manchado su honor por la brutalidad del soldado, deshonradas

sus vírgenes, y cubiertas de afrenta sus matronas. ¡Oh! que espectáculo tan lastimoso ofrece el conjunto de tantos males reunidos sobre un mismo pueblo! El profeta explica su gravedad, así como la intensidad del dolor que le affige, en estas pocas palabras: « *Egressus est a filia Sion omnis decor eius*; Perdió la hija de Sion toda su hermosura. »

Mas, al hacer Jeremias á los habitantes de Jerusalen esta pintura fiel de la espantosa desolacion que les aguardaba, no cesaba, hermanos mios, de exhortarlos á examinar sus pecados, causa única de tanta desgracia. Queria que conociéndolos procurasen borrarlos con el sincero arrepentimiento de la verdadera penitencia: y por eso examinemos nuestros caminos, les decia, para que nos volvamos al Señor: *Scrutemur vias nostras, quaeramus et revertamur ad Dominum.*

Cuando hablo á cristianos, que estan sufriendo mil males tan funestos para su conciencia, como lo eran aquellos para Israel; cuando veo oscurecida en unos la luz de su entendimiento y sumergidas sus almas en densas tinieblas; cuando veo atada y cautiva en otros la voluntad, de tal modo que los vicios se han hecho dueños de sus movimientos; y cuando en todos veo manchada el alma, y borrada de ella la imagen de Dios, que recibió como dote en el bautismo, puedo con razon levantar mi voz como el Profeta, para exhortaros á examinar vuestra conciencia, y á buscar la causa de tanta desgracia: *Scrutemur vias nostras.* Porque, en efecto, hermanos mios, todos los males espirituales que nos affigen, así como los que pasan desapercibidos, porque no pensamos en la situacion de nuestra alma, nacen de los pecados. Estos nos ensordecen para no escuchar las amonestaciones del Señor, nos ciegan para no ver los escarmientos de su justicia,

y nos entorpecen para obrar el bien. Esclavos de mil pasiones desordenadas, que nos arrastran acá y allá como verdaderos tiranos, postrados y sin fuerza para hacer algo meritorio delante de Dios, ¡ah! qué bien podremos decir, contemplando esta triste situacion de nuestra alma, lo que el Profeta al ver la de Jerusalen : *Egressus est a filia Sion omnis decor eius.*

En el exámen de nuestra conciencia, que necesitamos hacer para llegarnos al sacramento de la penitencia, conoceremos á fondo todos esos males, y este conocimiento será el principio de nuestra justificacion, segun la doctrina de San Gregorio el Grande: *Tunc culpas plangimus, cum pensare coeperimus.* Para confesarse bien, y recoger todo el fruto del sacramento de la penitencia, es indispensable, hermanos mios, prepararse con este prolijo exámen de conciencia; y nulas son las confesiones que sin este requisito llegase á practicar algun cristiano.

Sobre la necesidad de este exámen, sobre los requisitos que debe tener, y sobre el modo como debemos hacerlo, voy á tratar en la presente instruccion. Espero que mis palabras, auxiliadas por la gracia de Dios, han de ilustrar vuestros entendimientos, haciéndolos capaces de la gracia que en el sacramento de la penitencia se nos concede. Escuchadme.

Exámen de conciencia es traer á la memoria los pecados cometidos desde la última confession buena que se hizo, hasta aquella que se va á hacer. Este exámen es necesario por cuanto tenemos obligacion de confesar nuestros pecados con las circunstancias que agravan ó mudan su especie, y con el número de veces que los hemos cometido. Síguese de aquí, dice el santo Concilio de Trento (1), que debemos antes de confe-

(1) Sess. 14.

sarnos, prevenirnos con un diligente exámen de conciencia, y esto es tan del todo necesario que, si se deja de hacer, ó por descuido culpable, ó por malicia, ó por ignorancia, la confesion es nula y sacrílega ; y en vez de conseguirse por ella el perdon de los pecados, se comete un nuevo pecado de sacrilegio.

Este exámen debe ser diligente (1), maduro y minucioso : diligente, poniendo con solicitud los medios para conocer nuestros pecados ; maduro, para discernirlos de la manera conveniente ; y minucioso, para averiguar su número y sus circunstancias. Expliquemos estas tres condiciones.

He dicho que debe ser diligente el exámen, y la primera diligencia del penitente que examina su conciencia, es buscar un lugar retirado, donde haya silencio y pueda sin distracciones que le estorben, penetrar dentro de sí mismo. Dios nos dice por Oseas (2), que « llevará las almas á la soledad, y hablará á su corazon. » Si queremos que Dios se acerque á nosotros, é ilumine los senos de nuestra conciencia, es preciso que nos retiremos del bullicio, y bien sea en un rincón de nuestra casa, ó en el campo, ó en cualquier otro lugar donde encontremos silencio y retiro, allí nos dediquemos á pensar sobre nosotros mismos. Quien espera conocer sus pecados en medio de las conversaciones con la familia, ó con los amigos, ó de otros entretenimientos que divierten, se equivoca ; nada conocerá, porque su misma disipacion le impedirá ver lo que pasa en lo íntimo de su conciencia. A esta disipacion debemos atribuir que muchos, al confesarse de tres, cuatro ó mas años, apenas se acusan de un número muy pequeño de faltas, siendo así que su vida

(1) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 87. art. 1.

(2) Cap. 1.

ni es recogida, y aun dista mucho de tener siquiera aquel arreglo que les preservaria de ciertos pecados mortales, en que fácilmente caen los que viven entre la corrupcion y los peligros del mundo.

A este silencio y recogimiento del lugar en que debemos hacer el exámen, ha de acompañar la oracion con que hemos de pedir al Señor, que nos ilumine en los caminos de nuestra propia conciencia, para que podamos encontrar nuestros pecados. Esta oracion la podrán hacer las personas instruidas, leyendo las que traen los libros que tratan sobre el modo de hacer el exámen de conciencia, ó aquellas que les inspirase su propio arrepentimiento y el deseo afectuoso de volverse á Dios. Mas á las personas ménos instruidas les bastará rezar el *Padre nuestro*, el *Ave Maria* ó el *Yo pecador* con devicion y recogimiento. Todo lo pérfecto viene de Dios, y á El debemos pedírselo: y la luz para conocer nuestros pecados, de manera que podemos confesarlos con provecho de nuestra alma, y quedemos reconciliados con nuestro Padre celestial, es indudablemente uno de los mas grandes dones que podemos alcanzar de Dios. Para empeñar mas la misericordia y bondad divina, podemos implorar la intercesion de la santísima Virgen Maria, la del Angel de nuestra guarda y de los Santos de nuestro nombre y particular devicion. A estas dos diligencias de retiro y oracion agregaremos el recuerdo de las obligaciones, que nos imponen los mandamientos de Dios y de nuestra madre la Iglesia. En los mandamientos nos dejó el Señor recopiladas todas las obligaciones que debemos cumplir. Por consiguiente, al examinar nuestra conciencia para confesar los pecados cometidos, necesitamos recorrer lo que se nos manda y lo que se nos prohíbe en los mandamientos. Jamas Josías rey

de Judá reconoció tan bien los pecados de Israel, como cuando leyó en el libro de la ley los preceptos divinos (1). Entónces, herido su espíritu por la mas viva compuncion, queria que de ésta participase todo el pueblo, y ordenaba, para conseguirlo, que á todos fuesen leidos en alta voz los mandamientos divinos. Pongamos, pues, tambien nosotros delante de nuestra consideracion los preceptos del Señor, y vamos viendo poco á poco las obligaciones que nos impone cada uno, cuidando de detenernos mas en aquellos que contienen las particulares á nuestro estado.

¿ Eres padre ? reflexiona y medita bien sobre el cuarto mandamiento. ¿ Eres hijo ? en ese mismo precepto encontrarás escritas por Dios cuál es la honra, el respeto y el amor que debes á tus padres. ¿ Eres esposa, eres marido ? Dios en ese mismo mandamiento te declara los deberes que has de cumplir en el santo matrimonio. Así, hermanos mios, cualquiera que fuese nuestro estado, en los mandamientos nos estan señaladas nuestras obligaciones, y meditándolos, allí mismo debemos conocer si las hemos cumplido ó no.

Hechas estas diligencias, se debe proceder en el exámen con aquel temor, con que el Espíritu Santo nos exhorta que obremos con todo lo que toca al negocio de nuestra salvacion. No os contenteis, hermanos mios, con recordar aquellos pecados que se encuentran á primera vista, como si estuviesen en la superficie de la conciencia, pues que por su misma enormidad no pueden fácilmente ser olvidados ; sinó que profundisemos mas y mas, hasta encontrar las culpas escondidas y como sepultadas por el largo tiempo pa-

(1) Paralipom. Cap. 34.

sado en la disipacion de los vicios y de las negligencias voluntarias, ó en la pereza é inaccion.

En el libro del profeta Exequiel (1) encontramos un ejemplo de la conducta que debemos observar á este respecto. Quiso Dios dar á conocer á este Profeta los pecados de los hijos de Israel, y le condujo al átrio del templo. Allí, « hijo del hombre, le dijo, horada la pared ; » y habiéndola perforado, « entra, le añadió, y ve las abominaciones que comete mi pueblo. » Y entrando en efecto dentro del agujero miró el Profeta una multitud de reptiles y de otros animales, y la abominacion y los ídolos de la casa de Israel que estaban pintados en la pared por todo el rededor. « Pero no has visto aun todo, dijo Dios. *Fode adhuc parietem, et maiores abominationes videbis:* Cava todavía, y verás cosas mayores. » Repetidas veces le hizo ejecutar esa misma operacion, hasta mostrarle por completo la extension de las maldades de Israel. De este modo hemos de proceder nosotros en la averiguacion de nuestros pecados. No conocemos sinó muy imperfectamente nuestra conciencia, y nos contentamos con examinar solo aquello que se nos ofrece á primera vista. *Fode adhuc*, nos dice el Señor, esto es : fija mas todavía las potencias de tu alma sobre tu conciencia, procura penetrar hasta ver claramente lo que allí pasa. *Fode adhuc*; desentierra ese odio contra tu prójimo, que mantienes hace ya tantos años, y dominado por él te niegas á tratarlo caritativamente. *Fode adhuc*; recuerda aquella restitucion que se te ordenó hacer en otras confesiones, y que, sin tener motivo justo que te lo impida, no cumples todavía. *Fode adhuc*; desentierra tantas murmuraciones dichas con perjuicio del

(1) Cap. 8.

crédito de tu prójimo, y que fueron la causa principal de males graves y positivos que otras personas sufrieron. Este exámen debe hacerse sin precipitacion alguna, y al contrario con toda esa madurez y reposo, que exige la importancia misma del negocio que nos ocupa.

David pedía á Dios fervorosamente le limpiase de los pecados ocultos, y le perdonase los ajenos (1). Porque, á la verdad, hermanos mios, entre los muchos y graves pecados que suelen ocultarse en lo mas profundo de nuestra conciencia, se encuentran algunos de que somos causa, aun cuando nosotros no los hayamos cometido directamente. Con relacion á estos pecados ocultos debemos examinar tres causas por que suelen quedar ocultos los pecados en la conciencia de los pecadores. Porque han vivido disipados, sin temor de Dios, y sin el freno de los mandamientos que les contuviese. De suerte que cometian infinitas culpas de malos ejemplos, de faltas de caridad, y de impureza, sin fijarse siquiera en ellas, y « tragando como agua la maldad, » segun la expresion de la santa Escritura (2). La conciencia de estos pecadores, encallecida por los malos hábitos, no advierte ya con sus remordimientos el pecado; al contrario parece muerta del todo, y es necesario resucitarla con los auxilios divinos, que han de solicitar los que se encuentran en ese estado. ¡Ah! ese mozo, que entregado á los excesos de su liviandad, visita diariamente lugares disolutos, comunica con personas de infame vida, conversa, rie, come, bebe, juega, enamora y se entrega á todos los placeres, y persevera así años tras años, decidme, hermanos mios, ¿podrá fácilmente re-

(1) Salmo 18.

(2) Job. c. 15.

cordar todos sus pecados, cuando, tocado su corazon por la divina gracia, trata de examinarlos ? Tantos escándalos dados con malas obras y con malas palabras; tantos deseos criminales consentidos á cada paso; tantos llamamientos divinos que por su culpa dejó pasar desapercibidos; la deshonra que un prójimo soporta por su culpa ; todos éstos , y otros tantos pecados gravísimos como éstos, quedan fácilmente ocultos, si el pecador no procura con empeño desenterrarlos. El que de esa manera ha vivido, teniendo su alma humillada delante de Cristo Crucificado, deberá con la compuncion de David clamar una y mil veces al Señor : « Limpiadme, limpiadme, Dios mio, de tantos pecados que cometí temerariamente, y ahora no alcanzo á conocer hasta dónde llega su número, ni sube su malicia. »

La ignorancia es otra causa porqué quedan ciertos pecados ocultos en la conciencia. Se cree con error, que hablar en tal ó cual materia no es pecado; que puede discurrirse, por ejemplo, en tales puntos sin ofensa de la fé ó de la caridad; siendo así que esos puntos no admiten discussion , y que en esa materia nada podria tratarse sin menoscabo de la fé ó de la caridad. En esta ignorancia viven tantos individuos que hablan en materias religiosas que no conocen , ó si las conocen, es muy superficialmente, de modo que en sus conversaciones incurren en mil errores graves. Las personas ménos instruidas, que les oyen, se empapan en esos mismos errores, y á su tiempo tambien los propagan con perjuicio de la verdadera fé. Pues bien todos éstos, que sin escrupulo hablan sobre estas materias, tienen su conciencia gravada con culpas que podemos llamar ocultas, por cuanto su propia ignorancia no les deja conocer el grave pecado que cometen en tales conversaciones. Y ojalá que abran

los ojos del entendimiento, y queden convencidos que no es lícito, á quien profesa la fé de Jesucristo, decir algo, ni retener algo que esté en contradiccion con lo que enseña la Iglesia del mismo Jesucristo.

Dos escollos han de evitarse en este exámen diligente y maduro de los pecados. El primero es la nimiedad con que las personas escrupulosas temen siempre no haber hecho lo bastante para conocer sus culpas. Poseidas de este temor, nunca creen haberse examinado lo bastante, dicen sus pecados llenas de angustia y de zozobra, haciendo odioso para ellas mismas este sacramento de bondad y misericordia, y pesado para los confesores que lo administran. Adviertan tales personas, que Dios infinitamente bueno no nos obliga á que confesemos todos cuantos pecados hubiésemos cometido, sinó tan solo los pecados mortales con que nos reconocemos gravados. Adviertan ademas, que el exámen que debemos hacer para conocerlos, ha de ser prudente; y adviertan en fin, que, hecho este exámen prudente, cualquier pecado que hubiese quedado oculto en la conciencia, quedará perdonado por Dios en virtud de la gracia que trae la absolucion sacramental, quedando obligado el penitente á confesarlo en el caso que lo recordare despues (1).

El otro escollo mas terrible por cierto, es en el que naufragan las almas negligentes. Pretenden éstas conocer sus pecados con el exámen de un rato, siendo así que han pasado un año entero, y á veces mas tiempo sin acercarse al sacramento de la penitencia. Pretenden una cosa imposible, hermanos mios; imposible, repito, porque realmente lo es recordar en tan corto tiempo los pensamientos, las palabras, las obras, las

(1) Concil. Trident. Sess. 13. Can. 5.

omisiones, los escándalos y, en fin, tantos otros pecados cometidos durante un año entero ó quiza durante mas tiempo. Imposible, vuelvo á repetir, que alguno, despues de haber vivido tan largo tiempo olvidado de Dios, olvidado de sus mandamientos y olvidado de las obligaciones que éstos le imponen, pueda en un corto rato practicar ese exámen maduro y diligente que se exige para la confesion.

Este exámen diligente y maduro no puede durar el mismo tiempo para todos. Mas tiempo necesita para examinarse el que se confiesa de tarde en tarde, que el otro que se confiesa mas á menudo. Mas tiempo necesita el que lleva una vida libre entre las disipaciones del mundo, que el otro que vive con arreglo, cuidando de llenar las obligaciones de su estado. Y mas tiempo, en fin, necesita el que debe atender á muchos negocios graves que le imponen responsabilidad, el hombre de estado, por ejemplo, el magistrado, el juez, el comerciante, el que administra caudales públicos ó ajenos, que el otro que en una modesta situacion no tiene mas atenciones que las de su familia ú otras limitadas. Como doctrina segura podemos decir, que el exámen de conciencia, que cada uno está obligado á hacer para confessarse bien, debe ser proporcionado al tiempo que ha corrido desde la ultima confesion buena que hizo, y la que trata de hacer, á la clase de ocupaciones que tiene entre manos, y poniendo en él todo aquel cuidado que acostumbran los hombres prudentes en sus negocios de suma importancia (1). Este es el exámen que los teologos llaman con el Angélico Doctor « diligente averiguacion, » y el que todos debemos procurar

(1) Cuniliati, Discurs. 40. del sacramento de la Penitencia.

llevar cuando nos acercamos al sacramento de la penitencia.

Dijimos que el exámen para la confesion debe ser minucioso ; pues , debiendo por obligacion y cuanto mas sea posible recordar el número de los pecados, y las circunstancias que agraven ó muden su especie, nada de esto podremos cumplir, sinó lo hacemos prolijamente. Y sabed, hermanos mios, que no se confiesan bien aquellas personas que acusan sus culpas omitiendo el número y las circunstancias , como por ejemplo, aquellas cuya confesion es poco mas ó menos de esta manera : acúsome , padre , que soy rabiosa ; acúsome que cometí pecados de impureza con otra persona ; acúsome que soy murmurador. Tales acusaciones , hermanos mios , ni pueden satisfacer al confesor , ni llenan la obligacion que tiene el penitente de confesar los pecados con su número y circunstancias. Por consiguiente, tenemos necesidad de examinar el número de veces que hemos cometido cada pecado, para que á su tiempo podamos confesarlo debidamente. El santo Job nos dice que Dios contó sus pasos , y selló como en un saco sus pecados (1). De esa misma manera debemos recordar nosotros nuestras culpas ; debemos obrar como el rico , que cuenta y vuelve á contar minuciosamente las monedas que deposita en su tallega , o como el que marcha y cuenta cada uno de los pasos que le acercan al lugar donde desea llegar.

Tambien estan muy léjos de haber hecho este exámen minucioso aquellos, que cometen pecados contra la pureza, y se contentan con recordarlos ; pero sin tomar en consideracion el estado de las personas con quienes cometieron esos pecados, si eran solteras, si casadas ó

(1) Capp. 14. et 17.

parientes. Esperan que el confesor les pregunte sobre ésto , y aun cuando éste no lo haga , quedan muy satisfechos y tranquilos , creyendo haber hecho una buena confession. ¡ Oh qué error, hermanos mios ! tal confession es nula por falta de exámen. No se hizo diligencia por conocer el número de los pecados, ni las circunstancias de éstos , y por consiguiente no pudo hacerse la acusacion de ellos de la manera debida. Como el mal es tan grave , no cesaré de repetiros , que necesitais examinar cuántas veces habeis cometido cada pecado, cuáles son las circunstancias que hacen mas graves vuestros pecados , y en los de impureza particularmente debeis advertir con qué clase de persona los cometisteis ; porque si no acusais bien todo ésto , no hareis buena confession. Llegan con frecuencia á confesarse personas que dicen al confesor : pregúnteme, padre, porque yo no conozco mas pecados. ¡ Y qué podrá preguntar el confesor á personas , cuyas inclinaciones, ocupaciones y costumbres nunca ha tenido ocasion de conocer ? ¡ Pregúnteme, padre ! ¡ Y podrá un penitente responder allí, allí mismo, preguntas que le haga el sacerdote sobre pecados cometidos ahora uno, dos, ó quizá muchos mas años ? ¡ Pregúnteme, padre ! ¡ Y cómo entrará el confesor á oscuras en ese abismo tenebroso , que le ofrece cada una de esas conciencias perdidas, donde tantas y tan diversas especies de pecados abundan necesariamente ? ¡ Ah ! hermanos mios , haga cada uno el exámen prolijo de sus culpas , y nadie aguarde á que el confesor venga á hacerlo. Racionalmente hablando, no debe esperarse eso, desde que el penitente, y nó el confesor, es quien tiene obligacion de examinar y declarar sus pecados; el penitente, y nó el confesor, quien ha de conocerlos, y sentir todo el horror que su injusticia

y deformidad han de inspirarle; y el penitente, y no el confesor, en fin, quien debe venir al sacramento de la penitencia con todo el conocimiento necesario, para responder sobre cada pecado que confiese, cuanto el confesor crea útil preguntar.

Tambien es digno de lamentarse otro abuso que con frecuencia cometan muchos al declarar el número de sus pecados. Aseguran que serán tantos ó cuantos poco mas ó meno, y esto sin fijarse, y solo porque allí confesándose les ocurre ese número. Mil veces sucede que el confesor, deduciendo por la clase de vida que lleva ese penitente que el número de culpas debe ser mucho mayor, le pregunta: ¿esas veces que usted dice, serán cada año ó por todas? El penitente pensando un poco conviene que cada año; pensando luego un poco mas, mediante las nuevas advertencias que le hace el confesor, conviene que esas veces dichas habrán sido cada mes, y últimamente cada semana. ¿Qué os parece, hermanos mios? Los que así llegan á confesarse, habrán examinado sus culpas minuciosamente? De ninguna manera, y os repetiré, que por falta de este exámen de conciencia diligente, prudente y minucioso son nulas muchas de las confesiones que se practican.

Mas pasemos ahora á ver prácticamente el modo como podemos hacer con provecho el exámen de la conciencia. Ya os he dicho poco antes, que debemos elegir un lugar retirado, para entrar dentro de nuestro interior, y allí, con el auxilio divino que hemos de pedir fervorosamente, principiemos. La última confesion buena que hicimos es el primer objeto en que hemos de fijarnos, como que es el punto de partida para nuestro exámen. Pero *buenas*, he dicho, porque las que hemos hecho malas, sea por falta de exámen, dolor, propósito de la enmienda, ó porque en ellas hemos callado

pecados, han de ser comprendidas en nuestro exámen como otros tantos gravísimos sacrilegios que hemos cometido. Por consiguiente, debemos estar seguros de cuál es la última confesión que tenemos bien hecha, para que sobre ella pongamos el principio ó fundamento de nuestro exámen.

Si hay confesiones mal hechas, examinemos cuántas son, y si después de ellas hemos comulgado, porque entonces hay doble pecado de sacrilegio, á saber: por la confesión y por la comunión. Examinemos luego si hemos ó no cumplido la penitencia; y aclarado todo ésto, sigamos, como antes dijimos, examinando los mandamientos del Señor. Mas al paso que conocemos y averiguamos nuestros pecados, cuidemos de humillarnos delante de Dios, en cuya presencia cometimos contra El mismo esas culpas. Levantémosle nuestro corazón, hablémosle con esa humildad y compuncion que David cuando le decia: « Señor, alumbra mis tinieblas, alumbra mis ojos, para que no duerman el sueño de la muerte (1). » De este modo auxiliados por la divina gracia, al mismo tiempo que vamos conociendo nuestros pecados, principiaremos á detestarlos y á aborrecerlos.

Contribuirá mucho, para traer á la memoria nuestras culpas, recorrer con la imaginacion los lugares que hemos frecuentado, las personas que hemos tratado, los negocios que hemos tenido ; cuáles fueron durante ese tiempo nuestras principales y mas frecuentes ocupaciones, cuáles nuestras afecciones preferentes, cuáles las amistades en cuyo seno conversábamos mas familiar y mas íntimamente, y cuáles los movimientos de nuestro corazón dominado por el odio y por las preocupaciones contra el prójimo. En-

(1) Salmo 42. y 17.

tre los objetos que encontramos en esta averiguacion iremos separando primero los pecados mortales que conociésemos con seguridad haber cometido desde nuestra última confession buena que hicimos. Mas ; cómo conoceremos cuáles son los pecados mortales y cuáles los veniales ? Lo conoceremos indudablemente sabiendo que pecado mortal es aquel que gravemente se opone á la ley de Dios ó de la Iglesia, hecho con plena advertencia y deliberacion del entendimiento, y consentimiento de la voluntad. Pecados veniales llamamos todo quebrantamiento de los preceptos de Dios ó de nuestra Santa Madre la Iglesia en materia leve ó de poca importancia: tales son, por ejemplo, una palabra ociosa, una mentira sin perjuicio de otro y dicha en materia leve, un pensamiento vano : todos éstos son pecados veniales por su naturaleza misma. Tambien puede ser venial un pecado por la parvedad ó pequeñez de su materia, y con la cual no se quebranta gravemente el precepto que prohíbe aquello; como, por ejemplo, el hurto de diez centavos á una persona rica. Otro ejemplo. Sabeis, hermanos mios, que el precepto divino prohíbe expresamente trabajar en dias de fiesta; mas si una persona trabajase un rato corto, aun cuando quebrantaria el precepto divino , seria tan solo de una manera leve , porque es leve la materia de su pecado. Mas debo advertiros , que en los pecados que miran directamente á Dios , aunque la materia parezca leve , son siempre pecado mortal, como, por ejemplo, el juramento falso , el odio contra Dios , y otros pecados como éstos. Suele ser, finalmente, venial el pecado por la inadvertencia con que se comete; y en este caso, aun cuando la materia sea grave en sí, la falta de advertencia de parte de quien lo comete excusa á éste de pecado mortal.

No hay obligacion de confesar los pecados veniales ; mas quien los acuse alcanzará con ésto muchas gracias y muchos merecimientos especiales. En caso de dudar el penitente si son mortales ó veniales ciertos pecados que recuerda en su exámen , debe disponerse para confesarlos , examinando todas las circunstancias que los acompañan , á fin que el confesor pueda juzgar si son graves ó leves. Pero, para que nuestro exámen sea completo , no es bastante procurar traer á la memoria los pecados que hemos cometido , si-
nó que tenemos obligacion tambien de examinar las obras buenas que dejamos de hacer ; y son éstos los pecados que se llaman de omision. Estos pecados de omision son para nosotros tanto mas temibles , cuánto ordinariamente ménos los conocemos , y por consiguiente , ménos nos arrepentimos de haberlos cometido. Dios castiga tales pecados , y aun en la vida presente mostró el rigor con que trata á quienes los cometén. Aquel hombre á quien se dió el talento para que negociase , no lo jugó , ni lo malgastó ; su única culpa fué la omision que cometió de no emplearlo bien , y por ella fué condenado (1). Las cinco vírgenes á quienes el Evangelio nos presenta como excluidas del reino de los cielos , no fueron convencidas de otro delito , fuera del de su omision en estar prevenidas del aceite necesario para alumbrar sus lámparas cuando llegase el Esposo; y en castigo de esa omision fueron desconocidas , y se les negó la entrada á la felicidad eterna (2). El rico gloton y avaro fué sepultado en el infierno , y no precisamente por los banquetes opíparos en que alimentaba su gula , sino por la omision en dar al pobre

(1) Mateo. Cap. 25.

(2) Ibidem.

Lázaro limosna (1). Finalmente, la higuera maldita por el Salvador fué mandada cortar y arrojar á las llamas en castigo de su esterilidad que no la dejaba dar el fruto que debia.

• Ved ahí, hermanos mios, castigada á cada paso la omision por ese benigno Salvador, que tantas pruebas de misericordia y de bondad nos ofreció. Examinemos, pues, segun nuestro estado, las buenas obras que hayamos dejado de hacer en lo que mira á Dios; examina tú esa negligencia con que descuidas instruirte en la doctrina cristiana, que estás obligado á aprender y saber bien; examina esa pereza que te retrae de acercarte, aun cuando sea de tarde en tarde, á los santos sacramentos de la penitencia y de la eucaristía; y examina, tambien, esa tibieza y distraccion voluntaria que te domina en los pocos actos de piedad que sueles alguna vez practicar. En órden á tí mismo, recuerda si con negligencia dejaste de aprovechar los medios, que Dios puso tantas veces á tu disposicion, para que salieses del pecado mortal en que vivias, y entrases en el camino de su servicio ; recuerda si procuraste conocer bien las obligaciones que , segun tu estado , pesan sobre tu conciencia para llenarlas del modo que se debe. En órden á tus prójimos examina cuidadosamente, si pudiendo has socorrido con limosnas las necesidades de los pobres. ¡ Ah ! cuántas omisiones se cometan sobre este punto ! Personas acaudaladas y que con su dinero « podian ganar amigos que les recibiesen en los eternos tabernáculos (2), » cerrando su bolsillo á los pobres, viendo con indiferencia las miserias de su prójimo , cierran á la vez para sí las puertas del reino de los cielos. A estos cristianos faltos de ca-

(1) Lúcas. Cap. 16.

(2) Ibidem.

ridad es á quienes Jesucristo, dirigiendo su palabra el último dia les dirá: « Tuve hambre, y no me diste de comer; tuve sed, y no me diste de beber; estuve desnudo, y no me vestiste (1); » tenias grandes sumas que arriesgar en el juego; no te hacian falta para tu familia cantidades crecidas que empleabas en paseos, teatros y otras diversiones; tenias dinero abundante que acumular en manos de personas que ni lo necesitaban, ni lo agradecian; ¡y te molestabas cuando el pobre venia á tus puertas á pedirte una pequeñez para alimentar su vida gastada por el hambre ? ¡Oh gran Dios, qué cargos tan severos todos éstos ! Temamos, hermanos mios, la sentencia que sobre ellos ha de pronunciar nuestro Juez; prevengánosla ahora en favor nuestro con ese exámen diligente y escrupuloso que hagamos de nuestras culpas, preparándonos para recibir el santo sacramento de la penitencia.

Finalmente, demos tambien una ojeada en nuestra conciencia sobre los pecados que otros cometieron, siendo nosotros la verdadera causa. Eran éstos los que David lloraba con amargura de corazon, pidiéndole al Señor que se los perdonase, *Ab alienis parce servo tuo* (2); y son los que cometen nuestros prójimos por culpa nuestra. El superior, cualquiera que fuese, que manda al inferior hacer algo prohibido por los mandamientos; los que aconsejan á otros cometer pecados; los que cooperan ya con su ejemplo, ya con el prestigio de su nombre, ó de algun otro modo á que se hagan cosas prohibidas por la ley de Dios ; todos éstos son causa de pecados ajenos , y tienen sobre sí una enorme responsabilidad. David temblaba, recordando aquel terrible cargo que le hizo Dios por boca de Na-

(1) Mateo. Cap. 25.

(2) Salmo 18.

tan: « *Blasphemare fecisti nomen meum* (1), con tu pecado hiciste blasfemar mi nombre. » ¡ Ah ! ¿ y cuántas veces de nuestros pecados podria decirse lo mismo ? *Blasphemare fecisti nomen meum.* Joven libertino, piedra de escándalo para tantos de tus compañeros, cuyo corazon corrompes con tus conversaciones y con tus ejemplos , á tí, á tí dice el Señor : « Haz hecho blasfemar mi santo nombre. » Mujer deshonesta , que te presentas en las reuniones. vestida con trajes indecentes, que con tus bailes, palabras y desmanes provocaas al pecado, que sirves de red en que caen y se pierden tantos incautos, á tí habla el Señor, diciéndote : « Haz hecho blasfemar mi santo nombre. » Padre indolente, que miras con indiferencia la ruina espiritual de tus hijos , ni los corregiste mientras fué posible , ni los aconsejas usando de tu superioridad natural, tú, tú hiciste tambien blasfemar mi santo nombre. *Blasphemare fecisti nomen meum.* Viles aduladores, que lisonjeais las miserias de los grandes, de los ricos y de todos aquellos que pueden favoreceros , y léjos de reprobar sus obras abominables de injusticia y de libertinaje , las aprobais con vuestros modales y con vuestras palabras, á vosotros dice tambien el Señor : « Habeis hecho blasfemar mi santo nombre. *Blasphemare fecisti nomen meum.* » Prevengamos, hermanos mios, prevengamos todos estos cargos con la penitencia y la compuncion de nuestro corazon. Examinemos cuidadosamente hasta dónde llega nuestra responsabilidad para confesarnos escrupulosamente ; resolvamos nuestra voluntad á prometer á Dios reparar con buenos ejemplos y santa vida los escándalos dados hasta aquí. Demos al Señor sincéramente nuestra alma, nues-

(1) II. Regum. Cap. 12.

tro corazon y todo lo que somos, para que El mismo dirigiéndonos con su gracia por el camino de la penitencia, merezcamos llegar algún dia á gozar de su infinita bondad y misericordia en el reino de los cielos. Así sea.

INSTRUCCION DÉCIMATERTIA.

DE LAS DISPOSICIONES NECESARIAS PARA RECIBIR
EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

DEL DOLOR DE LOS PECADOS.

Tibi soli peccavi, et malum coram te feci.

Contra tí solo pequé y cometí mi maldad.

(Psal. 50.)

David nos da en estas palabras una muestra perfecta del dolor de que debe estar poseida aquella alma, que de veras se arrepiente de los pecados que ha cometido. Levantando su entendimiento hasta Dios, solo en El encuentra los motivos que le inducen á llorar y detestar sus culpas. El hombre al arrepentirse de las culpas cometidas, tiene en vista motivos de diverso género: ya lo impulsa la gracia de Dios, que quiere salvar al pecador porque lo ama, y compadece sus miserias; ya le inspiran ese aborrecimiento los enormes males que aquellas causan á quien las comete, y cualquiera de estos motivos puede contribuir, aunque no de la misma manera, ni con la misma eficacia á su justificación. Las almas nobles y generosas prescinden de todo motivo que no sea inspirado por la caridad y

amor perfecto á Dios. De esta naturaleza era el arrepentimiento que nos muestra el rey David en las hermosísimas palabras con que he principiado esta instrucción. Miraba á Dios infinitamente bueno, perfecto y digno del amor de todos los hombres, recordaba que le había ofendido miserablemente, y volviendo á El su corazón lleno de amargura: *Tibi soli peccavi*, le dice: « Contra tí, Dios mío, contra tí solo he pecado, contra tí cometí mi culpa. » .

No es de esta naturaleza el arrepentimiento que muestra el hombre, que ve venir sobre sí ese torrente de males que le acarrean sus propias iniquidades. Aquel que como el otro de Israel repite delante del Señor: ¡ Ay de mí! y cuántas miserias se amontonan sobre mi cabeza en castigo de mis iniquidades: ve de un lado la justicia de Dios irritada por sus culpas que le amenaza con penas eternas, y de otra la enorme fealdad del pecado que transforma su alma, y la precipita al abismo de su perdición. Teme el pecador los torrentes de amargura que le prepara aquella justicia en castigo de su iniquidad; le asustan los efectos de sus propios vicios que ya le amenazan; y ese temor le obliga á buscar al Señor, que puede perdonarle y lo espera para perdonarle.

Yo voy á contraerme, hermanos míos, á hablaros en la presente doctrina solamente del dolor de los pecados, que nace de la caridad perfecta, y con el cual el pecador aborrece la culpa por ser ofensa cometida contra Dios infinitamente bueno y digno de ser amado sobre todas las cosas. Os explicaré primero qué cosa es, y las condiciones que debe tener para que sea perfecto; en segundo lugar os diré cuáles son los efectos que produce en el alma, y finalmente cómo debemos procurarlo. Escuchadme.

Dolor de los pecados es un sentimiento profundo, con el cual el alma siente las ofensas cometidas contra Dios, las aborrece eficazmente, y se resuelve á no cometerlas jamas (1). Este dolor es acto de la penitencia considerada como virtud, y en este sentido fué siempre necesario al hombre para justificarse de sus culpas. De tal modo, hermanos mios, que sin este dolor ó arrepentimiento ningun pecador pudo jamas volver a la amistad de Dios, ni conseguir la eterna salvacion. En el que recibe el sacramento de la penitencia, si ese dolor procede del conocimiento vivo de la bondad divina, se llama de contricion; mas si procede de temor á los castigos que merecen sus pecados, ó de la pena que causa la perdida de la divina gracia y de la felicidad eterna, se llama de atricion. El dolor de contricion se llama tambien dolor noble y dolor perfecto; y se llama contricion, porque rompe, quebranta y despedaza en nuestra alma todos los pecados. Sucedé á éstos con la contricion lo que al ídolo Dagon con el arca santa del Señor. Dagon colocado en su templo recibia los obsequios y las adoraciones de sus creyentes; mas apenas el arca del Señor cautiva de los filisteos fué colocada cerca del ídolo, éste cae de su altar completamente despedazado (2). Quiso Dios que Dagon no quedase en pié en presencia del arca que representaba la fe del único Dios verdadero; y por eso lo derribaba, lo anonada y lo reduce á polvo.

Esto mismo sucede en el pecador que con dolor verdadero de contricion siente haber ofendido á Dios. Apenas se arrepiente cuando entra la gracia en su alma, y todos los pecados, verdaderos ídolos que adoraba en el templo de su conciencia, caen despreciados

(1) S. Thomas. 1.^a 2.^{re} q. 36. art. 1. Supplém. q. 3. art. 3.

(2) I. Regum. Cap. 5.

y deshechos. El dolor eficaz de haber ofendido á Dios infinitamente bueno y digno de ser amado sobre todas las cosas, es quien los derriba. *Auferte Deos alienos* (1), dice Dios al cristiano en el fondo de su conciencia, como en otro tiempo á Israel: « Quitar los ídolos del pecado, que antes adoráis, quitadlos de vuestra alma, que mi gracia ahora santifica, para que sea templo mio y pertenezca solamente á mí. »

Sabiendo las condiciones que deben acompañar á este dolor, conoceremos mas bien su naturaleza. El dolor de contricion debe ser *interior, sobrenatural, movido por Dios, y universal*. Interior, he dicho, porque es sentimiento espiritual ó del alma, y no un dolor sensible, y que afecta ni el corazon, ni ninguna parte de nuestro cuerpo. Por eso cuando Dios exhortaba á penitencia á su pueblo por medio de los Profetas: « Razgad, les decia, vuestro corazon; *Scindite corda vestra* (2), » porque es nuestra alma la que ha de sentir profunda pena y amargura por haber cometido pecados contra Dios, y porque la conversion verdadera del hombre no se conoce por lo que decimos con la boca, sinó por lo que sentimos con nuestro corazon, como lo decia San Gregorio el Grande (3). Mas es cierto, que esa pena ó sentimiento del alma suele manifestarse con actos exteriores. Dios mismo se dignó autorizar éstos, cuando fueron practicados por algunos penitentes del antiguo Testamento: así David, postrado sobre la ceniza, vestido de cilicio y ayunando muchos dias, revelaba en estos actos la penitencia intima de su alma (4): así el rey Josías, razgando sus vestiduras, y dejando ver

(1) I. Reg. Cap. 7.

(2) Joel. Cap. 2.

(3) Homil. in Cap. 7. Luc.

(4) II. de los Reyes. Cap. 12.

el áspero saco que cubria sus carnes, descubria la desolacion y amargura que affligia su espíritu (1); y así, en fin, el rey de los Ninivitas que, aterrado por la predicacion de Jonás, desciende del trono, y con ayunos y otras mortificaciones procura aplacar la ira del Señor, deja ver en esas mismas obras la compuncion verdadera de su corazon (2). Son, hermanos mios, provechosos todos estos actos exteriores, por cuánto muestran el dolor y sentimiento interno del alma. Mal podria asegurarse estar lleno un individuo de arrepentimiento de sus pecados, mientras tanto se le viese reir, conversar y divertirse muy á su satisfaccion; y al contrario cualquiera advertiria la compuncion y el arrepentimiento de otro, que se ejercitase en actos fervorosos de amor á Dios, acompañados con golpes de pecho y lágrimas abundantes de sus ojos. Debemos, pues, estimar todos estos actos exteriores de penitencia como una muestra del dolor espiritual, con que sentimos las ofensas cometidas contra Dios.

Debe ademas ser sobrenatural el dolor de contricion, es decir, inspirado por motivos sobrenaturales. No entran en el ánimo del hombre, que se vuelve á Dios con perfecta contricion, ni los bienes que perdió por sus pecados, ni los males que le acarrearon éstos mismos; porque, aun cuando ni esos males ni esos bienes existiesen, él sentiria del mismo modo sus pecados. Estos son los sentimientos que pintó tan hermosamente el grande apóstol de las Indias San Francisco Javier, cuando decia al Señor: « No me mueve, mi Dios, para quererte, el cielo que me tienes prometido; ni me mueve el infierno tan temido, para dejar por eso de offenderte. Muéveme si tu amor de tal manera

(1) IV. de los Reyes. Cap. 22. y 23.

(2) Jonas. Cap. 3.

que, aunque no hubiera cielo, yo te amara, y aunque no hubiera infierno, te temiera. » Como es tan pura y tan perfecta la caridad que inspira al hombre tales sentimientos, suele llamarse por eso la contricion dolor noble, y dolor desinteresado.

Algunos pecados llevan consigo cierta deformidad, que llena de vergüenza al que llega á cometerlos: así avergüenzan, por ejemplo, las enfermedades que son consecuencia de los vicios deshonestos. Otros pecados atraen el desprecio de la sociedad sobre los individuos que los cometén; el robo, por ejemplo, el perjurio y la embriaguez parece que marcasen á quienes los cometén con señal ignominiosa. De esta naturaleza fué el pecado de Absalon, que levantó contra el desgraciado príncipe toda la indignacion de Israel. En fin, hay otros pecados que se sienten puramente por respeto humano, como el daño causado al amigo, al pariente ó á nosotros mismos con nuestras culpas. Así fué el dolor que sintió Esaú al reflexionar que, por un plato de lentejas, había vendido á Jacob sus derechos de primogenitura. Mas nada de ésto, hermanos míos, puede servir de motivo para el dolor de contricion; porque son todas estas causas naturales, y por consiguiente el arrepentimiento que inspiran es tambien movido por causas naturales. Las causas de la contricion son sobrenaturales: la bondad de Dios ofendida, su amor, su misericordia, su hermosura despreciada por una vil criatura, son las únicas causas que han de mover el alma efficazmente á aborrecer el pecado, y á volverse á Dios con la firme resolucion de no separarse jamas de El.

Dios es solamente quien puede inspirarnos este arrepentimiento perfectísimo de nuestros pecados, y por eso decimos que la contricion es « dolor interior, so-

brenatural y movido por Dios. » La fé nos enseña que todo don perfecto nos viene de lo alto (1), porque es Dios á quien pertenece distribuirlos á sus criaturas. En el dolor de los pecados miramos uno de esos dones mas perfectos y sublimes , que pudiéramos recibir: miramos el impulso del Espíritu Santo, cuya caridad viene á preparar en nuestro corazon habitacion para el Señor, moviéndonos para que por la penitencia verdadera lleguemos á ser digno templo de su gracia (2). Por esa razon es á Dios mismo á quien debemos volvernos, buscando este bien celestial ; es á Dios á quien debemos decir con el Profeta : « Conviérteme, Señor, y me convertiré á tí (3). » El corazon del hombre está en la mano de Dios , quien puede á su arbitrio moverlo , llevándolo del mal al bien , del vicio á la virtud , y del pecado á la gracia. El hombre , á impulso de su propia naturaleza , resbala y cae á cada momento ; mas no puede por su propia virtud levantarse de esas caidas , ni salir de esos abismos. Necesita de otros auxilios , que le han de suministrar las fuerzas que no tiene en sí mismo ; necesita aquella mano todopoderosa , que confesaba David haberle asido furtamente , para que no pereciese en los dias de su iniquidad (4). Esa es la gracia misericordiosa de Dios. ¡ Cuánto nos humilla , hermanos mios , esta consideracion ! Podemos caer con nuestras propias fuerzas ; pero no podemos levantarnos sin el auxilio de Dios : podemos pecar llevados por nuestras propias inclinaciones ; pero no podemos arrepentirnos sin la ayuda de la divina misericordia: podemos mancharnos , aceptando las in-

(1) Carta del apóstol Santiago. Cap. 1.

(2) Concil. Trid. Sess. 14. Can. 4.

(3) Jeremías. Cap. 38.

(4) Salmo 85.

sinuaciones de nuestra propia corrupcion ; pero no podemos lavarnos sió con las aguas del Salvador, que no podremos procurarnos sió fuera de nosotros mismos. Necesitamos en una palabra buscar á Dios, si eficazmente queremos levantarnos de la postracion, en que nos deja el pecado. *Respice in me, et miserere mei*, tenemos que repetirle incesantemente como lo hacian David (1), Pau-lo, la Magdalena y otros fervorosos penitentes. « Mirad-me, Señor, y compadeceos de mí, » y volved á mirarme con aquellos ojos misericordiosos, con que alumbraste á tantos pecadores que se levantaron de sus culpas , aprovechando los auxilios recibidos de tu infinita bondad.

Debe ser, finalmente, universal el dolor de los pecados, para que sea perfecto ; es decir, debe el pecador arrepentido detestar y aborrecer de la misma manera todos los pecados, sin conservar ningun género de afi-cion á alguno de ellos. Recordad, Católicos, que el lenguaje usado por Dios con frecuencia, segun leemos en las santas Escrituras, era éste : « Arrojad de vosotros todos los pecados que habeis cometido, y haceos un corazon nuevo y un espíritu nuevo (2). » Quiere el Señor que nuestro arrepentimiento sea tan completo, que nada , absolutamente nada de pecado quede en nuestra conciencia, cuando nos convertimos á El ; y al contrario, que con aborrecimiento perfecto detestemos la iniquidad con todo cuanto le pertenece. Medi-tadlo bien, hermanos mios : dos cosas nos pide el Señor, á saber : que arrojemos de nosotros todos los pecados cometidos, sin excluir alguno; y éste es acto perfecto de la voluntad , que nada reserva de todo lo que antes amaba : *Projicite a vobis omnes praevaricationes, qui-*

(1) Salmo 85.

(2) Exequiel. Cap. 18.

bus praevaricati estis (1). Todos los arrojamos cuando, arrepentidos de haberlos cometido, le ofrecemos al Señor confesarlos en prueba de la sinceridad de nuestra conversion ; y todos los arrojamos, cuando procuramos no tan solo evitar los pecados, sino tambien las ocasiones de cometerlos. Mas, como si ésto no pareciere todavía bastante, añade el Señor : « Haceos un corazon nuevo y un espíritu nuevo ; *Facite vobis spiritum novum et cor novum.* » Corazon nuevo, dice Dios, y es ese en que no haya reinado la malicia, sino, al contrario, se conserven la inocencia y la virtud. Procuramos tener este corazon nuevo, cuando purificamos el nuestro con sentimientos de sincera compunction y penitencia, cuando trabajamos por inflamarlo con actos de ardiente caridad ; y procuramos, en fin, tener ese corazon nuevo cuando, siguiendo el precepto del Apóstol, con santas y esforzadas resoluciones renovamos en nosotros mismos el espíritu de Jesucristo, amando y practicando las virtudes que El practicó y enseñó.

Por lo dicho comprendereis, hermanos mios, que se encuentran muy distantes de tener este dolor perfecto de los pecados, que llamamos contricion, aquellos que á medias y muy imperfectamente se arrepienten de los que han cometido ; aquellos, en cuyo pecho arde todavía la llama de la impureza, y léjos de trabajar por apagarla, la atizan en su entendimiento y en su voluntad, admitiendo representaciones torpes, y gustando de conversaciones deshonestas ; aquellos, en cuyo corazon viven la soberbia y la vanidad, y tan solo en cuanto halaga á estos vicios encuentran satisfaccion para su alma, á pesar que protestaron al Señor humillarse para ser perdonados de sus culpas ; aquellos,

(1) Exequiel. Cap. 18.

en fin, que despues de una larga vida pasada en la voluptuosidad, en la embriaguez y en otros desórdenes, apenas sienten en su alma resoluciones muy débiles de alejarse de los pecados. Resoluciones débiles, repito, y que ellos nada hacen para consolidar y robustecer. ¡Ah! ninguno de éstos tiene dolor verdadero de sus culpas, porque ni las aborrecen, ni estan dispuestos á enmendarlas eficazmente. Son éstos como el naufrago que, acobardado y débil, se mantiene apenas sobre las aguas luchando con la muerte, pero que al fin termina esa lucha con el naufragio y muerte del infeliz, que no hizo lo bastante para salvarse de las ondas que lo sofocaron. Si queremos tener arrepentimiento perfecto de los pecados, aborrezcámoss todos, y limpiemos el corazon completamente hasta de las mas pequeñas reliquias de los antiguos vicios. Creedme, hermanos mios, no acepta el Señor los corazones que se le ofrecen á medias. Por eso no aceptó el de Saul, que no era obediente á la voz de su Profeta, mientras le agradaba el de David, que hacia á Dios la consagracion completa de sí propio. Sea nuestro arrepentimiento como el que nos retrata Miqueas (1), cuando, tomando la voz del pecador que se convierte al Señor: « Haré duelo, dice, y daré alaridos, iré despojado y desnudo, y dejaré escuchar mis ahullidos y mis lamentos en todas partes. » Hagamos duelo profundo y sincero por la perdida de Dios y por la ofensa cometida contra su infinita bondad: *Plangam et ululabo.* Pero, para que este sentimiento sea sincero y perfecto, desnudémosnos de nuestros malos hábitos, de todas nuestras obras pecaminosas: *Vadam spoliatus et nudus.* Anunciamos á los demas que estamos arrepentidos de los malos ejem-

(1) Cap. 1.

plos que les dimos, siendo causa de sus pecados ; hagamos obras satisfactorias y que nos sirvan de reparacion : *Faciam planctum velut draconum.*

Un ejemplo admirable de los actos de verdadera penitencia que contiene en sí este dolor de contricion, así como de los efectos que causa en el hombre que lo concibe, lo encontramos en la conversion de Saulo despues llamado Pablo. Lo elige el Señor para mostrar la infinita pacienza de Jesucristo nuestro Salvador, y alentar la esperanza de los que por su mediacion han de conseguir la vida eterna, segun escribe el mismo (1) ; y cuando ciego y obstinado corre llevando persecucion y muerte contra todos los que profesaban la fe de Cristo, le envia Dios la luz del cielo, que le ilustra y le prepara para su conversion. Esa luz es interior, es sobrenatural, y obra sobre su entendimiento haciéndole conocer sus pecados, y sobre su voluntad para resolverla á detestarlos. Es éste el primer paso que inspira en el hombre la gracia de Dios y el que le dispone para su verdadera conversion. Jesucristo le habla y se le dá á conocer por ese mismo Jesus Nazareno, á quien persigue encarnizadamente. La voz de Cristo que viene del cielo le postra en tierra ; ve entonces lleno de asombro que vive extraviado ; ve con espanto que ha perseguido la causa de Dios, poniendo su alma á los bordes del abismo de perdicion eterna ; mas la voz de Jesus le llena de esperanza, y desde lo mas íntimo de su corazon con una voluntad pronta y decidida para practicar lo que Dios le inspira : « ¿Señor, dice, qué quieres que yo haga ? » Porque el verdadero arrepentimiento de los pecados hace desaparecer la voluntad torcida y desordenada que nos inclina á come-

(1) I. a Timoteo. Cap. 1.

terlos, para que aparezca esa voluntad recta, que nos dirige derechamente á Dios. « Levántate, y entra en Damasco, dice Jesus á Saulo, y allí te diré lo que te conviene hacer. » Obedece Saulo sin réplica la voz del Señor, porque las inspiraciones de la divina gracia son siempre fecundas en los verdaderos penitentes. Lleno de fé y de esperanza recibe la doctrina y los consejos de Ananías, y en las palabras de éste aprende todo lo que debe hacer (1). En la ejecucion fiel del ministerio que ha recibido, nada oye fuera de las voces de su ardiente caridad. Lleno de ésta predica á Jesucristo crucificado en las sinagogas de los judios, haciendo superior á los vínculos de la carne y de la sangre; y sostenido constantemente por esa caridad fervorosa, ardiente y divina, perseveró en la vida principiada hasta recibir la corona con que el Juez justísimo premió sus virtudes en el reino de los cielos (2). En medio de las fatigas del ministerio laborioso que desempeñaba, no descuidó la mortificacion de su cuerpo tan severa, como en los primeros dias de su conversion á Dios. « Castigo mi cuerpo, escribe, y lo reduzco á la obediencia de mi espíritu, para que no suceda que, mientras pretendo salvar á otros con mi predicacion, yo mismo me haga acreedor á la reprobacion eterna (3). »

Tenemos, pues, en la conversion y en la conducta guardada por San Pablo todos los caractéres de la conversion verdadera, que obra en el hombre la perfecta contricion. Examinemos ahora particularmente cada uno de estos efectos.

El primero es borrar del alma todos los pecados.

(1) Hechos de los Apóstoles. Cap. 9.

(2) II. á Timoteo. Cap. 14.

(3) I. á los Corínt. Cap. 9.

La gracia divina entra en nosotros mediante ese dolor perfecto de nuestras culpas, y nos purifica de tal modo de éstas que, aun cuando nos encontremos inmundos como el paño mas sucio, blancos y puros nos deja como la nieve (1). De suerte, hermanos mios, que si hubiese un hombre cometido pecados mas numerosos y mas graves, que cuantos cometieron los pecadores que estan en el infierno, todos esos pecados quedarian borrados en un instante, si ese hombre llegara á arrepentirse con dolor de verdadera contricion. Mas aun, quedaria su alma tan hermosa y con gracia tan perfecta, cual corresponde á la hija de Dios destinada á gozar la herencia eterna de su Padre en el reino de los cielos. Este efecto lo causa la contricion por sí sola ; mas debemos tener presente, que nadie puede tener perfecto dolor de contricion sin el propósito de confesarse cuanto ántes (2). Sucede al hombre arrepentido de sus culpas con verdadero dolor, lo que David decia haber experimentado en sí mismo. « Dije : confesaré contra mí al Señor mi injusticia ; y tú, Señor, perdonaste la impiedad de mi pecado (3). » Promete el hombre contrito confesar la injusticia de sus culpas, y someterse en el sacramento de la penitencia al ministro de Dios que puede absolverlas, y el Señor se las perdoná en atencion á la eficacia del dolor con que las detesta, y del propósito que tiene de confesarlas. Simbolo de esta eficacia del dolor de contricion fueron aquellos diez enfermos, á quienes Jesucristo enviaba á los sacerdotes, para que les limpiasen de la lepra, y al ir ellos, *mundati sunt*, dice

(1) Isaías. Cap. 1.

(2) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 90.

(3) Salmo 31.

el Evangelio (1), sanaron de su asquerosa enfermedad : *Dum irent, mundati sunt.* ¿Y porqué, hermanos mios, sanaron ? porque con pronta y eficaz voluntad marcharon á presentarse á los sacerdotes, como les mandó hacerlo Jesucristo : *Ite, et ostendite vos sacerdotibus.* Del mismo modo sucede al que se arrepiente de sus culpas con el dolor de contricion perfecta : desde luego, y solo con el propósito de confesarse cuanto ántes , consigue la gracia de Dios, que deja á su alma limpia de la inmunda lepra de los pecados.

El segundo efecto que causa el dolor de contricion, es preparar al hombre para recibir de Dios nuevos dones de gracia y de excelentes virtudes. A cada paso nos declara el Señor en las santas Escrituras, que el hombre es el objeto preferente de sus favores y de sus beneficios ; que lo colma de dones con generosidad sin medida, y con ternura solo comparable á aquella, con que una madre amorosa cuida y regala á su hijo pequeñito. Y como ésto aun pareciese poco á su infinita bondad , declara que su amor le hace cuidar á los hombres como la niñas de sus ojos (2). Así es que, mientras la caridad nos mantiene unidos á Dios, gozamos los efectos de toda esa ternura y de todo ese divino é inexplicable amor. Pruebas de ésto son las luces que brillan en nuestro entendimiento y en nuestra voluntad, merced á las cuales vemos y evitamos tantos peligros ; esa fortaleza que recibimos para conservarnos en nuestras santas resoluciones ; esa eficacia con que tratamos de aprovechar los medios que se nos conceden, para adelantar en la práctica de las virtudes cristianas ; y en fin, hermanos mios, la gracia de la oracion, la gracia de los sacramentos, la gracia

(1) Lúcas. Cap. 17.

(2) Salmo 13. y 44.

de los sanos consejos, y tantas otras que seria dificil enumerar. Pero, apenas ese hombre tan favorecido comete pecado , cuando Dios se retira de él , y retira tambien sus beneficios, de modo que su alma tan llena antes de gracia, y tan rica en favores especiales con que Dios le mostraba su misericordia y su amor, queda tan distante del Señor, que Este nos dice por su Profeta : « Ni yo seré su Dios, ni él será mi pueblo. » La reconciliacion con Dios que obra el dolor de contricion hace cesar todo este alejamiento : la criatura vuelve á entrar en comunicacion estrecha con su Creador ; el hijo descarriado, pródigo é ingrato vuelve á buscar á su padre; el padre le reconoce, lo acaricia y lo recibe en la ancha casa de su misericordia. Y no se contenta con admitirlo como recibe y mantiene en ella á todos sus sirvientes, sinó que le viste con ricas vestiduras de virtud y pone en su dedo el anillo mas precioso de la caridad (1). No le alimenta con los manjares ordinarios de que se sacian sus domésticos, sinó que le hace preparar un convite especial , en el que le regala con esquisitas viandas preparadas especialmente por su infinito amor (2) : « Venid , dice á los ángeles lleno de gozo inefable, venid, celebremos un banquete, porque este mi hijo era muerto, y ha revivido ; se habia perdido, y ha sido encontrado (3). » Ved ahí cómo entonces ese pobre pecador , desheredado en castigo de sus iniquidades, ha vuelto nuevamente á ser el objeto del amor misericordioso de su Padre celestial, mediante el dolor perfecto de contricion.

Mas aun produce otro efecto, y es abrir camino al pecador convertido á Dios para la práctica de las

(1) Lúcas. Cap. 15.

(2) Ibidem.

(3) Ibidem.

virtudes que le hizo adquirir. Comprendereis fácilmente, hermanos mios, que tantos bienes espirituales derramados por Dios para favorecer y hermosear al pecador, que ha vuelto al seno de su misericordia, imponen sobre el individuo favorecido gran discernimiento para reconocerlos, gran generosidad para corresponderlos, y gran fidelidad para perseverar en la nueva vida. Dios ha proveido á esta necesidad, concediéndonos auxilios por medio de los actos, con que ejercitamos las virtudes recibidas. Estos actos son de amor de Dios y de perfecta caridad, que el dolor perfecto de nuestras culpas hace brotar á nuestro corazon; son los sentimientos de humildad que nos inspira el conocimiento de nuestros pecados y de la suma injusticia con que los cometimos, y son tambien el deseo de vengar en nosotros mismos la injusticia de nuestra conducta para con Dios. ¡Ah! cuántos bienes nos hacen ganar todos estos actos ! cuán dispuestos nos mantienen para correr fervorosos los caminos del Señor ! Feliz el alma que marcha por ellos sin detenerse !

Finalmente, son tambien efecto del verdadero dolor de contricion la resolucion de acercarnos con frecuencia á la confesion y comunión, donde templamos nuestras armas espirituales, para vencer á los enemigos del alma. La caridad se alimenta con la caridad, y vive, crece y se robustece con el alimento que le proporciona la caridad misma ; de aquí es, hermanos mios, que el alma, que consiguió la divina gracia por el perfecto arrepentimiento de sus culpas, vive sedienta de aquella fuente de agua viva, que le conduce entre sus corrientes hasta el reino de los cielos. Esa fuente la encuentra en la penitencia, donde humilla su alma, para que Dios la exalte haciéndola acreedora á los premios eternos. La encuentra en la sagrada comunión donde re-

eibe el pan de los fuertes, que la prepara para los combates del Señor que á cada instante tiene que sostener por su amor. ¡Y cuánto fervor nos inspira, hermanos mios, esta caridad, cuando llegamos á esos santos sacramentos? ¡La pureza y santidad de Dios, llegándose hasta la bajeza y la degradacion nuestra! La caridad nos hace ver vivísimamente esa distancia enorme, que separa á nuestra alma pobrecita pecadora, bien que fervorosa arrepentida, de Dios santo por esencia y excelencia.

Fuera de los efectos que hemos señalado, pudiéramos indicar otros muchos, pues que de la contricion pudiera decir el afortunado pecador que llega á tenerla, lo que el rey Salomon dijo de la sabiduría: « *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa* (1); Todos los bienes me vinieron con la sabiduría. » Todas las riquezas de la virtud y de la gracia, que el Apóstol de las gentes llama dones inestimables del Señor, todos vienen á nuestra alma con el dolor de contricion. Vengamos ahora á conocer de cuáles medios debemos valernos para procurarlo.

Se consigue el dolor de contricion por medio de la oracion acompañada de la mortificacion, de la limosna y de las consideraciones que mejor nos hacen conocer la infinita bondad de Dios para con nosotros. Por la oracion, he dicho primero, porque éste es el medio mas eficaz para obtener del Señor cuanto necesitamos. Así es que, persuadidos de esta verdad, nos humillaremos profundamente delante del Señor, repitiendo con toda la amargura de nuestro corazon: « *Pecavi nimis cogitatione, verbo et opere.* ¡Oh Dios mio! he pecado mucho con mis pensamientos, con mis pa-

(1) Sapient. Cap. 7.

labras y con mis obras. » Miradme, Señor, con los ojos de misericordia que miraste á tu Apóstol cuando te negaba, para que como él llore mis culpas con que te he negado tambien. Volvámonos muchas veces al Padre, cuya ira divina hemos irritado con nuestros pecados, y digámosle como el penitente David: « A tí, Padre, llamo desde lo profundo de mi miseria, escuchad misericordiosamente mis clamores (1). » Concededme una pequeñita centella de vuestro divino amor, que me haga arrepentirme de mis culpas, y llorarlas y detestarlas amargamente. Volvámonos tambien al Hijo, á ese Hijo misericordiosísimo que vemos en la cruz enclavado por salvarnos. Recordémosle que fueron nuestras culpas la causa de las humillaciones, de las fatigas, de los sudores y de las angustias que sufrió durante treinta y tres años en este mundo, y pidámosle perdon mil y mil veces por esa sangre preciosísima, prometiéndole la enmienda de nuestra vida. Al Espíritu Santo, en fin, volvámonos tambien, suplicándole que abrace y consuma en nuestra alma toda la inmundicia de nuestras culpas, inspirándonos una centella de su ardiente caridad. Mas acompañemos esta oracion con la mortificacion; pero con la mortificacion verdadera, es decir, que tenga su origen en el corazon, y que consiste en el deseo sincero y eficaz de satisfacer á Dios la deuda de nuestros pecados. De este deseo nacerán en nosotros las resoluciones de practicar aquellas penitencias corporales, que esten en armonía con nuestras fuerzas, y realmente repriman nuestras pasiones desordenadas. Esta clase de mortificacion es eficacísima para alcanzar dolor de las culpas, y como tal la practicaron todos los pecadores arrepentidos, de que nos hablan los libros san-

(1) Salmo 101.

tos. Mirad á David mostrando la pena de su alma vestido de cilicio, postrado sobre ceniza, y ayunando rigorosamente (1). Contemplad á Manacés impío y sacrílego: no se contenta con ofrecer á Dios en satisfaccion de sus culpas las cadenas del cautiverio con que lo oprime el rey de Babilonia, sinó que añade tambien otras mortificaciones, por cuyo medio espera conseguir el dolor eficaz que borre las iniquidades de su alma (2). Mirad, en fin, á la famosa pecadora del Evangelio (3), correr arrepentida á postrarse á los piés de Jesucristo para que la perdone; pero derramando lágrimas que acompaña con otras muestras de mortificacion y verdadera penitencia. ¡ Cómo condena el ejemplo de todos estos pecadores la conducta de tantos que, manchados con desórdenes gravísimos y quizá mas numerosos que aquellos que cometieron David, Manacés y la pecadora del Evangelio, no dan, sin embargo, muestra alguna de arrepentimiento verdadero cuando se preparan para confesar sus pecados! Al contrario con una alma fria, y vacilantes en sus resoluciones, nada de arrepentimiento, nada de angustia dejan conocer, fuera de aquella que causan los remordimientos que atormentan su conciencia depravada, y la confusion inmensa que produce la muchedumbre de sus culpas. En tales personas no existe dolor, ni hacen tampoco diligencia alguna eficaz para conseguirlo.

La limosna es otro de los medios efficaces que mueven al Señor, para que nos conceda dolor de nuestros pecados. « Libra de la muerte, como nos dice el Espíritu Santo, y hace al hombre encontrar misericordia (4); »

(1) Salmo 101.

(2) Lib. IV. de los Reyes. Cap. 33.

(3) Lúcas. Cap. 7.

(4) Tobías. Cap. 12.

porque el acto de socorrer por amor á Dios las miserias ajenas, prepara al alma para dones mas altos que el Señor concede por su bondad infinita. Y ninguno hay tan alto, excelente y provechoso , como el arrepentimiento de los pecados, que nos purifica con la gracia divina, y hermosea con el resplandor de las virtudes. Este bien ni lo comprenden , ni lo apetecen aquellas almas apocadas, que tienen su corazon puesto en las riquezas de la tierra , y cerrado para los clamores del pobre que pide socorro. Pero otras, á quienes las miserias del prójimo encuentran siempre bien dispuestas para procurarles alivio; esas, entre mil favores con que Dios corresponderá sus limosnas, recibirán el cumplimiento de aquella promesa inefable del Señor. ¡Feliz promesa, y mucho mas feliz todavía el que la alcanza, pues su alma será enriquecida con tantas virtudes y gracias , cuantas necesite para vencer las tentaciones que nos arrastran á la muerte del pecado.

Finalmente, si queremos conseguir contricion, meditemos la infinita bondad de Dios ofendida por nuestras culpas. ¡Y cuál otra cosa nos puede hacer conocer mejor esa bondad infinita, que la pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo su Divino Hijo? ¡Cuál corazon, en que vive la fé, no se conmueve oyendo al evangelista San Juan que nos dice: « Habiendo Jesus amado á los hombres, los amó hasta morir por ellos (1) ? » ¡Ah! nos amó hasta el fin Jesucristo, y como prueba de ese amor sufrió sudor de sangre en el Huerto, azotes y espinas en el Pretorio, vestido de burla y crueles bofetadas delante del pontífice y de los sacerdotes. Nos amó Jesucristo hasta la muerte, porque por nosotros estuvo enclavado en la cruz ; por nosotros

(1) Juan. Cap. 13.

agonizó en la cruz, ofreciendo al Padre sus sufrimientos en testimonio de su infinito amor ; y por nosotros tambien murió afrentado ignominiosamente en la cruz. En la pasion de Jesucristo, hermanos mios, encontramos un abundantissimo manantial de gracia y de misericordia , del que sacaremos dolor verdadero de nuestras culpas. ¡ Oh Divino Jesus ! Salvador de las almas, dadme algo de esa tu sangre preciosa , que me inspire tal aborrecimiento á los pecados, tal dolor de los que he cometido, y un propósito tan eficaz de no volverlos á cometer, que viva dispuesto á morir antes que pecar.

INSTRUCCION DÉCIMAQUINTA.

DE LAS DISPOSICIONES NECESARIAS
PARA RECIBIR EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

DEL DOLOR DE LOS PECADOS.

*Domine, audivi auditionem tuam, et timui. Audivi,
et conturbatus est venter meus.*

Señor, oí tu anuncio, y temí.
Oí, y se turbaron mis entrañas.

(Habac. Cap. 3.)

Uno de los resortes que mas eficazmente suelen mover al hombre para obrar , es el temor. Le vemos á veces huir de ciertos lugares, adonde le llevaban la amistad ó la conveniencia; le vemos otras evitar acercarse á tales personas , de quienes podia esperar con fundamento ventajas conocidas ; y entrando á indagar la verdadera causa de tal cambio , la encontramos en el temor que les arredra. Esta conducta natural, ele-

vada al órden espiritual , produce en el alma ciertos actos, que son tambien consecuencia del temor.

Hay temor que se llama de Santos, y es el principio de muchas virtudes , y con el que nos manda Jesucristo que temamos su justicia inexorable, que perdonará á los malos, condenándolos al suplicio eterno del infierno. De esta manera al reprobar aquel temor nimio, con que se suelen temer los males del cuerpo, aprueba el temor santo con que el hombre teme á Dios recto y justiciero. El arrepentimiento producido por este temor santo del Señor es el que llamamos atricion. Teme el pecador la ira del Omnipotente , delante de quien tiemblan las potestades del cielo; teme su rostro airado, la voz terrible que da la sentencia de castigo y fuego eterno con que le ha de abrazar; teme la compañía de los demonios que durará eternamente, los tormentos que le desgarrarán siempre, y el gusano de la conciencia que nunca dejará de roerle.

Por otra parte el pecador, perdida la herencia del cielo, perdida la amistad de Dios, perdida la gracia con que le asistirá su dulce y verdadero Padre; ya no tiene derecho para llamarse hijo de Dios, desde que él mismo lo ha negado con sus malas obras, y ni aun le tiene para pronunciar su sagrado nombre que profanó con sus sacrilegios y maldades.

¿ Y qué consiguió con la temeridad de sus culpas ? David, cuando veia al pecador que se apartaba de Dios, preguntaba cuál era la causa de esa separacion. *Ut quid irritavit impius Deum?* decia: ¿ Porqué se apartó el hombre de Dios ? ¡ Ay ! se apartó, haciendo reo de la mas alevosa ingratitud ; se apartó, borrando en sí propio la semejanza de Dios, para transformar su alma en la imágen de satanás ; se apartó , declarando no querer que Dios reine en su corazon: *Nolumus hunc*

regnare super nos; y no debemos extrañar por eso aquellos efectos terribles obrados desde luego por el pecado, y que cada individuo experimenta en sí mismo. Ved ahí, hermanos míos, indicadas las tres causas del temor, que produce en nosotros el dolor de atrición, á saber: temor del infierno, pérdida de la gracia y de la gloria, y fealdad espantosa del pecado.

Voy á tratar de esta clase de dolor, explicándoos su naturaleza, y los efectos que produce en el alma, que lo experimenta. Observaremos también su diferencia de la contrición, y en fin, indicaremos los medios de que podemos servirnos para conseguirlo.

Se llama dolor de atrición el aborrecimiento del pecado, producido por motivos sobrenaturales, inferiores á los que mueven á contrición, con esperanza de conseguir perdón, poniendo los medios para ello (1). Al pecado se aborrece unas veces como origen de ciertos males temporales, que acarrea sobre quien lo comete; un ladrón, por ejemplo, á quien sus robos conducen á la cárcel, se arrepiente de ellos, por cuanto le han llevado á esa situación penosa y vergonzosa. Otro, á quien el juego, la bebida, ú otros excesos arruinaron en su fortuna y en su crédito, se arrepiente también de aquellos, porque conoce el gravísimo mal, que cometiéndolos se ha hecho á sí propio. La jóven que, entregándose á la lascivia, perdió su honor, llora lágrimas amarguísima desde que se ve burlada, arruinada en su honra y perdida en una palabra. Pero el dolor en todos estos casos, aun cuando fuese amarguísimo, nace de motivos temporales y humanos, que nada aprovechan para limpiar el alma de las culpas que la manchan. En todos éstos, como en otros, el hombre nada ve fuera de pérdidas temporales, de males terrenos, de vicios y exce-

(1) Concil. Trid. Sess. 14. de Poenit.

sos que produjeron sus consecuencias tambien temporales y terrenas. Mas nada de ésto puede servir como medio de justificacion en el que se acerca al sacramento de la penitencia ; así como no sirvió para alcanzar la gracia al rey Antioco el pesar que le causaba el recuerdo de la injusticia, con que habia tratado al pueblo de Dios. Aquel *reminiscor*, que como señal de arrepentimiento pronunciaban sus labios moribundos, era terreno, material y humano ; y no es de esa naturaleza el que Dios pide al delincuente que se convierte á El. Los motivos de tal dolor han de ser sobrenaturales, es decir, deben referirse á Dios: ha de tener el pecador dolor de sus pecados, porque la justicia divina le ha de castigar por ellos con penas, en cuya comparacion todos los dolores, todas las pérdidas, y todas las afrentas, con que pueden ser castigadas nuestras culpas acá en la tierra, son nada. Ha de tener dolor de sus pecados, porque éstos le privan de la posesion del reino de los cielos, donde Dios mismo se dará por premio á los que alcancasen la bienaventuranza eterna. Ha de tener, tambien, dolor de sus pecados , porque su alma queda, despues que ha cometido éstos, fea y abominable para Dios; de tal modo que, aun cuando por la creacion y por la redencion la hizo y es doblemente hija suya , ajada , envilecida y transformada por la culpa mortal, Dios la detesta en castigo de su iniquidad. De modo que no son esos males considerados aisladamente causa del dolor de atricion, sino en cuanto se relacionan con Dios, á quien ofendemos con las culpas. Por eso, hermanos mios , el pecador que concibe este dolor, ejercita con gran mérito su fé , en cuanto los motivos, que producen su arrepentimiento , estan fundados en el ejercicio de esta virtud (1).

(1) S. Thom. Supplēm. 3.^a pars, quaest. 2.

Hemos indicado que los motivos que causan en el alma el dolor de atricion, son muy inferiores á los que nos inspira la contricion ó arrepentimiento perfecto; porque mientras el motivo de éste no es mas que Dios infinitamente bueno ofendido por la culpa; los que producen la atricion son inferiores é interesados, como vamos á explicarlo, y son tres.

Primero, el temor á la justicia divina, que castiga el pecado con las penas del infierno. Hay cuatro especies de temor, segun nos enseña el Angélico Doctor (1), que suelen excitarse en el hombre, é influir con mayor ó menor eficacia en sus obras. El temor mundano, así se llama aquel con que el mundo repreuba y condena tantas veces nuestras acciones, las mas santas y laudables; con este temor se retraien de dar gloria á Dios, confesando á Jesucristo su Divino Hijo, los padres del ciego de nacimiento, á quien sanó Jesus (2). Este temor, señal cierta de una fé débil y de muy poca virtud, no nos puede servir de medio para disponernos al arrepentimiento de los pecados. Temor filial se llama aquel con el cual el hijo detesta la ofensa cometida contra su padre, no por la pena ó castigo que su mala obra merece, sino tan solo por ser ofensa contra su padre. Este es el temor propio de los santos que, aun en el cielo, sabiendo que allí no pueden pecar, conservan ese temor reverencial á la majestad divina. *Timete Deum omnes sancti eius* (3). Este temor es virtud perfecta, y á la que con empeño debemos todos procurar llegar, huyendo del pecado solo por ser ofensa de Dios nuestro amoroso Padre. Temor servil es aquel con que se teme solamente el castigo

(1) 2.^a 2.^{ae} quaest. 19. art. 2.

(2) Juan. Cap. 9.

(3) Salmo 33.

merecido por la culpa ; de suerte que el pecador no aborrece su pecado , sinó en cuanto es causa de los castigos, y si éstos no existieran , él tampoco aborreceria su pecado. Sin embargo de que esta clase de temor es mas propia de esclavos que de hijos de Dios, suele ser útil á los hombres que lo poseen sirviéndoles de freno , para que no se precipiten en otras culpas. Con el temor inicial, finalmente, el pecador teme tanto la culpa , como la pena. Se llama inicial , porque es como la puerta por donde entra en el alma el temor perfecto propio de los justos y de los santos. David llama bienaventurada al alma temerosa , y que llena de pavor sirve con fidelidad al Señor (1). Este santo temor es el primer fruto que da el alma al convertirse á Dios y al ser vestida del espíritu de salud. Es él quien nos empeña á trabajar para recuperar la gracia que perdimos , dice San Bernardo; es él quien la conserva, despues que la hemos recuperado; y es él mismo quien nos sostiene, de tal modo que faltándonos, caemos y nos precipitamos en las obras de pecado , á que nos arrastra la miseria de nuestra propia condicion (2).

El temor que causa la atricion puede ser llamado inicial en cuanto debe ir acompañado de algun principio de amor á Dios , y ésto nos enseña el santo Concilio de Trento, cuando nos dice, que temer á Dios como fuente de eterna é inexorable justicia, es principiar á amarle como merece ser amado (3). Por consiguiente, será temor saludable aquel que tiene el cristiano, que se prepara para recibir el sacramento de la penitencia, y con el que teme á Dios , teme su justicia y teme sus castigos eternos ; y guiado por este

(1) Salmo 111.

(2) Serm. 34. in Cantic.

(3) Concil. Trid. Sess. 14. de Poenit.

santo temor, aborrece los pecados , y los confiesa con la firme resolucion de no cometerlos jamas en adelante ; viniendo á verificarse en su alma lo que anunciaba el santo profeta Habacuc, á saber, que al oir la voz de Dios, es decir sus amenazas, su indignacion y sus castigos, el alma llena de temor aborrece de corazon los pecados. *Domine , audiri auditionem tuam, et timui.*

La perdida de la divina gracia y de la gloria eterna, que el Señor ha prometido á todos los que guardan su divina ley, es otro de los motivos que suelen causar el dolor de atricion. Mas no sentimos la perdida de la gracia y de la gloria, como sentimos la de cualquier otro bien valioso , sinó que la sentimos como perdida de Dios sumo bien , que vive en nosotros por la caridad cuando conservamos su gracia, y se une á nosotros para siempre cuando llegamos á poseer la felicidad suma de su bienaventuranza eterna. Sucede al pecador, que se mueve á dolor de sus pecados que le han hecho perder la gracia de Dios y el derecho al reino de los cielos, algo semejante de lo que pasó á un hombre llamado Micas, de quien nos habla la santa Escritura (1). Micas habia trabajado un ídolo de gran valor; preparó el altar y los utensilios necesarios para tributarle culto, y concertó un sacerdote que estuviese encargado de éste exclusivamente. Ciertos hombres de la tribu de Dan le robaron su ídolo con el sacerdote; y Micas lleno de dolor daba gritos tras de aquellos, pidiendo que se lo devolviesen. Pero no era la plata ni era el oro de que estaba fabricado aquel ídolo, lo que le hacia experimentar un dolor tan intenso , como el que manifestaba Micas; era la perdida de su Dios que

(1) Libro de los Jueces. Cap. 18.

le acompañaba, habitando su casa y bajo su mismo techo. Así es que, cuando los ladrones le preguntan: ¿qué es lo que quieres? porque das voces? Micas se limita á responder: me habeis quitado los dioses que yo hice, mi sacerdote y todo cuanto tengo mas querido, y todavía me preguntais: ¿qué es lo que tengo? ¡Ah! que ni yo, ni los de mi casa podremos vivir sin nuestro Dios. Lloraba, pues, este hombre la pérdida de su ídolo, y solicitaba volverlo á poseer, por cuanto lo amaba no como oro y plata, sinó como á su Dios. Así el pecador llora perdida la amistad de Dios y su gloria eterna, porque Dios era la alegría y el contento de su alma, y en la gloria eterna disfrutará de El mismo como de su premio verdadero.

La fe, dándonos á conocer la hermosura del alma que conserva la divina gracia, nos enseña tambien que nada hay tan abominable á los ojos del Señor, como esa misma alma cuando ha perdido la amistad divina por el pecado mortal. Allá el Criador, contemplando la belleza de su criatura, « toda hermosa eres, le dice, y me desposaré contigo por la fe con misericordia y caridad (1). » Ama á esa alma con amor infinito; ha hecho por salvarla sacrificios sobrenaturales, y aun los haría nuevos, si necesario fuese, á trueque de conservarla en esa gracia y hermosura perfecta. Mas, perdida ésta por efecto del pecado, todo ese tierno y caritativo amor se convierte en verdadero odio, y en vez de la union íntima, en que vive el Señor con el alma su esposa, la aparta de sí protestando que « aborrece al pecador y á sus caminos de iniquidad (2). » ¿Y qué es el alma separada de esta manera de Dios? Recor dad, hermanos mios, qué suerte cupo á la infeliz ciu-

(1) Oséas. Cap. 3.

(2) Salmo 118.

dad desde que se oyó en su recinto la voz de los ángeles ministros de la justicia divina que decian : « Abandonémosla , huyamos lejos de ella, porque Dios la abandonó (1). » Babilonia que escuchaba esta voz, era destruida en castigo de su pecado con destrucción tan espantosa, que sus muros, sus palacios, sus jardines , todo , todo cuanto se encontraba en su recinto , quedaba convertido en un montón de ruinas. Ved ahí la imágen de lo que pasa á la infeliz alma que comete el pecado mortal. Era la ciudad de Dios, cuyo recinto santificaba como tabernáculo de su habitacion : allí por medio de las virtudes ordenaba sus movimientos, daba valor á sus obras, y reprimia [la fuerza de las pasiones; era Dios en esa alma como el rey en medio de su pueblo , ó como el padre en el seno de su familia (2); acogía sus ruegos con interes (3), y le inspiraba con claridad el conocimiento de su amorosa voluntad. Mas ha pecado esa alma, « demolió el Señor en ella su tabernáculo (4); » la entrega á la vergüenza e ignominia de las malas pasiones que de ella se apoderan; aparta sus ojos, y cierra sus oídos para no escuchar sus oraciones; reprueba y aborrece sus ofrendas, y en los remordimientos con que constantemente le acusa su propia conciencia, le hace experimentar qué mala y amarga cosa es abandonar al Señor, y haber perdido el temor del Dios de los ejércitos (5). Estas reflexiones que hace el pecador auxiliado por la divina gracia, le inspiran odio al pecado, causa de males tan profundos. Pero notad, hermanos míos, que no es la

(1) Jeremías. Cap. 51.

(2) Salmo 102.

(3) Salmo 6.

(4) Jerem. Cap. 2.

(5) Ibidem.

fealdad de su alma simplemente, la que le inspira ese odio al pecado; ni son solo las desgracias que le acarrea éste las que le impulsan á volverse á buscar á Dios, sino el conocimiento de que esa fealdad abominable le ha acarreado el odio del Señor, es quien le inspira principalmente volver á su amistad ; quiere á todo precio realizarlo, y comienza por detestar y aborrecer sus pecados.

De lo dicho resulta, pues, que los tres motivos que suelen excitarnos al dolor de atricion, deben ir acompañados y auxiliados por la fé, para que sea ese dolor sobrenatural, y pueda servir de medio para nuestra justificacion en el sacramento de la penitencia. Porque son la fé y la caridad las que nos hacen temer las penas eternas del infierno, conocer la importancia suma de la divina gracia, la felicidad inefable de la gloria eterna, y la fealdad abominable del alma, que desgraciadamente incurre en pecado mortal. Porque son la fé y la caridad quienes elevan al hombre sobre todo lo terreno y material, haciéndole obrar por motivos espirituales y sobrenaturales; y porque son la fé y la caridad tambien quienes nos acercan á Dios, y nos dejan ver con claridad en El los motivos efficaces que tenemos para aborrecer los pecados. De suerte que, si algun pecador se arrepiente de sus culpas , pero para ese arrepentimiento no influye ningun motivo sobrenatural ; ese arrepentimiento no será provechoso , ni podrá contribuir para su conversion.

Veamos ahora cuáles son los efectos que este dolor de atricion produce en el alma de quien llega á concebirlo. El primero es justificar al pecador, cuando concurre este dolor junto con la confession de los pecados; de suerte, hermanos mios, que este dolor , para que sea medio efficaz para reconciliarnos con Dios, ha de ir

acompañado con la confesion , pues de otro modo es completamente inútil y perdido. El segundo es preparar el alma para la contricion ; porque, ejercitando el pecador con la atricion la fé y la caridad, estas virtudes van perfeccionándose con esos mismos actos, y conduciéndonos al dolor de contricion. San Bernardo encuentra semejanza entre lo que sucede en el hombre, que del temor de atricion pasa á conseguir la perfecta contricion de sus pecados ; y lo que sucedió en Caná de Galilea , cuando Jesucristo obró su primer milagro.

« En Caná, dice aquel santo Doctor, el Señor convirtió el agua en generoso vino , y en la confesion hecha con temor saludable convierte ese mismo temor en perfecto amor, y la atricion en contricion (1). » Ademas, si el sujeto que tiene esta atricion , está de antemano en gracia de Dios, el dolor de atricion aumenta esa gracia, y le hace merecer muchos bienes espirituales, que estrechan mas y mas los vínculos de la caridad con que estaba ya unido á Dios.

Esto fué lo que pasó cuando, predicando el Evangelio en Corinto el Apóstol de las gentes , temiendo muchos las amenazas que les hacia de parte de Dios, se convirtieron de sus pecados : *Cecidit timor super omnes illos;* y ensalzaban arrepentidos el nombre del Señor. Pero ; cómo lo ensalzaban, hermanos mios ? porque confesándose acompañaban el temor saludable á la confesion dolorosa de sus culpas. Es decir, que no se contentaban con ese temor, sinó que deseando conseguir la perfecta caridad, « *Venientes confitebantur actus suos:* Venian y confesaban sus pecados (2). » Ya veis, cómo el temor fundamento de la atricion guia al alma hasta el amor perfecto que inspira la contricion.

(1) D. Bernardi Serm. 1. post Epiphan.

(2) Acta Apostolorum. Cap. 19.

Aunque por lo que dejo explicado sobre el dolor, os he hecho notar la diferencia que existe entre el dolor perfecto y noble de contricion, y el imperfecto que llamamos de atricion, conviene, sin embargo, hacerlo conocer mas á fondo, para que no os quede duda alguna sobre esta materia de tan grave interes. Habeis visto, que tanto el dolor de contricion, como el de atricion vienen de Dios, y son impulso de su divina gracia, que obra sobre el pecador con mayor ó menor plenitud; así mismo que uno y otro son dolor espiritual, y por consiguiente, del alma que se arrepiente y detesta todos sus pecados sin exceptuar alguno; y en fin, que uno y otro dolor puede ser disposicion suficiente para recibir con fruto el santo sacramento de la penitencia. Ved ahora, hermanos mios, cómo se distinguen ambas especies de dolor entre sí, en sus motivos y en sus efectos. Se distinguen en sus motivos, porque el dolor perfecto ó de contricion es causado puramente por el amor noble y generoso con que el alma ama á Dios. El pecador que siente esta especie de dolor, se arrepiente como el hijo que ha injuriado á su padre, y comprende toda la enormidad de su delito. En ese padre ve la bondad, la nobleza, el amor, los respetos debidos, y todo ésto le hace pensar cuán odioso y execrable es su pecado. Así el cristiano, al arrepentirse con el dolor de verdadera contricion, no ve mas que á Dios sumamente bueno, sumamente amable y sumamente perfecto, y con verdad puede decirle: « Pésame, Dios mio, haberos ofendido, por ser vos mi Padre infinitamente bueno, misericordioso y digno de todo amor. » Como ois, hermanos mios, el pecador que asi habla, para nada toma en cuenta los enormes daños que le causaron sus culpas, ni los tremendos castigos que por estas mismas ha merecido; Dios infinitamente bueno

ofendido, su Padre amorosísimo despreciado, es la única consideracion que obra sobre su alma, y le decide á arrepentirse y á enmendarse de sus culpas. Mas no piensa así el que se arrepiente con dolor de atricion : considera los males enormes que le han acarreado sus iniquidades, y se llena de temor. Mira la justicia divina que le muestra abierto el lugar del suplicio que merece , la bienaventuranza del cielo que ha perdido junto con la divina gracia, que se la hacia merecer, la fealdad horrible, en fin, que ha acarreado á su alma el pecado mortal, todo ésto mueve su voluntad á detestar los pecados, diciendo en el fondo de su corazon : « Es posible que un torpe deleite me haya de privar para siempre del cielo, y de condenarme á los infiernos ? ¡ Ah Señor ! quién jamas os hubiera ofendido ! ; quién siempre os hubiera amado ! me pesan en el alma mis culpas, Dios misericordiosísimo. » Notais desde luego, hermanos mios, cuán diferentes son los motivos del que se arrepiente en uno y en otro caso. Los del primero son nobles: no tiene en vista ningun interes al convertirse á Dios; no le obliga ningun género de temor; es la caridad la que le urge á buscarlo, á satisfacerlo y á amarlo sobre todas las cosas. Pero no sucede así en el segundo caso: los motivos que mueven al pecador son interesados; se arrepiente, porque teme los castigos con que le amenaza la justicia divina ; se arrepiente, porque le pesa haber perdido la amistad de Dios y la herencia del reino de los cielos ; y se arrepiente, en fin, porque desea restaurar en su alma la hermosura que le hizo perder la horrible fealdad del pecado mortal. Todos estos motivos son interesados , y distan infinito de tener esa nobleza y elevacion de aquel dolor que inspira al alma la contricion perfecta. Un ejemplo nos manifiesta mejor todavía esta verdad. Suponed que dos individuos ofen-

dieron á un noble y poderoso caballero, que es padre de uno de los ofensores, y señor del otro. Cuando han cometido su delito, ambos huyen : reflexionando despues sobre su mala accion, ambos la conocen, la detestan y la condenan como criminal y digna de castigo. Mas los motivos que encuentra el hijo para arrepentirse y para detestar su maldad, no son los mismos que aquellos que mueven al criado. El hijo en medio de su dolor : *¿Cómo he podido, dice, cometer contra mi padre un delito semejante? Mi padre siempre tan bueno y tan amoroso para conmigo debia haber sido correspondido de otro modo.* *¡Ah! soy un criminal, pues fui capaz de cometer lo que hice!* El criado no piensa de ese modo. Mi señor, dice, puede castigarme, arrojándose de su casa, ó entregándose á la justicia que me mandará á la cárcel. Mi señor me tenia prometido hacerme feliz, dándome una buena situacion, si continuaba yo sirviéndole con honradez. *¿Cómo pude portarme con tanta ingratitud, y perder en un instante el derecho á todas esas promesas?* *¡Ah que yo he procedido como un loco!* Ambos se arrepienten, como veis, hermanos mios ; pero no son los mismos los motivos que los mueven; porque en el hijo encontramos la nobleza y el desinteres, al paso que en el criado no vemos mas que el interes de ganar y el sentimiento por lo que ha perdido.

No debemos extrañar, por consiguiente, que sean tan diversos los efectos que producen en el alma del cristiano estas dos clases de dolor : mientras el de contricion es tan eficaz, que por sí solo borra del alma todos los pecados mortales ; el de atricion, como hemos dicho poco ántes, justifica el alma solo cuando se junta con la confesion. Valgámonos de un ejemplo para hacer palpable esta verdad. Dos hombres que estan en pe-

cado mortal , salen de su casa para ir á confesarse : ambos han logrado arrepentirse ; pero el uno con dolor perfecto de contricion , mientras el otro solamente por temor á las penas del infierno que ha merecido por sus culpas . Sin haber alcanzado á confesarse , ambos mueren ; y pregunto yo ahora : ¿ acaso ambos se salvan ? Nô , hermanos mios , no se salvan ambos : aquel que tuvo arrepentimiento perfecto , doliéndose de sus pecados porque eran ofensas contra Dios , ese se salva , por cuanto la contricion borró sus pecados ; mientras que el otro que se arrepintió solamente por temor á las penas del infierno , se condenó por cuanto ese dolor no podia justificarle , sinó junto con la confession que no llegó á hacer .

¿ Por qué medios se alcanza la atricion ? Se consigue por medio de la oracion , en la que debemos pedirla al Señor con ese empeño y constancia , que David cuando decia : « *Confige timore tuo carnes meas ; a judiciis enim tuis timui* : Señor , traspasa mi corazon con tu santo temor , porque he temido tus juicios (1). » Los motivos del dolor de atricion se fundan , como hemos visto , en la fe y caridad ; ejercitemos pues tambien con fervor estas virtudes , representemos con viveza sus verdades eternas en nuestro entendimiento , y no podremos menos que sentir las impresiones saludables que imprimen en las almas . Si el Espíritu Santo nos enseña que , meditando nuestros novísimos , no caeremos en los pecados (2) , sepamos que esa misma meditacion es eficaz para salir de ellos , inspirándonos temor saludable del Señor , que nos guiará hasta alcanzar nuestra verdadera conversion á Dios .

(1) Salmo 118.

(2) Ecclesiast. Cap. 28.

Ahora conozcamos, hermanos mios, algunas de las señales exteriores, que pueden hacernos presumir que tenemos en nuestra alma dolor de los pecados. La primera es aquel fervor, con que continuamente pedimos al Señor nos dé verdadero dolor y arrepentimiento, y cuando no contentándonos con pedirlo con el corazon, hacemos actos fervorosos exteriores y visibles de dolor y arrepentimiento. Los Ninivitas commovidos por la predicacion de Jonás, las tribus de Israel instruidas por el Bautista, y los judios que asistian á la muerte de Jesucristo probaban con estas señales el intenso arrepentimiento que les causaban sus pecados. Los golpes de pecho, las lágrimas, los sollozos y gemidos del corazon, todo eso, hermanos mios, era lo que David llamaba su pan cotidiano (1), y debe ser en efecto el verdadero alimento espiritual del pecador arrepentido.

Se conoce ademas el dolor de los pecados en la humildad , que muestra el penitente cuando llega á confesar sus culpas. Humildad que se echa de ver en su porte exterior, en el traje que viste, en las palabras con que se confiesa, y en fin, en todos sus demas actos relativos al sacramento que recibe. Esa es la gran virtud que brilló en la conversion de la Magdalena (2). Cuando esta pecadora se sintió commovida por la memoria de sus iniquidades, y urgida por la divina gracia para convertirse al Señor , se despojó de todos sus atavios mundanos, distribuyó entre los pobres los ricos vestidos y las piedras preciosas, con que fomentaba su vanidad; sueltos los cabellos de su cabeza, vistió traje de penitencia y de dolor ; descalzó sus piés, y de esa manera buscó á Jesucristo Señor Nuestro, para obtener de su misericordia.

(1) Salmo 41.

(2) D. Greg. Homil. 33.

dia la absolucion de sus pecados. De suerte que buscó para servir como instrumentos de su penitencia aquellos mismos, que le habian servido de medios para ofender á Dios. Sus ojos, sus cabellos, su boca, sus manos, sus ungüentos, su cuerpo, su alma, todo, todo quanto era ántes para ella elemento de corrupcion y de maldad, lo emplea ahora como medio de practicar la mortificacion que acompaña á la verdadera penitencia. Cuánta confusión deberia inspirar ésta conducta de la Magdalena en aquellas criaturas, que pretenden levantarse de la postracion, á que las han reducido vicios, sinó mas graves, al méno mas numerosos que los de la Magdalena. Hombres envejecidos en la sensualidad, en la embriaguez y en otros pecados, llegan cada dia al sacramento de la penitencia; pero ¿cómo llegan? distraidos, sin conocer bien sus culpas, y sin penetrarse de su gravedad; con el corazon apegado todavia á sus antiguas miserias, y sin que su voluntad se sienta eficazmente movida á detestarlas para siempre. En su rostro contento y satisfecho, en sus palabras mundanas y ligeras, en su falta de recogimiento y devocion, dan muestra de lo que pasa en lo interior de su conciencia, y prueban cuán distantes se encuentran de tener dolor sincero y eficaz de sus pecados. Tales confesiones, hermanos mios, distan mucho de ser como deben, y léjos de justificarnos, nos hunden en un nuevo abismo por el sacrilegio que cometemos.

Se conoce el dolor de los pecados por el aborrecimiento práctico, que manifiesta el penitente á todo quanto puede inducirlo á volver de nuevo á ofender á Dios. Este aborrecimiento es hijo de la caridad, que principia á obrar en el alma del verdadero penitente desde el instante, en que éste se convierte de veras á Dios. Pero aborrecimiento práctico, he dicho,

hermanos mios ; porque no todos los que repiten al Señor , que les pesa haber pecado , y que mil veces quisieran haber muerto antes que haberle ofendido, no todos dicen lo que realmente sienten , y muchas ocasiones son esas vanas palabras, sin valor alguno. Debemos acompañarlas de obras, que acrediten que el corazon siente de veras eso mismo; y estas obras son huir cuidadosamente de todo cuanto puede servir de ocasion de pecado, mostrando con palabras, con obras y con toda nuestra vida , cuánto amamos y tememos á Dios, y cuán dispuestos nos encontramos á hacer todo cuanto sacrificio sea necesario para conservarnos en su santa gracia. Porque verdaderamente, hermanos mios, aquel que no hace sacrificios por amor á Dios, ese no posee la caridad, y solo « quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él, » nos enseña el apóstol San Juan (1). Consecuente con esta doctrina, « querer enmendar los antiguos pecados, quererse corregir de vicios ó de imperfecciones con humildad de corazon , es en el pecador señal evidente de amor á Dios, y de haber en él deseo eficaz de perfeccionarse en su servicio, » decia San Francisco de Sales. Todo esto es, hermanos mios, lo que he llamado aborrecimiento práctico del pecado, aborrecimiento que es indispensable para confesarse bien; y en aquel donde encontramos estas señales , no podemos dudar que se encuentra tambien el dolor eficaz, necesario para hacer una verdadera, provechosa y santa confession.

Procuremos alcanzar de Dios un dolor de nuestros pecados, cual conviene para recibir con fruto el santo sacramento de la penitencia. No queramos engañarnos en negocio de tanta importancia, y del que pende el

(1) Epist. 1. Cap. 4.

supremo de todos los negocios, el de nuestra salvacion. Muchos cristianos hay que, engañándose á sí mismo creen justificarse con aquel arrepentimiento vicioso y fingido de sus culpas, que bien podremos llamar con San Gregorio el Grande « lazo de satanás extendido para la perdicion de sus almas. » Son éstos los que señala el Espíritu Santo, cuando dice en el libro de los Proverbios : « Hay una generacion que se tiene por pura, y con todo eso no está lavada de sus manchas (1). » Recurramos al Señor llenos de humildad, para conseguir de su misericordia infinita la gracia del verdadero arrepentimiento. Llenos de humildad, repito, porque esa gracia está fuera de nosotros, viene de Dios, y El mismo es quien solo nos la puede conceder. Llenos de humildad todavía, porque la promete á los humildes, y la niega á los soberbios. Estimulémosnos con la meditacion de las verdades eternas, que nos enseña la fé, para mover nuestro corazon á volverse á Dios, de quien lo separó el pecado. La consideracion de su bondad ofendida, de su justicia provocada y de su misericordia despreciada será eficaz, mediante su divina gracia, para hacer brotar de lo mas íntimo de nuestra alma afectos de compunction y de dolor verdadero que, restituyéndonos á la gracia y amistad de Dios, nos den tambien títulos, para ser admitidos algun dia en el reino de los cielos.

(1) Proverb. Cap. 30.

INSTRUCCION DÉCIMAQUINTA.

DEL PROPÓSITO.

Iuravi, et statui custodire iudicia iustitiae tuae.

Juré, y establecí guardar los preceptos de tu ley.

(Psalm. 118.)

No es el hombre sensual, terreno y miserable quien puede hablar al Señor de esa manera, sino el hijo de Dios sostenido por la gracia del Padre celestial, robustecido por sus auxilios misericordiosos, y confiado en la protección inefable de su mano omnipotente. Si el hombre terreno medita aquella resolución que, movido por la divina gracia, hacia el penitente rey David, volviendo sobre sí mismo: ¿dónde está, podrá decir, mi naturaleza corrompida? dónde la debilidad de mi propia condición? La palabra divina me deja ver caído á Saul preferido entre todos los hijos de Jacob para ser rey de Israel; me deja ver á David cortado á medida del corazón de Dios, y que ha dado pruebas incesantes de fidelidad á sus santos mandamientos, caer manchado con culpas de homicidio y de adulterio; y me deja ver también á Pedro, príncipe de los Apóstoles, que con ardiente celo dió público testimonio de la divinidad de Jesucristo, negarle cobardemente y dejarle abandonado entre las manos de sus enemigos. Mas no son los hombres que fácilmente se olvidan de Dios, los que en medio de trasportes de su espíritu ardiente y generoso dicen al Señor: « Yo juré, y establecí guardar los preceptos de tu ley, » No lo son

ciertamente, sinó aquel que vemos retratado en Pablo, apóstol de las gentes, que no duda decir : « Por la gracia de Dios soy lo que soy, y en verdad todo lo puedo en virtud de la gracia de Aquel que me sostiene (1). » Es el hombre , repito , que auxiliado por Dios se resuelve á renunciar por completo todos sus desórdenes, y á marchar toda su vida por el camino que le señalan los santos mandamientos de la ley divina. Es aquel hombre que , persuadido de su debilidad y miseria, principia desde el momento de su conversion á clamar al Señor, para que dé firmeza y constancia á sus resoluciones. Es , finalmente, aquel hombre que , conociendo las causas de sus caidas en la culpa, promete á Dios no solo evitar los pecados, sinó tambien las ocasiones de cometerlos , y para eso principia á vigilar constantemente sobre sus obras , sobre sus palabras y sobre sus pensamientos.

Tal es, hermanos mios, el propósito saludable que necesitamos tener, cada vez que nos acercamos al santo sacramento de la penitencia. Tal es, diré mejor , la promesa que debemos hacer al Señor, cuando , para reconciliarnos con su majestad divina á quien ofendimos temerariamente, ó para estrechar con El nuestra amistad débil por las imperfecciones y las culpas veniales , queremos practicar la santa confesion. Este propósito saludable es la medicina eficaz, que nos ayuda á la curacion de nuestras dolencias espirituales ; y debe ser universal , pues ha de comprender la reprobacion de todos nuestros pecados ; debe ser firme , pues que ha de tener por fundamento nuestra oracion y clamor continuo á Dios nuestro Señor ; debe ser constante , para que dure toda la vida del cristiano

(1) II. á los Corint. Cap. 12.

que lo hace ; y en fin , eficaz , porque su bondad ha de acreditarse por nuestras propias obras. Tal es el propósito que voy á explicaros , hermanos mios , en la presente instruccion. Os declararé primero , qué cosa sea y cuáles son las circunstancias que deben acompañarlo ; y luego os daré á conocer las diligencias que debemos hacer , para perseverar y arraigarnos mas y mas en él. Atendedme.

Vimos en las instrucciones anteriores ser condicion indispensable del dolor verdadero de nuestras culpas , la resolucion de no volverlas á cometer. De tal modo que , bien sea contricion perfecta ó solamente atricion , el dolor , con que nos arrepentimos de los pecados , no será nunca dolor verdadero , ni arrepentimiento saludable , sinó lleva consigo el propósito de no volver á pecar. El Angélico Doctor Santo Tomás llama á este propósito *resolutio de cetero non peccandi* , es decir : un acto de la voluntad , que se resuelve á no cometer mas pecados. El naufrago que ve la muerte delante de sus ojos , promete de corazon no embarcarse mas ; el que , tomando cosas nocivas para su salud , sufre una enfermedad violenta y grave , propone no comer mas esos manjares ; y el que ve su hacienda perdida por contratar con usureros y ladrones , resuelve eficazmente no tener contratos con personas sin conciencia. Esto que inspira la razon en el orden natural , es lo que sucede en el orden espiritual. Conociendo el pecador , auxiliado por la divina gracia , el grave mal que cometió ofendiendo á Dios , y las funestas consecuencias que le han acarreado los pecados , mueve su voluntad á detestarlos como única causa de todos sus grandes y verdaderos males.

Este propósito de la enmienda es absolutamente indispensable para confesarse bien , y obtener el perdon.

El exámen en el sacramento de la penitencia puede suplirse en casos extremos con la voluntad de decirlo todo al confesor, y con las preguntas que éste mismo haga para sondear el corazon del penitente. Si no tenemos el dolor de contricion perfecta de nuestros pecados, podemos suplirlo con el de atricion, y confesar bien de esa manera nuestras culpas. Pero el propósito firme, universal y eficaz de enmendarnos no volviendo á cometer ningun pecado contra Dios, no puede suplirse de modo alguno. Ha de haber realmente en el pecador que se confiesa, esta resolucion de no volver á pecar, y de evitar con tal objeto todo cuanto puede ser ocasion de pecado. De manera que, faltando este propósito, no se hará buena confession, no se recibirá, por consiguiente, la gracia del sacramento de la penitencia, y se cometrá un nuevo pecado de sacrilegio.

De este propósito carecen ordinariamente aquellos, que llegan á confesarse ya en tiempo de cumplimiento de Iglesia, ó ya en dias de jubileo, despues de haber vivido sumergidos en la impureza ó en la embriaguez durante largo tiempo. No es ésta la primera confession que hacen, desde que viven reincidiendo en esos pecados, al contrario los han confesado otras ocasiones, y prometido tambien al confesor no volver á cometerlos. ¡Y cómo entonces han vuelto á caer? Porque, aun cuando con la boca decian que les pesaba haber pecado contra Dios, y que estaban arrepentidos de sus culpas, á pesar de todo eso, no estaban resueltos á cortar de raiz sus pecados, aborreciéndolos y detestándolos de corazon. Por eso, despues de confesarse, retuvieron los bienes ajenos, continuaron en sus relaciones ilicitas, conservaron el espíritu de venganza contra su prójimo, y siguieron cometiendo todos estos pecados, ni mas, ni menos, como los cometian ántes de confesarse. ¡Oh

qué confesiones éstas, hermanos mios ! ¡ cuántos de los que se creian justificados por ellas, encontraron allí abierto el precipicio de su condenacion !

Es necesario asegurarse bien de que nuestra voluntad está resuelta á no pecar mas ; y en particular aquellas personas envejecidas en ciertos vicios, que han venido á ser para ellos como una segunda naturaleza, deben maduramente pensar, si existe ó no en su voluntad esta resolucion santa de aborrecer de corazon el pecado, y de morir ántes que cometerlo, cualquiera que fuese. Piensen ántes de confessarse, si tienen ó no esta resolucion las mujeres deshonestas, que viven del precio de su deshonra y que piensan que, dejando su vicio, se exponen á morir de necesidad. Piénselo el avaro que, reteniendo injustamente el bien ajeno, embroma y retarda de dia en dia la restitucion de lo que no le pertenece. Piénselo el que envilece con su embriaguez el título de hijo de Dios ; que recibió en el santo bautismo, y descendiendo á la condicion de los brutos, escandaliza á todos con los excesos que comete dominado por su vicio. Piensen todos éstos , si traen á la confession aquel propósito, pues que si no lo tienen, deben retirarse del sacramento , que profanarán recibiéndolo mal.

El propósito del penitente, para que sea útil á su santificacion , debe tener las siguientes condiciones : universal, firme, constante y eficaz. He dicho que debe ser en primer lugar universal: quiero decir que abrace el aborrecimiento de todos los pecados, tanto de los ya cometidos, como de los que pueden cometerse. Porque, siendo todos los pecados igualmente ofensa de Dios , todos ellos deben ser aborrecidos y detestados de la misma manera. David profeta nos da una buena muestra de la extension del propósito , que debe hacer el

pecador, cuando nos dice: *Omnem viam iniquam odio habui* (1): he aborrecido todo camino malo, es decir, todo aquello donde reina el pecado, y donde está el pecado, todo lo que conduce al pecado, todo lo que en fin, puede ser para mí causa de pecado. Contemplaba este santo Profeta los caminos del hombre, y los encontraba llenos por todas partes de iniquidad y de contradiccion (2), para quien quisiere practicar las virtudes; de tal modo que levantaba á Dios su alma atribulada, para que aquellas contradicciones no viniesen á ser causa de su perdicion. Todo esto conoce y comprende el cristiano que vuelve al camino de Jesucristo, de que le habia separado el pecado; y mirando tanto los vicios que le han de tentar, como los que ya le tentaron, protesta no querer participar ni de unos, ni de otros. Protesta, repito, no cometer pecado alguno en el resto de su vida, diciendo con el Profeta: *Omnem viam iniquam odio habui*. El que así se resuelve, hermanos mios, es el que hace verdadero propósito universal. Cada pecado mortal que cometemos, nos cautiva y aprisiona, nos deja sin movimiento hacia Dios, y en aptitud solamente para descender al suplicio eterno, que la justicia divina tiene preparado para los delincuentes. Para libertarse de tantas y tan pesadas prisiones, no es suficiente romper algunas cadenas, sino que es necesario desbaratarlas todas. La suerte del pecador preso de esa manera me parece semejante á la de un pajarito que ha caido en los lazos del cazador. Este hábilmente ha dispuesto las cuerdas de su red, de tal modo que la avecita ha quedado atada por las alas, por el pescueso, por las piernas, y en fin, con su libertad perdida completamente. Imaginad, hermanos mios, que esa ave con sus

(1) Salmo 118.

(2) Salmo 54.

esfuerzos logra romper alguna de las cuerdas que le atan, ¿habrá quedado por eso libre? Nô, ni podrá quedar libre hasta que las rompa todas; entonces podrá salir de la red, y volando por todas partes celebrar con sus alegres gorjeos su libertad. Igual cosa sucede al pecador: se encuentra atado con las pesadas cadenas de la impureza, de la embriaguez, de la ira, de la codicia y de otros muchos vicios; haciendo esfuerzos, logra aborrecer algunos de éstos. ¿Diremos por eso que ha conseguido su libertad? Nô, hermanos mios, estará esclavo mientras haya un solo vicio que cautive su alma: no será libre, sino cuando haya resuelto eficazmente separarse de todos sus pecados, porque entonces su alma podrá acercarse á Dios por la verdadera penitencia, y celebrar su libertad, repitiendo con David: « *Dirupisti vincula mea; tibi sacrificabo hostiam laudis:* Rompiste, Señor, mis lazos, y á ti ofreceré hostia de alabanza (1). »

Nuestra alma sufre tantas enfermedades, cuantos son los vicios que miserablemente la aquejan. Padecemos la fiebre de nuestra pereza, sufrimos la fiebre de la avaricia, vivimos aquejados por la fiebre de nuestra concupiscencia, escribia San Ambrosio (2), y todas estas enfermedades nos postran mortalmente. Si logramos combatir alguna de éstas, no por eso habremos conseguido nuestra sanidad completa; necesario será combatirlas todas hasta expelerlas, y de ese modo lograremos la perfecta sanidad. El siguiente suceso, que se lee en la historia de San Sebastian confesor ilustre de la fé de Cristo, nos hace comprender mejor todavía esta verdad. Un idólatra, llamado Cromasio, pidió á San Sebastian que lo sanara de una le-

(1) Salmo 115.

(2) Lib. IV. Cap. 4. in Luc.

pra horrible que lo consumia, haciéndolo sufrir dolores intensísimos. Sí, lo haré con auxilio de Dios, le respondió el santo mártir; pero con la condicion que primero has de hacer pedazos y arrojar de tí todos tus ídolos. Prometíó así el enfermo; y principiando á cumplir su promesa, despedazó y quemó sus ídolos, ménos uno que amaba sobre todos los demás, porque había pertenecido á sus mayores. Creyendo engañar á Sebastian, ocultó el ídolo cuidadosamente, y volvió á aquel diciéndole haber hecho ya lo que le había mandado. En esta virtud oró el Santo por él, y le bendijo como lo hacia con los otros enfermos; mas sus oraciones y bendiciones fueron esta vez ineficaces, porque la lepra, léjos de sanar, tomó un carácter peor. Conoció el Santo que su precepto no había sido obedecido, y declaró al enfermo que nada haría á su favor, si ántes no se sometía á cumplir literalmente la orden que tenía de romper todos sus ídolos. Avergonzado el pagano de su mentira, no pudo ménos de confesarla: volvió nuevamente á su casa, despedazó el ídolo que había ocultado, y bendiciéndolo despues de ésto San Sebastian, consiguió la sanidad completa (1). Ved ahi, hermanos mios, una semejanza de lo que pasa en nuestra alma, cuando tratamos de volvernos al Señor. Ídolos son todos nuestros pecados, á los que tenemos dedicado el templo de nuestra conciencia, donde les servimos y honramos, cometiéndolos con desprecio de la ley divina. Conociendo nuestra situación, tratamos alguna vez de volvernos á Dios, pero sabemos la necesidad que tenemos de quitar de nuestra alma todos esos ídolos, pues de otro modo nuestra conversion no será perfecta. Sin valor y sin resolucion para hacer á Dios este propósito universal,

(1) Parra, *Doctrina cristiana*. Parte III.

¿qué hacen á veces tantos pecadores ? Hacen lo que aquél enfermo; se resuelven á dejar tal ó cual pecado, á que estaban ya ménos apegados; pero esconden escrupulosamente en lo mas profundo de su conciencia aquél otro vicio, que les domina , aquel vicio, á quien han sacrificado el uno su reputacion , el otro su fortuna, y no pocos hasta su salud y su vida. ¿Y podrá alguno de éstos, hermanos mios, alcanzar la sanidad de su alma que busca en el sacramento de la penitencia ? Nós , y mil veces nós . No conseguirán sinó engañarse miserablmente á sí mismos. No creais que alguno de los pecadores dirá ni á Dios, ni al confesor resueltamente: Yo no dejaré tal vicio. Pero equivale á ésto no desprender el corazon de ciertas relaciones, que dan ocasion para incurrir en ese vicio; equivale á ésto no resolvérse á practicar ciertas obras, que debilitarian la fuerza de la mala costumbre , que arrastra á cometer ese vicio ; y equivale á ésto tambien no rechazar vigorosamente aquello, que contribuye á mantener en el alma el apego á ese mismo vicio. Los que obran de este modo, son los que prácticamente esconden el ídolo de su pecado dentro de su propia conciencia, y no tienen, por consiguiente, ese propósito universal que necesitan para justificarse en el sacramento de la penitencia.

A mas de ser universal, dñebe ser firme el propósito que el penitente ha de traer á la confesión. Mas esta firmeza no podemos sacarla de nosotros mismos, donde no hay mas que debilidad, sinó de Dios que sacó todo de la nada. Por eso al resolvernos, hemos de recurrir á Dios para pedirle sus auxilios, mediante los cuales esperamos conservarnos tan firmes en su amor , que ni por temor, ni por interes, ni por toda la elevacion y prosperidad que pudiera concedernos el mundo, nos separaríamos del camino que nos traza Jesucristo Nues-

tro Señor. Se preguntaba el Apóstol: « ¿Quién podrá separarme de la caridad de Jesucristo? ¿Acaso la tribulacion? acaso el hambre? la sed? ó la desnudez? ¿ó acaso la vida ó la muerte? Pero nó, yo estoy cierto, decia, que ni la vida, ni la muerte, ni la honra, ni la deshonra, ni cosa alguna podrá separarme de la caridad de Jesucristo (1). » Los mártires tambien nos dan igual ejemplo de firmeza en sus santos propósitos. Estando resueltos á perseverar en su fé, se conservaron tan firmes en medio de los tormentos mas atroces, como en presencia de las promesas y de los halagos mas espléndidos; de tal modo que bien pudieron decir como el profeta David: « Nos probaste, Señor, y nos examinaste con fuego, así como se prueba la plata (2). » Dios nos dice por medio de sus profetas que arrojemos los pecados de nuestro corazon, así como se arroja el agua sobre la tierra (3); porque el agua arrojada de esa manera, hermanos mios, es imposible que volvamos á recogerla; de modo que, cuando la arrojamos, es para no volver á recogerla jamas. Igual cosa quiere Dios que nos suceda con las culpas que confesamos en el sacramento de la penitencia, que sea con el propósito firme de no volver jamas á cometerlas.

Constante ha de ser tambien nuestro propósito, es decir, nó por un tiempo determinado, sino por toda nuestra vida. Se quejaba Dios de su pueblo por esa inconstancia, con que le abandonaba para ir en busca de los ídolos y de los pecados, con que los idólatras se manchaban. « Me buscaste, le decia, en el dia de tu tribulacion, y me abandonaste para volverte á los

(1) Epist. á los Romanos. Cap. 8.

(2) Salmo 16.

(3) Thren. Cap. 2.

pecados que deshonran mi nombre. » ; Ah ! que cada dia podrá Dios decir igual cosa de tantos miembros del pueblo cristiano, su verdadero pueblo ! Pues, ¿qué otra cosa hacen aquellos que, prometiéndole la enmienda constante de sus culpas, llegada tal circunstancia , faltan á su propósito y caen de nuevo en aquellas ? No obró de esta manera aquella santa matrona, cuya virtud tanto alaba el profeta Daniel. Susana, llena de piedad para con Dios , trata de cumplir con fidelidad sus obligaciones, y especialmente guarda la pureza de su alma y de su cuerpo con la mas severa vigilancia. Mas todo esto no estorba que dos malos jueces de Israel conciban el proyecto de hacerla cometer adulterio. Buscando oportunidad para realizar tan negro pensamiento, se esconden dentro del baño de Susana. Cuando la ven sola, le declaran su perversa concupiscencia , y procuran ya con ruegos, ya con amenazas inducirla á consentir en el pecado. Las puertas del huerto estan cerradas, le dicen, y nadie nos ve ; nosotros te amamos con vehemencia, condesciende con nuestros deseos , y entrégate á nosotros. Si no quieres ahora darnos gusto, te acusaremos, diciendo que estaba contigo un jóven, y que por eso mandaste fuera á tus criadas. Mas ¿qué responde á todo esto Susana ? Oid su respuesta, y aprended, hermanos mios, de ella á ser constantes en el servicio del Señor. La angustia, dice, me rodea por todas partes; porque si consiento en el pecado , que me proponeis , encontraré la muerte para mi alma; y si no lo hiciere, no me escaparé de vosotros. Pero prefiero mejor caer en vuestras manos, que pecar en la presencia del Señor. Y efectivamente, Susana rechaza á los dos jueces inicuos que la acusan , y habria sufrido la pena de muerte, que pedian contra ella sus acusadores , á no salvarla Dios milagrosamente por medio del profeta

Daniel. Ved ahí retratada esa constancia cristiana, á quien nada puede vencer, esa resolucion, digo, fuerte y vigorosa de padecer todo género de males, ántes que cometer un pecado contra Dios. *Melius est mihi absque opere incidere in manus vestras, quam peccare in conspectu Domini* (1). Debo advertir, hermanos mios, que cada uno ha de probar la constancia de sus propósitos, conservándose fiel á Dios aun en aquellas circunstancias involuntarias, en que se vió arrastrado al pecado. Aquellas mujeres, por ejemplo, que suelen disculpar su deshonestidad con su pobreza suma, y que llegan á creer que ésta les autoriza para cometer libremente sus liviandades; aquel otro usurero que pretende legitimar sus usuras en la necesidad de mantener su numerosa familia; el murmurador, en fin, sin conciencia que divulga las debilidades de su prójimo con sacrificio de la caridad, sirviéndole, á su modo de ver, de excusa la publicidad de las miserias que prcpala ; todos, todos, hermanos mios, llegado el caso, han de ser constantes en la guarda de los propósitos hechos al Señor; han de ser éstos de por vida, y sin que jamas se atrevan á quebrantarlos.

Finalmente, ha de ser eficaz el propósito con que el penitente ha de llegar á confesar sus culpas. Esta eficacia se conoce por las obras, dice el Angélico Doctor Santo Tomás. *Propositum optime cognoscitur ab operatione* (2). Si el penitente no ha hecho algunas obras para apartarse de su pecado , señal es que su propósito no es eficaz. ¡Porque la voluntad verdadera, añade el mismo santo Doctor , es aquella que encontrando ocasión al punto ejecuta lo que desea (3). De

(1) Daniel. Cap. 13.

(2) 1.º 2.º quaest. 10. art. 4.

(3) Ibidem.

suerte que podremos asegurar, que existe propósito en aquel que pone todo cuidado para evitar las culpas , y con diligencia escrupulosa se retira de aquello que conoce puede servirle de ocasion para cometerlas. Entended, hermanos mios , que no hablo aquí de culpas leves, sino tan solo de pecados graves; porque así como es voluntario el confesar los pecados leves, tambien lo es proponer eficazmente su enmienda.

En el órden social vemos cuántas diligencias hace un negociante por asegurar las ganancias de sus especulaciones. No solo toma infinitas precauciones para no arriesgar su fortuna, sino que ademas se impone mil privaciones, á fin de velar sobre sus negocios. ¿Porqué, hermanos mios, porqué tantas diligencias ? Porque quiere asegurar su fortuna, evitando todo cuanto pueda amenazarla ó perjudicarla. Iguales por lo ménos deben ser las que ha de practicar el cristiano que eficazmente se resuelve á huir del pecado. En efecto si, como hemos dicho , la eficacia del propósito se juzga por las obras del que lo hace, aquel que eficazmente promete á Dios la enmienda de su vida, necesita ejecutar ciertas cosas que dan solidez á su misma resolucion. Estas son tres principales. La primera es la fuga de las ocasiones. Palabra es del Espíritu Santo : « *Qui amat periculum, in illo peribit* : Quien ama el peligro, perecerá en él (1); » y se ha de cumplir eternamente. Cada uno conoce dónde está su peligro, y dónde su ocasion: aquel lo encuentra en la mujer con quien ha tenido tratos deshonestos; el otro en la ira en medio de cuyos arrebatos profiere perjurios abominables; éste en las malas compañías que lo inducen al juego , á la embriaguez y á otros vicios. En fin,

(1) Eccles. Cap. 3.

cada uno conoce dónde está su peligro, dónde su ocasión de pecar, y eso es lo que está obligado á evitar, porque « si lo ama, perecerá en él. *Qui amat periculum, in illo peribit.* » No lo dudeis, hermanos mios, la naturaleza humana es por su propia condicion propensa al pecado, y encontrando estímulos, se precipita en él, sin haber freno que la contenga. Por eso el Señor nos amonesta para que huyamos de los peligros, si no queremos perecer en ellos. Pensad dentro de vosotros mismos un instante, y recordad la causa de vuestros pecados, de esos pecados que ahora llenan de congoja vuestra alma, y reconocereis que el peligro, en que os pusisteis voluntariamente, fué causa de vuestra caida, ó diré mejor, el principio de esa serie de pecados, en que estuvisteis sumergidos como en un verdadero abismo de males.

Los que no se resuelven efficazmente á evitar las ocasiones de pecar, y se ponen con sobrada temeridad en el peligro, suelen para su justificacion dar ciertas razones que, segun ellos, les autorizan para obrar de ese modo. Yo, dicen, estoy tan resuelto á servir á Dios, que ya me son indiferentes aquellas personas, que ántes cortejaba; de tal manera que, aun cuando las viera, ningun mal me resultaria de ello. Suponiendo, hermanos mios, que todo esto fuera así, y nó ilusiones de nuestros deseos, como realmente son; aun así, digo, tendrá obligacion, el que se aparta del pecado, de no concurrir ni á los lugares, ni á las personas, ni á los compromisos, que fueron ántes ocasión de pecado. Los malos deseos adormecidos por las fervorosas resoluciones, las pasiones amortiguadas por el arrepentimiento del corazon, no estan del todo arrancadas de nosotros. Brotan fácilmente en presencia de la ocasion, y producen en nuestra alma los mismos desastres que ántes cau-

saron. Puesto el hombre en la ocasion, siente toda la violencia de sus pasiones antiguas , se olvida de sus propósitos , se olvida de los compromisos contraidos con Dios, se olvida de su propia alma, de todo se olvida, y solo piensa en la satisfaccion criminal que le producirá el pecado. Ved ahí en lo único que piensa; la caida es segura por consiguiente, y ojalá que la ruina que ha de seguir no sea eterna. No olvidaré el siguiente suceso, del que soy testigo : Dios quiso ponerlo delante de mis ojos en los primeros tiempos de mi ministerio evangélico, para que yo mismo y otros por medio mio, viniésemos á aprovecharlo. Oid.

Reunidos algunos sacerdotes predicábamos en una de las provincias de Chile mas inmediatas al Archipiélago de Chiloé. En una corrida de ejercicios, que tuvo lugar en la capital de provincia, se recogió un jóven que, á pesar de su poca edad , vivia habituado á los vicios de la embriaguez y de la impureza. Dió este jóven durante los ejercicios muchas muestras de arrepentimiento; recibió acompañado de fervorosas lágrimas los sacramentos de la confession y de la comunión, y con esas mismas lágrimas escuchó la última exhortacion de los santos ejercicios. En la media noche del mismo dia en que habian concluido éstos, fuimos llamados , segun se nos decia , para absolver un ejercitante que estaba para morir , y llegando á la casa, vimos con pena que el moribundo era ese mismo jóven, cuyo fervor llamaba nuestra atencion durante aquellos dias de retiro. ¡Mas cuál seria la sorpresa que experimentamos al oir al médico que el enfermo estaba ébrio! ¡cuál nuestra admiracion al saber que aquella era la casa de su manceba adonde habia venido á buscar su ropa para separarse de ella, donde lo esperaban los amigos, donde se embriagó y donde volvió á los desórdenes

de su antigua disipacion! Nada pudimos hacer para favorecer aquel infeliz, que murió en su pecado pocos momentos despues. Sin embargo, hermanos nrios, ese jóven había hecho propósito de no pecar mas, había derramado lágrimas, recibido los sacramentos, y podia pensarse que era fuerte para vencer las tentaciones. Mas, á pesar de todo ésto, veis cómo cayó y cómo se perdió. ¿Porqué? porque buscó el peligro, y pereció en él. Salvemos nuestra alma huyendo de los peligros. Tomemos la doctrina de Jesucristo Nuestro Señor : « Si tu ojo, si tu mano, si tu pié te escandaliza, arráncalo de tí y arrójalo, porque te conviene mas perder uno de tus miembros, ántes que todo tu cuerpo sea arrojado al fuego del infierno (1). »

No es ménos falsa la razon que alegan otros, para exponerse á los peligros y ocasiones de pecar. Es cierto, dicen, que he mantenido relaciones con tal persona ; pero si ahora dejare de ir á su casa repentinamente, daria ocasion para que el público creyese que aquellas eran pecaminosas, y quedasen tales personas infamadas. Ninguna fuerza tiene este argumento en presencia de nuestra estrecha obligacion de jamas exponernos al pecado ; obligacion de la cual no podemos prescindir, sin poner á riesgo nuestra salvacion eterna. Cuando el Espíritu Santo nos dice terminantemente, que « aquel que ama el peligro, perecerá en él, » no pone límites á su precepto, sino que formalmente lo manda observar en todo tiempo y en todo caso. Tome cada uno en hora buena las precauciones necesarias, á fin que de su conducta á nadie se sigan perjuicios reales y verdaderos, y no tema gravar su conciencia , cuando cumple el precepto divino de evitar los pecados, y el otro pre-

(1) Mateo. Cap. 5.

cepto tambien divino de reparar con buenos ejemplos los escándalos dados en aquellas visitas y comunicaciones, que trata ahora de evitar.

Para fortalecer mejor nuestros propósitos, contribuirá mucho recibir con frecuencia los santos sacramentos de la confesion y de la comunion. De la confesion, he dicho, porque en ésta renovaremos delante de Dios nuestras resoluciones de serle fieles hasta el último momento de nuestra vida. Sondearemos mas intimamente los senos de nuestra conciencia, y conociendo las faltas que cometemos cotidianamente, trataremos de adoptar los medios convenientes para evitarlas en lo sucesivo. Nos sucederá lo que David deseaba y pedia á Dios con tanto fervor: « Que la juventud de su alma se renovase como renueva el águila sus plumas (1). » Es decir; renovaremos con la gracia de Dios nuestras resoluciones, nuestros afectos, nuestros deseos; y en fin, todo cuanto puede contribuir á fortalecernos en el camino del reino de los cielos. De la comunion, dije tambien, porque ésta es el pan divino que, comido por el hombre de la manera debida, le hace acreedor á la vida eterna (2).

Finalmente, la santa oracion es otro medio de fortalecer y hacer efficaces nuestros propósitos. En la oracion alcanzamos las gracias de que tanta necesidad tenemos, para no caer en las tentaciones; en la oracion oímos la voz del Señor, que habla á nuestra alma, y le indica el camino que necesita seguir para servirlo hasta la muerte; y en la oracion aprendemos de Dios mismo la miseria de cuanto nos rodea sobre la tierra para despreciarlo, y la grandeza de todo lo espiritual y celestial para buscarnlo, hasta conseguirlo y poseerlo.

(1) Salmo 103.

(2) Juan. Cap. 6.

Oremos de dia y de noche con el corazon y con los labios , y de ese modo oirá Dios nuestros ruegos , y nos concederá la perseverancia en nuestros propósitos. Aun cuando nuestras graves y repetidas caidas pudieran desalentarnos en estas diligencias, hagamos lo que el pobre enfermo, á quien sus continuas dolencias postran á menudo, pero sin que le hagan perder la esperanza de sanar; redobla sus esfuerzos á medida que aumentan sus dolencias; toma con puntualidad las medicinas por molestas que le sean, y se abstiene de todo cuanto puede contribuir á su enfermedad. Del mismo modo oremos nosotros sin intermision, como nos aconseja San Pablo (1). Acerquémonos con fé y devoción á los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, y sobre todo evitemos los peligros de pecar ; y con estas diligencias perseverando en el ejercicio de las virtudes , lograremos algun dia gozar de Dios Nuestro Señor en su gloria eterna que os deseo.

(1) A los de Colos. Cap. 4.

INSTRUCCION DÉCIMASEXTA.

DE LA CONFESION DE LOS PECADOS.

*Confitebor adversum me injustitiam meam Domino;
et tu remisisti iniquitatem peccati mei.*

**Confesará contra mí al Señor mi injusticia ;
y tú perdonaste la impiedad de mi pecado.**

(Psalm. 31.)

Dos cosas nos declara el penitente David en sus palabras que acabo de repetiros. El espíritu de penitencia, con que se aflige y llora por su pecado ; y la misericordia y bondad de Dios , que perdona y borra de su alma esos pecados. Estas mismas son las que debo inculcarlos en vuestros corazones, cuando me propongo, hermanos mios, hablaros de la confesion, pues ambas necesita quien desea recibir con fruto el santo sacramento de la penitencia. El alma, poseida por la gracia divina, conoce hasta dónde se extiende la malicia del pecado, cuánto repugna á la razon, y cuánto perjudica á sus verdaderos y mas nobles intereses. Caida y como abismada en la miseria profunda, en que la han sumergido tantas faltas de que la acusa su conciencia , desesperaría si la fé no la sostuviese, recordándole las misericordias inefables del Señor. De manera que ese conocimiento de nuestra miseria, que nos acompaña hasta conducirnos á la confesion de nuestros pecados , nos induce tambien al conocimiento de la bondad divina, hasta hacernos experimentar, « cuán bueno es el Señor para todos los que le aman, y poseen su santo temor (1). »

(1) Salmo 72.

Dios, al disponer que en el sacramento de la penitencia confesemos nuestros pecados, nos mostró un amor misericordioso, poniendo á nuestra disposicion un medio fácil de justificarnos. A Israel decia por sus profetas: « Sanareis y tendreis gracia sin sacrificio de vuestro dinero (1), » y á su pueblo cristiano abre el tesoro de su infinita bondad, exigiéndole solo, como medio para obtenerlo, la confession dolorosa y voluntaria de sus culpas. Quiere que revelemos sin emboso nuestra causa (2), es decir nuestras prevaricaciones cometidas contra su ley divina, aliviándonos del peso molesto que nos causan, con nuestra humilde confession al ministro de Dios, encargado de perdonarlas: Quiso que con esa diligencia nos pusiésemos en estado de recibir nuevos auxilios espirituales, que nos hagan adelantar mas y mas en el ejercicio práctico de las virtudes cristianas. Y quiso, en fin, que fuese esta santa confession de nuestras culpas el medio por donde obtuviésemos la paz y tranquilidad del alma, que desgraciadamente habíamos perdido. Ved ahí, hermanos mios, cuántos bienes quiso Dios que obtuviésemos por una confession íntegra, verdadera, obediente y dolorosa de nuestros pecados. Permitidme, pues, que os explique minuciosamente esta materia, donde tantos bienes se nos reservan. Os diré primero, qué es lo que llamamos confession, y luego cuáles son los requisitos que deben acompañarla para que sea buena, y cuáles tambien los casos mas frecuentes en que estamos obligados á renovar nuestras confessiones. Ojalá que las verdades, que voy á exponeros, ilustren hasta lo mas escondido de vuestras conciencias con la luz de la divina gracia, para que penetrados de la necesidad que tenemos de confesar

(1) Isaías. Cap. 52.

(2) Jeremías. Cap. 11.

nuestros pecados, y del provecho que de ello nos resulta, nos resolvamos á hacer una buena y santa confesion.

Llamamos confession sacramental la acusacion que hacemos al confesor de nuestros pecados, para alcanzar perdon de ellos mediante la potestad que Jesucristo dejó á sus sacerdotes para absolverlos (1). Pretendieron algunos herejes en los primeros siglos, que la confession de ciertos pecados era inútil, puesto que, siendo enormemente graves, no tenian perdon que esperar. Otros, al contrario, sostuvieron que, confesando simplemente los pecados y sin necesidad de alguna otra disposicion, quedaban borrados del alma. La Iglesia, condenando éstos y muchos otros errores contrarios á la doctrina de la confession, establecio tal cual debe ser la acusacion de nuestros pecados. Establecio que, cualquiera que fuese la gravedad de éstos, cualquiera que fuese su número, la gracia de Dios, obtenida mediante la confession, los borra totalmente; de tal modo que, habiéndose hecho el alma por la vileza de sus culpas semejante al paño con que se han limpiado las mas viles inmundicias, la absolucion la purifica de manera, que queda mas blanca y mas hermosa que la nieve. Fué ésta una promesa hecha por Dios, y que cumplió Nuestro Señor Jesucristo instituyendo el sacramento de la penitencia, en el que somos absueltos de nuestras culpas. Por consiguiente, la acusacion debe hacerse de todos los pecados, pues que á todos se extiende la virtud eficaz de la absolucion. Es al confesor á quien hacemos esa declaracion, porque fué al sacerdote, y no á algun otro individuo, al que Jesucristo eligió para ministro de este sacramento, y al único, por con-

(1) Catech. Roman. Pars II. num. 38. et Concil. Trident. Sess. 14. CC. 5. et 6.

siguiente , que deputó para recibir nuestra confesión y para perdonarnos, proveyéndoles de la autoridad divina que para ello les era necesaria. Lutero echaba en cara á los verdaderos cristianos, que confesasen sus culpas á hombres semejantes á los demás hombres ; y los protestantes cada dia nos increpan de la misma manerá. Pero fijaos, hermanos mios, que éste es un verdadero error. No confesamos nosotros nuestras culpas á cualquiera hombre indistintamente, sino al hombre, á quien el Señor hizo depositario de su poder y de su misericordia para el efecto de perdonarnos. Las confesamos al hombre , á quien segregó de los otros hombres, para conferirle dones especiales en beneficio de todos los demás ; y ese es el sacerdote, en cuya alma grabó el Señor con el carácter sagrado de su dignidad la facultad de absolver y de retener los pecados. Ni absuelve ese hombre en virtud de algun poder propio, sino tan solo como ministro de aquel que nos decia : « Mi Padre celestial ha puesto todas las cosas en mis manos (1). » Absolvemos en virtud del poder divino, con autoridad divina y como ministros de la misericordia y de la bondad de Dios ; y de ninguna manera pretendemos hacerlo con autoridad propia ó que hayamos recibido de algun hombre. Jesucristo removió toda especie de duda sobre este particular cuando, al poner á sus sacerdotes en posesion del poder , con que les autorizó para absolver los pecados, les dijo : « Os doy las llaves del reino de los cielos (2): los pecados que perdonareis, serán perdonados ; los pecados que retuviereis, serán retenidos (3). » Como veis, hermanos mios, no es un hombre cualquiera quien nos absuelve, ni es

(1) Mateo. Cap. 11.

(2) Mateo. Cap. 16.

(3) Juan. Cap. 20.

un hombre cualquiera á quien revelamos en la confesion los secretos mas profundos de nuestra conciencia; sinó que es á nuestro confesor deputado por Dios « para sanar á los contritos de corazon » con la medicina de su gracia. Mas, para que este remedio celestial opere en el alma que lo recibe todos sus efectos, es necesario, hermanos mios, que ponga el cristiano de su parte ciertos requisitos, sin los que su confesion le será no solamente inútil, sinó tambien perjudicial.

Nuestra confesion ha de ser ántes de todo verdadera. Es la revelacion del estado de nuestra alma hecha por nuestra propia boca , y si falta la verdad, vosotros comprendereis, católicos, que le falta su carácter mas esencial , y el que Dios busca con preferencia en sus criaturas que le adoran y le hablan. « Quien se aparta de la verdad, se aparta de Dios, » nos ha dicho San Pablo ; y quien cree buscar á Dios , trayendo en sus labios la simulacion y la mentira, se aleja de Dios á quien ofende mintiendo.

De varias maneras se falta á la verdad en la confesion. Se falta diciendo alguna mentira ; y aun cuando ésta nos pareciere leve, por sér dicha en la confesion y para engañar al confesor, es pecado grave. Se falta en la confesion , cuando no decimos al sacerdote fiel y sincéramente cómo han sucedido las cosas que confesamos, sinó que nos valemos de mil rodeos para declarar esos mismos pecados, que cometimos con tanta facilidad como descaro. Faltan á la verdad en la confesion los que disculpan sus pecados al confesarlos : disculpa la madre sus impaciencias, sus deseos de venganza, sus iras y rencores con las faltas del hijo , ó con las voluntariedades y mala índole de las hijas. Disculpa la mujer casada sus viviendas é impurezas con el abandono en que vive su marido, con el descuido

constante de éste en el cumplimiento de sus obligaciones para con ella, y á veces con la miseria á que le reduce la conducta criminal del consorte extraviado. Disculpa el hijo las sustracciones y robos que hace á sus padres, con la miseria y la tacañería de éstos. De tal modo que, cuando tales penitentes se confiesan, parece que fuesen encargados de referir pecados ajenos, mas bien que de confesar humildemente los propios. En fin, hermanos mios, no es verdadera la confession de aquellos, que á un confesor dicen una parte de sus culpas, reservando el resto para otro. Ni en tales casos se recibe la absolucion de los pecados, por mas que todos éstos se hayan dicho á los distintos confesores, entre quienes maliciosamente ha distribuido el penitente su confession. Y digo, hermanos mios, maliciosamente, porque por olvidarse alguno sin su voluntad de los pecados cuando se confiesa, no comete culpa, y en ese caso debe confesar con cualquier sacerdote los pecados que olvidó. No son, pues, éstos los que faltan á la verdad, sino aquellos que confiesan voluntaria y advertidamente á un confesor una parte de sus pecados, y á otro los restantes. Todos éstos con tales faltas de verdad hacen para ellos mismos estéril el sacramento de la penitencia, y podríamos rogarles con las palabras del Espíritu Santo, « que en beneficio de su alma venciesen esa confusion que les impide decir la verdad (1). » Sí, venced, hermano mio, ese amor propio que ofusca las potencias de vuestra alma, y no le deja ver hasta dónde llega la miseria de tus propias imperfecciones y defectos; pedid con fervor al Señor la humildad de corazon, que os haga prácticamente decirle con David: « Confesaré contra mí al Señor mi injusticia, que

(1) Eccles. Cap. 4.

son los pecados que contra El he cometido, para que me perdone y me conceda la gracia de nunca jamas volver á cometerlos (1). » Este es el remedio mas eficaz que hemos de adoptar para vencer los excesos de nuestro amor propio, que nos llevan hasta cometer tantas faltas contra la verdad, que debe encontrarse indefectiblemente en nuestras confesiones. Sean, particularmente en el acto de confesarnos, nuestras palabras conformes con los sentimientos de nuestra conciencia, observando escrupulosamente aquel precepto de nuestro Señor Jesucristo, que nos ordena decir siempre la verdad con limpieza, claridad y rectitud.

A mas de la verdad debe encontrarse en nuestras confesiones la integridad. « Bueno llamamos, dice el Angélico Doctor Santo Tomás, aquello que encontramos completo é íntegro (2), » de tal modo que nuestras confesiones, para llamarse buenas, han de ser completas y cabales. La integridad sacramental consiste en que digamos al confesor todos los pecados que conocemos y estimamos en nuestra conciencia, sin callar nada de su gravedad, ni de aquellas circunstancias que concurren á agravarlos mas. No es íntegra la confesión de aquel, que no dice el número de sus pecados siquiera aproximativamente, cuando no haya podido conocerlo con exactitud. ¡Oh! cuánto dejan que desear las confesiones de aquellos, que se contentan con decir al confesor: Padre, soy rabioso, murmullo de mi prójimo, he sido impuro..... Pero ¡cuántas veces ha cometido usted cada uno de esos pecados? ¡Oh! que no podré acordarme, porque han sido muchas..... Pero ¡se ha examinado usted? Nó, porque ya no me acordaré fijamente del número: eso me parece imposible averiguar.

(1) Salmo 31.

(2) Quaest. 9. addit. art. 4.

Ved ahí, hermanos mios, confesiones sin integridad, y que por cierto no justifican el alma de quien las hace. ¿ Y porqué ? « ¿ Acaso no hay resina en Galad y médico en Jerusalen ? » preguntaré con el profeta Jermías (1). ¿ Que se han desvirtuado los medios que nos dejó el Señor para alcanzar su gracia ? ¿ La confesion ha perdido acaso su virtud ? Nō, cristianos , nada de ésto ha sucedido ; pero los que á ella se acercan , no ponen de su parte esa condicion, que es indispensable para conseguir la gracia de Dios, á saber, confesar íntegramente el número de sus pecados. Como este mal es tan grave , é influye poderosamente en la infelicidad eterna de muchos, no tendreis á mal, hermanos mios, que os diga una vez mas todavía, que debeis trabajar por conocer al ménos aproximadamente el número de vuestros pecados para declararlo al confesor ; que de ninguna manera podeis quedar satisfechos con acusarlos sin declarar cuántas ocasiones los habeis cometido ; y que, finalmente, al fijar ese número aproximado, ya que no habeis podido averiguar el real y efectivo, lo hagais con toda la madurez y reflexion, que requiere una cosa de tanta importancia.

Se falta tambien á la integridad de la confesion, callando en ella algun pecado grave voluntaria y advertidamente. Jesucristo nuestro Señor instituyó la confesion, para aliviarnos de nuestros pecados que, como molesta carga, pesan sobre nuestra conciencia, la agitan, la acongojan y la hacen sufrir angustias como de muerte, segun la expresion de David (2). En efecto, al declararlos al confesor , los arrojamos de nuestra conciencia, y el Señor los anonada y los borra de nosotros completamente. Mas , no obstante de ser ésto

(1) Cap. 8.

(2) Salmo 17.

una verdad enseñada por el mismo Dios, y que nuestra santa fé nos manda creer y confesar; no pocos hay que callan sus pecados en la confesión, quién por temor, quién por vergüenza, y quién finalmente por malicia. Mas todos éstos al proceder de esa manera no obran racionalmente, ni llevados de motivos racionales; pues no los hay jamas para callar pecados en la confesión. No los hay de parte de Dios, que aguarda que los confesemos para perdonarlos, ni tampoco de parte de los hombres, en cuyo beneficio instituyó el Señor la confesión, queriendo su misericordia por ese medio perdonarlos y salvarlos (1).

Indicamos que son tres los motivos principales que inducen á los penitentes á callar sus pecados. Suele ser á veces el temor; mas ¿qué puede temer el pecador que confiesa sus culpas? Nada de parte de Dios, que allí mismo nos está diciendo: « Venid á mí todos los que estais cargados y fatigados, y yo os aliviaré (2). » Y en efecto, por enormes que fuesen nuestras iniquidades, entonces mismo mas y mas se propone hacer brillar su bondad misericordiosa, compadeciendo y perdonando al penitente que las confiesa. Protesta El mismo, que mira entonces al pecador con amor (3), que su contrición commueve sus entrañas de padre (4), y que recuerda la caridad infinita con que nos amó ántes que pecásemos, para inclinarse á oir nuestros ruegos inmediatamente (5). ¡ Oh ! que no conoce á Dios quien no está bien penetrado dé su inmensa bondad ! Sabedlo, hermanos mios, apenas nos movemos á detestar nues-

(1) S. Thomas. 2.^a 2.^{ra} quaest. 107.

(2) Mateo. Cap. 11.

(3) Lucas. Cap. 15.

(4) Ibidem.

(5) Jerem. C. 4.

tros pecados, cuando Dios se vuelve lleno de amor hacia nosotros, y empieza a socorrernos con auxilios poderosos de su gracia, a fin que llevemos a cabo y perfeccionemos nuestra conversion a El. Le llenamos de gozo, cuando detestamos y confesamos dolorosamente nuestras culpas, y entonces mismo, abriendo sus brazos como el buen padre del Evangelio, abraza tiernamente a nuestra alma su hija perdida, la colma de caricias y la adorna con sus virtudes. Ved ahí lo que hace el Señor con nosotros en la confession; y podra entonces alguno temer algo de parte de Dios, cuando se confiesa?

Tampoco tenemos razon para temer de parte de los hombres. Nuestros pecados dichos al sacerdote ministro de la penitencia quedan como si fuesen arrojados a lo profundo del mar; y mas facil seria que de allí alguno los sacase, antes que la lengua del confesor los revele. Aun mas, hermanos mios, me atrevo a decirlo, Dios infinitamente celoso del decoro de sus sacramentos, y del provecho de los fieles, en beneficio de quienes aquellos fueron instituidos, permitiria que cayera muerto el mal sacerdote, que se resolviese a faltar al sigilo sacramental. La Iglesia ademas tiene sancionadas leyes rigorosas, para reprimir cualquier abuso que alguno pudiera cometer con perjuicio de los fieles en la administracion de la santa confession. Este sigilo, que los sacerdotes estan obligados a guardar de todo cuanto concierne a la confession de los penitentes, es de derecho natural, y por consiguiente, nadie puede dispensarles la obligacion de observarlo fielmente. Como vemos, ninguna especie de temor podemos tener ni de parte de Dios, ni de parte de los hombres, cuando confesamos nuestras culpas.

Tampoco la verguenza debe influir, para que callemos nuestros pecados al confesor. Repara el Angé-

lico Doctor Santo Tomás (1), que al instituir nuestro divino Salvador el sacramento de la penitencia, no eligió ángeles, sino hombres, para que fuesen sus ministros. ¿ Y por qué razon ? Oidla : porque los ángeles , siendo puros y santos por su naturaleza, oyendo nuestros pecados se horrorizarian ; mas los sacerdotes , siendo hombres de la misma naturaleza que los penitentes , y expuestos á caer en los mismos , y aun en mayores pecados , si Dios no los sostiene , no tienen porqué escandalizarse , aun cuando confesando escuchen las mayores abominaciones. El confesor vive expuesto á esas y aun á peores faltas ; y si no ha caido en ellas, ha sido puramente por la bondad divina. Dios ha querido protegerlo, y por consiguiente, á Dios debe atribuir esas virtudes , á su gracia, á su bondad y á su misericordia, y de ninguna manera á sus propias fuerzas, ni á su propia constancia. ¡ El ha recibido auxilios, que aquel pobre pecador quizá no recibió ! ¡ Oh ! cuánto reconocimiento á la divina bondad debe inspirarle esta consideracion , y al mismo tiempo cuánta compacion hágase aquel pobre pecador que tiene arrodillado delante de sí ! Cuánta ternura para auxiliarle hasta que logre levantarse de su triste situacion ! Cuánta misericordia para abrirle camino en medio de ese laberinto, en que le han metido los excesos de su mala conducta ! Y cuánta caridad, en fin, hasta curarle de esas llagas profundas, que han producido los vicios en su corazon ! Ah, hermanos mios ! estais viendo cuán distante debemos estar de avergonzarnos de nuestras culpas al declararlas en la confession. Creedlo, amados mios, por graves y horrorosas que ellas sean, de ningún modo admirarán al confesor que conoce sobradamente

(1) 3^a. p. q. 84. aa. 6. et 7.

mente la miseria humana , y sabe que , atendida la naturaleza y flaqueza del hombre, deberemos admirarnos nō de los pecados que se cometan , sino de los que dejan de cometerse. De acuerdo con lo que enseñan San Francisco de Sales , el Venerable P. Luis de la Puente y otros varones experimentados en el ministerio sacerdotal, os aconsejaré que confeséis, ántes de todos los demás, aquellos pecados que os inspiran mayor vergüenza y confusion. Así fué como Israel venció á los filisteos, cortando primero la cabeza á Goliat el mayor y mas fuerte de sus soldados ; y así el penitente confesará tambien con mas facilidad sus culpas, declarando primero las mas graves y que mayor vergüenza le inspiran (1). Humillaos como la Magdalena á los piés de Jesucristo , clamándole en vuestra confession, como ella le clamaba cuando confesaba sus culpas en casa de Simon. Con la confianza, humildad y dolor de David repetidle muchas veces : « Mediante vuestra misericordia mi alma hasta hoy no ha perecido , Dios mio , tenedla de vuestra mano , para que vuelva á vivir (2). »

A mas de verdadera é íntegra , debe ser tambien obediente nuestra confession. No os hablo yo ahora de aquella obediencia, con la que debemos fielmente cumplir la penitencia que el confesor nos impone; hablo si de aquella buena voluntad, que el penitente debe traer á la confession, para ejecutar todo lo justo y rational que le indique el confesor ser necesario para su salvacion (3). Es aquella obediencia que recomendaban á Naaman sus criados prestase á las prescripciones de Eliseo , para sanar de la penosa enfermedad que le

(1) Puente, Obras espirituales. Tom. I. De la Confesion.

(2) Salmo 118.

(3) S. Thomas, et Concil. Trident.

atormentaba. « *Obedi, le decian, et mundaberis a lepra:* Obedece, y quedarás límpio de la lepra (1). » El sacerdote desempeña en la confesion diversos oficios para con el penitente y para con su alma, principalmente, es padre, es maestro y es médico. Como padre bondadoso, necesita aconsejarlo, hacerle ver con tierna caridad el abismo á que le conducen sus pecados, y la necesidad urgente que tiene de enmendar su vida en bien de sí propio. Como padre, deberá advertirle dónde está el origen y la causa de sus verdaderos males, que son las culpas; y lo que ha de practicar para cortar de raiz, si posible fuese, su origen y causa principal; y cuando ésto no se pudiese, para debilitarlo siquiera y hacerlo menos terrible. Como maestro, el confesor está obligado á dar á su penitente doctrina tal, que ilumine su camino para el cielo, que destierre de su alma las ignorancias que le llevan la maldad, y le enseñe cómo ha de practicar las virtudes cristianas, de la misma manera que nos recomienda nuestro Señor Jesucristo. Pero tambien el confesor es médico de la calidad de aquellos, que mandó el Señor para curar las dolencias de Israel y como tal, tiene necesidad de aplicar medicinas al enfermo, que declara sus males y pide remedio para ellos: los remedios á veces han de ser dolorosos; mas si así lo exige la naturaleza de la enfermedad, es necesario aceptarlos, de otro modo no hay derecho para esperar la curacion. Ya veis, hermanos mios, que todos estos oficios, que desempeña el sacerdote ministro de la penitencia, requieren en el penitente esa sumision de la voluntad, sin la que todos los esfuerzos del confesor serán inútiles y perdidos.

(1) Lib. IV. de los Reyes. Cap. 5.

Por cierto que carecen de esta disposicion aquellos que contradicen las advertencias y precauciones, con que el confesor procura prevenirles contra los peligros que conoce amenazan á sus penitentes. No entendais, hermanos mios, que yo pretenda que el penitente no tenga derecho para hacer al confesor aquellas observaciones que crea han de contribuir, para que sus juicios sean mas acertados, y tambien su direccion mas provechosa. Lo que digo es, que no traen ánimo de obedecer al confesor aquellos impuros reincidentes, que oponen inconvenientes, uno tras otro, á fin de que no se les obligue á separarse de los lugares, de las personas ó de las ocupaciones, en medio de las cuales tienen ocasion próxima de pecado; que no lo traen aquellos, que tanta repugnancia manifiestan para volver lo que injustamente retienen con perjuicio de sus legítimos dueños; y que no lo tienen, finalmente, los que se resisten á deponer ese odio al prójimo, por quien se suponen ofendidos, y por cuya reconciliacion claman la caridad, el buen ejemplo, la conveniencia misma de las familias, y aun el ejemplo de todo el pueblo. De todos éstos, repito, que no traen al sacramento ánimo suficientemente dispuesto á obedecer. Añadiré que en las manos de Dios está la voluntad de los hombres (1), y que por consiguiente, todo aquel que no se encuentra bien dispuesto para someterse á los preceptos del confesor, pida al Señor que dé á su voluntad toda esa sumision y docilidad, que son necesarias á fin de hacer con fruto su confession.

Finalmente debe ser dolorosa la acusacion, en cuanto la pena que siente nuestra alma por los pecados cometidos contra Dios, se eche de ver en todo nuestro

(1) Proverb. Cap. 31.

exterior y en la mortificacion de nuestros sentidos. «Los que visten galas, estan en la casa de los reyes (1),» decia Jesucristo ; y del mismo modo los que visten de la manera que conviene á un corazon lleno de pena, son los llamados á rodear los confesonarios, donde tan solo deben oirse los suspiros de la penitencia, y no verse mas que las lágrimas del arrepentido. Ya comprendereis, hermanos mios, que no estan en armonía con esa manifestacion de dolor por nuestros pecados, ni las respuestas descomedidas que ciertas personas presuntuosas suelen dar á los confesores, que llenos de celo preguntan lo que el orgullo de aquellas califica de impertinente; ni estan en armonía con ese dolor las risas , vivezas y conversaciones, que no es raro ver cerca de los confesonarios, y entre las personas mismas que van á confesarse ; ni ménos lo estan los trajes de lujo y de ostentacion, con que se presentan á confesar sus pecados no pocas, llamando la atencion de los fieles que asisten al templo santo del Señor. Cuando los moradores de Nínive convirtieron á Dios su corazon por la predicacion del profeta Jonás, descalzaron sus piés, vistieron sacos en vez de preciosos ornamentos , y esparcieron ceniza sobre sus cabezas despojadas de los ricos adornos que las decoraban ántes (2). Cuando el rey Josías conoció el olvido profundo de las leyes divinas en que vivia su pueblo , razgó sus vestidos en señal de dolor, y se postró humillado delante del Señor (3). Ved ahí, hermanos mios, nuestros ejemplos. Es esta la conducta que se propone al hombre , que siente haber pecado, y espera conseguir el perdon de la misericordia divina.

(1) Mateo. Cap. 11.

(2) Jonás. Cap. 3.

(3) Lib. II. de los Paralipom. Cap. 34.

A la luz de las verdades que hemos recordado en la presente instruccion, conoceremos cuánto importa que nuestras confesiones vayan siempre acompañadas con todos los requisitos, que contribuyen á nuestra justificacion; así como serán inútiles todas las que se practican sin esas condiciones. Procuremos en adelante, hermanos mios, que sea la humildad, que nace del conocimiento de nuestra gran miseria, el fundamento de las disposiciones con que nos acerquemos á la santa confession. Procuremos que en la declaracion de nuestras culpas se encuentre siempre la verdad, la integridad, la fidelidad y todo quanto contribuya á humillarnos mas delante de Dios y de su ministro, que en su santo nombre escucha nuestra confession. Recibamos con agradecimiento los consejos y las exhortaciones del sacerdote; y aun cuando alguna vez sus palabras nos pareciesen duras, recibámoslas como hijas de su ardiente celo por nuestro bien; y procuremos por ellas arreglar nuestra vida en lo sucesivo. Nuestra salvacion, nuestra alma, nuestros mas grandes intereses nos instan, hermanos mios, para que procedamos con celo en este particular. Cualquiera omision nos puede hacer perder todos esos verdaderos bienes; seamos solícitos, de modo que nuestras confesiones sean la escala por donde lleguemos al reino de los cielos. Así sea.

INSTRUCCION DÉCIMASÉPTIMA.

DE LA CONFESION GENERAL.

Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animae meae.

Repasaré delante de tí todos mis años
con amargura de mi alma.

(Isai. Cap. 38.)

Una de las pruebas que ofrecia al Señor el rey Exequías de ese reconocimiento sincero, que sentia en su alma por los beneficios recibidos de su divina bondad, era repasar en su consideracion todos los años de su vida en medio de la amargura de su corazon. Porque, á la verdad, mas y mas brilla la misericordia del Señor, cuando con ellos tomamos en cuenta nuestras ingratitudes, nuestras omisiones, y tantas otras faltas que cometimos contra Dios y que verdaderamente nos hacen indignos de sus beneficios. « Repasaré, decia, delante de vos, Dios mio, todos mis años con amargura de mi corazon. » Habia oido en medio de sus dias llenos de robustez que la muerte vendria á cortar el hilo de su vida, y en medio del dolor que le causaba tal noticia, « ¿es posible, dijo, que no he de ver mas al Señor en la tierra de los que viven? ¡Ah! mi generacion me ha sido quitada, y mi vida cortada de la noche á la mañana. Mis ojos se debilitaron mirando á lo alto, mientras mi alma clamaba: Señor, fuerza padezco, responde Vos por mí (1). » Y cuando los torrentes de amargura, que nos pintan al vivo esas pa-

(1) Isaías. Cap. 38.

labras, inundaban lo mas profundo de su corazon, recordando su vida pasada, añadia al Señor con todo el acento de su gratitud y de su amor: « Tú salvaste mi alma para que no pereciese , y echaste tras tus espaldas el peso de mis pecados. » Ved ahí, hermanos mios, cómo en el recuerdo de las misericordias divinas, que habia recibido él mismo, encontraba la fortaleza y esperanza, que tanto necesitaba en las tribulaciones que padecia.

Ni es otra la conducta que Dios observa con nosotros, cuando nos humillamos en su presencia oprimidos bajo el peso enorme de la amargura que nos causan nuestros pecados pasados. Mas ; ay, hermanos mios ! que si entonces recordásemos cuánto ha hecho el Señor por librarnos de la muerte eterna, no podríamos ménos que repetir con el santo rey de Judá: « Tú, Dios mio, salvaste mi alma, para que no pereciera ; Tú, Redentor misericordiosísimo, echaste sobre tí el peso enorme de mis iniquidades. Mientras viva , Señor , te daré alabanza, y reconoceré tu suma é infinita bondad. » Estos son los actos que practica el penitente en la confession general, materia de la presente instruccion. No ve sus pecados feos, torpes y gravísimos como son , sin ver con ellos la bondad infinita del Señor, que le ha tenido como de su mano, para que no pereciese en el camino de sus iniquidades. *Tu autem eruisti animam meam ut non periret.* ; Y cuán agradable es, hermanos mios, esta conducta del pecador á los ojos de Dios ! Cuán grandes los bienes que derrama sobre esa alma , que así se humilla en su presencia ! Voy á discurrir sobre todas estas verdades. Os explicaré primero qué es lo que llamamos confession general ; cuándo es necesaria, cuándo es útil y provechoso practicarla, y cuándo inútil y aun perjudicial: cómo han de prepararse para ella

los que estan en el caso de hacerla; y en fin, los bienes que trae al alma cuando es bien hecha. Escuchadme con atencion.

Llamamos confession general la acusacion íntegra y dolorosa que hacemos de toda ó de la mayor parte de nuestra vida. Si la comprende toda, podremos llamarla generalísima ; pero si solo comprende una parte, podremos llamarla general ; así como llamamos confession particular, la que hacemos de las culpas cometidas desde la última ocasion que nos acercamos al sacramento de la penitencia. Frecuentemente encontramos en las santas Escrituras exhortaciones celosas, que dirigian los profetas inspirados por Dios, predicando al pueblo de Israel la necesidad de recordar sus antiguas abominaciones, y de renovar ese recuerdo con lágrimas y con plegarias delante del Señor. David decia que sus pecados mas antiguos y mas secretos se presentaban siempre en su conciencia contra él, que los acusaba cada dia en presencia de Dios (1), y que lloraba por ellos tantas lágrimas, que empapaba su lecho cada noche (2). Isaías forma el largo catálogo de los antiguos pecados de Israel, y exhorta á éste á que se humille y los confiese delante de Dios. Esta diligencia es la que practica el cristiano que se prepara para hacer confession general.

Ahora bien, aunque todos debemos frecuentemente movernos á dolor de nuestros pecados, no creais por eso que tambien hemos de hacer confesiones generales frecuentemente. De ninguna manera, hermanos mios: hay solo ciertos casos en que debemos practicarla, y fuera de esos puede ésta muy bien ser enteramente inútil y aun quizá perjudicial. Para entrar en esta importantísima materia con toda claridad, quiero di-

(1) Salmo 38. y 50.

(2) Salmo 6.

vidir á todo mi auditorio en tres clases de personas , de las cuales la primera está obligada á hacer confession general; la segunda, sin tener precisamente esa obligacion, sacará de ella verdadero provecho; y la tercera, finalmente, que ni tiene obligacion de hacer confession general, ni sacará fruto alguno de hacerla, sino al contrario podrá serle causa de verdaderos males.

La confession general es obligatoria para todas las personas, que han callado voluntariamente pecados en confesiones anteriores. Bien sea que los hubiesen callado por temor , vergüenza ó cualquiera motivo, esas confesiones han sido malas, y por consiguiente, es indispensable revalidarlas así como todas las que han sido hechas despues. Os advierto, hermanos mios, que no basta confesar los pecados callados, sino que tambien es necesario confesar que se callaron; porque con el acto de callarlos se cometió pecado mortal de sacrilegio. Ademas es tambien necesario confesar, si se recibió en ese estado la sagrada comunión , porque en este caso hay otro sacrilegio.

Es igualmente obligatoria la confession general para todas las personas, que han hecho algunas confesiones sin disponerse para ellas suficientemente ; sea porque ha faltado el exámen de conciencia proporcionado al tiempo que va á servir de materia para la confession, sea por falta de dolor y arrepentimiento de los pecados, ó sea, en fin, porque no se ha tenido propósito eficaz de abandonar sus vicios. Cualquiera de estas disposiciones que faltase en la confession, es nula, y el penitente queda obligado á renovar sus confesiones, advirtiendo al confesor que las hizo mal. Hay personas, por ejemplo, que pasan algunos años sin confesarse, y cuando se resuelven á hacerlo, se contentan con recorrer ligamente su conciencia, como si tuviesen á la mano sus

pecados para recordarlos, cómo y cuándo quisiesen. Hay otras que esperan formar el dolor y propósito en el acto mismo de confesarse, sin prepararse ántes con las diligencias necesarias para concebirlo; y no pocas hay, finalmente, que teniendo arraigados en el alma ciertos vicios impuros y deshonestos, calculan su confession como una tregua, durante la que dejarán de cometer pecados, y harán algo por agradar y servir al Señor. Entended, hermanos mios, que todos éstos que así se confiesan, hacen sacrilegio; y no reciben gracia, ni son sus pecados perdonados por tales confesiones: todos éstos son los que miserablemente abusan de la misericordia divina, y disipan los tesoros de su bondad con perjuicio de ellos mismos.

Los que despues de confesarse reinciden nuevamente en sus antiguos vicios, porque no cuidan de poner en ejecucion los arbitrios, que se les dieron por el confesor para evitar las recaidas, manifiestan en su misma conducta, que sus propósitos ni eran firmes, ni eficaces, y que por consiguiente, sus confesiones no han sido hechas con la debida disposicion.

Los que con frívolos pretextos eluden los mandatos perentorios del confesor, que les ordena restituir los bienes ajenos, llenar tales obligaciones contraidas y que obligan en conciencia, volver el crédito quitado al prójimo, evitar tal escándalo dado con su mala conducta; todos éstos hacen tambien mala confession, y en una general, dolorosa y cuidadosamente hecha encontrarán un remedio eficaz para los males de su alma. Cuando la divina gracia ha tocado á tales almas, ¡oh! con cuánto gozo han de mirar esta ancha puerta que se les abre para salvarse, despues que se han perdido con tanta temeridad! Los remordimientos de esa conciencia tan endurecida á fuerza de cometer pecados, los hábi-

tos perversos contraídos como consecuencia de tantos vicios; y las costumbres depravadas que forman la vida del pecador, todo, todo va á encontrar allí la medicina prometida por Dios para sanar las llagas de su pueblo, y hermosearle con los preciosos atavíos de las virtudes (1).

Dijimos que otras personas habian , para quienes la confesion general no es obligatoria , pero les seria de mucho provecho espiritual hacerla, y entre éstas colocamos primero á las que jamas la han hecho. Vosotros sabeis , hermanos mios , cuánto dejan que desear las confesiones de los niños tímidos y débiles por su naturaleza , de los muchachos tan escasos de reflexion, de las personas ignorantes que apenas entienden lo que es pecado , y en fin, de todos aquellos que vien sin preocuparse mucho de su eterna felicidad. Pues bien , cuando éstos , ya sea por la mayor edad á que llegaron, ó por el juicio mas cabal que adquirieron , dan una ojeada sobre su vida pasada, fácilmente echan de ver la imperfeccion de sus confesiones ; y aun cuando no podrán asegurar con certeza que deliberadamente han querido cometer esas faltas , no obstante sienten ciertas dudas y perplejidades, de que les conviene salir cuanto ántes. La confesion general es el remedio que deben esas personas aplicar en tales circunstancias. Reuniendo en una sola todas las confesiones anteriores, lograrán asegurarse de que sus pecados han sido bien confesados , y tendrán derecho para esperar que la misericordia del Señor se los haya perdonado.

En este mismo sentido es útil y provechosa la confesion general para aquellos que, á pesar de confesarse con mayor ó menor frecuencia, han vivido largo tiempo

(1) Zacarias. Cap. 2.

reincidiendo en pecados mortales. Tales personas, aunque al confesarse se veian muy distantes de volver á pecar, y así se lo repetian al Señor, y se lo aseguraban al confesor, no obstante flaqueaban todas sus resoluciones en presencia de la ocasion, y volvian á caer en la culpa. Esto, si no prueba del todo que el propósito hecho era ineficaz, al ménos hace temer, que el aborrecimiento á esos pecados no ha sido perfecto ; que quedaron en el corazon ciertas aficiones, las que como raices brotaron al contacto de la ocasion, y dieron su fruto de pecado. La confesion general contribuirá á desarraigitar de esas conciencias aquellas raices perjudiciales, á inspirarles profundo y sincero aborrecimiento á los pecados y á las ocasiones de cometerlos, y aumentará en el alma el fervor que la hace vigilar constantemente en medio de las ocasiones y de los peligros en que vive.

Tambien es de suma utilidad la confesion general para aquellos que han resuelto vivir vida arreglada y verdaderamente cristiana, dejando la mundana y peccaminosa que siguieron hasta allí. En la confesion general recibirán luz celestial para conocer las causas de sus ingratitudes y culpas frecuentes contra Dios, y fortaleza para huir las ocasiones de cometerlas de nuevo, para cortar los lazos que les han atado fuertemente á tantas relaciones peligrosas para su alma , y, en fin, para resistir las insinuaciones y los halagos que un mundo corrompido pondrá en juego para pervertirlas nuevamente. Dios se acercará á sus almas, haciéndoles sentir aquellas dulces caricias que hizo probar á su Profeta, mas dulces que la miel, y las alegrará enviándoles torrentes de consuelos celestiales (1). El Angélico

(1) Salmo 93.

Doctor Santo Tomás nos muestra en esa confesión el bálsamo del cielo, que cura los males en el corazón humano enfermo por toda suerte de epidemias espirituales (1).

Algunas personas tienen por práctica invariable renovar anualmente ó cada dos años las confesiones que han hecho en ese periodo, encontrando en esta diligencia verdadero provecho espiritual. De ese modo ven reunidas las culpas cometidas contra Dios en todo ese tiempo; juzgan mejor su falta de aprovechamiento en las virtudes, y alcanzan nuevo brío para emprender con mayor fervor el camino de su salvación. Esta práctica la recomiendan como muy provechosa, San Francisco de Sales y San Alfonso María de Ligorio.

Mas hay también personas, para quienes la confesión general ni es necesaria, ni es provechosa, sino que por el contrario es perjudicial. Son éstas aquellas que viven dominadas constantemente por temores nimios y que no tienen fundamento á juicio de confessores llenos de ciencia y de experiencia, y que han tratado con detención á esas mismas almas. Las personas que buscan á Dios, la primera obligación que han de imponerse, como medio seguro para llegar á El, es la obediencia al confesor que las dirige en nombre del mismo Dios; por consiguiente, todo su estudio han de ponerlo en someterse á las reglas e instrucciones que reciben de él, porque estas reglas e instrucciones van señalándoles el camino seguro para llegar al fin que se proponen. Separarse de esas reglas, es abandonar su camino y exponerse á un extravío perjudicial. Cuando esas personas han hecho ya su confesión general, y el confe-

(1) 3.^a pars, quaest. 66. art. 5.

sor les asegura que es buena, y que no tienen razon alguna para temer, deben quedar tranquilas, y desechar todas sus aflicciones y dudas como verdaderos escrúpulos, contrarios al mismo aprovechamiento espiritual que procuran. Y debo repetirles que esos temores ó escrúpulos deben desecharse luego que el confesor lo ordena así, pues obrándose de otro modo, se les alimenta y se les robustece. Los que de continuo sufren temores sobre el estado de su conciencia, así como de sus confesiones y comuniones, padecen verdadera enfermedad, y enfermedad de la que no podrán sanar sin obedeciendo. Creen que revolver la conciencia, examinándola para nuevas confesiones generales, les será provechoso; importunán con ese fin al confesor, para que les permita hacerlo, y se retiran á veces del sacerdote discreto y experimentado, porque no condesciende en ello. Ved ahí, hermanos mios, al cristiano que trabaja por agravar mas y mas su mal. Opongamos la obediencia á ese torrente de voluntad propia, que quiere prevalecer sobre la disposicion justa y racional del confesor. Sometamos nuestra conciencia á la conciencia del sacerdote del Señor, que por su sagrado ministerio tiene que dar cuenta á Dios de nuestra alma (1); y cuando así lo hiciésemos, obraremos acertadamente en orden á los intereses de nuestra salvacion eterna.

Pero veamos ahora la manera cómo han de prepararse los que quieren hacer con fruto la confession general. Deben ante todo tomar el tiempo necesario para recordar sus pecados: si fuese muy largo el periodo que abraza su confession, pueden dividir su exámen en varias partes, cuidando averiguar, en cuanto fuese posible, el número de sus culpas. Cuiden luego

(1) Epístola á los Hebreos. Cap. 13.

de moverse al dolor y propósito con tanto fervor, que supla las negligencias y omisiones habidas en las otras confesiones. Cuando estuviesen satisfechos de haber hecho lo posible para disponerse bien, buscarán entonces aquel confesor, que crean convenir á las necesidades de su alma. Al confesarse tengan presente las advertencias siguientes: digan al confesor ante todo los motivos porque van á hacer confesion general. Si es porque han estado callando pecados en las confesiones, declaren cuántas han sido esas confesiones, y cuántas las comuniones que han hecho sacrílegamente. Luego confiesen todos sus demás pecados con la claridad, ingenuidad y humildad posibles. Mas si la confesion general que van á hacer, es solo por devicion, y nó porque en conciencia se crean obligados á ella, supuesto que no han callado pecados voluntariamente, ni han dejado de prepararse para sus confesiones, deben entonces no confundir los pecados que aun no han confesado, con aquellos que ya estan confesados. La razon es, porque los confesados ya han sido materia de juicio en el sacramento de la penitencia, y nó los que aun no han sido confesados. Sobre aquellos ya recayó la absolucion del sacerdote, mientras que de éstos aun no tiene conocimiento el ministro del sacramento de la penitencia. Os repito pues, hermanos mios, que no deben confundirse en la confesion general los pecados confesados, con los que aun no han sido confesados, sinó que deben confesarse separadamente.

Cuando las confesiones son muy largas, puede el penitente con permiso del confesor cortar su confesion, dejándola abierta; mas entienda ese penitente, que en este caso tiene que buscar al mismo confesor, para continuar hasta concluir su confesion. No pueden continuar con un confesor la confesion que principiaron

con otro, bajo pena de quedar nula; la razon es, porque el confesor que impone la penitencia y da la absolucion, debe tener conocimiento cabal de los pecados sobre que recaen esa penitencia y esa absolucion; y ésto no sucederia, haciendo parte de la confession con uno, y parte con otro sacerdote. Mas no es así cuando el penitente, no acordándose ya de otros pecados, recibe penitencia y absolucion del sacerdote con quien se confesó, y acordándose despues de otros pecados, desea confessarlos para aumentar en su alma la divina gracia. En este caso puede confessarse con cualquier confesor, porque la confession estaba ya cerrada, y ésta que ahora trata de hacer el penitente, es una nueva confession, y no continuacion de aquella.

Concluida la confession general, trate el cristiano de recibir con humildad las amonestaciones del confesor, y de fijar bien en su memoria las doctrinas que le diese en orden á evitar los pecados en lo sucesivo, proponiendo en su corazon hacer los sacrificios que fuesen necesarios, para practicarlo todo fielmente, y sacar de esa manera frutos muy copiosos de su confession general. Reciba la santa absolucion con el agradecimiento mas profundo de su corazon; es la misericordia insigne con que Dios lo favorece, y como tal ha de excitarle á nueva y mas ardiente gratitud. Lleno de ésta, puesto delante del Señor procure expresarle lo que en esa hora siente su alma. « Borra, Señor, de mí todos mis pecados, » digale con el Profeta (1). « Recibe el sacrificio de mi corazon y de mis palabras, que te ofrezco lleno de agradecimiento porque me perdonaste con tu misericordia infinita (2). » Este es

(1) Salmo 56.

(2) Oseas. Cap. 4.

el sacrificio que David llamaba de alabanza, y ofrecia continuamente al Señor (1), porque en su misma ofrenda encontraba el medio para afianzarse en el propósito de serle fiel toda su vida. Yo atribuyo en mucha parte ese poco fruto que produce la confesion, ya sea general, ya particular, á la falta de gratitud de los que la practican. Porque ;qué es lo que vemos cada dia, hermanos mios? Penitentes que se levantan del confessionario para ir á conversar en los corrillos, ó con los amigos que se encuentran en el templo mismo del Señor. Penitentes son éstos que pierden con su falta de gratitud gran parte del beneficio recibido, y los nuevos favores con que Dios les habria fortalecido para la perseverancia en las virtudes. Recordad, hermanos mios, cuánto agrado á Jesus la conducta del leproso que volvió á su presencia para manifestarle su reconocimiento por la sanidad conseguida; cómo el mismo Salvador se dignó elogiar la fé y devocion de este pobre samaritano, así como se quejó de la falta de gratitud de sus nueve compañeros sanados tambien con él (2). No demos lugar á semejante queja de parte de nuestro insigne bienhechor; mostremos que esa palabra prodigiosa proferida por el sacerdote: « Yo te absuelvo de tus pecados, » ha llenado de gozo nuestra conciencia amargada por la memoria de sus culpas, y levantado de su postracion nuestros huesos humillados ; demos-tremos prácticamente con nuestra devocion y fervor que confiamos en la bondad divina, que habrá ratificado allá en el cielo la sentencia pronunciada por sus ministros acá en la tierra (3).

Vengamos ahora á decir algo de los frutos que

(1) Salmo 49.

(2) Lúcas. Cap. 17.

(3) S. Thomas. 2.^a 2.^{ma} quaest. 107. art. 2.

sacamos de la confession general hecha debidamente. El primero es aumentar en nosotros el temor de Dios, principio de todos los verdaderos bienes, que son los espirituales. Cuando quiso Dios excitar en su pueblo de Israel el temor á su justicia, para retraerlo por ese medio de la idolatría y de todas las abominaciones que le siguen, le representaba con figuras sensibles la situacion de sus almas, y los castigos á que eran acreedores por aquellas culpas. En la confession general, auxiliado el hombre por la gracia de Dios, mira en su propia conciencia como en un espejo todos sus pecados (1). ¡Cuántas desobediencias á los divinos mandamientos allí ve! Cuánta ingratitud á los favores de Dios ! Cuánto desorden en sus obras y palabras ! Cuánto abuso de los sacramentos y de los demas recursos espirituales que ha puesto el Señor á su disposicion ! Cuánto tiene porque temer el hombre que medita estas verdades ! A su olvido atribuye el Espíritu Santo la causa principal de nuestros pecados (2). Sinó hubiera sido por la misericordia del Señor, yo habria perecido, exclamaba David, recordando sus iniquidades. Y del mismo modo no podrá ménos que exclarar el pecador, obligado por la consideracion de lo que está mirando en su propia conciencia. De aquí nace, hermanos mios, la resolucion generosa que forma el alma de servir á Dios con fidelidad , para desagraviar su justicia provocada por sus culpas.

Esa misma consideracion humilla y abate profundamente la soberbia que nos precipita y pierde en los abismos del pecado ; y éste es otro bien que alcanzamos por la confession general. Cuando el pecador se

(1) Jeremías. Cap. 31.

(2) Ib. Cap. 12.

acerca al sacramento de la penitencia, para hacer sus confesiones ordinarias y parciales, ve sus pecados aisladamente, y no le sorprenden ni humillan como debieran, por lo mismo que los ve como aislados y separados de todos los demas, que forman el largo proceso de su vida criminal. En la confession general los ve reunidos como las arenas del mar, segun la expresion del Profeta (1). Allí ve cuánto ha sido capaz de cometer contra Dios infinitamente bueno, hasta dónde le ha arrastrado y rebajado la maldad de su corazon, haciéndole descender á bajezas, que con razon le avergonzaria que los hombres las conociesen. ¡ Mira lo que eres ! parece que le repitiera su conciencia á cada instante. ¡ Ah ! cuánto aprende el hombre en esta escuela de su propio conocimiento ! Al prójimo que comete algunos desórdenes, que falta á ciertos deberes, y que lo vemos arrastrando tantas veces las consecuencias de sus propios pecados, lo juzgamos con rigor, y aun lo condenamos sin misericordia. ¡ Ah ! entremos ántes de sentenciarlo dentro de nuestra propia conciencia, veamos lo que allí pasa : en ella oiremos si acaso hemos sido nosotros mejores que nuestros prójimos, y si tenemos derecho para humillarlo con nuestra condenacion, tan falta de caridad, como rigorosa las mas veces.

Las consecuencias que acarrean nuestras faltas, contribuyen diariamente para retraernos de volver á cometerlas. Por esta razon Jeremías, haciendo palpar á los hijos de Israel los males de toda especie que les afigian, les decia : « Mira, y ve qué malo y amargo es dejar al Señor (2). » Este es otro provecho que nos trae la confession general. Cuando meditamos seriamente dentro de nosotros mismos la situacion en que nos han co-

(1) Salmo 30.

(2) Jeremías. Cap. 2.

locado nuestras culpas, no podemos ménos que desear ardientemente salir de ellas, conociendo que son verdaderos males, y el mayor de los que pudieran sobrevenirnos. Esta conviccion nos lleva á tomar todas las precauciones que nos hagan evitar las recaidas, porque viendo aquellos males, nuestra conciencia nos dice, que éstos serían aun mayores, si volviésemos todavía á reincidir en las culpas. Jesucristo que nos acaba de restituir á su amistad, nos lo advierte diciéndonos: « Ya estás sano; no quieras pecar mas, no sea que te suceda algo peor (1). » Así arraiga el penitente mas y mas en su alma el propósito de servir á Dios todos los días de su vida. Teniendo delante los peligros que le presentaba una travesía por lugares desconocidos y habitados por gente idólatra, era cuando Jacob, seguro de la protección divina, decia al Señor: « Vos serás mi Dios (2). » El cristiano que atraviesa el largo y peligroso camino de la vida, clama á Dios como Israel, para que le libre de la perdición que le amenaza, y le dé gracia para procurar con el corazón y con las obras asegurarle cada dia, que El solo será el Dios de su corazón, y como tal le servirá fielmente hasta la muerte.

Agreguemos ademas á los bienes dichos el desahogo y la alegría, que inundan el alma del que confiesa bien todos sus pecados. Dios, autor de la única verdadera paz, se la concede porque lo reconcilia consigo mismo, después de la victoria alcanzada sobre el demonio y sobre las propias pasiones, que han levantado mil obstáculos para estorbar su confesión. Esa paz es el resultado de la fuga de satanás, que huyó de esa alma amedrentado por la confesión general que tanto teme;

(1) S. Juan. Cap. 5.

(2) Genes. Cap. 28.

el resultado tambien de la destruccion del pecado, que la misericordia divina desterró completamente ; y por ultimo, el resultado del abatimiento de las pasiones sensuales, que se rinden al espíritu compungido y penitente. Porque cuando los caminos del hombre agradan á Dios, dispone su Majestad divina que aun sus enemigos tengan paz con él (1). La alegría del alma es el resultado de la buena conciencia. No hablo de esa que el mundo llama alegría, y buscan los mundanos en las diversiones y placeres que son cabalmente enemigos de la verdadera; sino de aquella, que llama el Apóstol gozo que da Dios, y de tal modo aventaja á todos los sentidos (2), que el hombre no puede explicarla. Este gozo verdadero es fruto de la conciencia pura, que busca en Dios todas sus delicias, y no quiere apartarse jamas de su voluntad divina.

Finalmente, esa alma que tantos bienes ha recibido del Señor, es como aquella que David nos presenta vestida con una armadura muy especial, para sustentar con ventaja las guerras de satanás y prevalecer contra él en sus continuas asechanzas (3). El demonio queda desarmado, hermanos míos, queda sin fuerzas para hacernos caer, si sabemos aprovechar para resistirlo las que recibimos de Dios en la confesión general.

Hemos visto lo que se llama confesión general ; cuándo y cómo debemos hacerla ; cómo hemos de prepararnos para ella, y los frutos que, haciéndola bien, debemos esperar. ¿Qué nos resta ahora, hermanos míos ? Nos resta aprovechar el don inefable que nos dejó el Señor en la confesión general, para procurar nuestra salvación eterna. No hagamos inútiles los esfuerzos de su in-

(1) Proverb. Cap. 16.

(2) A los Filip. Cap. 4.

(3) Salmo 17.

finita bondad ; al contrario aprovechémoslos repitiendo con David : « Bendice, alma mia, al Señor, y no seas negligente para aprovechar las misericordias que te ha hecho. El perdona todos tus pecados, redime tu vida de la muerte, y sana todas tus enfermedades. Te corona con misericordia, y te ejercita en obras misericordiosas ; llena de bienes tu deseo, y renueva como la águila tu juventud. No me ha castigado Dios segun mis pecados, ni me ha dado la pena que mis culpas merecian ; cuanto dista el oriente del occidente, alejó de mí todas mis maldades. Como se compadece el padre de sus hijos , así se compadeció el Señor de los que le temian, porque conoce nuestra flaqueza y la frágil masa de que estamos formados (1). »

¡Oh Dios mio! si tan grande es tu piedad para conmigo, ¡qué haré yo para corresponderte? Proseguiré con el auxilio de tu gracia la vida que he principiado ; eso es lo que á tí te agrada , y eso mismo lo que me corresponde para mostrarte mi agradecimiento. Pero añadid, Señor, todavía una nueva misericordia á todas las que me has hecho : llenadme de bienes celestiales ; dadme gracias para realizar mi resolucion de vivir solamente para tí; fortalecedme desde hoy de tal manera que , renovado por la santa confession de todos mis pecados, corra hasta vos toda mi vida , y alcance la corona de tu gloria eterna.

(1) Salmo 102.

INSTRUCCION DÉCIMA OCTAVA.

DE LA SATISFACCION SACRAMENTAL..

Ego in flagella paratus sum.

Preparado estoy para el castigo.

(Psalm. 35.)

Ved ahí al hombre que de veras está penetrado de la injusticia que cometió pecando contra Dios, y quiere sinceramente repararla en cuanto sea posible. David es quien habla. La voz del profeta Natan le ha pintado sus culpas con toda aquella horrible enormidad que realmente tienen. La ingratitud mas vergonzosa, la injusticia, el escándalo y todo cuanto vicioso y repugnante contenian sus pecados, todo se lo ha echado en cara con santa libertad : y su alma, conmovida por sentimientos de verdadera compuncion, no se contenta con repetir humildemente que ha pecado contra Dios; ni le basta aun levantar hasta el cielo los ecos de su alma atrabilada, implorando las misericordias del Señor que no merece. Su arrepentimiento va mas adelante , confesando que se ha hecho reo del castigo, y protestando que está preparado para recibirlo. *Ego in flagella paratus sum.*

Y á la verdad, católicos, para quien iluminado por la fe reflexiona lo que es el pecado, la enorme malicia que contiene, y el aborrecimiento sumo que Dios incessantemente le manifiesta ; para quien medita, repito, cuánto el Hijo de Dios hizo por salvarnos de él, y el suplicio eterno de que se hace reo el hombre que lo

comete, nada parece demasiado de cuanto pudiera contribuir á satisfacer al Señor por culpas, cuya gravedad conoce y detesta con toda la sinceridad de su alma. Los pecados contienen una malicia infinita, y la justicia de Dios condena á quienes los cometen al suplicio eterno del infierno. La bondad divina se los ha perdonado; pero le exige no obstante que le satisfaga con obras de verdadera penitencia; y entonces con el mismo espíritu que David: *Ego in flagella paratus sum*, dice con la voluntad mas fervorosa y resuelta: « Preparado estoy para el castigo. » Esta consideracion le hace aceptar y cumplir con puntualidad la penitencia, que el confesor le impone, para satisfacer á Dios ofendido por sus pecados.

Esta penitencia es la que llamamos satisfaccion sacramental, uno de los requisitos necesarios para hacer buena confesion, y cuya explicacion va á ser la materia de la presente doctrina. Dios, cuya providencia admirable brilla especialmente en las medicinas, que su infinita bondad concedió á los hombres para su reparacion y salvacion, quiso que en el sacramento de la penitencia con obras satisfactorias compensásemos aquellas otras malas y perversas, con que le ofendimos, quebrantando sus santos mandamientos (1); así como á la perversidad de nuestras palabras señaló su reparacion en la confesion humilde de nuestras culpas, y á la malicia de nuestras intenciones y de nuestros pensamientos en el dolor intenso de nuestros pecados.. Os explicaré pues, hermanos mios, lo que llamamos penitencia sacramental, la necesidad que tenemos de cumplirla con exactitud, y los motivos urgentes que á ella nos estimulan. Oidme.

(1) S. Thomas. 2.^a 2.^{ma} quaest. 66.

Se llama satisfaccion sacramental la penitencia que el confesor impone al penitente por sus culpas, en el acto de la confesion. La llama tambien el Angélico Doctor Santo Tomás « compensacion sacramental debida á Dios por los pecados cometidos (1). » El órden natural impone, hermanos mios, al ofensor la obligacion estrecha de satisfacer al ofendido injustamente; de tal modo que, ántes de toda otra diligencia para desagraviar á éste, debe preceder esa satisfaccion que reclama la naturaleza y Dios se dignó autorizar en el seno de su pueblo, sancionándola de un modo solemne en la sagrada ley que dió á los Israelitas. Allí se mandó que cada cual ofreciese al Señor un sacrificio en expiacion de sus culpas, y que el mismo oferente lo habia de presentar al sacerdote, declarando aquellas, por las que trataba de satisfacer. Esa satisfaccion ó penitencia debia ser proporcionada á los pecados, por los cuales se imponia, segun el Angélico Doctor (2). En la ley de gracia al instituir nuestro Señor Jesucristo el santo sacramento de la penitencia, ordenó la satisfaccion como una de las partes integrales que habian de constituirlo. Por eso esta parte del sacramento se llama satisfaccion sacramental, y tambien penitencia sacramental, porque entra formando parte del sacramento; de tal modo que, si por descuido ó inadvertencia dejase alguna vez el sacerdote de imponerla, y procediese á dar la absolucion al penitente, deberá éste advertírselo, para que se la imponga, y dé nuevamente la absolucion en el caso que ya lo haya hecho.

Es obligacion del penitente oir é imponerse bien de la penitencia que le da el confesor. Al recibirla debe tener intencion y voluntad perfecta de cumplirla, y ésto

(1) S. Thomas in 4. dist. 15. q. 1. a. 1.

(2) In Cap. 11. ad Rom.

EYZAGUIRRE, Instrucciones. Tom. II.

es tan necesario, hermanos mios, que si alguna persona, oyendo la penitencia que le señala el confesor, tuviese ánimo ó viese que le era imposible absolutamente cumplirla, y no obstante recibiese la absolucion, cometiera sacrilegio. Ese ánimo ó voluntad para cumplir la penitencia, es la que los teólogos con el Angélico Doctor llaman *poenitentia in voto*, y entra á integrar el sacramento, haciendo al alma apta para recibir las gracias de éste que se le conceden.

Debo aquí, hermanos mios, hacer una advertencia á las personas ménos instruidas, y la que teniendo éstas presente, ahorrarán muchas inquietudes á su conciencia, y muchas faltas contra la veneracion profunda que debemos á este sacramento. Al señalar el sacerdote la penitencia que debe cumplirse en satisfaccion de los pecados, ved si podreis ó no cumplirla, y no la acepteis, sinó con la seguridad que la cumplireis. Si es penitencia de ayunos ó de otras mortificaciones, que no podeis cumplir, porque teneis para ello grave inconveniente, como necesidad de trabajar para sostener vuestra familia, enfermedad ú otro semejante; ó si son rosarios, porque no sabeis rezarlos, ni teneis persona que os pueda enseñar á rezarlos, hacedlo presente al confesor quien, instruido de los inconvenientes que teneis para cumplirla, no podrá ménos que daros otra con que podais satisfacer. Mas, suponiendo que no lo hiciese, y absolutamente os instase para que abrazáseis esa penitencia; en ese caso con humildad debeis levantaros sin recibir la absolucion, para buscar otro confesor mas prudente y caritativo á quien confesareis de nuevo todos vuestros pecados, para recibir una penitencia que podais cumplir sin dificultad. Fijaos bien, que no puede recibirse la penitencia sin ánimo de cumplirla, y que, una vez admi-

tida, hay obligacion perfecta de cumplirla (1). Hay personas que, llevadas de un fervor indiscreto, no reparan en la penitencia que les impone el confesor, porque todo les parece fácil, ayunos, disciplinas, todo llevadero; mas pronto se disipa ese fervor, y entonces esa penitencia larga y dura les parece tan dificultosa, que dejan de cumplirla. Vuelven á confesarse, y vuelve á suceder igual cosa, poco mas ó ménos; y ved ahí cómo van formando una serie de omisiones, de responsabilidades y de pecados, que van haciendo cada vez mas imposible su eterna salvación. Pensad, hermanos míos, os diré todavía una vez mas, pensad bien en el compromiso que contraéis, cuando aceptais en la santa confesión la penitencia, y no recibais sino aquella, á que en conciencia podáis obligaros.

Dos suertes de penitencia suele imponer el confesor á su penitente: la una se llama satisfactoria, y la otra medicinal. La satisfactoria es aquella, que tiene por fin principal satisfacer á Dios por los pecados; y la medicinal aquella, cuyo fin principal es prevenir el remedio, para que no se cometan por el penitente ciertos pecados graves que acostumbraba cometer. Me contraigo primero á explicar la penitencia satisfactoria, y despues trataré de la medicinal.

La penitencia satisfactoria, dirigida especialmente á satisfacer á Dios por las ofensas que le hemos hecho con nuestros pecados, se impone necesariamente en toda confesión. En orden á ella, tenemos ciertas obligaciones precisas é indispensables que debemos saber. La primera de todas es que hemos de cumplirla cuanto antes podamos, *quam primum*, como se explica el santo Concilio de Trento (2); es decir, debemos satisfacer

(1) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 86.

(2) Sess. 14. Can. 8 et 15.

nuestras penitencias en el tiempo mismo que indica el confesor, cuando éste señala tiempo determinado, y luego que podamos, en caso que el confesor no haya señalado tiempo. Mas en este caso no debemos ser omisos dejando el cumplimiento de la penitencia de un dia para otro, sino que debemos principiarla cuanto ántes. A esta prisa para cumplir nuestra penitencia nos obligan varias consideraciones. La primera es que la penitencia que se nos ha impuesto, es una conmutacion que hace en favor nuestro la bondad de Dios, concediéndonos que, mediante los merecimientos de Jesucristo su Divino Hijo, satisfagamos la deuda inmensa de nuestros pecados, con aquella pequeña penitencia que se nos impone. Pequeña, dije, porque realmente lo es, atendida la pena que debiamos. Si á uno de vosotros deudor de muy crecida suma de dinero le dijera su acreedor: págame un peso, y te perdonaré el resto de la deuda; ¿con cuánto empeño trataria de pagar ese único peso que se le pedía, para cancelar la enorme deuda que le agobiaba? Pues entended, hermanos mios, que es infinitamente mayor todavía la desproporcion que existe entre lo que debemos á Dios, y lo que se nos pide que le paguemos, que aquella que hay entre la suma de dinero adeudada, y el peso que se pide para cancelar esa deuda. Asombra por eso ver la suma frialdad, con que se dedican tantos á cumplir sus penitencias; pero mucho mas asombra todavía la facilidad con que otros las dejan al tiempo, hasta olvidarlas, dejando tambien sin integridad el santo sacramento que recibieron.

Debemos ademas cumplirlas con alegría y buena voluntad, como que, estando persuadidos de la malicia que encierran en sí nuestros pecados, el deseo de satisfacer por ellos á la justicia divina, tan vil é injustamente ofendida por nosotros, debe ser fervorosa y eficaz.

Fijaos, hermanos mios, en aquel ardiente deseo , que mostraba el Verbo Divino de satisfacer á la justicia de su Eterno Padre ofendida por la culpa de Adan. David nos refiere (1) lo que sucedia apenas cometido el pecado, que sumió al linaje humano en el abismo de miseras, de que le rescató Jesucristo Nuestro amante Redentor; el Verbo Divino señalado como víctima necesaria para nuestra redencion: « *Ecce adsum; aquí estoy,* » dice á la justicia divina; pero lo dice lleno de ardiente deseo de sacrificarse é inmolarse completamente por nuestras culpas. Y cuando llega, católicos, el momento del sacrificio, ¡ ah ! cómo abraza Jesucristo todas las humillaciones, pobrezas y persecuciones que duran los treinta y tres años de su vida : contempladlo particularmente cuando entrega su cuerpo á los tormentos de su passion ; allí cuando en el pretorio está realizando lo que el Verbo Divino representaba á su Eterno Padre, al aceptar el cargo de Redentor de los hombres : « Me diste cuerpo apto para padecer. » Allí, digo, hermanos mios, cuando sin apelar, y aun sin abrir su boca para quejarse, ofrece su cuerpo á las bofetadas, á los azotes, á las espinas y á la cruz, que abrazada fuertemente lleva sobre sus hombros hasta el Calvario, donde perfecciona con su muerte el sacrificio. « Padre mio, repetia entonces , preparado estoy para todo cuanto tienes ordenado se haga en mí, para satisfacer por los pecados de los hombres. Tu providencia dispuso que mi cuerpo fuese apto para sufrir todo género de amarguras , de dolores y de tormentos ; vedme aquí dispuesto para cumplir tu voluntad. Pagaré los pecados que no cometí, para satisfacer la pena necesaria por aquellos

(1) Salmo 39.

que los cometieron. » Este es el modelo en que ha de mirarse el penitente, que de veras desea satisfacer por sus pecados á la justicia de Dios. Tomando ese ejemplo debe decir al Señor: preparado estoy para recibir la penitencia que merezco, y que en verdad nunca será igual á la deuda que contraje con mis culpas. Mas con tu gracia ; oh Dios mio ! supla el fervor de mi voluntad lo que no alcanzan á hacer mis fuerzas tan escasas. Vos sufriste por mi amor una sentencia injusta y cruel ; yo por amor vuestro quiero cumplir la penitencia que en tu nombre se me ha impuesto. Esta no es injusta, porque mis pecados la merecen, ni es cruel, pues es sentencia del padre que castiga al hijo que ama con ternura , á fin que enmiende sus yerros que le pierden.

Ademas de la obligacion que tenemos de cumplir la penitencia pronto y con voluntad fervorosa, la tenemos tambien de cumplirla enteramente. Es decir , que no podemos á nuestro arbitrio quitar ni cercenar algo á la penitencia, que por su naturaleza no es divisible, sinó que debemos cumplirla de un modo entero y perfecto. Un ayuno, por ejemplo, se cumplirá ayunando un dia; mas si uno ayuna hoy medio dia, y mañana otro medio, no cumplirá, por ser esa penitencia indivisible por su naturaleza. Mas en otro caso el confesor manda que se ayunen siete viernes, ó que se rece treinta noches el rosario: esas penitencias siendo divisibles por su naturaleza, no pierde el penitente los rosarios que rezó, ni los ayunos que hizo, porque le sucedió haber interrumpido esos rosarios ó esos ayunos, por cualquier motivo que fuese la interrupcion; así es que cesando el motivo que tuvo para interrumpir su penitencia, no está obligado á principiarla de nuevo, sinó solo á continuarla hasta concluirla.

Por último, cada uno está obligado á cumplir personalmente las penitencias que le impone el confesor, y no le valen las que encomienda á otros para que las cumplan por él. Así como cada uno ofendió á Dios con sus propios pecados, así tambien cada uno debe satisfacer con sus propias obras. Algunas personas ignorantes, viéndose recargadas de penitencias, porque han demorado las que le fueron impuestas en varias confesiones, suelen recurrir á encomendar á otras tan ignorantes como ellas el cumplimiento de esas penitencias ; y con esta diligencia, y lo que pagan porque las cumplan, se creen completamente libres de su cargo. Entiendan, repetimos á todas esas, que nadie cumple su penitencia sió personalmente , por cuanto estan impuestas para satisfacer culpas personales. Mas, si ha sobrevenido al penitente algun inconveniente que le impida cumplir la penitencia, ¿qué hará en ese caso? Por ejemplo : debe penitencia de ayunos ó disciplinas, y se ha enfermado, de modo que no puede ni ayunar, ni castigar su cuerpo: ¿cuál será entonces su obligacion para satisfacer la penitencia que debe? Estará obligado á comunicar en confession cuanto ántes á su párroco ó á otro confesor lo que le sucede, y á hacer lo que éste le indique. Y he dicho que debe hacerse ésto cuanto ántes , porque todo cuanto contribuya á manifestar al Señor el deseo que tenemos de satisfacerle cumplidamente , hemos de practicarlo cuanto ántes.

Mas cuando hemos dicho que la penitencia que se nos impone es satisfactoria, como compensacion sacramental que damos al Señor por nuestros pecados , no entendais por eso, hermanos mios , que el hombre tenga en sí propio con qué satisfacer á Dios la pena que inerece por sus culpas: quien eso dijese, incurriria en un error.

No tenemos con qué pagar á Dios lo mas mínimo de lo que le debemos por nuestras ofensas ; mas su bondad infinita nos ha dado los merecimientos de Jesucristo Hijo de Dios, que paga por nosotros misericordiosamente, como escribia San Pablo (1), y no solo por nosotros, sino por los pecados de todo el mundo (2). En El tenemos la redencion por su sangre y la remision de nuestras culpas (3). Pero aunque se nos perdonan éstas en virtud de los merecimientos de Cristo Nuestro Salvador , y aun cuando esos merecimientos son muy superabundantes para perdonar todos los pecados del mundo, quedamos en la obligacion de compensar y satisfacer, en cuanto esté de nuestra parte, con nuestras obras pobres y miserables como son; y á dar de esa manera á la justicia divina la satisfaccion que le debemos. Esta era la doctrina del Apóstol , y que enseñaba y practicaba él mismo, como lo refiere en su carta á los de Colozo diciéndoles (4) : « Me gozo en las aflicciones que he padecido por vosotros, y suplo en mi carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo, por el cuerpo de El que es la Iglesia. Por lo que aun trabajo combatiendo segun la eficacia que obra en mí por su poder. » Esto es tambien lo que hacemos nosotros , aceptando y cumpliendo las penitencias, que el confesor nos impone. Hacemos valer los merecimientos de Cristo en favor de nuestros pecados , affigiendo nuestro cuerpo con alguna parte de las penas que affigieron á Cristo , y uniendo nuestras oraciones á las fervorosas y caritativas del mismo Jesucristo. Para ésto, siguiendo el ejemplo y la doctrina del santo

(1) A los Romanos. Cap. 5.

(2) Ib. Cap. 6.

(3) Carta á los Efesios. Cap. 1.

(4) Cap. 1.

Apóstol, hemos de mortificar nuestros miembros que viven sobre la tierra, y ayudarnos los unos á los otros en nuestras oraciones, y haciéndolo todo para satisfacer á Dios por nuestros pecados, y aprovechando la gracia que nos trajo al mundo Jesucristo. Así es como obran en provecho nuestro los méritos de Nuestro Divino Redentor, y cumplimos por nuestra parte con fidelidad las penitencias que se nos imponen.

Dijimos ántes que la penitencia puede ser tambien medicinal, y que ésta debe imponerse á aquellos pecadores reincidentes en ciertas culpas graves, que les arrastran á su perdicion eterna. Siendo pecados mortales aquellos que trata de corregir la penitencia medicinal, el penitente aun por esta sola causa tiene estrecha obligacion de cumplirla, obligado como está á ejecutar todo cuanto crea eficaz para separarlo de los vicios que le dominan. Mas esta obligacion es todavía mas estrecha, desde que el confesor le ha impuesto como penitencia practicar tales ó cuales ejercicios, ó no hacer tales ó cuales cosas que sirven de ocasion para cometerlos.

De aquí inferireis, hermanos mios, dos cosas principalmente, á saber: la puntualidad con que debéis procurar cumplir las penitencias medicinales, por pesadas y molestas que os parezcan; y cuán graves son los pecados que cometen aquellos, que no las cumplen de la manera debida. Estas penitencias se dirigen á cortar ciertos vicios, ó á evitar la comunicacion con personas determinadas, ó á no concurrir á tales casas ó lugares peligrosos. Por eso el confesor ordena al penitente que, si vuelve á reincidir en alguna de esas cosas que le prohíbe, por la salud de su propia alma, haga cierto acto de mortificacion, como ayunar un dia, ó confesarse luego, ó darse una disciplina cada vez que se embriague, ó concurra á la casa de juego, ó vuelva á ponerse en la

ocasion de verse con la concubina. Cada vez, pues, que desobedezca estos preceptos del confesor, el penitente comete pecado mortal, porque deja de cumplir esas penitencias que se le mandan hacer; y este pecado vuelve á cometerlo cada vez que incurre en la misma desobediencia. ¡Ah! qué multitud de pecados comete aquel hombre que, olvidando las prevenciones del confesor, vuelve á la embriaguez, y con ella al abandono de sus obligaciones y á los escándalos que le siguen! ¡Qué muchedumbre de pecados los que comete aquella pobre mujer que, sin hacer caso de la penitencia medicinal recibida en la confesión, se expone á las ocasiones que le presentan las visitas frecuentes, que le hacen los hombres con quienes ofende á Dios! ¡Qué multitud de pecados los de aquel padre y aquella madre de familia que, á pesar de las amonestaciones y penitencias medicinales del confesor, permiten entrar en su casa á las personas, que visitan y entretienen á sus hijas con escándalo de los vecinos y perdición de ellas mismas! Yo no encuentro cómo calificar la conducta de todos estos malos cristianos, que así ofenden la dignidad de la confesión, olvidan los compromisos contraídos con Dios mismo en su tribunal de la penitencia, y agravan más profundamente la raíz de sus males. Por mucho que todos éstos aseguren qué desean su salvación; por mucho que alguna vez, sintiendo los remordimientos de su conciencia, se aflijan horrorizados de la situación de su propia alma; y por mucho que hagan para poner término á esos pecados, que la penitencia medicinal se dirigía á arrancar; temblando lo digo, hermanos míos, esos cristianos viven en pecado mortal; muestran con su conducta que aman sobre todo sus pecados, y que los prefieren sobre la gracia de Dios, que desterraron de su alma; sobre la felicidad eterna, cuyas puertas

se les cierran ; y sobre las misericordias mismas del Señor, que hacen estériles é infructuosas en ellos mismos. Permitidme, católicos, que con toda la compasion que me inspiran tales almas, les repita la sentencia que les dirige Jesucristo en su santo Evangelio: « ¿Qué os importa ganar en comodidades para vuestra vida, en amistades que os traigan lucros prohibidos, en pasatiempos y diversiones que os hagan vivir alegres, si mientras tanto labrais para vuestra alma su ruina eterna (1) ? » ¡Pobres pecadores, volved sobre vuestro corazon ! Las penitencias medicinales, que os manda cumplir el confesor, son el documento de salvacion, que Dios os da por su boca misericordiosa. Si estais resueltos á salvaros, es indispensable que principieis por manifestar al Señor que vuestros deseos son efficaces, cumpliendo lo que en aquellas se os ha ordenado. Cortad, cortad esos lazos, que os atan á la boca del infierno, resolviéndoos efficazmente á cumplir las penitencias que se os dieron, para apartaros de vuestros vicios, y traeros al camino del Señor. Ellas os llenarán de fortaleza para resistir las tentaciones, aumentando en vuestra alma la gracia de Dios.

La penitencia medicinal dura el tiempo que el confesor señala al penitente, como, por ejemplo, un año, ó hasta que se haga otra confession. Mas si el confesor no indica tiempo determinado, entonces tampoco lo tiene la penitencia; y si el penitente vuelve á incurrir en el pecado, porque se le impuso, en cualquier tiempo que sea, entonces estará tambien obligado á cumplir la penitencia (2). Y ésto es claro, atendido el motivo por qué ésta fué impuesta. Así como un enfermo necesita tomar la medicina, cada vez que se siente acometido de sus

(1) Mateo. Cap. 6.

(2) S. Ligor. Theol. Mor.

dolencias, del mismo modo el que padece enfermedades espirituales, cada vez que se ve acometido por éstas, necesita recurrir á los remedios ordenados por el médico espiritual. ¡ Ah ! y cuántos abusos y cuántos errores están arraigados en las conciencias de muchos, en orden á ésto ! Creen algunos , que cumplen sus penitencias medicinales practicando lo que les ordena el confesor un poco de tiempo; así como creen otros que, confesándose de nuevo, cesa ya la penitencia medicinal que se les impuso.

No cumple con la penitencia como es debido, el que despues de reincidir varias veces en las faltas, hace por junto la penitencia que se le ordenó , y decimos que no cumple de ese modo, porque no llena el fin con que se le impuso, que fué retraerlo de las caidas.

Las obras que en la confesion suelen ordenarse con preferencia para satisfacer por los pecados, son la oracion, la mortificacion y la limosna. Jesucristo mismo, señalando ciertos pecados que ordinariamente se cometen, y El por su gravedad llamó *demonios*, nos dijo que no se arrojaban de las almas sino por la oracion y el ayuno. *Hoc genus daemoniorum non ejicitur nisi per orationem et jejunitum* (1). De aquí es que , ya sea para satisfacer á la divina majestad ofendida por nuestras culpas, ó ya para proveer de medicina contra esas mismas culpas, la oracion así como aquello que puede mortificarnos espiritual y corporalmente , son medios aptos para satisfacer al Señor. En la oracion levantaba su espíritu atribulado el profeta David, y alcanzaba la remision de sus pecados (2) ; y cuánto mas fervorosa era su oracion, mayores eran los consuelos que Dios derramaba sobre su alma compungida por la memoria

(1) Mateo. Cap. 17.

(2) Salmo 6.

de ellos. En la oracion derramó delante del Señor su alma penitente el rey Manacés , y ofreció las penas de su cáutiverio en compensacion de sus iniquidades. En la oracion procuraron satisfacer al Señor tantos fervorosos arrepentidos del antiguo Testamento. Y en fin, el modelo perfecto de penitentes, Jesucristo, vida nuestra, cuando cargado con el peso de las iniquidades de todo el género humano se presentó en el huerto de Getsemani para ofrecer al Padre Eterno el sacrificio de su preciosa sangre, elevó en la oracion su alma hasta la presencia de la justicia de Dios; en la oracion ofreció como inocente víctima su cuerpo, para que fuese immolado en sacrificio por nosotros ; y fué tambien en medio de su fervorosa oracion, donde dejó oír aquella voz agonizante, que nos permite contemplar su corazon inocente abrazado por la caridad , repitiendo con toda su energía : « No se haga, Dios mio, mi voluntad, sinó la vuestra : *Non mea voluntas, sed tua fiat.* (1). » ¡ Oh ! qué modelo éste tan perfecto para nosotros cuando , agobiados por nuestras propias miserias , llegamos á la presencia del Señor ! Allí resueltos á satisfacer por nuestros pecados , derramaremos nuestra alma en su divina presencia; y allí mismo fortaleceremos la regeneracion de nuestra conciencia por la divina gracia, conformando nuestra voluntad con la de Dios. Esta oracion son las meditaciones, son la oracion mental, el santísimo rosario, las estaciones, y en fin, todo lo que es orar ó pedir delante de su divina Majestad.

Pero he dicho ademas, que la mortificacion y la limosna son medios á propósito y que se ordenan en la confesion á los penitentes, para satisfacer á Dios. Porque asi como no es uno mismo para todos los pé-

(1) Lúcas. Cap. 22.

cadores el lenguaje que se emplea en la confesion, no son tampoco las mismas las medicinas que se aplican á las dolencias de su espíritu. No se dan unos mismos alimentos á todos los cuerpos, dice San Gregorio Nazianzeno , ni pueden darse tampoco unos mismos á todas las almas (1). Así como á unas almas fortalece la oracion, y en ella Dios les imprime sentimientos fervorosos de perseverancia ; así otras en el rigor del ayuno y de la disciplina aprenden á ser fieles al Señor , conservándose en su santo temor ; y otras , abriendo su mano para socorrer las necesidades de los pobres, han de adquirir ese desprendimiento de lo terreno y mundano, que nos hace capaces de los bienes inefables del cielo. Recordad , hermanos mios, que el profeta Eliseo usó de sal para convertir en dulces las aguas amargas de la fuente de Jericó (2), y de harina para dulcificar la amargura de las yerbas silvestres puestas por equívoco en la olla de los profetas (3). Del mismo modo hace el confesor que emplea sus medicinas , dando la que corresponde á los males de cada uno. Imitamos así la conducta de Dios, que dijo por medio de Zacarias (4), que no gobernaba á todas sus ovejas de la misma manera , pues guiaba á las unas con varas de flores , mientras que á las otras dirigia con la dureza del azote (5). El mismo Jesucristo ponía sus manos sobre muchos de los enfermos, que buscaban en El su salud, siendo así que pudiera curar á todos con solo tocarlos, queriendo de ese modo señalarnos la diferente manera de administrar los medios, que nos

(1) Apocal. Cap. 1.

(2) Lib. IV. de los Reyes. Cap. 2.

(3) Ib. Cap. 4.

(4) Cap. 4.

(5) Cap. 11.

dejaba para derramar su divina gracia en los diferentes corazones de sus criaturas.

Con el ayuno y otras mortificaciones se procura reprimir los excesos de esas pasiones impetuosas, que llevaron tantas veces al pecador á la impureza y á otros desórdenes ; porque la mortificacion los reprime y aun los arranca, cuando somos constantes en practicarla de la manera que se nos ordena.

La limosna desprende al corazon humano de ese afecto desordenado á los intereses de la tierra , que nos hace ciegos y sordos para no ver, ni oir las voces de Dios. Principalmente para aquellos que retienen bienes adquiridos con poca escrupulosidad, y para los otros que en medio de ese torrente, que forman los negocios y contratos llevados á cabo de mil maneras y con mil personas diferentes , no consultándose en muchos ni la justicia, ni la caridad, ni la equidad, encuentra el confesor en la limosna un medio de satisfacer los derechos de la justicia agraviada, de los intereses ajenos defraudados, y de Dios mismo en todo eso olvidado y ofendido.

Hemos recorrido, hermanos mios, la satisfaccion sacramental, y ojalá que los bienes que en ella se ofrecen á nuestra alma, nos empeñen mas y mas á procurarlos. Si son sinceros los deseos que nos conducen al sacramento de la penitencia ; si es sincero, repito, el arrepentimiento que mostramos por nuestros pecados, acreditémoslo con las obras de penitencia que el confesor nos manda practicar. Tantos pecadores dicen cada dia de rodillas delante de los ministros de Dios , lo que repetian los otros al principio Jehú: *Quaecumque iusseris, faciemus* (1): Haremos lo que nos mandares. »

(1) IV. Reg. Cap. 10.

Cumpliremos las penitencias satisfactorias y medicinales, que nos ordenásteis para el remedio de nuestra conciencia: *quaecumque jussaris, faciemus.* Nos sometemos totalmente á vuestra voluntad, pues ponemos nuestra alma en vuestras manos, para que la salves: *quaecumque jussaris, faciemus.* Mas ¡ah! llega el caso de obedecer, y entonces se ve cuán distantes estaban de ser sinceras aquellas promesas. Se quiere hacer penitencia, pero sin abandonar las ocasiones de pecado, sin dejar el juego, y aquella mala amistad que hace las delicias de la vida. Se quiere hacer penitencia, pero sin renunciar las aficiones desordenadas, los bienes que injustamente se retienen, y tantas otras reliquias de los antiguos pecados. Pero ésto es imposible, católicos; imposible, repito, porque la absolución del ministro de Dios no alcanzará sindal que sinceramente esté dispuesto á cumplir lo que se le ordenare: *quaecumque jussaris, faciemus.* ¡Oh gran Dios! conceded á vuestro pueblo esta sincera conversión de su corazón á Vos. Concededle esta gracia eficaz, que lo disponga á satisfaceros cumplidamente, y á permanecer en vuestro servicio ahora y por toda la eternidad.

INSTRUCCION DÉCIMANONA.

DE LA INSTITUCION DEL ADORABLE SACRAMENTO DE LA EUCHARISTIA.

Accipite et comedite: hoc est corpus meum.

Tomad y comed: éste es mi cuerpo.

(S. Matth. Cap. 26.)

Al tratar del misterio en que brilla por excelencia el amor de Dios para con los hombres, debia principiar repitiendo con el Profeta rey: « Dejó memoria de sus maravillas el Señor misericordioso y compasivo: dió sustento á los que le temen (1). » Porque en el sacramento de la eucaristía Dios ya humillado por la naturaleza humana, que tomó para redimirnos, se anonada aun mas para darse por comida á los hombres. Recuerda su providencia, no ya para alimentar á los hijos de Israel con maná llovido del cielo, ni para apagar su sed con aguas que hace brotar del corazon de una roca estéril, sino para fortalecer con su carne y con su sangre á un gran pueblo que forma de todas las naciones de la tierra. Recuerda su magnificencia, no para ostentarla gloriosamente marchando delante de Israel en columna de fuego, que va señalando el camino al través del desierto, ni para dejarse ver en el arca del Testamento rodeado de nubes resplandecientes, sino para habitar con nosotros guiándonos en la áspera y riesgosa travesía que hacemos marchando hacia la eternidad. Recuerda las maravillas

(1) Salmo 110.

de su amor, para unir al hombre consigo mismo, entrando á habitar en su corazon no solamente por la gracia, como habitó tantas veces en las almas de sus siervos, sino real y verdaderamente dándole su cuerpo y su sangre en la santa eucaristía. Ved ahí, hermanos mios, con cuánta razon puedo exclamationar con David: *Memoriam fecit mirabilem suorum misericors et miserator Dominus.*

En la noche que el Hijo de Dios hecho hombre iba á ser entregado en manos de sus enemigos, para ofrecerse en sacrificio por nuestro rescate, tomando en sus santas manos el pan y el vino, los convierte en su cuerpo y sangre, y dándolo á sus discípulos: «Tomad, les dice, y comed, éste es mi cuerpo; tomad y bebed, ésta es mi sangre. Cada vez que hiciéseis ésto, hacedlo en mi memoria.» ¿Comprendéis, hermanos mios, la grandeza y generosidad de esta dádiva? Siendo Dios infinitamente rico, infinitamente sabio, é infinitamente poderoso, no tiene un bien mayor ni mas grande, que el que nos da en su cuerpo y sangre; pues encierra al autor de esa misma sabiduría, de ese mismo poder, y de esa misma riqueza.

« Amó á los hombres hasta el fin, » dijo de Jesucristo su evangelista San Juan (1); y en verdad, porque aun despues de haber muerto por nosotros, continua mostrandonos su amor grande, misericordioso é inagotable, pues que cada dia se nos da en el sacramento de la eucaristía, y continuará dándosenos de la misma manera hasta la consumacion de los siglos. Cuando ocultando la grandeza y el esplendor de su divinidad, el Hijo de Dios se inmolaba en la cruz por nuestra redencion, se nos dió todo y sin reserva alguna; mas al dársenos en la santa eucaristía renueva

(1) Juan. Cap. 13.

y perpetúa ese mismo amor, entregándosenos á cada momento, y ésto á costo de abatirse para entrar dentro de nosotros. ¡Oh caridad insondable! ¡oh amor inagotable de Jesucristo! Estos son los misterios del amor divino de que os vengo á hablar, hermanos mios, exponiéndoo la institucion de la santa eucaristía, materia de esta instruccion. Cuándo instituyó Jesucristo este sacramento, y qué es lo que debemos creer en cuanto á él todos los cristianos: ved ahí la materia de la doctrina que vais á escucharme.

Dios preparó á los hombres para el sacramento de la eucaristía con diversas señales ó figuras, que precedieron á su institucion. Fué figura de este sacramento el pan y vino que ofreció á Dios Melquisedec, sacerdote del Altísimo, tributándole gracias por la victoria conseguida por Abraham sobre sus enemigos (1). Fué tambien figura de este sacramento el maná, con que Dios alimentó á los Israelitas en el desierto. Era éste una comida que venia del cielo, que sabia á todos los manjares, y alimentaba á los que la comian con ventaja sobre todos los otros alimentos; de modo que aquellos que de él comian, muy bien podian soportar las fatigas de su peregrinacion (2). Y lo fué tambien entre otras muchas, aquel cordero sin lesion alguna que Dios ordenó á su pueblo comiese en la pascua con lechugas amargas, en conmemoracion de su libertad obtenida en Egipto milagrosamente (3). Jesucristo, cuya figura es Melquisedec, se ofrece bajo los accidentes del pan y del vino por nosotros á su Eterno Padre, dándole gracias por los beneficios que incessantemente nos dispensa. Se nos da el Hijo de Dios como comida que viene del

(1) Genes. Cap. 14.

(2) Exod. Cap. 16.

(3) Ib. Cap. 12.

cielo, pero con infinita ventaja sobre el maná dado á los Israelitas, porque éstos morian en el desierto á pesar de comerlo; mas el cristiano, gustándolo de la manera debida, no morirá jamás (1). Cordero inocente que quita los pecados del mundo, ese Jesus divino, que se nos dá en la santa eucaristía, nos invita á comerle con un corazon limpio de todo pecado, y lleno de amargura y mortificacion por los ya cometidos.

Jesucristo anuncio á las turbas de ese Israel, que vió sucederse una en pos de otra esas figuras, que era llegado el tiempo en que los hombres comiesen del verdadero pan, de que el maná era solamente sombra, y con claridad les dijo: « Yo soy el pan de la vida; vuestros padres comieron el maná en el desierto, y á pesar de ésto murieron. Yo soy el pan que bajó del cielo, para que el que comiere de él, no muera. Yo soy pan vivo; si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo daré, es mi carne por vida del mundo (2). »

San Pablo al referirnos la institucion de la santa eucaristía, se fija en la circunstancia elegida por nuestro Señor Jesucristo para la ejecucion de este gran misterio: *In qua nocte tradebatur* (3). La noche misma en que iba á ser entregado á sus enemigos, esa es en la que lleva á cabo la promesa de darnos su cuerpo por comida y su sangre por bebida. ¿Y por qué causa prefiere, hermanos mios, esa circunstancia sobre todas las otras de su vida? El Angélico Doctor Santo Tomás nos señala algunas (4). La primera fué por el intenso amor que nos tiene, y el deseo entrañable de permanecer

(1) Juan. Cap. 6.

(2) Ibidem.

(3) I. ad Corinth. Cap. 11.

(4) 3.^a pars, quaest. 73. art. 5.

con nosotros, no solo en cuanto Dios, sino tambien en cuanto hombre ; así es que, cuando habia de apartarse de nosotros, segun la presencia corporal, visible y ordinaria de la humanidad, su amor encuentra en la santa eucaristía la manera de quedarse de otro modo tambien ordinario, y que durará hasta la consumacion de los siglos. Ademas ese amor vehemente y generoso quiso dejar en su Iglesia un recuerdo perenne del sacrificio, con que nos redimió, nos unió y nos santificó, para que fuésemos perpetuamente pueblo suyo, y ese recuerdo es la ~~santa~~ eucaristía. Con ésta cada dia renovamos ese sacrificio de amor, y tributamos el de alabanza y gratitud, que merece la bondad divina y la caridad infinita de nuestro soberano libertador (1).

La noche de tan soberana institucion comia Jesucristo con sus apóstoles el cordero pascual, y tomando en sus manos el pan, levantó sus ojos al cielo, lo bendijo, y distribuyéndolo entre sus apóstoles que con El estaban sentados á la mesa, les dijo : « Tomad y comed, éste es mi cuerpo. » Segun el Angélico Doctor, tomando un bocado de aquel pan santísimo, se comulgó primero á sí mismo, para animar á sus apóstoles á que le comiesen, y para darles ejemplo de la reverencia y profunda devoción con que habian de comerle, cuando recibiesen la sagrada comunión (2). Luego, tomando el cáliz ó copa llena de vino, dijo : « Este es el cáliz de mi sangre del nuevo Testamento, que por vosotros y por muchos será derramada en remision de los pecados. » En virtud de estas palabras de Cristo aquel pan dejó de ser pan, y este vino dejó de ser vino, pasando el pan á ser carne real y verdadera de nuestro Señor Jesucristo, y el vino á ser sangre purísima

(1) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 73. art. 6.

(2) Ib. quaest. 81. art. 1.

de su cuerpo. Como habia distribuido ántes el pan convertido en su carne , así distribuyó tambien el vino convertido en su sangre ; y al entregarles prenda tan preciosa de su infinita caridad , « Cada vez , les dijo , que hiciéreis ésto , hacedlo en memoria mia . » Los apóstoles creyeron la verdad de este misterio , del mismo modo que nosotros lo creemos , segun vamos á verlo .

¿Qué es lo que cree en el sacramento de la eucaristía nuestra santa madre Iglesia ? Cree y confiesa que el sacramento de la eucaristía es uno de los siete que instituyó Nuestro Señor Jesucristo , y en el que nos da su cuerpo y su sangre , que produce en nuestra alma gracia cibativa para robustecernos y sostenernos en el camino de la vida eterna . Creemos , pues , que Jesucristo realmente instituyó el sacramento de la eucaristía como uno de los sacramentos de la ley cristiana , y que cuando dijo á sus discípulos : « Tomad y comed , éste es mi cuerpo , » añadiendo luego : « Tomad y bebed , ésta es mi sangre , » les dió verdaderamente su cuerpo y su sangre por comida y por bebida . Cree tambien la Iglesia nuestra madre que , al decir el Señor á sus apóstoles : « Cada vez que hiciéreis ésto , hacedlo en mi memoria , » concedió á los sacerdotes de su Iglesia legítimo poder para consagrar el pan en carne , y el vino en sangre de Nuestro Señor Jesucristo . De modo que cualquiera de éstos legítimamente ordenado , teniendo voluntad y verdadera intencion de consagrar , consagra realmente el pan en cuerpo , y el vino en sangre de Nuestro Señor Jesucristo , cuando repite las palabras enseñadas y establecidas por el mismo Jesucristo . Cree tambien que , aun cuando el pan consagrado en cuerpo de Cristo se divida y parta en muchas porciones , en cada una de éstas , por pequeña que fuese , está todo entero Nuestro Señor Jesucristo ,

de modo que aquellos que las reciben en la sagrada comunión, reciben el cuerpo de Cristo no dividido, ó una parte de él, sino entero, completo y perfecto. Cree finalmente que, por indigno y miserable que fuese el sacerdote que consagra, ni esa miseria, ni esa indignidad nada perjudican á la esencia del sacramento, porque, á pesar de todo, el sacerdote consagra válidamente el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo. De modo que el cristiano que recibe la santa eucaristía consagrada por un sacerdote indigno, ó adora á Cristo en las manos de un sacerdote pecador, recibe y adora al mismo Cristo, con la misma virtud y con la misma eficacia, para participarle sus infinitos merecimientos, como si lo adorase ó lo recibiese de manos de un virtuoso y santo sacerdote.

Los protestantes y otros sectarios disidentes de la santa Iglesia Católica han pretendido oscurecer la claridad de estos dogmas, esparciendo acerca de ellos diversos errores que vamos á tocar, aunque sea muy de paso, para que mejor conozcais, hermanos míos, cuán distante se encuentran aquellos de tener la doctrina que nos enseñó Nuestro Señor Jesucristo, ya en su santo Evangelio, ya por sus santos apóstoles.

Pretenden aquellos que Jesucristo, diciendo á sus discípulos: « Tomad y comed, éste es mi cuerpo; tomad y bebed, ésta es mi sangre, » no tuvo voluntad de darnos realmente su mismo cuerpo, ni su misma sangre, sino solo una memoria de su cuerpo y de su sangre. Discutiendo como los otros del pueblo judío de que nos habla San Juan, ¿cómo pudo, dicen, darnos Jesucristo su cuerpo para comida, y su sangre para bebida? Como si pudiera poner límites el hombre alguna vez al poder de Dios, quieren ellos limitarlo y apocarlo á su voluntad. No es su cuerpo, dicen, el que nos dejó Jesucristo en la eucaristía, sino tan solo una figura ó

memoria de él. Así discurrió Lutero y con él los modernos novadores. Mas para comprender hasta dónde es contraria semejante doctrina, á la que nos enseña Jesucristo, basta que recordemos las palabras con que se dió á sus discípulos, cuando les decía : « Tomad y comed, éste es mi cuerpo ; tomad y bebed, ésta es mi sangre. » De suerte que , mientras Nuestro Señor Jesucristo lleno de amor para con sus criaturas, que creen y esperan en El, « tomad, les dice, y comed, éste es mi cuerpo, el mismo que va á ser entregado por vosotros y por muchos para remisión de los pecados, » los protestantes , los reformadores y cuantos se empeñan por combatir la verdad de la santa eucaristía , nos dicen : « No es su cuerpo lo que nos da el Señor, aunque El lo diga, sino solo la figura de su cuerpo. » De modo que nada vale la voluntad del Señor, ni sus palabras significan lo que evidentemente quieren decir, sino que tienen otro sentido muy diferente; sentido que no les dió la infinita sabiduría de Dios cuando las profirió, ni les dieron los apóstoles que las escucharon. Sentido , digo , que no les dió el Señor, porque Este dice claramente : « Tomad y comed, éste es mi cuerpo, » cuerpo que ya les había prometido darles por comida, cuerpo que había llamado ya El mismo *pan del cielo*, y pan que esperaban los apóstoles, los discípulos del Señor y todos cuantos habían recibido la promesa que ahora cumplía el Salvador. Sentido , repito , que no le dieron tampoco los discípulos de Jesus , que creyeron haber recibido la carne de su divino Maestro, y que todos los que recibimos la santa comunión, recibimos tambien el cuerpo y sangre del Señor, como lo leemos en los libros de los Hechos y de las cartas de los apóstoles á cada paso. La Iglesia Católica nunca tuvo duda alguna acerca de este san-

tísimo sacramento, y creyó como creyeron los apóstoles y discípulos de Cristo, que cada vez que lo recibimos, comemos el cuerpo y bebemos la sangre del Hijo de Dios vivo. Siglo por siglo, leyendo los escritos de los primeros Padres y Doctores de la Iglesia, de esos oráculos, cuya voz nos transmite vivo y resplandeciente el dogma católico, vemos que todos nos enseñan que en la sagrada eucaristía está el mismo Jesucristo para nuestro alimento espiritual, para nuestro consuelo, para nuestra fortaleza y para nuestra gloria. Y después de esa creencia constante de todos los fieles, después de la doctrina invariable de sus Doctores, después que durante tantos siglos fué este misterio del amor divino, la mas preciosa de las riquezas de la Iglesia del Señor, ¿habría alguno imaginado, hermanos mios, que hubiera habido en los reformadores modernos osadia para negar la existencia real de Nuestro Señor Jesucristo en este santo sacramento? Nó, ciertamente, y se abisma el hombre cuando considera hasta dónde se puede extraviar su entendimiento, cuando olvida á Dios, y no escucha la voz que le habla en su nombre y con su autoridad. Es ésta la situación de los protestantes que, cerrando sus ojos á la luz de la fe católica, andan envueltos en tinieblas, y caen de precipicio en precipicio. Compadezcamos su ceguedad, y pidamos á nuestro Señor Jesucristo presente en la santa eucaristía, que envie sobre los protestantes y sobre todos los disidentes que niegan la verdad católica, un rayo de luz divina, que les haga creer y confesar cuanto El nos enseñó, y cuanto en su nombre nos ha enseñado y nos enseña nuestra madre la santa Iglesia Católica.

Ved pues, cómo los protestantes y demás disidentes se apartan de la doctrina enseñada por el Divino

Salvador acerca de la santa eucaristía, y cómo por el contrario la Iglesia Católica cree y confiesa la misma doctrina que recibimos de Nuestro Señor Jesucristo.

Mas, ¿qué fin tuvo Dios al quedarse en medio de los hombres en este santo sacramento? Ved ahí la pregunta que voy á responderos, hermanos mios. Quiso quedarse Jesucristo entre nosotros sacramentado para fortalecer nuestra fé. Por esta virtud el cristiano se mueve hacia Dios, practicando obras meritorias, de modo que cuando su fé se debilita ó se perturba, su vida espiritual desaparece, como desaparece la salud del cuerpo humano atormentado por alguna grave enfermedad. Alimentándonos el Señor con su cuerpo y con su sangre en la sagrada comunión, destruye los enemigos que en nuestra alma estan incesantemente combatiendo nuestra fé. Por esta razon el Angélico Doctor Santo Tomás nos dice, que « hizo el Señor á los débiles robustos, dándoles la comida de su cuerpo (1). » Los hace robustos, porque ilumina sus almas con los resplandores de la gracia, que destierra de sus entendimientos la ignorancia, el mas formidable enemigo de la fé. Los hace robustos, porque los desprende dé la afición al pecado, que constantemente está en guerra con los principios de nuestra fé; y los hace robustos tambien, porque les inspira voluntad eficaz, para hacer cuanto de ellos dependa, á fin de fortalecer en su alma los principios de la santa fé.

Se quedó ademas Jesucristo en la santa eucaristía para que, comiéndole nosotros, pudiéramos resistir mejor la violencia de nuestras pasiones desordenadas. Recorrad, hermanos mios, que « nuestra vida en este mundo es verdadera guerra, » como nos lo enseña el Espíritu

(1) In Offic. SS. Corporis Christi.

Santo (1); por eso Dios infinitamente bueno y misericordioso, se nos da en la sagrada comunión por compañero, como queriendo participar de nuestros combates y de todas las penas, amarguras y congojas que nos causan. Esta comida, que nos da Jesucristo, es la que figuraba el pan que llevó el ángel á Elias que, perseguido de muerte, fugitivo y rendido por la fatiga, rogaba al Señor que sacase su alma de la vida presente (2). Y así como ese profeta, comiendo aquel pan milagroso, se encontró lleno de robustez, de alegría y de valor, y se levantó para caminar sin pena hasta el lugar adonde Dios le llamaba; así nosotros, recibiendo la sagrada eucaristía, adquirimos vigor y fuerzas espirituales, para marchar alegres en medio de las contradicciones con que nos molestan nuestras propias pasiones.

Se quedó, finalmente, el Señor entre nosotros, para ser prenda de la bienaventuranza que nos tiene prometida (3). Podemos decir con toda propiedad que, dándosenos Jesucristo en la sagrada eucaristía, « Yo estaré contigo, » nos repite á cada momento, como dijo una sola vez á uno de sus mas favorecidos (4), y que quiere acompañarnos hasta colocarnos en el reino de su Padre celestial.

Ved ahí, hermanos mios, porqué quiso quedarse Jesucristo con nosotros en el santísimo sacramento del altar. Y todos, los que sinceramente creemos en El y le adoramos en la sagrada eucaristía, le miramos como la joya de la santa Iglesia católica, como la grandeza de nuestro culto, como el verdadero honor de nuestros tem-

(1) Job. Cap. 7.

(2) Lib. III. de los Reyes. Cap. 19.

(3) S. Thomas, in Offic. SS. Corporis Christi.

(4) Genes. Cap. 24.

plos, como la alegría de nuestra alma, como la belleza y perfección de nuestro culto, y en fin, como el complemento de los deseos y de las esperanzas del cristiano sobre la tierra.

El sacramento de la eucaristía recibido dignamente comunica al alma la gracia que se llama cibativa, ó como si dijésemos gracia que alimenta y robustece la que recibió anteriormente por medio de otros sacramentos. Porque la gracia que concede no es primera gracia, es decir, de tal naturaleza, que pueda restituirnos á la amistad de Dios perdida por la culpa, como la que nos dan el bautismo y la penitencia; sinó una segunda gracia que alimenta, fortalece y aumenta esa gracia ya existente en el alma: de modo que, acercándose ésta á la sagrada eucaristía en gracia de Dios, entra el Señor á habitar en ella como en su propio tabernáculo, y con la gracia cibativa que le comunica no solo aumenta y fortalece las virtudes que ya existian, sinó que le da nueva robustez espiritual, fuerte y vigorosa para amar á Dios, y llenar con fervor las obligaciones de cristiano. Lo que leemos en las santas Escrituras de Adan recien criado por Dios, y colocado en el paraíso terrenal, puede hacernos comprender mejor los efectos que la gracia cibativa de la santa eucaristía causa en nuestra alma (1). Adan, criado en inocencia y santidad perfectas, fué colocado por su soberano autor en el paraíso, donde entre otros alimentos que le fueron dados, se le concedió tambien el fruto del árbol de la vida; de modo que, comiendo ese fruto de cuando en cuando, bastase para conservar su vida para siempre. Esto mismo ha querido el Señor conceder á los hijos de Adan redimidos con su preciosa sangre, y co-

(1) S. Thomas. 2.^a pars, quaest. 76. art. 4.

locados en el paraíso de su santa Iglesia. Entre otros muchos alimentos que pone á nuestra disposición, para conservar y robustecer la vida de su gracia, nos da el santo sacramento de la eucaristía como árbol, que produce realmente frutos que conducen á la vida eterna. Con la diferencia, hermanos míos, que el árbol del paraíso era terreno, y daba frutos también terrenos, mientras que la sagrada eucaristía es árbol celestial, y nos da fruto venido del cielo. Aquel Divino Salvador que nos dice: « Yo soy el camino, la verdad y la vida (1), Yo soy la luz del mundo, y donde estoy yo, no pueden haber tinieblas (2), » ; comprendeis, cuántas gracias de luz, de vida, de misericordia y de fortaleza derramará sobre el alma que le recibe con la fe ardiente y fervorosa de aquella mujer que decía al Salvador: « Dadme esa agua que me prometes, y de la cual bebiendo una vez, no volveré á tener sed jamás (3) ? » En efecto, hermanos míos, á esta fortaleza celestial, que nos trae la sagrada comunión, debieron tantas almas ese valor y constancia que admiramos en los padecimientos y en las tentaciones de todo género que necesitaron soportar, y en medio de los que mostraron encontrarse sostenidas por una gracia celestial.

Abora bien, si son tantos los bienes que Dios concede á los hombres en este sacramento, claro es que por su propio provecho debería cada uno procurar recibirla á menudo y con todas aquellas disposiciones que son necesarias, y que explicaremos en otra instrucción. Es cierto, que Jesucristo no nos impuso precepto formal de recibir su sagrado cuerpo en algún tiempo de-

(1) S. Juan. Cap. 14.

(2) Ib. Cap. 8.

(3) Ib. Cap. 4.

terminado de nuestra vida ; pero tambien lo es , que nos invita al convite de su cuerpo y sangre ; que nos descubre los bienes inefables que ese banquete de amor nos prepara, y que nos estimula con la caridad mas ardiente para que nos lleguemos á él. Oid, hermanos mios, como nos habla nuestro amoroso Jesus: « Soy yo el pan vivo que bajé del cielo, y el que comiere de este pan, vivirá para siempre ; el que come mi carne y bebe mi sangre , tiene la vida eterna , y yo le resucitaré en el último dia (1). » Vísteis cómo nos convida, descubriendonos las grandezas que su amor encierra en este sacramento para beneficio nuestro; oid ahora como la sabiduría divina nos habia ya convidado, diciéndonos : « Venid, comed mi pan y bebed mi vino que os tengo preparado (2); » y por boca del profeta Isaias : « Venid á las aguas , los que teneis sed ; oidme con oido atento ; comed lo bueno, y se alegrará vuestra alma (3). » ¡Oh Dios mio ! y como hay tantas almas que se muestran insensibles á estas voces amorosas, y no se llegan á la mesa del Señor sinó muy rara vez ! « Oid, pueblos, dice Dios, crié y ennoblecí hijos, y éstos me despreciaron (4). » Esta queja que daba el Señor en medio de un pueblo ingrato y desconocido á los favores, que su misericordia le dispensaba cada dia, es lo que nuestra conducta para con Jesucristo sacramentado en la santa eucaristía le da derecho para repetir.

En los primeros tiempos del cristianismo los fieles comulgaban muy á menudo, y aun todos los dias, como leemos en los Hechos de los Apóstoles (5). Pasado

(1) S. Juan. Cap. 6.

(2) Proverb. Cap. 9.

(3) Isaías. Cap. 55.

(4) Ib. Cap. 1.

(5) Cap. 2.

ese tiempo de verdadero fervor, dispuso la Iglesia nuestra Madre, que todos comulgasen algunas veces cada año, y este mandato estuvo vigente hasta que los santos Concilios Lateranense y Tridentino mandaron, que al menos una vez cada año recibiesen los fieles la sagrada comunión. Todo ésto prueba la necesidad suma que todos tenemos de acercarnos á la mesa del altar. La mayor ó menor frecuencia, con que á cada cual le convendrá acercarse á recibir la comunión, depende de circunstancias particulares, y por consiguiente, no puede darse para todos la misma regla. Algunos podrán hacerlo con gran provecho cada ocho ó cada quince días; otros solamente cada mes; y otros, en fin, tres ó cuatro veces cada año. El que desee obrar con acierto en este particular, consultelo con su confesor, y haga lo que éste le indicare.

Aunque, como ya visteis, hermanos mios, Nuestro Señor Jesucristo dió á los apóstoles su sagrado cuerpo y sangre bajo las especies de pan y vino, tal cual las consagró El mismo; la Iglesia nuestra Madre, sin embargo, teniendo en vista gravísimas razones, mandó que todos los fieles recibiesen la sagrada comunión tan solo bajo la especie del pan, reservando para los sacerdotes, cuando celebran la Misa, comulgar en ambas especies, es decir, de pan y vino. Mas tened presente, que en el pan de la sagrada mesa recibimos todo el cuerpo y toda la sangre de Nuestro Señor Jesucristo. No el cuerpo sin sangre, como pretendieron algunos disidentes de la doctrina católica, sino el cuerpo con la sangre de Jesucristo Nuestro Señor. Por consiguiente, tan entero y tan perfecto recibe al Hijo de Dios el cristiano que comulga la sagrada hostia solamente, como el sacerdote que celebrando la Misa comulga la hostia y el vino juntamente.

Ya hemos indicado, que solo á los sacerdotes instituyó el Señor ministros de este sacramento, cuando en la última cena les dió poder para consagrar, « del mismo modo que El lo había hecho. » *Sic sacrificium istud instituit, cuius officium committi voluit solis presbyteris* (1). Por consiguiente, solo á los sacerdotes corresponde consagrar el cuerpo y sangre del Señor y darlo á los fieles, como se acostumbra en el seno de la Iglesia católica; y cometería un horrendo sacrilegio la persona seglar, que se atreviese á tomar del altar los vasos sagrados que contienen la santa eucaristía, y fingiéndose sacerdote, diese la comunión á los demás.

En beneficio de todo su pueblo cristiano instituyó Jesus el santo sacramento de la eucaristía, y todos y cada uno de cuantos componemos ese pueblo, somos, por consiguiente, los sujetos de este santo sacramento. De modo que, recibiendo con las disposiciones necesarias, todos sacarán las gracias que depositó en él su soberano autor. Sin embargo, la Iglesia nuestra Madre tiene establecido, que el sujeto que recibe la sagrada comunión, sea capaz de conocer y apreciar el bien que se le concede, pues de otro modo la reverencia profunda, que se debe á este sacramento, cada dia quedaría profanada con menoscabo de este mismo. Por eso no se les concede á los niños, que no han llegado al uso completo de su razon; ni á los fátuos y dementes incapaces de dar cuenta debidamente de sus propias acciones; ni á los que ignoran lo que se contiene en el sacramento, porque no pueden apreciar lo que reciben; ni en fin, se concede tampoco á los locos, á no ser que se les dé en aquellos intervalos, en que su razon aparezca despejada, y restablecidos en el libre ejercicio de las potencias de su alma.

(1) D. Thom. in Offic. SS. Sacram.; Trid. Sess. 13. Can. 10.

Eligió el Señor el pan y el vino por materia de la santa eucaristía, queriendo significarnos que el convite que nos hace es perfecto. Pues así como en los convites terrenos no solamente se obsequia al cuerpo con comida, sino tambien con bebida ; así en su convite inefable quiso que fuese tambien regalada nuestra alma con comida y bebida celestial. Eligió el pan y el vino con preferencia á otros manjares, porque son de uso mas general entre todos los hombres en todos lo paises de la tierra. Y despues de elegir el pan y el vino para materia de la santa comunión, quiere que estos accidentes conserven su figura , á pesar de haber pasado á ser su verdadero cuerpo y su sacratísima sangre, para que la humillacion que sufre voluntariamente por nuestro amor , sea todavia mas completa y mas profunda. Pudo hacer con su infinito poder, que ese pan y ese vino, convertidos por la palabra del sacerdote en su verdadero cuerpo y en su verdadera sangre, tomasen la forma y el sabor de su carne y de su sangre; pero quiso humillarse aun, para ganar con su abatimiento todavia mas el amor de nuestros corazones, que ven en la infinita humildad y caridad de Jesucristo la prueba innegable del amor infinito con que nos ama. El Angélico Doctor Santo Tomás (1) añade otra razon porque quiso el Señor que los accidentes de pan y vino subsistiesen, á pesar de su transustanciacion y conversion en cuerpo y sangre de Cristo. Quiso, dice, que tuviésemos un nuevo y heróico ejercicio de fé, porque mientras nuestros sentidos y nuestra razon nos dicen, que aquellos son pan y vino, nuestra fé, elevándonos á mayor altura sobre esos sentidos y sobre esa razon, nos dice que ese pan y ese vino ya no existen, pues que pasaron á ser el

(1) 3.^a pars, quaest. 75. art. 3.

cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo. Recordad, hermanos mios, que al consagrar el vino nuestro Divino Salvador llamó á este sacramento « misterio de fe, » *mysterium fidei*, queriendo que el ejercicio de esta virtud fuese en nosotros el primer medio que empleásemos, para corresponder la liberalidad y el amor infinito que nos muestra.

Ya dijimos ántes la forma con que Nuestro Señor Jesucristo consagró el pan en su carne y el vino en su sangre; y esa misma segun la institucion divina, se observa en la Iglesia Católica, y la repiten los sacerdotes cuando consagran en la santa Misa. Esa forma es la misma en todas las regiones, donde se ofrece el sacrificio eucarístico, y no puede variarse ni alterarse de ningun modo. Los sacerdotes al administrar á los fieles este sacramento santísimo les dicen : *Corpus Domini Nostri Iesu Christi custodiat animam tuam in vitam aeternam. Amen;* como si dijesen : « El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo que te doi guarde tu alma en la vida eterna. Amen. » Palabras en las que se encuentran compendiadas maravillosamente todas las grandezas de este santo sacramento, y los bienes infinitos que en él nos estan reservados. El Dios que en él se nos da, y el objeto con que se nos da ; el amor que lo obliga á descender en busca de nosotros, y la caridad con que se queda, para perpetuar esa misma union hasta la eternidad. ¡ Ojalá que, recibiendo en nuestros pechos con fervor y devicion á tan gran Señor, merezcamos participar de esos bienes inefables ! Ojalá que, penetrados de la dignidad y santidad de la eucaristía, nos presentemos á recibirla llenos de aquella inocencia y de aquel candor, que nos hagan aptos para conseguirlos ! Vos, Dios mio, que nos llamais á vuestros sagrados misterios, para derramar sobre nosotros el tesoro de vuestras virtudes, concedednos

vuestra gracia, que nos haga capaces de alcanzar lo que con tan gran bondad y misericordia habeis querido concedernos. Amen.

INSTRUCCION VIGÉSIMA.

DE LAS DISPOSICIONES NECESARIAS PARA RECIBIR CON FRUTO EL SACRAMENTO DE LA EUCHARISTIA.

*Probet autem seipsum homo:
et sic de pane illo edat, et de calice bibat.*

Por tanto pruébese el hombre á si mismo : y así coma de aquel pan, y beba de aquel vino.

(1. Corinth. Cap. 11.)

Cuando Dios infinitamente sabio y todopoderoso pone á nuestra disposicion los dones inefables de su misericordia, quiere que vengamos á recibirlos, de manera que nuestra alma recoja todos los frutos que en ellos se contienen. Es ésto lo que el Apóstol de las gentes enseña á los cristianos en sus palabras que acabo de repetir. Despues de expresarnos el exceso de bondad, con que Dios quiere permanecer en medio de sus criaturas, para alimentarlas con su cuerpo y con su sangre en la sagrada comunión ; despues de recomendarnos con el afecto mas tierno el amor y respeto , con que debemos corresponder á Jesucristo tanta bondad ; nos amonesta para que meditemos con atencion, si podemos ó no comer de ese pan y beber de ese cáliz. « Porque si indignamente comemos, nos dice, el cuerpo del Señor, y bebemos el cáliz de su sangre , comemos y bebemos la sentencia de nuestra propia condenacion. » De suerte, hermanos mios , que en ese caso convertí-

riamos el beneficio inefable del Señor en instrumento de propia ruina; y la prenda de vida eterna, que recibimos de la mano de Dios, vendria á ser por nuestra culpa causa eficaz de nuestra eterna desgracia. Ved ahí, porqué yo despues de haberos hablado de la institucion del santissimo sacramento de la eucaristia , que hizo Nuestro Señor Jesucristo la noche en que Judas lo puso en manos de sus enemigos, os vengo á explicar ahora las disposiciones, con que debe el cristiano llegarse á recibirlo.

Es este sacramento el árbol de la vida puesto en medio del paraiso; pero que comido contra la voluntad de Dios que lo plantó, provoca su indignacion y atrae sus castigos. Es el pan que viene del cielo, pero que, gustado sin la preparacion debida, acarrea la muerte á quien lo come. ¡ Ah ! hermanos mios, ¡ sabedlo ! ese Jesus , Cordero inocente y manso que se nos da en la santa comunion; ese Jesus, digo, que con inefable amor allí nos busca, nos llama y con tiernísima caridad aun nos obliga (1), por decirlo asi, á que le recibamos, nos pide, sin embargo, no llegarnos á El sin llevar un corazon bien preparado.

Estas disposiciones son unas de precepto, y otras puramente de consejo. De aquellas que llamamos de precepto no podemos prescindir ; mientras que las otras se nos manda traerlas tan solo para recibir los frutos del sacramento con mayor provecho. ¡ Ojalá ! que pueda yo discurrir con toda claridad sobre las unas y las otras, de modo que, cuando en lo sucesivo determinareis acercarlos á recibir al Hijo de Dios en la santa comunion, lleveis en vuestra alma esa que Jesucristo llamó vestidura de gala, y que son las disposiciones que entro á explicar. Atendedme.

(1) Lucas. Cap. 14.

Tres son las disposiciones que por precepto debemos traer, cuando nos acercamos á la santa comunión á saber: estar en gracia de Dios, ésta es la primera; saber lo que vamos á recibir en el sacramento, ésta es la segunda; y éstas dos son de precepto divino ; la tercera es estar en ayunas, y ésta es tan solo de precepto eclesiástico. Está en gracia de Dios todo aquel cristiano, que no tiene en su conciencia pecado mortal que no haya confesado. Lo que hace principalmente al hombre indigno de la comunión, es el pecado mortal; y ésto lo enseñó el mismo Jesucristo en la semejanza de aquel gran rey ó padre de familias , de que nos hablan San Mateo y San Lucas en el santo Evangelio (1). Ese personaje prepara un convite; llama á él no solo á los ricos y á los poderosos, sinó tambien á los pobres, á los enfermos, á los ignorantes, y en fin á todos los hombres, aun cuando parezcan despreciables á los ojos del mundo. Cuando la mesa está llena, se acerca él mismo para ver los que estan sentados en ella ; no le ofenden ni la pobreza de unos, ni las enfermedades de otros, al contrario los mira con amor, y se gloria de que todos éstos gocen las delicias de su banquete. Mas , viendo entre los que comen en su mesa uno que no llevaba el vestido correspondiente, al momento se dirige á él, y ¿ Cómo entraste aqui le dice, sin tener el vestido que era indispensable? *Quomodo huc intrasti, non habens vestem nuptialem?* Sabias que para llegar á mi mesa necesitabas vestirte de gala , y sin embargo te atreviste á hacerlo , injuriándome con tu loca temeridad ? Tomadlo, manda el rey á sus sirvientes , y ponedlo en la prision en castigo de su delito. Ved ahí, hermanos mios, ense-

(1) Mateo. Cap. 22. ; Lucas. Cap. 14.

ñada por nuestro Señor Jesucristo la pureza de conciencia, con que deben llegar á la sagrada mesa los cristianos cuando comulgan. Por esta razon, ántes de comulgar, necesitan purificar todos su conciencia, confesando sus culpas con verdadero arrepentimiento, y haciendo esta diligencia pueden creerse ya en gracia de Dios.

Los pecados olvidados involuntariamente en la confession, no son impedimento para la comunion, por cuanto la absolucion del sacerdote restituyó al alma la verdadera gracia, aun cuando haya obligacion de confesar esos pecados olvidados, para sujetarlos al sacramento de la penitencia en la primera confession que se haga. Mas habiendo confesor, á quien acusar esos pecados olvidados en la confession y recordados ántes de la comunion, seria conveniente y muy provechoso, confesarlos ántes de comulgar: conveniente, he dicho, porque así llegará el cristiano á Jesucristo con mayor amor; y muy provechoso, por cuánto en esa nueva confession ó reconciliacion alcanzará el alma mayor paz, desapareciendo la memoria ó recuerdo de esos pecados olvidados que lo perturban.

No estan en gracia de Dios los que han hecho mala confession, y por consiguiente, llegando de ese modo al sacramento de la comunion, cometan un sacrilegio enorme: ni estan en gracia de Dios los que mantienen vivos en su memoria los agravios, que recibieron de su prójimo, complaciéndose en la esperanza de vengarse alguna vez: ni estan en gracia de Dios aquellos que, apegados á los vicios vergonzosos, en que pasaron tantos años de su vida, no tienen voluntad decidida y eficaz de abandonarlos completamente. ¡Oh Dios mio! á cuántas almas dirigirá Jesucristo su palabra desde la sagrada hostia, para decirles: *Quomodo huc intrasti?* Alma, alma, ¿cómo te acercas á recibirme, cuando no te has limpiado ántes con una

santa confesion, ni te vestiste con la gala de mi ardiente caridad y perfecto amor? ¡Oh buen Jesus! dadnos estas virtudes, dadnos esta inocencia, cuando nos lleguemos á recibiros en la mesa sacrosanta del altar, limpiadnos con vuestra preciosa sangre, no permitais que os recibamos en conciencia de pecado mortal.

Uno de los pecados que Dios castiga con mayor rigor es el sacrilegio que cometan los que comulgan indignamente. Lo castiga privando las almas de los sacrilegos de la luz de sus divinas inspiraciones, de modo que quedan en tinieblas, y no ven ni sienten la monstruosidad del sacrilegio que cometen, ni perciben las inspiraciones saludables, que Dios les envia para dispersarlos del sueño profundo en que aquel los sumerge. Por esta razon, hermanos mios, vemos á tantos que comulgan, dejando sus vicios tan solo momentáneamente, y volver á ellos poco despues con mayor ardor; porque Dios en castigo de sus sacrilegios les entrega en manos de sus pasiones, que los dominan y retienen como sus esclavos, dejándolos sin movimiento para nada que no sea el pecado, ó les conduzca á cometer el pecado. Viven en el sacrilegio tranquilamente, y lo que es mas terrible todavia, mueren en el sacrilegio y se pierden para siempre en los infiernos. La comunión indigna que hizo Judas la noche de la cena, cuando ya maquinaba la venta del Salvador á sus enemigos, fué lo que acabó de cegarlo, hasta resolverlo á consumar su pecado. « Tras el bocado entró en él satanás, » dice el Evangelio (1): y de tal manera lo cegó, que aun cuando la gracia divina le inspiraba conocimiento de su enorme iniquidad, y sentimientos de penitencia, él no aprovechó esos auxilios, sino que, cegado por la desesperacion, se dió la

(1) Juan. Cap. 14.

muerte y cayó en la condenacion eterna. El sacrilegio que cada dia cometia Lutero, recibiendo á Cristo en la santa Misa, cuando ya su espíritu se sublevaba contra las verdades de la fé católica, fué quien lo precipitó al abismo, en que perecieron con él y perecen hasta hoy infinitas almas extraviadas por sus errores. Y en el sacrilegio, en fin , encuentran la muerte mil otras que, si recibieran con la preparacion debida la santa comunión , habrian logrado allí los torrentes de luz, de gracia y de misericordia, que conducen á la felicidad eterna.

Los pecados veniales ó leves no quitan al alma la gracia de Dios, y por consecuencia no sirven de impedimento al cristiano para acercarse á la sagrada comunión. Mas, *probet autem seipsum homo* , permítidme que repita con San Pablo: vea cada uno, ántes de comulgár, si realmente son veniales esas manchas, que aparecen en su conciencia. No sea que , mientras se creen limpias , Dios que penetra lo mas íntimo de los corazones , las encuentre inmundas é indignas de acercarse á los sagrados misterios del cuerpo y sangre de su divino Hijo. Asombra en este particular la conducta que observan ciertas personas , que se llaman arregladas, las que comulgando con frecuencia , no se juzgan impedidas para llegar al sacramento por las murmuraciones , los malos juicios , las mentiras , las palabras equívocas , y otros defectos en que incurren diariamente, y que en muchos casos con dificultad puede conocerse si son graves ó leves. Reflexionen tales personas mucho, ántes de comulgár, y lo que es mas importante todavía, reflexionen si una vida tan defectuosa y tan llena de miserias les permitirá comulgár con tanta frecuencia, principalmente cuando nada hace ver, que se encuentra en ellas desejo eficaz de mejorarla.

La segunda disposicion que debemos traer por precepto á la santa eucaristía , es saber á quién recibimos cuando comulgamos. Esta disposicion nos obliga á conocer, que en la hostia consagrada está todo entero Jesucristo Nuestro Señor. Por consiguiente, no tiene esta disposicion para comulgar aquel que no conoce lo que se contiene en este sacramento; porque, sin conocerlo, no puede apreciarlo, ni amarlo, ni agradecerlo como es debido. Ni recibirlo podrá con el profundo respeto que merece un don tan alto, sinó sabe primero qué es lo que en él va á recibir. El que sin conocer á Jesucristo en la sagrada comunión, pretende sin embargo recibirla, es como aquella samaritana, que está hablando con Jesus, pero sin saber quién es; que está oyendo sus palabras, pero que las escucha como las de cualquier otro hombre, y que pudiendo aprovecharse de ellas, para adquirir bienes de valor infinito, rechaza sin embargo, bruscamente á quien se las dirige. Mas cuando esa misma mujer ha conocido la virtud de Jesus, así como la verdad y vida que encierran sus palabras, corre toda la ciudad llamando á cuantos encuentra , para que vengan á verle y á gustar tambien de su doctrina , como ella la gusta , desde que conoció el don de Dios que encierra. Ved ahí , hermanos mios, cómo considero á esos pobres, que tantas veces vemos que llegan á la comunión, sin conocer absolutamente lo que en este santo sacramento se contiene. ¡Oh ! si comprendiesen el don de Dios, entonces cómo se moveria su corazon á pedir , á amar , á adorar al que es Señor infinitamente bueno y digno de ser amado sobre todas las cosas. Cuidad, pues, hermanos mios, de no llegar al santo sacramento de la comunión, sin saber ántes y entender bien que en él está Nuestro Señor Jesucristo verdadero Dios ; que en él recibimos al mismo Jesucristo verdadero Dios ; y que

si lo conservamos en nuestro corazon, será para nosotros el principio de nuestra felicidad eterna. A vosotros, padres y madres de familia, dirijo mi palabra mas particularmente, para que procureis instruir á vuestros hijos sobre lo que contiene este sacramento, ántes que lleguen á recibirlo. Mirad que la causa del poco fruto que de él sacan de ordinario los niños, es su falta de instruccion sobre lo que reciben. De esa falta de instruccion sois vosotros responsables delante del Señor, por vuestra negligencia y pereza para enseñarles lo que deben saber; y si no podeis enseñarlos, porque sois ignorantes como ellos, porque no procurais algun medio para que se instruyan.

La disposicion de estar en ayunas, cuando comulgamos, es de precepto eclesiástico, y consiste en no haber comido ni bebido cosa alguna desde la media noche anterior á la comunión. Por consiguiente, no podrá considerarse como dispuesto para recibir ésta el que ha tomado cualquier cosa, por ligera que sea, ya por comida ó por bebida. Mas debeis tener presente, hermanos mios, que no quebranta este ayuno natural, exigido para la comunión, el que traga su propia saliva, aun cuando ésta fuese crasa; ni lo quebranta el que traga un poco de sangre que sale de sus propias encías; ni lo quebranta el que traga el polvo que se levanta en el camino, ó el mosquito que se entró en su boca: nada de ésto, repito, quebranta el ayuno natural. Al contrario yo creo, que los que tragan su propia saliva ántes de comulgar, hacen mejor que otros, que escupen sin cesar en la iglesia, ensuciándola y provocando náuseas en los que, por debilidad de estómago, no pueden soportar la vista de inmundicias. El sumo respeto que debemos á Dios es la causa de este precepto, pues no es decente que, entrando en la comunión real y ver-

daderamente dentro de nosotros, vaya allí á confundirse con los alimentos de la tierra , de que vive nuestro cuerpo. Escrito estaba que « Dios nos daria pan del cielo, y que pan de ángeles comerian los hombres. » La Iglesia recuerda esa promesa hecha á los hijos de Dios, y manda á éstos alimentarse con aquel pan sacrosanto, ántes de gustar cualquier otro de la tierra , que les pudiera hacer perder el sabor celestial de aquel manjar divino.

Comete un enorme pecado de sacrilegio el que, no estando en ayunas , recibe la sagrada comunión. Mas no son comprendidos en este precepto general los enfermos, que toman por viático el santísimo sacramento; éstos, aun cuando hayan comido ó bebido cualquier alimento de cualquier naturaleza que sea, pueden recibir el santo viático. La misma Iglesia les concede este beneficio en atención á la incertidumbre del momento de su partida para la eternidad. No debo aquí dejar de recordar á los padres de familia el cuidado, que han de poner cuando comulgan los niños de su casa, para que lo hagan en ayunas. Los niños por su viveza y falta de razon perfecta obran á menudo sin reflexion, de suerte que ni ellos mismos saben darse cuenta de sus propios actos. No es raro encontrar que, olvidándose de la comunión que van á hacer aquel mismo dia, coman algo que se les presente, y despues comulguen, porque la madre no se enoje, ó porque ven á sus compañeros que tambien comulgan. La vigilancia de los padres evitará estos sacrilegios, y hará que los niños reciban con el respeto y devoción debida la sagrada comunión.

Ya que hemos explicado las disposiciones de precepto, vamos ahora á explicar tambien las que se llaman de consejo. De éstas unas preceden á la comunión,

otras la acompañan, y otras, en fin, siguen á la comunión. Mucho tiempo empleó el Señor para preparar á los hombres para recibir el inmenso beneficio de la Encarnación, porque, á la verdad, necesitaban mucha instrucción y muchas disposiciones para conocer á un Dios hecho hombre por redimir y salvar á los hombres, y para elevarlos á la altísima dignidad de hijos suyos. Les sujetó primero á la ley natural, dióles después la ley escrita, y les envió mas tarde profetas que les instruyesen en las verdades sublimes que conducían á la fe que el Hijo de Dios había de revelar. Y si fué necesaria toda esta preparación para recibir á Jesucristo hecho hombre por nosotros, ¿cuál necesitará tener cada uno para recibirlle sacramentado en su pecho? ¿Qué fe tan ardiente, qué caridad tan pura y tan generosa, qué santidad tan perfecta no deberemos procurar cada vez que nos llegamos á recibir la sagrada comunión? Los Israelitas acudían de todas partes á Jerusalén, para celebrar la pascua del cordero, y empleaban muchos días en ejercicios de piedad, á fin de preparar sus almas antes de entrar á la solemnidad del sacrificio. ¿Y cuántos deberá entonces emplear el cristiano, para purificar su alma de las aficiones mundanas, de modo que pueda acercarse al sacrificio de Dios vivo, y comer no un cordero como aquel de los Israelitas, sino la carne y la sangre del Hijo de Dios? Ved, pues, con cuánta razon cada uno, antes de comulgar, debe ejercitarse en aquellas virtudes, que puedan adornarle para salir al encuentro al divino Jesus. El cristiano pues, cuando trata de comulgar, recójase dentro de sí mismo para meditar la grandeza infinita del que viene á entrar en su pecho: honre á Jesucristo, adorándolo con actos abundantes de fe, de esperanza y de caridad, y ésta es la primera preparación inmediata

ántes de la comunian, y que debe servir como de fundamento á todas las otras que se hagan. Mire con los ojos del entendimiento á Jesucristo el mas hermoso de los nacidos: mírelo niño en el humilde pesebre donde fué recostado por su purísima Madre en el portal de Belén ; mírelo ya grande, agitado buscando á los pecadores , causa de sus fatigas y cansancio ; mírelo como encontrando á estos pobrescitos, se detiene para conversar con ellos sobre los intereses de su alma. ¡ Ah ! pobres almas pecadoras ! vosotras estais figuradas en esas ignorantes y sensuales, que con tanta caridad busca y convierte Jesus. Vosotras mismas estais retratadas en Zaqueo, Mateo, la Magdalena y tantas otras, á quienes con voz misericordiosa habla el amoroso Salvador , y las santifica con su gracia que derrama sobre ellas. ¿ Y porqué no habeis de lograr los mismos bienes que aquellas lograron ? ¡ Oh Jesus amorosísimo ! dadnos la disposicion que disteis á aquellos pecadores, á quienes sacaste del profundo lodazal de la miseria y del pecado.

Puedes tambien mirar á Jesucristo padeciendo por tu amor, recordando que por tu salvacion ofrece aquellos tormentos que lo ves sufrir. Mas la consideracion de este inmenso amor, que el alma encuentra en el Divino Jesus, debe inspirar afectos de firmísima esperanza y de ardiente caridad. Con la esperanza ha de confiar cada uno que, poniendo de su parte los medios necesarios, llegará á practicar las virtudes cristianas, como las enseñó Jesucristo, triunfando de los pecados, y particularmente de aquellos que mas le dominan. Ha de confiar, que alcanzará gran temor de Dios para huir las ocasiones y los peligros que fueron ordinariamente las causas verdaderas de sus culpas ; y ha de confiar, en fin, tambien que alcanzará la perseverancia en el servicio divino. Con la caridad

llamemos á Jesus con las voces del corazon, del espíritu y de todo nuestro ser humano para que venga á tomar posesion de nuestras potencias, de nuestros sentidos y de todo cuanto somos y teneinos. Protestémosle que nada, absolutamente nada, vamos á amar en lo sucesivo fuera de El mismo ; digámosle con su amante profeta y siervo el rey David : « Tuyo soy desde este instante, Dios mio, y tuyo quiero ser hasta lo último de mi vida (1). » Mas sea todo ésto muy de corazon; porque las voces de los labios no alcanzan hasta el Señor.

Cuando se han hecho estas diligencias , podemos llegar á la sagrada comunión , y recibiendo á Jesus dentro de nuestro pecho , abrazémonos con El con aquella santa confianza, con que Jacob abrazó al ángel, diciéndole , como decia aquel: « Señor , no te soltaré hasta que me des tu bendicion (2). » Digámosle tambien las palabras que nos dicte el corazon. No quiere de nosotros el Señor oraciones aprendidas , prefiere las que nacen de nuestra alma; esas son las que oye con gusto, y las que nos alcanzan los tesoros de su infinita misericordia. Pidamos allí cuánto necesitemos de bienes espirituales, porque palabra suya es , que el Padre ha puesto todas las cosas en sus manos, y que todas son para nosotros , que somos sus hijos. Tenemos al que todo lo puede. ¿ Y porqué no hemos de aprovechar su presencia para obtener todo cuanto necesitamos ? Cuando han pasado esos primeros momentos de su entrada , renovémosle el propósito de serle fiel toda nuestra vida. Renunciemos de nuevo nuestros pecados , llorémoslos á sus piés como los lloraba la Magdalena abrazada de la cruz; detestémoslos, pidamos que nos inspire un odio profundo á ellos , de modo que cada dia de

(1) Salmo 118.

(2) Genes. Cap. 32.

nuestra vida sea un dia de odio á la culpa, y de amor fidelísimo á Jesucristo Nuestro Señor.

Debo advertiros, hermanos mios, que cuando marcheis al comulgatorio , lo hagais con recogimiento y devucion tales, que sirvan de ejemplo á las demas gentes que allí os vieren. Faltan á esta devucion las personas , que se acercan á comulgar mirando á todas partes, fijándose en el modo como comulgan los otros, empujando y haciendo fuerza para acercarse los primeros, como si ya las sagradas formas fueran á concluirse, ó no pudiesen esperar un poco mas. Los que así comulgan , no muestran tener el recogimiento debido, y pierden en gran parte las gracias que podrian recibir con la santa eucaristía. Al llegar á la comunión, habeis de repetir aquellas palabras, que pone la Iglesia en boca del sacerdote que distribuye la santa comunión : « Señor , no soy digno que entres á mi pobre morada ; dí solo una palabra, y mi alma quedará sana : *Domine, non sum dignus, ut intres sub tectum meum.* » Era así como hablaba el centurion á Jesucristo Señor Nuestro, cuando le rogaba por su hijo, á fin que le concediese la salud. « *Domine, non sum dignus:* » « Señor, no soy ya digno de que vengas á mí ; di solamente una palabra, y mi hijo quedará sano. »

Despues que hemos comulgado, demos nuestras humildes gracias al Señor por el beneficio inefable que nos ha dispensado ; y ésta es la diligencia que hemos de practicar despues de recibir á Jesucristo con el mismo recogimiento y con la misma devucion que ya hemos advertido. Para esta accion de gracias bien podemos auxiliarnos con un libro ; mas si alguno no sabe leer, ó no encuentra libro allí á la mano, tiene para dar al Señor las debidas gracias, el libro de su corazon, el libro de su voluntad, el libro, en fin, de su alma

reconocida y obligada por el beneficio que acaba de recibir. David recordaba los favores de que el Señor le había colmado, y se preguntaba á sí mismo : « Qué retornaré al Señor por todas la cosas que me ha dado (1) ? » Recordaba el Profeta que de entre las ovejas de su padre Isaí le había sacado por su bondad, para ungirle rey de Israel ; recordaba que le había librado de las garras de los leones y de los osos ; recordaba que le había asistido con su fortaleza, para luchar y vencer en batalla al gigante Goliat (2) ; y en fin, recordaba en medio de los trasportes mas tiernos de amor y reconocimiento, que le había perdonado sus pecados, y restituido por su misericordia á su gracia y amistad. Mas bien comprendeis, hermanos mios, que todos estos beneficios concedidos á David distan mucho del que se nos ha hecho en la santa eucaristia. « Porque nada hay, repetiré con el Angélico Doctor Santo Tomás (3), ni puede haber mas precioso , que este convite , en que Cristo Dios y hombre se nos da como verdadera comida. » Con mayor razon que David debemos mostrarnos agradecidos al Señor, cuando hemos recibido y tenemos en nuestro pecho el tesoro de su cuerpo y sangre sacratissima. Por consiguiente , todo cristiano debe mirar como una obligacion detenerse , despues que comulga , á conversar con Dios. Como David ha de convidar á su alma , para que bendiga al Señor por las misericordias y bondades , con que acaba de enriquecerlo : « Bendice , alma , á tu Dios , y no olvides sus infinitas misericordias. Bendice , alma mia , al Señor ; y todo cuanto hay en mí bendiga y alabe

(1) Salmo 115.

(2) Salmo 17.

(3) Opusc. 57.

su santo nombre (1). » Tales han de ser las palabras y los íntimos deseos de cada cristiano en este caso. Y á la verdad, viendo con nuestra viva fé á Dios dentro de nosotros y unido á nuestra alma, unida nuestra carne á la carne del Hijo de Dios, y nuestra sangre confundida con la purísima de sus venas, hemos de procurar llenarnos de fervor, para consagrarnos al Señor, de cuyas manos nos viene tan alto beneficio: llenarnos de confianza amorosa, para comunicarle nuestras pobrezas espirituales, nuestros sufrimientos por las tentaciones, nuestras debilidades, nuestras afficciones, y en fin, tantos males que componen, podemos decir, los días de nuestra vida. ¡Oh! si nos penetrásemos bastante de todas estas verdades, nos retiraríamos unas veces, de la comunión « como leones para pelear las batallas del Señor con valor terrible para satanás (2),» mientras otras absortos en la bondad divina, que todo cuanto tiene nos acaba de dar dándonos su cuerpo y sangre, quedaríamos en presencia de tanta bondad sin mas voluntad, ni mas fuerzas que para amar á Dios en correspondencia de su infinita caridad.

Edificaré, hermanos míos, y estimularé vuestra piedad al mismo tiempo proponiéndoos como modelo de correspondencia á Jesucristo, á una tier necita niña que apenas da sus primeros pasos por este valle de lágrimas, cuando ya penetra la grandeza de la caridad de Jesucristo, y no solo le entrega en correspondencia todo su corazón, sino que también le rinde su vida á impulsos del amor con que corresponde al de su divina majestad. Hablo de la bienaventurada Virgen Imelda Lambertini, deudo inmediato del sabio

(1) Salmo 102.

(2) S. Ioann. Chrysost. Homil. 61. ad pop. Antioch.

Pontífice Benedicto XIV. Colocada por su padre en el monasterio de religiosas Domínicas de Bolonia , cuando apenas tenia edad muy tierna, vieron las religiosas que se anticipaba en ella la virtud á los años. Vestida con el hábito de Santo Domingo se propuso imitar á Santa Catalina de Ricci, y como esta gran Santa, dormia sobre el duro suelo, ayunaba con mucha frecuencia y guardaba un silencio estricto muchas horas cada dia. Aunque su edad era muy corta, sin embargo, los sacerdotes que la examinaron, edificados de su virtud prodigiosa, juzgaron que debia ser admitida á la sagrada comunión, y en efecto le fijaron un dia en que habia de recibirla por primera vez, y en el que, con asombro de todos, la sagrada hostia voló á Imelda de las manos del sacerdote, y la tierna niña al recibirla quedó muerta en trasportes celestiales de gozo, de amor y de fervoroso agradecimiento (1). ¡Ved ahí una alma que ama y se penetra del infinito favor que recibe de Jesucristo!

No podemos fijar tiempo determinado para la acción de gracias despues de comulgar, porque ésto dependerá de muchas circunstancias ; pero una media hora empleada en aquellos ejercicios la creemos suficiente, generalmente hablando. Mas nuestra gratitud no se ha de limitar á estos ejercicios devotos, que debemos hacer despues de comulgar , sinó que debe prolongarse todo el dia, todo el mes, todo el año, y en fin toda la vida. Jesucristo mismo nos lo enseña así cuando dice: « El que me come, ese vive por mí (2), » y vivir por Jesucristo y para Jesucristo, es la correspondencia de por vida que debemos dar á nuestro divino Redentor. Mas ¿cómo la daremos ? Consagrando

(1) Breviar. Sac. Ord. Praed. XVI. Sept.

(2) Juan. Cap. 6.

al Señor nuestras obras, de manera que todas éstas vayan encaminadas á su gloria, y que su fin primero y especial sea procurar con ellas la honra del Señor. ¡Ved ahí, hermanos mios, nuestra perfecta accion de gracias ! Hemos recibido á Jesucristo, y debemos repetir como el apóstol San Pablo : « *Vivo ego, iam non ego, vivit vero in me Christus* : Vivo yo : mas no soy yo, sinó Jesucristo el que vive en mí (1). » San Francisco de Sales nos propone el ejemplo del príncipe Mifiboset (2), para enseñarnos cuál deba ser nuestro agradecimiento al Señor, por habernos admitido al sagrado convite de su cuerpo y de su sangre. Oidlo. Estando ya David en posesion del reino de Israel que el Señor le habia dado, quiso manifestar su amor al príncipe Jonatas muerto en la batalla de Gelboé, con quien le habia ligado una amistad muy estrecha. Preguntó si existia alguno de sus hijos, y sabiendo que Mifiboset, el menor de ellos, vivia aun, lo hizo llevar á su presencia, y le mandó que viniese á vivir en su palacio y se sentase en su real mesa cada dia. Fué tanta la gratitud que inspiró en Mifiboset esta bondad de David, que se quedó morando en su casa y como desprendido de sus parientes, de sus posesiones y de sus amigos, y ocupado tan solo de disfrutar el beneficio que le hacia David, sentándolo á su mesa, y sustentándolo con la comida real. Con mucha mas razon que Mifiboset para con David, debíamos nosotros observar una conducta semejante para con Jesucristo. Porque, á la verdad, allá era un rey de la tierra, quien convidaba á otro príncipe, á cuyo padre debia David muestras repetidas de amor y generosidad ; la mesa para que se le in-

(1) Epist. ad Galat. Cap. 2.

(2) Lib. II. de los Reyes. Cap. 9.

vitaba, era servida con pan de trigo y carnes de animales; y el vino, en fin, con que allí eran recreados los convidados, estaba hecho con uvas de la Palestina, y trabajado por los siervos de David. Mas en el convite de la santa comunión, á que estamos llamados nosotros, no sucede así: el Rey del cielo y de la tierra es quien convida á sus criaturas miserables; y léjos de tener éstas algun mérito, nada pueden presentar como título para que se les admita en el convite, porque nada tienen fuera de miserias y de infidelidades. La carne que en él se sirve, es la carne del Hijo de Dios, y el vino con que son regalados los convidados, la sangre purísima y sacratísima de sus venas. Comprended, pues, hermanos mios, cuánto mayor debe ser nuestro reconocimiento, y cuán obligados quedamos por la comunión á vivir para Jesucristo, dedicándonos á su santo servicio con amor y fidelidad. Imitemos al mismo Jesucristo, que acabada la cena en que instituyó este sacramento, y comulgó El mismo su precioso cuerpo y purísima sangre, dió á su eterno Padre las mas humildes y afectuosas gracias, cantando alabanzas á su infinita bondad (1). Unamos nuestras voces á las suyas, despues que hemos recibido en nuestro pecho el divino manjar con que nos regala. Si, unámoslas, porque solo las voces suyas pueden dignamente corresponder á tan soberano beneficio, y con todo el fervor de nuestra alma repitamos muchas veces con él mismo: Santificadnos, Señor, con tu palabra, mientras estemos en este mundo; fortificadnos con tu gracia, unidnos á Vos de tal manera, que seamos una misma cosa con Vos por la caridad. Que conozcan por nosotros, por nuestras obras y por nuestras palabras,

(1) Mateo. Cap. 26.

que sois infinitamente bueno, que estais en nosotros y que nosotros estamos en Vos (1). Ojalá sea así, hermanos mios, de tal modo que, transformados por el amor de Cristo, no solo merezcamos aquí en la tierra gozar las delicias que proporciona á los que le poseen, sinó que lleguemos á disfrutarlas eternamente allá en el cielo, que os deseo.

INSTRUCCION VIGÉSIMA PRIMERA.

DEL SACRAMENTO DE LA EXTREMAUNCION.

*Exeuntes praedicabant ut poenitentiam agerent,
et daemonia multa ejiciebant,
et ungebant oleo multos aegros, et sanabant.*

Saliendo predicaban que hiciesen penitencia, y lanzaban muchos demonios, y ungian con óleo á muchos enfermos, y sanaban.

(Marc. Cap. 6.)

Dios infinitamente misericordioso jamas deja de socorrer á los hombres con su gracia, por mas que le ofendan sus continuas miserias é infidelidades. Como ama la madre á su hijo pequeñito, y le cubre de tiernas caricias; así nos ama á nosotros el Señor, y nos hace sentir los efectos de su amor y de su misericordia. Esta bondad de Dios en todas las circunstancias de la vida, nos acompaña sin abandonarnos un solo instante. Apenas aparecemos sobre la tierra concebidos en pecado y esclavos del demonio, cuando Dios nos regenera con el santo bautismo, nos aplica su sangre, y rompe

(1) Juan. Cap. 17.

las cadenas de nuestra servidumbre. La debilidad é inconstancia de nuestra condicion nos prepara para nuevas caidas ; por todas partes se levantan peligros á nuestra fé, á nuestra religion, y á todas las virtudes que el Señor nos concedió ; mas la mano del Señor vuelve á extenderse para protegernos, comunicándonos la robustez y fortaleza necesarias en la santa confirmation, de modo que podamos triunfar de aquellos peligros. Lleno de ternura nuestro buen Dios nos levanta cuando nos ve caidos, se apresura por curar las llagas que abrieron en nuestra alma los pecados, bañándolas y ungíéndolas con la medicina de la penitencia, á esa misma alma dirige palabras de vida para alentarla en el camino del reino de los cielos, cuando ya la ha vuelto á su amistad, y protesta que hará por ella cuántos sacrificios sean necesarios á fin que no vuelva á separarse de su gracia por nuevos pecados. ¡ Oh ! qué hermoso es todo esto, hermanos mios, contemplado con los ojos de la fé, y llevando como antorcha de nuestros pasos la palabra del Señor. Pero aun mas , cuando este hombre, agoviado por las fatigas y por el peso de sus años, se dispone á partir para la eternidad, vemos de nuevo la mano del Señor que vuela á estar con él para asistirle, para purificarle y para confortarle en el terrible momento , de que pende nuestra felicidad ó infelicidad eterna. Esta es en efecto la misericordia divina, que experimentamos en el santo sacramento de la extremauncion , que es la materia de esta doctrina. Todo lo dicho debe inspirarnos un profundo agradecimiento á la bondad de Dios, que nos ha colmado de sus dones sin merecerlos ; y á la vez deseo de aprovecharlos, recibiéndolos de modo que surtan en nosotros todos los preciosos efectos, que se propuso su soberano autor. Voy á explicarlos , hermanos mios ,

la doctrina concerniente al sacramento de la extremauncion. Atendedme.

Se llama extremauncion el sacramento de la nueva ley instituido por Jesucristo Señor Nuestro, y que da á los enfermos que lo reciben gracia corroborativa, que los fortalece y los prepara en su salida de este mundo. Es, en efecto, extremauncion, porque recibe el cristiano en este sacramento la última unción de todas aquellas, que la Iglesia concede á sus hijos durante el viaje que hacemos marchando por la vida presente hacia la eternidad. Nos ungíó esta buena y amorosa Madre cuando le mostramos nuestra firme voluntad de pertenecer á Jesucristo, y le rogamos nos inscribiese en el número de sus fieles; nos ungíó cuando nos hizo nacer para la vida eterna en el santo bautismo; nos volvió á ungir cuando nos confirmó en la santa fe cristiana; y ungíó todavía á aquellos, á quienes segregó el Señor de los demás, consagrándolos para emplearlos en el santo ministerio del altar. En la extremauncion unge por última vez á sus fieles hijos, para que esta unción les haga formidables á los ojos de satanás, de modo que éste se acobarde en su empresa de perderlos á la hora de la muerte. Esta fué cabalmente la razon que tuvieron los cristianos de los primitivos siglos para llamar á este sacramento unas veces sacramento de unción de los enfermos, *Sacramentum unctionis infirmorum*, y otras tambien *sacramentum exequuntium*, sacramento de los que salen; porque siempre fué administrado á los fieles como posterre unción que les preparase para salir de este mundo. Todos estos nombres que fueron dados á la extremauncion desde el principio mismo de la Iglesia, ya nos estan mostrando el aprecio, en que fué tenida siempre entre los fieles.

Nuestro Señor Jesucristo único autor de todos los sacramentos, que cree y confiesa nuestra santa madre Iglesia, lo fué de la santa extremauncion. Así lo tiene sancionado el santo Concilio de Trento (1), así lo creyó constantemente la Iglesia universal, así lo estableció la tradicion de todos los siglos, y así lo prueba la naturaleza misma de este sacramento. El apóstol Santiago nos da á conocer ésto mismo al promulgarlo, diciéndonos: « ¿Enferma alguno entre vosotros? llame á los presbíteros de la Iglesia, y oren sobre él, ungíéndole con óleo en el nombre del Señor; y la oracion de la fé salvará al enfermo, y le aliviará el Señor; y si tuviiese pecados, le serán perdonados (2). » Como lo habéis oido, nos declara el Santo Apóstol la fuerza y eficacia que tiene la extremauncion para perdonar pecados; y ademas otras gracias que estan vinculadas en ella por la virtud de Dios su soberano autor. No puede, es cierto, fijarse con seguridad el tiempo de la institucion de este sacramento; mas San Márcos (3) nos hace ver, que durante la predicacion del Salvador ya los apóstoles lo administraban á los enfermos. Mandados aquellos por su divino Maestro de dos en dos en diversas regiones de la Judea y de la Samaria, no solamente predicaban la doctrina del santo Evangelio, y la necesidad que tenian todos de hacer penitencia por sus culpas; no solo arrojaban de los cuerpos á los demonios que los atormentaban, sino que ungian á muchos enfermos con óleo, y los sanaban. Los apóstoles habian aprendido de Jesucristo mismo la eficacia de esta unción, para alcanzar la mejoría no tanto de las enfermedades del cuerpo, cuando así conviene á los designios del

(1) Sess. 15. Can. 1.; S. Thom. in 4. dist. 13. quaest. 1. art. 4.

(2) Epíst. del apóstol Santiago. Cap. 5.

(3) Cap. 6.

Señor, cuanto de las del alma que es el objeto predilecto de la providencia divina. Administraban, pues, la santa extremauncion á los enfermos, y éstos sanaban los unos corporalmente, y los otros espiritualmente, y de la manera que luego veremos. Los apóstoles, como notan los santos Padres, no inventaron esta unción, sino que la recibieron recomendada por su divino Maestro; no eficaz por alguna virtud natural que ella tuviese, sino por la sobrenatural ó mística que le había sido concedida, mejor para sanar las almas, que los cuerpos (1). Los Padres y Doctores de la Iglesia no admiten duda alguna sobre que Cristo nuestro Señor fué el verdadero autor de la santa extremauncion, y particularmente San Dionisio, San Juan Crisóstomo, San Ambrosio y San Gregorio el Grande sostuvieron que era uno de los sacramentos de la Iglesia, y que ésta lo había reconocido como tal en todo tiempo.

La materia de este sacramento es por institucion divina el aceite puro de olivas, clarificado como licor y consagrado por el obispo. Esta materia nos da á conocer las virtudes que obra este sacramento, así en el alma como en el cuerpo de quien lo recibe. Porque el aceite de la naturaleza del que hemos indicado tiene, hermanos mios, eficacia para aliviar los dolores agudos que suele el hombre sufrir en su cuerpo, suaviza la irritacion que causan los malos humores, y cura las enfermedades que aparecen sobre la superficie de nuestra carne. Ademas ilumina las tinieblas, sirviendo de pábulo á la luz, alivia y recrea los cuerpos rendidos por la fatiga, y en fin, es útil á los hombres tantas veces como medicina, como alimento y como recreo. De un modo semejante obra en nuestra alma la gracia

(1) Catecismo Rom. Parte II, del sacr. de la Extremauncion.

que le comunica la santa extremauncion. La limpia de las faltas veniales que la debilitan, restituyéndole esa hermosura perfecta, que nos da la plenitud de la divina gracia ; ademas inspira al enfermo alegría y gozo en el Señor, y conformidad con las disposiciones divinas ; y hace brillar sobre su conciencia aquella luz, de que necesitamos para conocer mejor el camino, que nos conduce mas rectamente á Dios nuestro Señor. En la noche de su tribulacion se da al alma esta luz celestial, que la acompane hasta ponerla en el camino de paz y seguridad, que la conduzca al reino de los cielos. Ya veis, hermanos mios, como en la materia de este santo sacramento se nos indica la virtud y eficacia de la gracia divina, que en el mismo se nos concede. Esta materia no puede alterarse, ni este óleo bendito revolverse con otro que no lo esté ; de tal modo que comete pecado grave quien hiciese semejante mezcla, alterando la materia de este sacramento, y exponiéndola á ser nula. Tambien cometan pecado grave de irreverencia, aquellos que aplican este óleo bendito para otros usos profanos.

La forma , bajo la cual la Iglesia concede á sus hijos este sacramento , difiere de la de los otros , en cuanto en éstos el ministro aparece obrando de por sí con el poder que Dios le concedió ; mientras que en la santa extremauncion administra el sacramento de un modo deprecatorio, es decir, no concediendo él mismo, sino pidiendo al Señor perdon de sus faltas para aquel que lo recibe. La razon de esto es, porque la extremauncion no solo se administra para obtener gracias espirituales , sino tambien como medio de alcanzar la sanidad para aquel enfermo que la recibe. No siempre Dios concede que los enfermos reciban la convalecencia de sus males ; y al contrario es lo mas conforme con

la naturaleza de las cosas, que un hombre, puesto en los últimos períodos de una enfermedad grave, muera á consecuencias de ese mismo mal ; y como Dios es el único dueño de la vida y de la muerte, por eso el ministro del sacramento se vuelve al Señor, pidiéndole por aquel enfermo. Por eso el sacerdote en vez de decir como en el bautismo : « Yo te bautizo, » ó como en la penitencia : « Yo te absuelvo ; » se limita á rogar, y ungíéndolo dice : « Por esta santa unción te perdone Dios todo cuanto pecaste por los ojos, ó por las narices, ó por los oídos, » ó por aquel sentido que está ungiendo presentemente. Ningún otro sacramento se administra con tantas oraciones como éste, dice el Catecismo Romano, porque en ninguna otra circunstancia de la vida necesitamos ser mas fortalecidos por la gracia del Señor y por los ruegos de los Santos, como en la hora de nuestra muerte (1). El sacerdote invoca primeramente á Dios Nuestro Señor, y pide que en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo se estinga en ese enfermo, que va á recibir la santa unción, todo el poder de satanás, mediante el santo sacramento que le va á administrar. Invoca la intercesión de los Ángeles y de los Santos para obtener esta gracia, y después de su humilde deprecación unge al enfermo en los ojos, en los oídos, en las narices, en los labios, en las manos, en los pies, en los hombros y en la cintura. En cada una de estas unciones repite el sacerdote la forma del sacramento : *Per istam sanctam unctionem, et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus quidquid per...* (aquí nombra el sentido que une) *deliquisti. Amen.* Recordad, hermanos míos, que en el sagrado bau-

(1) Catecismo Rom. Parte II, del sacr. de la extremauncion.

tismo la Iglesia nuestra Madre rogó al Señor por medio del ministro del sacramento, para que santificase nuestra alma y nuestro cuerpo, derramando su gracia sobre nosotros. Recordad, que con ese objeto señaló nuestra frente y nuestro corazon con la señal sacro-santa de la cruz. Recordad, que nos ungíó con el óleo de los fuertes, nos dió á gustar la sal de la sabiduría, y nos fortaleció con el sagrado crisma, que había de prepararnos para tantas récias batallas, que hemos de sostener durante la vida con los enemigos de nuestra alma; y recordando todo ésto, ya comprendereis porqué ahora la Iglesia unge de nuevo al que entonces tambien ungíó santificándolo para el Señor. Entonces era el dia que naciamos para Jesucristo, entrábamos á su Iglesia, y principiábamos á pertenecer al verdadero pueblo de Dios; ahora hemos concluido la carrera que comenzamos en el bautismo, hemos terminado los dias de nuestra peregrinacion en este mundo, y vamos á salir de él. ¡Ah! y cuántas manchas hemos contraido en nuestro cuerpo y en nuestra alma, en nuestras potencias y en nuestros sentidos! Ved ahí lo que la misma Iglesia, amorosísima Madre, pide á Dios que perdone y limpie, administrando al enfermo la santa extremauncion. Ved ahí, porqué unge esos mismos sentidos, deseando con ardor volver al cristiano toda esa hermosura, con que salió de la sagrada fuente el dia de su bautismo.

Mas todas estas unciones que hace el sacerdote en los diferentes sentidos del enfermo, no creais, hermanos mios, que hacen tambien diferentes sacramentos, porque todas ellas no forman sinó los diversos actos que componen y perfeccionan un mismo sacramento. Por consiguiente, aun cuando en cada una de esas unciones se repita la misma forma, no es cada una

sinó parte de la misma extremauncion , ni producen todas sinó una gracia, que es la del sacramento de la extremauncion.

El ministro de este sacramento es el sacerdote, segun leemos en la epístola del apóstol Santiago, que promulgó la doctrina del Señor acerca de la extremauncion , cuando nos dice : ¿ Se enferma alguno entre vosotros ? llame á los presbíteros . » Ya veis, hermanos mios, que la institucion de ministro no puede ser mas terminante. Y bajo este nombre de presbíteros no nos indica ni á los fieles mas avanzados en edad, ni á los mas dignos y espectables de su condicion, ni á los mas distinguidos, en fin, por sus virtudes, sinó á los presbíteros que recibieron del obispo la sagrada ordenacion. Segun las disposiciones de la Iglesia, á sus párrocos presbíteros, ó á los que hacen sus veces, es á quienes por derecho incumbe administrar á los enfermos la santa extremauncion.

Vengamos ahora al sujeto de este sacramento, que son todos los cristianos que se encuentran enfermos de gravedad , y por efecto de esa misma enfermedad en peligro de muerte. De donde se deducen dos cosas ; la primera , que no se da este sacramento á los que se encuentran buenos y sanos del cuerpo, cuando por otra parte los amenaza inminente mente la muerte , como , por ejemplo, no se da al soldado que va á la guerra, ni al que va á sufrir la muerte en el patíbulo. La segunda, que no debe el cristiano aguardar el último momento para recibir la santa extremauncion ; porque, siendo este sacramento instituido como medicina del alma y tambien del cuerpo, debe recibirse cuando mejor pueda aprovecharse de su eficacia el paciente, para restablecer sus fuerzas. Las medicinas se aplican á los pacientes cuanto ántes pueden ser útiles, por lo mismo que de

veras se quiere que cuanto ántes recuperen su salud. Pecan , pues , las personas que no advierten á los enfermos su gravedad á tiempo que puedan recibir este santo sacramento con provecho de su alma y de su cuerpo. Este pecado es mucho mas grave todavia, cuando se espera el ultimo momento para administrar al moribundo la santa extremauncion ; es decir, cuando el enfermo ni sabe, ni entiende lo que se hace, porque la gravedad de su mal le ha hecho perder casi totalmente el uso de sus facultades. Un cadáver, hermanos mios , es incapaz de recibir los sacramentos , y no es sinó un cadáver ese hombre que ya ni piensa, ni raciocina, ni entiende lo que se dice, ni lo que se hace. A esta situacion esperan muchas personas que lleguen sus parientes mas queridos para procurarles los auxilios de la religion. Esto es, no solo cometer un pecado gravísimo de omision con perjuicio de nuestro prójimo, sinó obrar con enorme crueldad para con el marido , con el padre , con el hermano ó con el amigo, personas las mas cercanas, ligadas con los vínculos mas estrechos, y á quienes muchas veces se deben beneficios de importancia. Los que así obran , desconocen prácticamente las obligaciones que impone la fé á cada cristiano, y no hacen aprecio de las verdades que aquella misma nos enseña en orden á la vida futura. Mas hoy se quiere , hermanos mios , que Dios haga todas las diligencias con que nosotros debemos procurar nuestra salvacion, ó hablando con mas propiedad, se quiere que nos salve por milagro. Que por milagro conserve la fé en aquel hombre , que vive distraido completamente de sus creencias, que no se acuerda de su religion sinó para burlar unas veces sus prácticas en el seno de la familia , y otras para combatir los derechos de la Iglesia en los círculos, ó quizá tambien llenando las

funciones de magistrado ó legislador. Que por milagro, repito, conserve la fé atacada incéstantemente en su conciencia por la lectura de obras irreligiosas é inmorales, que forman su entretencion favorita. Que por milagro conserven la moral los hijos de familia, dueños de su voluntad, para visitar á quien quieran, para estar fuera de casa cuando quieran, y para juntarse con las personas que fueren de su agrado, no importa cuáles sean. Y que por milagro tambien disponga el Señor para que pueda morir cristianamente á quien vivió en la disipacion y en los desórdenes de una vida mundana, sin que él se tome la molestia de hacer por su parte aquellas diligencias que Dios exige para perdonar las culpas. ¡Oh! qué errores son éstos tan funestos, hermanos mios, y que arrastran á tantos cristianos á su condenacion eterna. Dios no hará milagros de esta naturaleza. Comprendedlo bien, no los hará el Señor, y los que así mueren, perderán por su culpa la felicidad eterna, á que la sangre de Nuestro Señor Jesucristo les adquirió derecho. «Dios quiere que todos los hombres se salven (1), » y por eso les proporciona tantos y tan abundantes medios de conseguir su salvacion. Pero quiere tambien que los hombres hagan por su parte lo necesario, para conseguir su salvacion; quiere que se arrepientan de corazon de sus culpas; quiere que con espíritu de penitencia las confiesen, y que por medio de los otros sacramentos purifiquen mas y mas su alma, á fin de hacerla apta para el reino de los cielos. Mas nada de ésto quieren aquellos hacer, al contrario permanecen hasta el punto de morir con su conciencia manchada por los pecados, con un corazon apegado á los desórdenes y á los vicios; y con el

(1) I. à Timot. Cap. 2.

afecto buscando los placeres de la tierra parece que quisieran dilatar sus desórdenes, hasta mas allá de su muerte. Ved ahí, hermanos mios, ved ahí, vosotros que asistis á los enfermos, ved ahí el sueño de que es necesario despertar á muchos moribundos, diciéndoles con franqueza y claridad lo que el Profeta al rey de Judá: *Dispone domui tuae, quia morieris, et non vives* (1). Dispon tus cosas, dispon tu alma, que es lo mas precioso que posees; pon en órden los negocios de tu conciencia ; arréglalo todo , porque vas á morir. *Dispone domui tuae, quia morieris, et non vives.* ¡Oh! es muy fuerte y dolorosa, dicen algunos, la impresion que ha de causar al enfermo una noticia semejante, quizá no podrá resistirla , morirá mas presto , y entonces todo quedará perdido. Pero dejad á Dios, hermanos mios, el cuidado de sus criaturas: El da á cada cual la fortaleza que necesita segun las circunstancias en que se encuentra ; cumplid mientras tanto vuestra obligacion con ese pobre enfermo ; cuidad de que aproveche siquiera al fin de su vida los auxilios, que Dios ha puesto á su disposicion para ganar el reino de los cielos. El enfermo mismo, aun cuando le cause al principio alguna impresion fuerte semejante noticia, serenado despues por la fé y por la esperanza, quedará vivamente reconocido al celo , con que habeis atendido sus mas altos intereses, advirtiéndole su grave situacion.

Veamos ahora las disposiciones, con que deben recibir los enfermos la santa extremauncion. Siendo éste uno de los sacramentos que se llaman de vivos, porque supone viva la gracia de Dios en el alma que lo recibe, debe administrarse al enfermo despues de haber confesado sus pecados, ó si no puede confesarse, porque

(1) Isaías. Cap. 38.

la enfermedad se lo impide, despues de haberse arrepentido de sus pecados con verdadera contricion. Debe estar ya el alma en gracia de Dios, para que pueda alcanzar su fruto, de modo que, si alguno lo recibiese en pecado mortal, lejos de aprovecharle, cometerá un gravísimo sacrilegio. Esta es otra razon, porque debe advertirse á los enfermos el peligro de muerte en que se encuentran, de modo que puedan confesarse y recibir ademas la santa eucaristia ordenada por la Iglesia, y que puede aun servirles como disposicion previa para este sacramento. Debe ademas recibirse con fe viva, creyendo el enfermo que por medio de éste Dios fortalecerá su alma de tal modo, que vencerá la guerra de sus enemigos empeñados en perderla. Y debe creer el paciente, que no tan solo la fortaleza saludable del alma le dará la gracia de la extremauncion, sino tambien alivio de las penas y dolores corporales, que le hace sufrir su enfermedad; mas en este punto debe estar completamente resignado á la voluntad de Dios. Nuestra fe ha de ser como aquella de los primeros fieles, que recibian de los apóstoles la unción del santo óleo, mereciendo como premio de su fervor la perfecta curacion de sus dolencias. Con esta fe debe unir su voluntad á los ruegos que la Iglesia dirige á Dios Nuestro Señor por medio del sacerdote que le administra el sacramento, esperando que el Señor los oirá y obrará misericordiosamente para con él.

En fin, como disposicion para recibir bien la extremauncion pídala el mismo enfermo, persuadido de la suma necesidad que tiene de ella como nueva arma que ha de aprovecharle en aquellos momentos, en que la guerra de sus enemigos es mas formidable, y su fuerza para resistir mucho mas débil. Pídala con aquel santo

deseo con que los enfermos se hacian llevar á la presencia de San Pedro, para que siquiera su sombra les tocara, pues esperaban quedar por ese medio libres de sus dolencias.

Conociendo la excelencia de los frutos que recoge el cristiano cuando con la preparacion conveniente se acerca á este santo sacramento, no podremos ménos que poner todos los medios que esten de nuestra parte para conseguirla. Veamos cuáles son. El primero es el perdon de los pecados leves, ó veniales, como suelen ser aquellos llamados ordinariamente. Estos son á los que alude el apóstol Santiago, cuando en la promulgacion que por mandato divino hace de este sacramento nos dice, que en virtud de esta uncion se perdonan los pecados. Nō los mortales ó graves, porque éstos no se borran por otros sacramentos que por el bautismo ó la penitencia, sinó los veniales ó culpas leves que tiene eficacia para borrar la santa extremauncion. El segundo fruto que nos trae es libertar nuestra alma de la debilidad que le causaron sus pecados pasados. Los vestigios que dejan éstos la enflaquecen y dejan sobremanera débil para resistir los ataques de nuestros enemigos espirituales. Y por cierto que en ninguna hora de nuestra vida son tan oportunos los auxilios, como cuando los combates son mas récios, y las fuerzas del hombre que los sufre aparecen debilitadas y como agotadas por la enfermedad misma; entonces es á la verdad, cuando el enfermo necesita nuevos recursos que lo fortalezcan y lo hagan digno de entrar al reino de los cielos. En aquel momento la fortaleza del hombre desaparece, y solo queda viva y palpitante su pobreza y su miseria. Entonces es cuando la santa extremauncion recibida con devoción ejemplar robustece poderosamente el alma de quien

la recibe y la llena de una gracia nueva y particular para soportar aquellos combates y para ahuyentar á nuestros enemigos espirituales. Ademas esta flaqueza y debilidad nuestra nos inspira mayor temor , cuanto nos vamos acercando mas y mas á la presencia de nuestro Juez justo é inexorable. ¡Oh! cuántas angustias nos dice nuestra propia conciencia que hemos de experimentar en la vecindad de la muerte! El Santo Job lleno de virtudes perfectas, y que con admirable resignacion sufrió todos los males con que Dios le visitó , pedia al Señor que le escondiese en lo mas profundo de los infiernos, hasta que pasase el tiempo de su furor, y llegase el momento en que pudiera acordarse de él (1); y el pecador, ese pobre pecador tantas veces ingrato para con Dios y tan desconocido á sus beneficios ; qué no deberá temer, hermanos mios? Para confortarle en medio de sus temores le dejó Cristo la santa extremauncion, y ésta con la gracia particular que nos causa ahuyenta los temores, disipa la tristeza é inspira al alma gran confianza en los merecimientos de Jesucristo nuestro adorable Redentor.

Parece que este sacramento admirable nos acercase á Jesus Nuestro Salvador, y abriese nuestros ojos espirituales para que pudiésemos verlo mas de cerca y empeñado por salvarnos. Parece que nos hiciese oir su voz, aquella misma voz con que exhortaba á sus apóstoles en medio de la violenta tempestad , que les aterraba dejándoles divisar abiertos los abismos que iban á tragárles: *Modicae fidet, quare dubitasti?* nos dice como á aquellos: Oh hombre de poca fé, ¿porqué te acongojas? ¿porqué dudas? ¿No me ves acaso á mí mismo aquí cerca de tí para acompañarte en la última y decisiva jornada

(1) Cap. 14.

de tu vida? *Quare dubitasti?* ¡Ah Dios mio! si tuviésemos fé viva y ardiente caridad para con Vos, en aquella hora fortalecidos con la gracia de vuestro santo óleo, podremos decir con tu Profeta: « El Señor es mi protector; ¿qué podré temer? Los enemigos que me atormentan, han sido debilitados y cayeron: si contra mí se levantasen ejércitos, mi corazon no temerá: si se alzase guerra para perderme, en Dios esperaré yo. Una sola cosa pedí al Señor, y esta misma le volveré á pedir, y es que entre yo á habitar en la casa de mi Dios por toda la eternidad. Porque El me escondió en su santuario, y en el dia de los males me puso á cubierto en lo mas escondido de su tabernáculo (1). » Ojalá tuviésemos, hermanos mios, una fé semejante en la hora de nuestra muerte. Entónces toda la guerra que nos harán nuestros mortales enemigos, no nos parecerá tan espantosa, porque nos encontraremos fortalecidos con la unción de los escogidos del Señor.

El sacramento de la extremauncion no puede reiterarse durante la misma enfermedad; así es que, recibido una ocasión, no puede volverse ya á recibir de ningun modo, y pecaría gravemente quien lo intentase. Mas si ha convalecido un enfermo, de tal manera que su mejoría le ha permitido levantarse de la cama, y salir de su casa, tiene derecho á que se le dé nuevamente la santa extremauncion cuando se encuentre en nuevo peligro.

La Iglesia Católica ha hecho siempre el aprecio que merece del santo sacramento de la extremauncion; lo ha recomendado con vivas instancias á los fieles, y ha declarado que mucho tiene que temer delante del Señor

(1) Salmo 26.

el cristiano , que por su culpa muere sin recibir la santa extremauncion. Procuremos, pues, nosotros cuando el caso llegase, mostrarnos solícitos de ser socorridos á tiempo con la gracia de este sacramento ; procuremos tambien recibarlo con viva fé y ardiente devoción, de modo que experimentemos en la hora de nuestra muerte sus prodigiosos efectos para triunfar de los demonios llegado el caso, y en el cielo las misericordias del Señor para reinar con El eternamente.

INSTRUCCION VIGÉSIMA SEGUNDA.

SOBRE EL SANTO SACRAMENTO DEL ÓRDEN.

Hoc facite in meam commemorationem.

Haced ésto en mi memoria.

(S. Luc. Cap. 22.)

Pequeñas serán siempre todas las expresiones de admiracion y de reconocimiento, que hagan brotar del corazon del hombre estas palabras del Hijo de Dios. Ellas contienen el poder mas grande y admirable de que el supremo hacedor y árbitro de todas las cosas, revistió á los hombres, y que ha de durar perpetuamente en el seno de su Iglesia. Es el poder sacerdotal, de que son depositarios aquellos que el Señor elige para constituirlos como dioses en su Iglesia : ¡ tan elevada es la dignidad que les concede, y tan augustas las funciones del ministerio que les encomienda ! Jesucristo era el verdadero Sacerdote segun el órden de Melquisedec, y como tal se ofreció al Eterno Padre en sacrificio por los pecados del mundo , predico á los hombres las palabras de vida eterna en el santo

Evangelio, absolví de sus culpas á los pecadores arrepentidos, y desempeñó todas las demás funciones sagradas de su sacerdocio. Mas próximo ya á volver al seno de su Padre, donde eternamente desempeñará en favor nuestro esas mismas funciones, bien que de una manera compatible con la majestad y grandeza inefable de su gloria, instituye los ministros del sacerdocio cristiano sobre la tierra, y dirigiendo su palabra omnipotente á los que allí estaban presentes, y á los que habían de venir hasta la consumacion de los siglos, les comunica el poder sacerdotal, mandándoles que cuando desempeñen sus funciones, lo hagan en memoria suya. *Hoc facite in meam commemorationem.*

Ya había cometido Jesucristo á sus discípulos el ejercicio de algunos ministerios sacerdotales, cuando les mandó predicar su santa palabra por todos los pueblos, y les instruyó sobre la manera de conducirse en el ejercicio de este sagrado ministerio, para que fuese provechosa su predicacion (1); cuando les dió poder para perdonar los pecados, declarando que lo que absolviesen en la tierra, quedará absuelto en el cielo, así como lo que retuviesen aquí, quedará retenido allá; y cuando, en fin, concedió eficacia á sus palabras, para arrojar los demonios de los cuerpos, de que se hubiesen apoderado. Mas, cuando la noche en que iba á ser entregado, les dió poder para consagrarse, les pone en posesion de la funcion mas augusta del sacerdocio cristiano, y concede á sus palabras la eficacia que hace bajar al Hijo de Dios á las manos de su ministro sobre la tierra: *Hoc facite in meam commemorationem;* dejando en este mandato la constancia de la facultad, que daba á sus sacerdotes para consagrar el pan en

(1) Lúcas. Cap. 10.

su cuerpo y el vino en su sangre preciosa ; y no solo á los que allí estaban presentes, sino á todos cuantos habian de sucederles en la dignidad sacerdotal hasta la consumacion de los siglos. David habia diviso á los hombres enaltecidos poco ménos que los ángeles, y como maravillado y atónito en presencia de tanta grandeza: « ¿Quién es el hombre, exclamó, para que así lo recuerdes (1) ? » Mas al instituir el Señor á este hombre sacerdote suyo, lo eleva sobre los ángeles, haciéndolo dispensador de sus sacramentos, es decir, le da dignidad y poder que nunca dió á los ángeles.

Voy, hermanos mios, á hablar del sacramento del órden, haciendoos ver su dignidad, su institucion, su virtud, y todo lo demas que concierne á él. Estadme atentos.

Para conocer la dignidad y excelencia del sacramento del órden, basta considerar que de él pendan los demas sacramentos; pues que algunos no pueden administrarse, sino por los que tienen la órden correspondiente; y el bautismo, ya que puede ser administrado en caso de necesidad por cualquiera persona que sepa administrarlo, es sin ceremonias solemnes; de manera que, aun en ese caso, necesita de los sacerdotes para que sea perfeccionado con el rito determinado por la Iglesia. Dios, queriendo preparar al linaje humano para la grandeza de este santo sacramento, nos lo anuncio por figuras en todas las edades del mundo. Figura del sacerdocio cristiano fueron en la ley natural el inocente Abel, que inmolaba al Señor con fervor y pureza de corazon lo mas pingüe de su ganado (2), y aquel Melquisedec sacerdote sumo que

(1) Salmo 8.

(2) Catecismo Rom. Del sacram. del órden.

ofrece á Dios pan y vino en sacrificio en accion de gracias por la victoria conseguida por Abraham sobre sus enemigos (1).. En la ley escrita fueron símbolos del sacerdocio cristiano Araon y la tribu de Levi, que por disposicion divina fué segregada de las demas tribus, y aplicada especialmente al culto del Señor y servicio de su santo templo. A estos sacerdotes impone Dios ciertas obligaciones, que estaban en armonia con la santidad del cargo que desempeñaban en medio de su pueblo, y en las que podemos considerar tambien sombras ó figuras de las que habia de imponer el mismo Dios á los sacerdotes de su pueblo cristiano.

Con la venida de Nuestro Señor Jesucristo al mundo, llegó el tiempo, hermanos mios, de que cesasen todas estas figuras, dando lugar á la realidad del sacerdocio cristiano. Y en efecto, Nuestro Señor Jesucristo instituyó el sacramento del orden, para dar con él á su Iglesia los sacerdotes encargados de dispensar á los fieles los santos sacramentos, con que la enriqueció en los excesos de su amor y de su infinita misericordia. En la conducta que observó el Divino Salvador para instituir este sacramento, encontramos delineada perfectamente la que mandan observar las leyes de la Iglesia para la elección e institución de sus ministros.

El Señor llama á sus apóstoles, sacándolos de entre la multitud que le sigue, y les manda que estén con El separados de los demas: *ut essent secum*, como nos dice el sagrado Evangelio (2). Luego los va destinando poco á poco á las sagradas funciones del ministerio sacerdotal: ya les manda expeler los demonios de

(1) Genes. Cap. 14.

(2) Lucas. Cap. 6.

los cuerpos, ya anunciar su divina palabra á las gentes, ya ungir con el óleo sagrado á los enfermos, y ya, en fin, bautizar, y perdonar los pecados. Ya veis que no de una sola vez les comunica el Señor todos los poderes, sinó que va poco á poco elevándolos á la augusta dignidad del sacerdocio para que les había elegido. El magisterio de Jesucristo era la escuela, en que mientras tanto iban ellos aprendiendo lo que les convenia saber para la ejecucion cumplida de las obligaciones, que ese mismo sagrado cargo les imponia. La Iglesia católica no ha perdido de vista un instante esta enseñanza del divino Maestro; y para imitarla en cuanto sea posible, exige ante todo el llamamiento divino en los que admite al sacramento del orden. No les concede entrar al santuario, hasta estar segura de su vocacion; y luego no los admite concediéndoles de una vez todos los poderes, sinó elevándolos poco á poco hasta llegar al sacerdocio, en que les confia la plenitud del sagrado ministerio.

Se llama de orden este sacramento, porque subiéndose hasta el sacerdocio por varios grados, estan éstos dispuestos con tan admirable orden y altísima sabiduría, que nos van comunicando las gracias del Espíritu Santo con ese mismo orden, hasta hacernos llegar á su plenitud (1). Es verdad, que en todas las obras de Dios resplandece ese orden; pero en este sacramento brilla de un modo mucho mas excelente y digno de su soberano autor. Estos grados se llaman tambien jerarquía, que quiere decir principado sagrado (2), que la forman muchas personas consagradas al servicio de un principe, que es Jesucristo Hijo de Dios. Este mis-

(1) Concil. Trid. Sess. 23. Can. 2.

(2) S. Thomas. 1.^a pars, quaest. 108, art. 1.

mo Jesucristo Dios y hombre verdadero es la cabeza de esa jerarquía ó principado, y á El estan principalmente sometidas todas las personas que la forman, en la ejecucion de los oficios ó ministerios, que les fueron cometidos segun la ordenacion que recibieron. Se llama tambien del órden este sacramento, porque los que entran á pertenecer á la herencia del Señor por cualquiera de las órdenes, hacen profesion de querer vivir ordenadamente, y sin participar del desorden de los mundanos. Y de tal modo quiere el Señor este órden, que á medida que ascienden en los grados de su Iglesia, quiere que crezcan tambien en virtud y obras perfectas. Por esta razon San Juan Crisóstomo llama al sacerdocio « institucion de Dios, que quiso por ella levantar á los hombres, que viven en carne, á un ministerio angelical. Siendo por eso necesario que los que ascienden al altar sean tan puros, como si estuvieran en los cielos en medio de los coros angélicos. » Nuestro Señor Jesucristo con el sacramento del órden llenó muchas y muy graves necesidades de su pueblo cristiano. En él consagró ministros que le honren y que le glorifiquen, ofreciéndole su sacratísimo cuerpo y preciosa sangre con la reverencia debida á la alta majestad de Dios que está encerrada en aquel soberano misterio. El Rey del cielo tiene su palacio en lo mas encumbrado de la gloria, donde le sirven como ministros una multitud de ángeles, arcángeles, principados y virtudes: justo es que este mismo Rey, humillado y abatido por amor al hombre, tenga en la tierra sus ministros que le honren, y rodeen su trono que es el santo tabernáculo; y justo es tambien, que esos mismos ministros le hagan adorar por los demas hombres de la manera debida á la grandeza y majestad divina. Ademas el provecho de los fieles, que forman el cuerpo místico de la Iglesia, exigia esta insti-

tucion del sacramento del órden, que diese sacerdotes y ministros encargados por Dios de administrar en su seno los demás sacramentos. No quiso el Señor encargar á todos los fieles indistintamente estas funciones, sinó tan solo á aquellos que han sido llamados por Dios al sacerdocio como Araon (1). A éstos, que El mismo eligió y llamó dándoles la gracia de la vocacion, fué á quienes encomendó el cuidado de los tesoros espirituales, que nos dejó para facilitarnos la consecucion del reino de los cielos. No creais, hermanos mios, que Jesucristo, fundador de nuestra fé y de nuestra religion, ha querido que todos los hombres indistintamente desempeñen las funciones sacerdotales, como han pretendido algunos protestantes ; porque ésta es una suposicion evidentemente falsa. Desde la antigua ley, sombra y figura de la religion cristiana, vemos á Dios que elige y llama para el sacerdocio á los individuos que le agradan, y á éstos solamente llama ministros suyos, y á éstos encarga cuanto pertenece á su culto y al cuidado espiritual de sus fieles. Por esta razon eligió á la tribu de Leví entre todos los hijos de Israel, y á ésta sola confió las funciones sacerdotales en medio de su pueblo (2). De tal modo que, cuando otras personas extrañas y que no eran del número de éstas escogidas por Dios, quisieron abrogarse algunas de las funciones del ministerio sacerdotal, las castigó como impías y temerarias, sin que haya hecho excepcion ni aun en favor de los mismos reyes. Testigos son de esta verdad los libros sagrados, que nos hacen ver al rey Ozias cubierto de asquerosa lepra, por haber intentado apropiarse las funciones de los sacerdotes en el templo

(1) Carta á los Hebreos. Cap. 4.

(2) Números. Cap. 3.

de Jerusalen (1). Constituyó el Señor en la Iglesia sus sacerdotes, para que fuesen sus medianeros entre Dios y el pueblo, y les confió este ministerio como su oficio especial, segun el Angelico Doctor Santo Tomás (2). En todo tiempo fueron éstos necesarios, porque tambien en todo tiempo necesitaron los hombres recurrir á Dios de quien dependen. Cargados de miseras, de pecados y de imperfecciones, no se atreven á ofrecer á Dios sus dones, ni á presentarle sus votos, sinó por el medio de su ministerio. Así Rebeca, sintiendo en sus entrañas el combate de Jacob con Esaú que la pone en peligro inminente de morir, en medio de su ansiedad recurre al ministro de Dios; éste la consuela, la instruye y la tranquiliza (3). Así Saul consulta al Señor por medio del sacerdote, y postrado espera la respuesta de éste, que debe traerle los auxilios que necesita (4). Así David, en fin, oprimido por la persecucion de Saul, busca al sacerdote para que en aquella circunstancia presente á Dios sus oraciones (5). Y conoceis vosotros, hermanos mios, el alto aprecio que hizo el Señor de David, de su fervor, de su rectitud y de su fervorosa penitencia. Y sin embargo, ese hombre santo, ese celoso rey y fervoroso penitente, cuando ha llegado el caso de recurrir al Señor en una gran calamidad, une su oracion á la del sacerdote, buscando en éste al intermediario señalado por Dios mismo. Esta fué la practica constantemente observada durante la ley natural y la ley escrita. Y aquellos sacerdotes no eran mas que figuras de los que

(1) II. Paralipom. Cap. 26.

(2) 4.^a dist. 24 quaest. 1.

(3) Genes. Cap. 25.

(4) Lib. I. de los Reyes. Cap. 14.

(5) Ibid. Cap. 22.

ha instituido el Señor en el seno de su Iglesia por medio del sacramento del orden. Aquellos, mediando entre los hombres y Dios, ya oraban delante del Señor, ó ya se acercaban al arca del Testamento que miraban como lugar de refugio y de propiciacion; mientras que los de Jesucristo toman en sus manos al Hijo de Dios, y allí teniéndole consigo le representan las necesidades de sus criaturas. Aquellos estaban encargados simplemente de ofrecer sacrificios materiales, en que el pueblo acompañaba sus oraciones para que fuesen mas eficaces; mientras que los sacerdotes de la Iglesia de Cristo recibieron del Altísimo plena facultad para abrir y cerrar á los hombres las puertas del reino de los cielos. Por eso es que la misma Iglesia dirige cada dia á sus fieles aquella amonestacion santa, que se repite delante del Señor, mientras ofrecen los sacerdotes el sacrosanto sacrificio de la Misa: « Rogadles que ofrezcan por vosotros el sacrificio aceptable, y postrándoos humildemente delante del altar, dirigid por su medio vuestros votos al Altísimo, y no dudeis que serán oidos y aceptados por Dios, quien derramará sus misericordias sobre vosotros (1). » ¡Oh! cuán grande ha sido la bondad divina para con los hombres! exclama el Angélico Doctor Santo Tomás (2). ¡Cuánta su liberalidad! pues les concedió tener por mediadores delante de su majestad, no ángeles, sino hombres. Estimaria cualquiera de éstos como suma felicidad, que el soberano de su pueblo eligiese para el despacho de los negocios á su padre, á su hermano ó á su íntimo amigo: considerad que Dios hace mas todavía, pues toma á sus sacerdotes de vuestro mismo seno,

(1) Missale Roman.

(2) 2.^a 2.^a quaest. 85.

para que le representen vuestras necesidades y vuestras aflicciones, vuestrlos deseos y vuestras esperanzas.

Dió, finalmente, el Señor á su Iglesia en los sacerdotes los maestros del pueblo, y como decia el Profeta, « los que guardan como en su verdadero depósito la ciencia y la piedad (1). » Dios mandaba á Israel escuchar y obedecer la palabra de los ministros de su santuario; y al pueblo cristiano, señalando el divino fundador á sus sacerdotes, le dice: « El que los oye, me oye á mí: el que los desprecia, me desprecia á mí (2). » Y permitidme, hermanos mios, que aun cuando parezca impropio de este lugar, os diga que el verdadero sacerdocio cristiano se ha hecho acreedor á la gratitud universal por el desinteres y abnegacion, con que cumplió siempre todos estos deberes del ministerio santo, que le confió el Señor sobre la tierra. En las calamidades públicas brilló constantemente su caridad, y de tal modo, que sus mismos enemigos la publicaron mas de una vez como modelo digno de imitarse; y en los sufrimientos privados el sacerdote tiene la virtud de hacer como suyas las adversidades de los demas, para buscarles alivio y consuelo. Sus oraciones suben cada dia hasta el trono del Señor, junto con el suave olor del divino sacrificio, que ofrecen por todas las necesidades de cuantos peregrinamos en este valle de lágrimas.

¡ Y qué diremos de los trabajos inmensos que soportaron dia por dia durante diez y nueve siglos, para llenar el cargo de maestros de los hombres, é instruir á éstos en las verdades de la fe? Que hablen mejor la historia antigua y moderna, la historia, digo, de todos los pueblos de la tierra; y ella nos mostrará que los sacerdotes, insti-

(1) Malaquías. Cap. 2.

(2) Lúcas. Cap. 10.

tuidos por Cristo para ser los maestros de las gentes, les enseñaron la fe, y con ésta elevaron su entendimiento, haciéndolo capaz de conocer á Dios, de conocer sus deberes sobre la tierra, y de conocer la grandeza del fin para que Dios lo crió, que es la felicidad eterna. Os dirá, que no se limitaron á dar esta enseñanza, sinó que ademas introdujeron en unos pueblos y adelantaron en otros las escuelas, los colegios, las academias y las universidades donde se estudian las ciencias. Os dirá mas todavía, que á ellos se deben en infinitos lugares los estudios y los progresos hechos en las artes, en la agricultura y en todos los ramos de la civilización humana. Esto nos dirá la historia escrita imparcialmente, ya se ocupe de la Europa ó de la América, ya del Asia ó de la Oceanía, del Africa en fin, ó de la Australia. El sacerdote católico ha intervenido en todas partes, y dejado tambien en todas partes monumentos imperecederos, que publicarán á las generaciones presentes y venideras la gloria del Dios, que envió á sus ministros, para enseñar á los hombres, y los anunció mil años ántes por medio de su Profeta diciéndonos, « que sus palabras y sus obras se dejarían sentir en todas partes. »

Hemos indicado ya que son varias las órdenes, por las cuales se asciende al sacerdocio, que forman lo que se llama jerarquía eclesiástica, establecida por el mismo Jesucristo cuando instituyó este sacramento, como lo definió el santo Concilio de Trento (1). Esta jerarquía se compone de los obispos, de los presbíteros y de los demás ministros. De suerte que todos los cristianos estamos obligados á creer, que dentro de la Iglesia católica existe una verdadera jerarquia, insti-

(1) Sess. 23. Can. 6. Cap. 4.

tuida por Dios Nuestro Señor, y en la que se encuentran tres órdenes de personas.

En el primero estan los obispos, que tienen en la Iglesia el órden supremo; y en este órden hay tambien sus grados de patriarchas y arzobispos, instituidos por la Iglesia, bajo la inmediata asistencia del Espíritu Santo; y sobre todos éstos instituyó Nuestro Señor Jesucristo un obispo y pastor universal, al que hizo su Vicario sobre la tierra. Este es el Obispo de Roma, sucesor de San Pedro, cabeza de todos los obispos y de todos los fieles cristianos. Por eso cuando fué San Pedro elevado á esta dignidad, oyó dos veces de boca de Jesucristo aquel amoroso encargo: « Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas (1). » Porque los corderos significaban al comun de los fieles, y las ovejas á los obispos y sacerdotes, que son como madres que forman y alimentan á esos mismos fieles como sus hijos espirituales (2).

Al segundo órden pertenecen los presbíteros, que ordinariamente son llamados sacerdotes, palabra que quiere decir: *quasi sacra dantes*; « como los que dan las cosas sagradas; » porque el ministerio de su cargo les impone tambien esta obligacion. Su oficio comprende dos cargos diferentes, relativos á dos potestades inefables y divinas, que recibieron en la ordenacion. La una de consagrar el cuerpo y sangre de Jesucristo nuestro Salvador, y de ofrecerle en sacrificio por los vivos y por los difuntos; y la otra de santificar el cuerpo místico de este Señor, que es su Iglesia, perdonando los pecados, y restituyendo á las almas la divina gracia por medio de la absolucion sacramental, dando ricos dones de virtud y gracia por me-

(1) Juan. Cap. 21.

(2) S. Bernard. De Consider. Lib. 2.

dio de otros sacramentos, cuya administracion les pertenece, y adquiriendo para Jesucristo nuevos hijos con el santo bautismo. De aqui nace la principal diferencia que hay entre los sacerdotes ordinarios y los obispos. Los sacerdotes son padres de la multitud de los fieles que regeneran para Dios, dándoles el ser de cristianos en el santo bautismo; vuelven á la vida de la gracia con la medicina de la penitencia, cuando han muerto por la culpa; alimentan y robustecen con el pan santo de vida eterna en la eucaristía; limpian, y encienden con nuevo fervor para caminar con fortaleza en el camino del Señor con otros sacramentos; y en fin, instruyen y corrigen con la predicacion y enseñanza de la palabra divina, manteniéndolos con todos estos cuidados y tanta solicitud paternal en disposicion de entrar al reino de los cielos. Mas los obispos á todo este ministerio sacerdotal reunen la administracion de otros sacramentos, que les es propia. Administran la confirmacion, que pone al hijo de Jesucristo en estado de confesar y sostener vigorosamente su fé de cristiano; y administran el sacramento del órden, que provee á la Iglesia de ministros. Esta diferencia la explica muy bien San Epifanio (1) diciendo: « Al órden de los obispos pertenece criar padres para la Iglesia, mientras que á los presbiteros tan solo hijos espirituales de la Iglesia. »

En el tercer órden de esta jerarquía estan todos aquellos, que el santo Concilio llama ministros, porque estan destinados por las órdenes que recibieron, á servir y ayudar á los sacerdotes en su ministerio. En este órden de ministros estan comprendidos los diáconos, á quienes corresponde asistir al obispo cuando predica al pueblo, y al sacerdote cuando celebra la

(1) Tract. 2. contr. Helvid. Cap. 5. Haeres. 75.

EYZAGUIRRE, Instrucciones. Tom. II.

Misa ó administra algunos de los otros sacramentos. Antiguamente correspondia á éstos distribuir tambien la sangre de Nuestro Señor Jesucristo en aquellas Iglesias, donde hubo costumbre de dar á los fieles la sagrada comunión bajo de ambas especies. Los subdiáconos, á quienes toca inmediatamente asistir al diácono en las Misas solemnes, y preparar los vasos sagrados, los corporales, el pan y el vino necesarios para el santo sacrificio. Los acólitos, que son los que sirven al altar, llevando las luces encendidas, y sirviendo las vinajeras con el agua y el vino para la santa Misa. Los exorcistas, que rezan las oraciones establecidas por la Iglesia para expeler los demonios. Los lectores, destinados á enseñar á los ignorantes los primeros rudimentos de la fe, y á leer en la iglesia los salmos y las lecciones que suelen decirse en el oficio divino. Y en fin, los ostiarios, que reciben del obispo las llaves de la iglesia con la facultad de abrirla á los dignos, y mantenerla cerrada para los indignos. Todos éstos son los eclesiásticos que pertenecen á la jerarquía de los ministros de Dios, cada uno segun el grado mayor ó menor que en ella tiene.

Por la tonsura clerical el clérigo ó tonsurado deja de pertenecer al grémio de los seglares, y entra á prepararse para recibir dignamente las órdenes. Por eso el santo Concilio de Trento nos dice de ella: « No es orden, sinó preparacion para las órdenes (1). »

Por lo dicho conocemos la altísima sabiduría y providencia, con que Dios Nuestro Señor instituyó el santo sacramento del orden como verdadera jerarquía, encargando á los individuos que la forman de distintas fun-

(1) Sess. 23. Can. 4.

ciones, pero todas dirigidas á honrar á Dios y á derramar bienes espirituales de altísimo precio sobre sus criaturas.

Considerado el sacramento del órden como uno de los siete sacramentos , con que Dios enriqueció á su Iglesia, podemos definirlo con el Angélico Doctor Santo Tomás : « Cierta señal de la Iglesia, por la que se da al ordenado potestad espiritual (1). » Ya dijimos que Jesucristo Nuestro Señor instituyó este sacramento, y debemos añadir ahora que no solo lo instituyó en general, sino que El mismo instituyó tambien todos los grados , por donde suben hasta el sacerdocio perfecto aquellos que lo reciben. Por consiguiente , Jesucristo mismo fué el que instituyó su materia y su forma, así como fué El mismo quien confió á sus apóstoles y discípulos la potestad que en él se confiere. Esta potestad es de órden y de jurisdiccion. Se llama potestad de órden, la que recibe el sacerdote para consagrар el pan y vino en cuerpo y sangre de Cristo, y para todo cuanto tiene referencia con el santo sacramento de la eucaristía ; la potestad de jurisdiccion es la que recibe el sacerdote sobre el cuerpo místico de Cristo, y con la que se hace apto para gobernar al pueblo cristiano , dirigiéndolo hacia la bienaventuranza eterna. Usando esta potestad, el sacerdote prepara la conciencia de los hombres , que han de acercarse á recibir la santa eucaristía, y desempeña todo cuanto sea necesario , á fin que lo hagan de un modo digno y conveniente á tan alta materia. Los evangelistas nos enseñan el origen de esta potestad. Oid las palabras del mismo Jesucristo: « Como mi Padre me envió, así yo os envío á vosotros ; recibid al Espíritu Santo : aquellos, cuyos pecados perdonáseis vosotros , les serán perdonados ; así como

(1) Quaest. 35. art. 2.

aquellos, á quienes se los retuviéseis, les serán retenidos. Porque, en verdad, os digo, que todo aquello que atáreis sobre la tierra, atado será tambien en el cielo ; y todo lo que desatáreis sobre la tierra, desatado será tambien en el cielo (1). » Este es el origen de la potestad que confiere el santo sacramento del órden, origen divino como lo fué el poder mismo del Hijo de Dios sobre la tierra. Por eso San Pablo con mucha razon hablaba de la potestad que ejercia, nó como recibida de los hombres, sinó de Dios (2).

El sacramento del órden se confiere, como ya lo explicamos, por grados ; pero no entendais, hermanos mios, que cada grado qué recibe el ordenando, sea distinto sacramento ; porque de ningun modo puede decirse ésto, sinó que por todos esos grados va subiéndose al presbiterado, en que se recibe la perfeccion del sacramento. Como en cada uno de estos grados recibe potestad de órden el ordenando, se le confiere la gracia de esa potestad con un signo visible y bajo una forma determinada. Al ostiario , por ejemplo , al conferirle esta órden, le entrega el obispo las llaves de la iglesia, al lector el libro, al exorcista el ritual de los exorcismos, al acólito los círios y las vinajeras , al subdiácono el libro de las Epístolas, y al diácono el de los Evangelios ; cuidando, al mismo tiempo de hacerles esa entrega, de significarles el poder que se les da indicado en ese objeto. En todas estas ordenaciones intervienen ceremonias solemnes, pero muy particularmente en el presbiterado ; ceremonias que ya usaron los apóstoles, como lo leemos en las santas Escrituras.

(1) Véanse los Evangelios de S. Mateo. Cap. 18. y de S. Juan. Cap. 20.

(2) Epístola II. á los Corint. Cap. 13. y en otros muchos lugares de sus Cartas.

La primera es la imposicion de las manos sobre el ordenando, que se hace del mismo modo que lo hacian San Pedro y San Pablo sobre aquellos, que instuijan sacerdotes y obispos para cuidar de las congregaciones de los fieles (1). Esta imposicion de las manos del obispo sobre el que recibe el sacerdocio, es parte esencial del sacramento, asi como las palabras que dice aquel en voz alta: « *Accipe Spiritum Sanctum,* » etc. Por ella se da la gracia sacramental para aquel ministerio, conforme á lo que enseña San Pablo á su discípulo Timoteo : « Te amonesto que resucites la gracia que está en tí , y te se ha dado por la imposicion de nuestras manos (2). » Con la gracia que recibe entonces el sacerdote, se llena su alma de aquella virtud, que el Apóstol, escribiendo al mismo Timoteo, llamaba espíritu de fortaleza y de caridad , que le ha de auxiliar poderosamente en la ejecucion de las obras propias de su santo ministerio.

El obispo arma luego al sacerdote con la señal de la cruz , que le coloca sobre el pecho formada con la estola que lleva sobre el hombro, desde que fué promovido al diaconado. En esa cruz está simbolizada la fortaleza que prometió el Señor enviar desde lo alto, á los primeros sacerdotes de su Iglesia ordenados por El mismo. Mas tambien está simbolizada en esa cruz, aquella otra que prometia el Salvador á sus discípulos como patrimonio, y predicaba que la tomase en sus hombros todo aquel que quisiese seguirlo (3). Por consiguiente, tendrá derecho á aquella fortaleza el sacerdote que llevase la cruz ; mas no lo tendrá de ningun modo el que, olvidado de la cruz de Jesucristo, se inclinase al mundo ó á aquello que á éste pertene-

(1) Hechos de los Apóstoles. Cap. 13.

(2) II. á Timoteo. Cap. 1.

(3) Lucas. Cap. 9.

nezca. Quiere el Señor que sea la vida del sacerdote como aquella que delineaba el apóstol San Pablo, escribiendo á los fieles de Corintio (1): « Traemos impresa en nuestros cuerpos la mortificacion de Jesucristo, para que la vida de Jesus aparezca en nosotros. » Esto es lo que significa la cruz hecha por el obispo sobre el que recibe la orden del presbiterado.

Despues de ésto unge el obispo las manos del nuevo sacerdote con el sagrado óleo, y le entrega el cáliz con vino, y la patena con hostia que consagra allí mismo en su ordenacion. « *Accipe*, dice el obispo al nuevo sacerdote al hacerle la entrega de estos objetos, *accipe potestatem offerendi sacrificium Deo, Missasque celebrandi tam pro vivis, quam pro defunctis*; recibe la potestad de ofrecer sacrificio á Dios, y de celebrar Misas tanto por los vivos como por los difuntos. » De esta manera queda constituido el ordenando mediador entre Dios y los hombres, que es la primera y principal de las funciones del ministerio sacerdotal. El obispo vuelve á imponer las manos sobre la cabeza del nuevo sacerdote, diciéndole: « Recibe el Espíritu Santo ; aquellos , cuyos pecados perdonáreis vosotros , les serán perdonados ; así como aquellos que retuvierais, les serán retenidos, » revistiéndolo con esta forma de aquel poder celestial, que dió el Salvador del mundo á sus apóstoles para retener y para absolver los pecados de los hombres.

Cuando han concluido esta consagracion, tanto el obispo como los sacerdotes que lo asisten , dan ósculo de paz al nuevo sacerdote , para significar el vínculo de caridad que ata y une estrechamente, á todos los que estan ligados con el espíritu de Jesucristo. Estas son las principales ceremonias con que se hace la orden

(1) Epist. II. Cap. 4.

del presbiterado. Los obispos son los únicos ministros de este sacramento (1), y á quienes por derecho divino compete conferirlo. Esto consta, como muy bien dice el Catecismo Romano (2), de las santas Escrituras, del testimonio uniforme de los santos Padres, de los decretos de los Concilios, y de la tradicion constante de la Iglesia universal. Alguna vez permitió la Iglesia que confiriesen la tonsura y los órdenes menores algunos otros prelados, que no tienen carácter episcopal; mas nunca las órdenes mayores, porque la administracion de éstas fué encomendada por Dios solamente á los obispos; y seria nula la ordenacion hecha por todo otro sacerdote, que no tuviese carácter episcopal.

Por lo que dijimos al principio de esta doctrina, sobre la importancia de las funciones, que el Señor encomendó á sus sacerdotes, fácilmente se conoce la excelencia de las cualidades, de que deben éstos encontrarse adornados. En efecto, hermanos mios, todos los que pretendan recibir las sagradas órdenes, deben estar inspirados por Dios con aquella que los Santos Padres llaman vocacion divina, y de la cual nos habla el Apóstol, diciendo: « Todo pontífice es tomado de entre los hombres, y puesto para bien de ellos en las cosas que son de Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados; y ninguno por su autoridad toma para sí esta honra, sinó el que es llamado, y escogido de Dios, como lo fué Araon. Pues el mismo Cristo no se honró á sí mismo, haciéndose Pontífice, sinó el Señor que le dijo: Tú eres mi Hijo, hoy te engendré, y tú eres sacerdote, segun el orden de Melquisedec (3).»

(1) Concil. Trident. Sess. 23. Can. 1.

(2) Parte II. n. 28.

(3) Epístola á los Hebreos. Cap. 4.

Peca mortalmente todo el que entra al sacerdocio buscando provecho terreno, ó con cualquiera otra mira que no sea la gloria de Dios, su propia santificacion y la santificacion de sus prójimos. No es ahora, cuando debo instruiros, hermanos mios, sobre las señales con que se prueba la verdadera vocacion (1); pero sí diré con el Angélico Doctor Santo Tomás (2), que los altísimos ministerios, á que está deputado el sacerdote, requieren, en el sujeto de este sacramento, gran copia de virtudes perfectas. Os diré mas todavia, que no son señales de vocacion, esa vida medio seglar, donde las distracciones, los entretenimientos, las conversaciones, las compañías, todo es mundano, y desde donde tantos se levantan para venir á recibir de manos del obispo la uncion que les consagra para Dios, y les separa de un mundo del que ellos ni piensan, ni quieren separarse. La vocacion de Dios ha de brillar en los que pretenden entrar al sacerdocio por la virtud y santidad de su vida. « Serán santos mis sacerdotes, dice Dios, y no afrentarán mi nombre con sus pecados, porque ofrecen el incienso del Señor y los panes de su sacrificio (3).» Ha de brillar su instruccion particularmente sobre la ciencia teológica y los cánones de la Iglesia, porque de ellos está escrito: « Que sus lábios guardan la ciencia, y de su boca aprenderán los demas la ley de Dios (4). » Ha de brillar por el desinteres y el desapego al dinero y demas bienes de la tierra; y por su trabajo en atesorar riquezas de otra naturaleza que el tiempo no devora, ni la polilla destruye (5). Estas y otras cua-

(1) Véase la Instruccion 2^a del Tomo V.

(2) 2.^a 2.^{ma} quaest. 184. art. 4.

(3) Levítico. Cap. 11.

(4) Malaquias. Cap. 2.

(5) Mateo. Cap. 6.

lidades deben encontrarse en el sujeto del sacramento del orden. Ademas ha de ser enteramente libre y sin impedimento alguno, que le estorbe consagrarse á Dios en el estado eclesiástico. Por consiguiente, no pueden ser admitidos á recibir el sacramento del orden los que no tienen la edad que piden los sagrados cánones, ni aquellos cuya razon no se encuentre cabal, ni los esclavos; porque éstos no estan en posesion de su libertad; ni los sanguinarios y homicidas, porque á éstos los excluye el derecho como irregulares para recibir el sacramento del orden; ni los espúrios, ni ninguno que no haya nacido de legitimo matrimonio, porque conviene á la dignidad y elevacion del sacerdocio, que aquellos que lo desempeñan, nada tengan en si que pueda servir á otros de motivo para mirarlos en menos; y en fin, no pueden ser admitidos á las órdenes, los que tengan algun vicio corporal ó moral, que los haga ridiculos ó despreciables en concepto de los demas. Llamamos vicio corporal, la deformidad del cuerpo, la falta ó lesion de algunos de los sentidos, ú otra cosa semejante; llamamos vicio moral, la mala reputacion del individuo, por ejemplo, el haber sido procesado por algun delito.

Veamos ahora cuáles son los principales efectos del sacramento del orden. El primero es dar al que lo recibe gracia de santificacion, con la que el sujeto se hace apto é idóneo para desempeñar dignamente los cargos del ministerio que ha recibido, viniendo con ella de Dios todos los auxilios necesarios, para ejercitarse en las funciones anexas á esos mismos ministerios. Como dije que al sacerdocio va subiéndose primero por las órdenes menores, y despues por las mayores, así tambien Dios va comunicando esta gracia solo á medida que es necesaria en el sujeto que

la recibe. Mas copiosa es por eso aquella que se da al diácono, que la que se concede al ordenado de menores, porque las funciones que debe llenar aquel, son mas importantes que las de éste. Y mucho mayor la gracia que recibe el presbítero, porque tambien es mucho mas augusto el ministerio que está llamado á desempeñar el sacerdote que el diácono. Mas todos reciben gracia de santificacion que les deja llenos, porque llena toda la capacidad del sujeto que la recibe en orden á la ejecucion, como hemos dicho, del santo ministerio que les ha sido encomendado (1). A esta gracia recibida en la sagrada ordenacion debemos atribuir la fortaleza, la caridad y la paciencia, que brillan en el ministerio sacerdotal. Esta gracia no solamente santifica al sacerdote, sino que ademas trae las inspiraciones y los auxilios, con que se aumentan en su alma aquellas virtudes.

Causa ademas el sacramento del orden la gracia potestativa, con la que el presbítero queda en posesion del poder para consagrar y administrar el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y los otros que reciben órdenes inferiores en posesion tambien para ejercer aquellos oficios, para que los habilita la orden que recibieron, y estan en relacion con aquella misma consagracion y administracion del cuerpo y sangre del Señor. Como nada desea tanto Dios, como que brillen la pureza y hermosura en todo cuanto concierne al ministerio de su altar, por eso al conceder á sus ministros la potestad en cada orden, derrama con ella tambien sus gracias, para que la ejerzan con el decoro conveniente.

Otro efecto del sacramento del orden es imprimir

(1) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 47. art. 10.

carácter espiritual é indeleble en el alma de quien lo recibe. De modo que por este carácter los elevados al sacerdocio serán distinguidos entre todos los demás fieles eternamente. Cuando nos encontrremos reunidos todos delante de nuestro Señor Jesucristo para oír la sentencia de nuestro eterno destino, los que recibieron este carácter, y con él fueron elevados para ser en el pueblo del Señor luces puestas sobre el candelero, serán allí reconocidos como sacerdotes de Dios para honra suya, si fueron buenos, y para su ignominia eterna, si hubiesen sido malos. Este carácter espiritual, por el que los sacerdotes quedan separados del resto de los fieles, y consagrados al culto del Señor, era el que San Pablo recordaba á su amado discípulo Timoteo, cuando le escribia: « No descuides la gracia que hay en tí, y te fué dada por profecía con la imposición de las manos de los presbíteros (1); » y en otra parte le dice: « Te amonesto que resucites la gracia de Dios que está en tí, y te se dió por la imposición de nuestras manos.»

Al concluir, hermanos míos, esta materia, permítidme que os recomiende el respeto y veneración debida á los sacerdotes, por la elevada dignidad que Dios les ha concedido en su Iglesia. « Somos nosotros, decía San Pablo, los ministros de Jesucristo y dispensadores de los misterios de Dios. » No perdamos de vista la enseñanza que contienen tales palabras, y nos dan á conocer que debemos estimar á los sacerdotes como hombres honrados por Dios con el doble carácter de ministros de Jesucristo y dispensadores de sus dones. No miremos ya en ellos ni al hombre santo, ni al hombre pecador, ni al hombre favorecido por la suerte

(1) I. a Timoteo. Cap. 4.

con títulos de nobleza, ni al hombre sacado de la muchedumbre de la plebe ; sinó miremos tan solo al ministro del Señor dado á los fieles para distribuirles los tesoros de sus beneficios. « No será extraño, dice San Agustin , que atendida la fragilidad humana , se encuentren en la Iglesia sacerdotes que no conformen su vida á la pureza y santidad de su ministerio ; así como en la antigua ley vemos á los escribas y á los fariseos, manchando la cátedra de Moises con las impurezas de su vida carnal y terrena. Pero el Salvador manda honrarlos y respetarlos, á pesar de todo, guardándose solamente cada uno de imitarlos en sus vicios (1). » Aunque ese sacerdote no sea como debe , no por eso pierde su dignidad, ni por eso has de despreciarlo ; al contrario, compadeciendo sus miserias, no las publique sinó delante de los superiores que pueden corregirlas. Dios hará mas vigorosa nuestra fé á medida que nosotros demos señales sensibles de nuestra veneracion á todo cuanto á El pertenece. No puede ser verdadero creyente ni discípulo de Jesucristo, aquel que se rie , se burla , y hace mofa de los ministros que predicen su doctrina, y dispensan sus sacramentos. Vos, Divino Salvador, santificad vuestra Iglesia, santificad vuestros sacerdotes, santificad á todos vuestros fieles, para que santos como quereis Vos que seamos, todos os gocemos algun dia en vuestra gloria.

(1) In Psalm. 51. et in Psalm. 61.

INSTRUCCIÓN VIGÉSIMA TERCERA.

DEL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO.

*Propter hoc dimittet homo patrem et matrem,
et adhaerabit uxori sua, et erunt duo in carne una.*

Por ésto dejará el hombre padre y madre,
y se unirá á su mujer, y serán dos en una carne.

(S. Matth. Cap. 19.)

Estas palabras de Nuestro Señor Jesucristo nos recuerdan otras que fueron las primeras que habló el hombre con su semejante, en el momento en que recibía de la mano del Señor la mujer que iba á ser su compañera. Lleno Adan en aquel instante de luces del cielo, comprende hasta dónde se extienden las obligaciones de la union que contrae, y dice: « Esta es hueso de mis huesos, y carne de mi carne (1); » significando de esta manera la suma union, el espíritu de caridad, la identidad de voluntades, y en suma, el cumplimiento de todos los deberes que impone el matrimonio, y cuyo fruto son la prole, destinada á llenar la tierra de virtudes, y de santos el reino de los cielos.

Esta union entre el hombre y su mujer, autorizada por Dios mismo y consagrada con su presencia en el paraíso terrenal, fué santificada de nuevo por Jesucristo Señor Nuestro, elevándola á sacramento de su nueva ley. Y para no dejar duda de la bondad inefable, con que socorria por medio de esta institucion las necesidades de los hombres, volviendo á repetir aquellas pa-

(1) Genes. Cap. 2.

labras de su Eterno Padre , añade : « Lo que Dios juntó, el hombre no puede separarlo (1) ; » haciéndonos conocer que fué Dios el autor de aquella union y de las leyes propias del estado del matrimonio, leyes que el hombre no puede alterar, ni ménos derogar, sinó que al contrario debe observar escrupulosamente. Eleva Jesucristo el matrimonio á sacramento , pero imponiéndole cargas que no tuvo en la ley natural, ni en la ley escrita , y dándole por eso una gracia particular que contribuirá á fortificar á los que lo reciban, de modo que puedan cumplir aquellas obligaciones que les impuso. Lo eleva á sacramento, pero declarando, en fin, que desde entonces es un misterio grande, en el que está significado su desposorio con la Iglesia. De modo, hermanos mios, que elevado el matrimonio por Jesucristo á uno de los siete sacramentos de la nueva ley, se ofrecen en él á los que dignamente le reciben, los dones misericordiosos del Señor para abrirse el camino del reino de los cielos, por medio de las virtudes cristianas practicadas con fervor en el estado de casados. Pero es necesario, he dicho, recibirlo dignamente ; es decir, conociendo lo que es , los fines con que ha de recibirse, las obligaciones que impone á los que le reciben, las gracias que les comunica, y en fin, los efectos que producen esas gracias en el cristiano. Todo ésto comprende la presente instruccion, en la que me propongo inculcaros las santas verdades que profesa nuestra religion, en órden al sacramento del matrimonio. ¡ Ojalá que mis palabras puedan inculcar en vuestro corazon la santidad de este sacramento , que dia por dia vemos profanado por tantos que lo reciben dominados por appetitos carnales, mas bien que por ese deseo honesto del

(1) Mateo. Cap. 19.

hombre cristiano que por su medio se dispone á santiificarse ! Prestadme, hermanos míos, vuestra atención.

El matrimonio puede ser considerado de dos modos: ó como unión del hombre y de la mujer en vida maridable, y por la que sin tener ni uno ni otro impedimento alguno que pueda servirles de estorbo, se proponen conservarse en esta unión hasta la muerte de uno de los dos. De este modo existió el matrimonio desde el principio del mundo, autorizado por el mismo Dios. En efecto, apenas el soberano autor de todas las cosas crió al hombre, y le colocó en el paraíso terrenal, cuando dijo: « No es bueno que esté solo : hagámosle ayuda semejante á él (1); » y formando de la costilla extraída del costado de Adán á la mujer, que había de ser madre de todos, la llevó á Adán quien aceptando esta compañera que se le daba: « Esta es, dijo, hueso de mis huesos, y carne de mi carne: por lo cual el hombre dejará á su padre y á su madre, y se juntará con su mujer, y serán dos en una carne. » Así Dios consagró la primera unión del hombre con su intervención inmediata, y Adán, inspirado por el mismo Dios, declaraba las solemnes obligaciones que imponía al hombre esa unión, que Dios había sancionado formando á su mujer de sus mismos huesos para enseñar la caridad suma que habían de tener entre sí el marido con su mujer, tanto en el alma por la intimidad de voluntades, como en el cuerpo por la habitación y cumplimiento de los deberes matrimoniales. Declaraba que el amor entre los casados había de ser tan grande y tan perpetuo, que por él dejases al padre y á la madre, sin jamás separarse uno del otro hasta la muerte. Y en fin, declaraba que toda esta unión venía de Dios,

(1) Genes. Cap. 2.

y Dios mismo era quien inspiraba esta doctrina, que seria perpetuamente la base ó ley suprema del matrimonio.

En efecto, hermanos mios, en esta enseñanza celestial, que Dios nos hizo aprender de boca de Adan, se encuentran recopiladas las leyes fundamentales del matrimonio. La primera de todas es el lazo indisoluble, con que los casados quedan unidos para toda la vida, de tal modo que así como nadie podrá jamas separarse de sí mismo, así tampoco podrá apartarse un casado de su consorte: *duo in carne una*, nos dice aquella palabra eterna é inmutable. ¡Ved ahí la ley! Dios los ató con ese vínculo, y el hombre no tiene poder para deshacer lo que Dios hace. La segunda es la que manda la union de dos personas, sin que la mujer pueda tener mas de un marido, ni éste mas de una mujer. Esa ordenacion divina está de manifiesto en aquellas palabras: « *Erunt duo in carne una*: Serán dos en una carne. » Por esta razon Dios señaló para esa union solamente dos personas, dos individuos, y de la costilla de Adan formó una sola mujer, pudiendo haber criado muchas; pero quiso que entendiésemos que el matrimonio, segun la ley natural, debia contraerse solamente entre dos personas. La tercera ley que Dios da á los hombres, al autorizar la union de nuestros primeros padres en el paraíso terrenal, fué mandando que aquella union tuviese lugar entre personas, que no estuviesen ligadas ántes por los vínculos de la sangre, y ésto significan aquellas palabras que pone el Señor en boca de Adan: « que el hombre dejará á su padre y á su madre por juntarse con su mujer. » Dios sancionaba de este modo la ley natural, escrita en la conciencia misma del hombre, que prohíbe la union matrimonial de la hija con su padre, y del hijo con su

madre. Finalmente, declara que para esa union han de proceder los contrayentes con la mas entera y libre voluntad, porque de otro modo el vínculo no será válido. Se juntará, dice, con amor á su mujer; de tal modo que es la voluntad la que obra en esa union, y no existiendo aquella, no puede tampoco existir ésta. Dios al instituir el estado del matrimonio, quiso consagrarse esa libertad con que los hombres proceden á tomarlo, cuando para ello se sienten movidos por su libre y espontánea voluntad; así es que formando á Eva de la costilla de Adan, no se la impone forzosamente como su compañera, sinó que se la presenta: *Adduxit eam ad Adam* (1); y él la toma libremente por su esposa.

De esta doctrina, enseñada por el mismo Dios en el paraíso terrenal, aprendemos que el matrimonio tiene dos fines propios, que hicieron urgentemente necesaria su institucion al principio del mundo. El primero es la propagacion de los hombres, que lícitamente no puede hacerse sinó por medio del matrimonio; y este fin fué sin duda alguna el primero que declaró Dios á nuestros primeros padres, luego despues de haberlos criado, diciéndoles: «*Crescite, et multiplicamini, et replete terram:* Creced y multiplicaos, y llenad la tierra (2). » En cuyas palabras impuso Dios á la criatura racional el precepto de tomar el matrimonio: precepto que era entonces obligatorio á todo hombre, segun el Angélico Doctor Santo Tomás (3), como necesario absolutamente para la conservacion del linaje humano, que principiaba á crecer y á desarrollarse sobre la tierra. Mas esta obligacion cesó, porque era transitoria, y no

(1) Genes. Cap. 2.

(2) Genes. Cap. 1.

(3) Dist. 26. quaest. 1. art. 2.

EYZAGUIRRE, Instrucciones. Tom. II.

perpetua, como han pretendido algunos malos católicos, que queriendo dar rienda suelta á sus apetitos carnales, sin tener freno alguno que les repreima, citan aquel texto de la santa Escritura en apoyo de su conducta desordenada. Mas tened presente, hermanos míos, que aquel precepto, con relación á los hombres que debían observarlo, era temporal, y cesó cuando cesó también la urgente necesidad de atender á la conservación de la especie humana. Hacen muchos siglos que esa necesidad pasó, y por consiguiente, hace muchos siglos que cesó también ese precepto, vuelvo á repetirlo, como muy bien lo enseña el mismo Santo Tomás (1), y todos podían ya libremente y según su voluntad elegir el estado que mejor les conviniese, cuando el apóstol San Pablo escribia á los fieles de Corinto: « Quiero que vivais sin inquietud, y os lo digo para vuestra utilidad : el que tomó en sí una firme resolución no obligado por necesidad, sino de su libre y espontánea voluntad , determinó en su corazón conservarse en el estado de la continencia, hace bien. De modo que aquél que se casa , hace bien ; y aquél que no se casa, hace mejor (2). »

El segundo fin del matrimonio se refiere á la situación , en que quedó el hombre después del pecado de Adán, cuando, perdida la inocencia y santidad, brotaron en su alma y en su cuerpo mil apetitos y pasiones brutales. La misericordia divina le ofreció entonces como medicina el matrimonio, para que no recurriese á medios ilícitos , buscando la satisfacción de sus apetitos. Por eso dijo San Pablo: « Como medio de evitar la fornicación, tenga cada varón su mujer,

(1) 2.^a 2.^{ra} quaest. 52. art. 12.

(2) I. á los Corintios. Cap. 7.

y cada mujer su marido, y pague cada uno el débito que debe al otro, porque ya no tiene potestad en su propio cuerpo, sién que la tiene el uno sobre el otro (1).» Mas porque no fuese á pensar alguno, que él les imponia precepto de casarse, añadió: « Esto que he dicho, entiéndese por indulgencia, y no por imperio (2); » como si dijese: ésto que os digo, no es algun mandato que os impongo, sién tan solo consejo que os doy; porque eligiendo el matrimonio, podreis mas fácilmente evitar la fornicacion, que por su naturaleza es pecado tan grave. Dios mismo honró al matrimonio, disponiendo que su Madre Vírgen fuese desposada con San José, y que en su vientre virginal tomase carne humana el Hijo de Dios, para venir al mundo á redimir á los hombres.

Dios dispensó todavía un honor mas elevado al matrimonio, y fué hacerlo sacramento de su nueva ley, y uno de los siete con que enriqueció Jesucristo á su esposa purísima nuestra santa Madre la Iglesia. Varios fines tuvo para ésto. El primero fué procurar por medio del matrimonio formar para su casta esposa la Iglesia hijos fieles, educados en la sana doctrina del Evangelio, y que practiquen fervorosamente las virtudes que éste mismo nos enseña. Recordad, hermanos míos, que conseguir la propagacion del género humano por medios legítimos, fué una de las causas porque instituyó Dios el contrato matrimonial en el paraiso; ahora, elevándolo á matrimonio, quiere también la propagacion del verdadero pueblo, de ese pueblo cristiano, que compró con su sangre, que cree en El y espera tambien acompañarlo eternamente.

(1) 1. ad Corint. c. 7.

(2) Ibidem.

Tambien se propuso depositar en este sacramento las gracias, de que los casados cristianos tenian suma necesidad, para llenar cumplidamente las obligaciones que les impone el estado del matrimonio. Algunos teólogos (1) han creido encontrar una figura de la excelencia que concedió Jesucristo al matrimonio, cuando lo elevó á uno de sus siete sacramentos, en aquella agua convertida en vino en las bodas de Caná de Galilea. « Como el agua natural, dicen, es fria por su naturaleza, y enfria ademas los objetos que toca; así el matrimonio es causa ordinaria de tibieza y de frialdad para aquellos que lo contraen, de modo que caen en muchas culpas e imperfecciones. Mas Cristo, convirtiendo aquella agua en vino precioso, dió elementos de vigor y fortaleza á todos cuantos estuvieron invitados á las bodas, y del mismo modo, elevando el matrimonio á sacramento de su nueva ley, llena de gracia y caridad á los desposados, haciéndolos fuertes para reprimir los ímpetus furiosos de su carne. »

Por ultimo, quiso el Señor, elevando el matrimonio á sacramento, declarar á su pueblo cristiano, que existe otra union pura y perfecta, que liga á sus hijos de un modo mas íntimo y estrecho que la union carnal del matrimonio natural. Esa union es la que se descubre en el sacramento del matrimonio fundado en la caridad generosa y en el amor puro que inspira el ejemplo de Jesucristo. El ejemplo de Jesucristo, repito, porque El mismo se ofrece á los casados como verdadero modelo de amor y de fidelidad. Desposado con su Iglesia, no solo la regenera, lavándola con su sangre, no solo la enseña con su palabra de vida eterna, y no solo la adorna con hermosísimas virtudes, sino que

(1) Puente, Trat. V. Del estado del matrimonio.

la asiste, la acompaña, y no se le separa ni un instante, renovándole á cada paso las pruebas mas confluientes del purísimo y encendido amor que le profesa. Quiso, pues, el Señor enseñar á los casados, que en este amor fundado sobre la caridad procuren constantemente buscar la felicidad y firmeza de su union; nó en el amor terreno, carnal y apacionado, que no es durable, sinó al contrario muy pasajero, y que fácilmente se convierte en odio que acarrea su desgracia á los que fundaban en él su felicidad.

De estas causas que tuvo el Señor para elevar el matrimonio á uno de sus siete sacramentos, deducimos claramente las condiciones con que el cristiano ha de procurar recibirllo. La primera es intencion recta, con la cual los contrayentes vengan á él nó para buscar un medio como satisfacer los deseos de su carne, ni poniendo como fin principal de su union el goce de las riquezas que su consorte va á poner á su disposicion, y que les harán disfrutar grandes conveniencias mundanas; ni la posesion de esa mayor libertad que el matrimonio les ha de conceder, emancipándolos de la potestad de sus padres; porque todo ésto, hermanos mios, llamamos intencion torcida, y es indigno de los fines santos y elevados del sacramento del matrimonio. La intencion de santificarse cumpliendo con celo las obligaciones que trae consigo este sacramento es la primera condicion, que debe tener aquel que desea recibirlo de la manera debida; confiando despues de ésto en los auxilios divinos que hará en él cuánto esté de su parte para conseguir ese objeto. Os declaré poco ántes, hermanos mios, las leyes fundamentales del matrimonio enseñadas por Dios, y los fines que tuvo su divina majestad al autorizar y santificar esta union de los casados; y ahora os digo que, cuánto mas ex-

celente sea el deseo que anime á cada cual de observar aquellas leyes, y de contribuir á que se llenen esos fines, será mas perfecta la disposicion con que se llega á recibir este santo sacramento. Ningun fin terreno, nada sensual ni carnal debe ensuciar la limpieza misteriosa, que Dios concedió al matrimonio cristiano; y por consiguiente, ciudad, hermanos mios, de purificarnos escrupulosamente de todo eso, si pretende influir sobre vuestra resolucion de casaros.

La segunda disposicion es la conciencia limpia de pecados mortales, con que debe recibirse este sacramento. Comete culpa gravissima de sacrilegio aquel que recibe el matrimonio estando en pecado mortal; no recibe la gracia del sacramento, y por consiguiente se priva voluntariamente de los auxilios que en esa gracia Dios le preparaba como medio eficaz para procurar su felicidad. ¿Y cómo representará, dice un fervoroso sacerdote y docto escritor (1), cómo representará dignamente la union de Cristo Nuestro Señor con su Esposa la Iglesia, quien no tiene union de amor con el mismo Cristo, ántes bien es su enemigo? » Debe, pues, el que va á recibir el sacramento del matrimonio, examinar su conciencia, y confesar los pecados con que la encontrase manchada, para que su alma quede capaz de recoger el aumento de gracias que en él se da. Advertid, hermanos mios, que tanto mayor y mas eficaz será éste, cuánto sea tambien mayor la pureza de alma, y el fervor de caridad con que se recibe.

En órden al tiempo en que Jesucristo elevó el matrimonio á uno de los sacramentos de su Iglesia, no podemos determinarlo precisamente. Pero ya fuere mien-

(1) Luis de la Puente, Obras espirituales. Trat. V. Del estado del matrimonio.

tras predicó su santo Evangelio, ó ya despues de resucitado, cuando, como escribe el Papa San Leon, confirmó grandes sacramentos y reveló profundos misterios (1); es fuera de toda duda, que nuestro Divino Salvador lo instituyó como uno de sus siete sacramentos. San Pablo lo enseña así, y del mismo modo lo enseñaron tambien todos los antiguos Padres y Doctores de la Iglesia. El mismo Jesucristo aparece en el Evangelio como esposo, cuyo enlace celebra su Padre el Rey celestial (2), y que busca á la media noche á las almas puras y santas, para celebrar el banquete de sus bodas (3). El mismo cuida de instruirnos en la doctrina del matrimonio, que quiere observen los que profesan su fe; y El mismo condena formalmente los errores que acerca de la union del hombre con la mujer publicaban algunas sectas del pueblo judío. San Pablo lo contempla desposado con su Iglesia, y constituido El mismo como ejemplo vivo de la práctica de las instrucciones, que nos dejó en orden al matrimonio. Oid sus palabras : « Las mujeres esten sujetas á sus maridos como al señor, porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia, de la cual El mismo es Salvador como de su cuerpo. Y así como la Iglesia está sometida á Cristo, así lo esten las mujeres á sus maridos en todo. Vosotros maridos, amad á vuestras mujeres, como Cristo amó tambien á su Iglesia, y se entregó á sí mismo por ella, para santificarla, purificándola con el bautismo de agua por la palabra de vida, para presentársela á sí mismo Iglesia gloriosa, que no tiene mancha, ni defecto, ni cosa semejante, sino que

(1) Sermo I. de Ascensione Domini.

(2) Mateo. Cap. 22.

(3) Ib. Cap. 25.

sea santa y sin mancilla. Así deben amar los maridos á sus mujeres, como á sus propios cuerpos. El que ama á su mujer, á sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamas su carne: ántes la mantiene y abriga, así como tambien Cristo lo hace con la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre á su padre y á su madre, y se allegará á su mujer, y serán dos en una carne. Este sacramento es grande; mas yo digo, en Cristo y en la Iglesia (1). » Tal es, hermanos mios, la institucion del sacramento del matrimonio hecha por Jesucristo Nuestro Señor, y pintada por su Apóstol, fielísimo intérprete de su doctrina celestial.

Segun las instituciones de la Iglesia , intervienen en el sacramento del matrimonio el sacerdote que dispensa el sacramento como deputado con ese objeto por la misma Iglesia; y este sacerdote ha de ser el propio párroco del hombre ó de la mujer, en cuya parroquia se celebra el matrimonio (2), ó cualquier otro con delegacion suya. De modo , hermanos mios, que cuando algun individuo ocurre á otro sacerdote ó á otro párroco , que no es el de los contrayentes , para que lo case, y éste lo hace , aunque sea sin saber el engaño que sufre, el matrimonio es nulo, y de ningun valor, porque faltó el propio párroco que es el testigo autorizado con ese objeto. Guárdense, pues, mucho los que pretenden contraer matrimonio, de ocurrir á otro que no sea su propio cura, porque de lo contrario será nulo su matrimonio (3) , y en vez de quedar casados y benditos por Dios , quedará viviendo en pecado mortal , y marchando por el camino de su perdicion.

(1) Epístola á los Efesios. Cap. 5.

(2) Rituale Rom. De sacram. matrim.

(3) Concil. Trid. Sess. 24. Can. 1.

El acto de bendecir un matrimonio supone jurisdiccion en aquel que lo ejerce, y esa es propia de los obispos en su diócesis y de los párocos en su parroquia ; cualquiera otro que sin autorizacion legítima se entrometa á ejercerla , usurpa lo que no le pertenece, y ejecuta un acto ilegal, nulo, y digno de castigo.

Vengamos ahora al sujeto del sacramento del matrimonio, es decir, quiénes son los que lícitamente pueden contraerlo. Son éstos todo hombre y mujer, que no tienen impedimento alguno que se los estorbe. Estos impedimentos pueden ser ó impedientes, ó dirimentes. Impedientes llamamos aquellos, que mediando no puede lícitamente contraerse matrimonio ; mas si, á pesar de tenerlo, alguno lo contrae, su matrimonio es válido, aunque comete pecado mortal contrayéndolo. Los impedimentos de esta naturaleza y que inhabilitan al cristiano para recibir lícitamente este sacramento , son los siguientes : la prohibicion de la autoridad eclesiástica para que no se haga alguno ó algunos matrimonios , hasta esclarecer tales ó cuales puntos sobre que hay duda. La Iglesia prohíbe tambien durante el adviento y la cuaresma dar las bendiciones solemnes , que vulgarmente llamamos velaciones ; mas ésto no impide que se contraiga matrimonio en ese tiempo sin aquella solemnidad, pues que así lo permite y autoriza la misma Iglesia. Tambien son impedimento la palabra de casamiento dada formalmente á otra persona, que el derecho llama espousales, y por último el voto simple hecho á Dios de guardar castidad, de entrar en religion, ó de no casarse. Si á pesar , pues, de estos impedimentos , alguno se casare, quedaria subsistente el matrimonio.

Mas no sucede así con los impedimentos dirimentes , que son aquellos que estorban el matrimonio de tal

modo que, si alguno lo contrae teniendo esta clase de impedimentos, su matrimonio es nulo y de ningun valor. Estos son : el error que alguno cometiese cuando, creyendo casarse con Fulana, y trayendo su voluntad é intencion determinada á tomar á esa por mujer, y nō á otra, resultara haberse casado con Sutana que era diversa. Porque un error de esta clase quita la libertad que debe existir necesariamente en los que se casan. Tambien la condicion de la persona es impedimento que anula al matrimonio, como cuando uno cree casarse con persona libre , y despues esa persona resulta que es esclava.

El voto de castidad hecho al recibir las órdenes sagradas, ó en la profesion solemne hecha libremente en religion aprobada por la Iglesia, es otro impedimento que anula el matrimonio. Así mismo lo anulan tambien el parentezco ya sea de consanguinidad ó de afinidad que existe entre los que contraen, y del que no se obtuvo ántes de casarse la dispensa necesaria, segun lo dispuesto en las leyes de la Iglesia. Y en ésto, hermanos mios, ordinariamente, ya sea por ignorancia ó ya por malicia, se cometen muchos pecados. Declarad al párroco cuando informéis, no solo si sois pariente de vuestra novia y en qué grado, sino tambien si vuestra novia es pariente de alguna que fué vuestra primer mujer, ó vuestro primer marido, ó hermana ó madre de otra persona con quien tuviste trato carnal, aun cuando hubiese sido una vez sola. De esta manera evitareis que vuestro matrimonio, celebrado con impedimentos que lo anulan, sea de ningun valor.

Tambien son impedimento el parentezco espiritual que se contrae en el bautismo y en la confirmacion entre los padrinos y ahijados, y entre los compadres y comadres ; y el parentezco legal que nace de adoptar

por hijo á una persona con las solemnidades mandadas por las leyes.

De crimen se llama otro impedimento que dirime y anula el matrimonio; tambien este impedimento lo tienen todos los que cometieron adulterio en vida de su cónyuge, pactando casarse despues que este muera; y se llama este impedimento de *crimen* en razon del gravísimo que hace verdaderos criminales delante de Dios y de los hombres á los esposos adulteros.

La diversidad de culto ó de religion es tambien impedimento que dirime el matrimonio; como lo es así mismo la violencia con que alguno pretendiese arrancar el consentimiento de una persona para casarse. Para evitar esta violencia, mandan las leyes de la Iglesia, que ántes de proceder á ninguna otra diligencia, los párrocos se aseguren bien de la perfecta libertad de los contrayentes.

Los ordenados *in sacris* tienen impedimento dirigente para el matrimonio, como lo tienen tambien los actualmente casados, y los que tienen contraidos espousales ó celebrado matrimonio con algun consanguíneo de aquel individuo con que se pretende ahora desposar, y este impedimento se llama de pública honestidad.

Es tambien impedimento para el casamiento la falta de edad para llenar las diversas obligaciones que impone el matrimonio. La edad requerida para que los hombres puedan legítimamente casarse, es la de catorce años cumplidos, y para las mujeres la de doce.

La afinidad contraída con alguna persona, sea ya que venga por matrimonios, ó sea por relaciones ilícitas, es siempre hasta el grado prescrito por la Iglesia verdadero impedimento para contraer.

La clandestinidad hace írrito y nulo cualquier matri-

monio: así lo declaró el santo Concilio de Trento, diciendo, que serán inválidos y nulos todos aquellos, que se contraigan delante de otro sacerdote, que no fuese el propio párroco ó delegado por éste para presenciarlo y de dos testigos al ménos, mandando ademas que sean castigados aquellos que pretendan contraer tales matrimonios clandestinos, ó intervengan en ellos (1).

Los ineptos para llenar las funciones matrimoniales por impotencia física, están igualmente impedidos para casarse; y finalmente lo estan tambien las mujeres que han sido robadas, y no se encuentran en parte segura, donde sean plenamente dueñas de su voluntad.

Estos son los impedimentos que dirimen y anulan el matrimonio que ha sido celebrado, á pesar de existir tales impedimentos. Por consiguiente, hermanos mios, aquellos que se encuentran impedidos para casarse por alguno de estos impedimentos, deben declararlo francamente á su párroco, y oir lo que él les diga en orden al modo de obtener la dispensa, sin la cual es imposible marchar adelante.

La dispensa de los impedimentos, generalmente hablando, corresponde al Papa en la Iglesia universal, y á los obispos en sus diócesis; pero solamente como á delegados de Su Santidad. Para obtener tales dispensas, han de intervenir causales que estén probadas y las hagan necesarias, de manera que si fuesen falsas las que se alegasen, será tambien nula la dispensa. Se dan gratuitamente, y sin que aquel que las concede, pueda tomar para sí cosa alguna en razon de la dispensa que da. Cuando aquellos, á quienes se otorga, son ricos, se les ordena dar como multa alguna cantidad, pero destinada directamente

(1) Concil. Trid. Sess. 24. De matrim.

á un objeto de caridad , como hospicios , hospitales , ó en beneficio de los pobres . A los dispensados debe ademas imponerse una pena de confesiones , oracion ó mortificacion .

Veamos ahora cuál es la materia y cuál la forma de este santo sacramento . La materia del sacramento del matrimonio es la mútua entrega que los casados se hacen de sus cuerpos , y significada por palabras ó por otras señales exteriores (1) . La forma que prescribe para este sacramento el Ritual Romano , es la que sigue . El párroco , ó el sacerdote competentemente autorizado , pregunta á los contrayentes , primero al hombre , y despues á la mujer : « ¿ Quieres recibir á Fulano aqui presente por tu legítimo esposo , ó esposa , segun el rito de nuestra santa Madre Iglesia ? » Si los contrayentes contestan ambos que sí , el párroco puesto de pié en medio de los dos , en presencia de dos ó tres testigos que hayan oido bien las respuestas , con que ambos hayan expresado su consentimiento , dice en alta voz : *Ego conjungo vos in matrimonium , in nomine Patris , et Filii , et Spiritus Sancti . Amen* (2) . Con estas palabras el Ritual Romano manda que se administre el sacramento del matrimonio , y dejando aparte todas las cuestiones que sobre esta materia debaten los teólogos en las escuelas , concluiré con la doctrina del Angélico Doctor Santo Tomás (3) , que esas palabras con las cuales los contrayentes expresan su consentimiento , son la verdadera forma de este sacramento , y las del sacerdote son la sacramental ó ceremonia solemne , que se requiere por precepto de la

(1) S. Ligor. Theol. mor. De matrim. lib. VI. tract. VI. n. 88.

(2) Rit. Rom. De sacram. matrim.

(3) Dist. 26. quaest. 2.

Iglesia. Esto mismo aparece del Concilio Tridentino, segun San Alfonso Maria de Ligorio (1).

Como todos los otros sacramentos, trae el matrimonio bienes que le son propios por institucion divina, y aprovechan á aquellos que dignamente lo reciben. Estos bienes podemos reducirlos á tres, que son: prole, fé y sacramento. Expliquémoslos.

El primero, he dicho, es la prole: ésto es la familia que Dios concede al matrimonio como corona hermosísima que honra y enaltece la union de los casados. San Pablo asegura que la mujer casada se salvará por los hijos que diese al mundo (2); y no creais que el Apóstol haya querido decirnos, que las virtudes que practicasen los hijos, pudieran servir á sus madres para entrar por ellas al cielo: nó, hermanos mios; lo que nos enseña, es que las madres, educando á sus hijos en temor de Dios, vigilando constantemente la conducta de éstos, corrigiendo con prudencia y fortaleza sus faltas, procurándoles la instrucción conveniente, se santificarán y alcanzarán el reino de los cielos.

La fé es el segundo de aquellos bienes, que consiste en la fidelidad con que los casados deben guardar hasta la muerte la promesa de amarse y de conservar su cuerpo el uno para el otro, que se hicieron cuando contrajeron matrimonio. Esta fidelidad la consagró el Señor, diciendo por boca del Apóstol: « La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sinó el marido; y así mismo el marido no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sinó la mujer (3). » Y la consagró también, sancionando terribles castigos contra los adulteros,

(1) Theol. mor. Lib. VI. Tract. VI. De matrim.

(2) I. á Timoteo. Cap. 2.

(3) Epist. I. á los Coríntios. Cap. 7.

como nos lo refieren las santas Escrituras, y el mayor de ellos aquel poso de ira, aquella cueva profunda donde cae el adulterio precipitado por un Dios á quien indigna el adulterio (1). Este castigo es la ceguedad, con que el Señor hiere al adulterio en pena de su delito, y que no le deja ver los infinitos males que se acarrea, y acarrea sobre los demás. La santidad del matrimonio reclama que conserveis, ¡oh casados!, intacta y sin mancha alguna vuestra fé. Ademas exige tambien, que los casados se amen y sirvan mútuamente con amor puro y sincero: no con ese amor deshonesto y loco, con que los adulteros se aman, sino á imitacion de aquel purísimo y castísimo, con que Nuestro Señor Jesucristo amó á su Esposa la Iglesia.

El tercer bien se llama sacramento, y es el vínculo del matrimonio, que jamás se cortará mientras no muera alguno de los desposados; « porque lo que Dios juntó, el hombre no separa (2). » Y aun cuando el matrimonio, como oficio de la naturaleza, necesitaba que fuese indisoluble, para que los casados pudieran llenar debidamente sus obligaciones; ésto se hizo indispensable cuando, elevado á sacramento por Jesucristo, impuso su divina Majestad nuevas obligaciones á los que lo contraen. Por eso San Pablo, intérprete fiel de la doctrina del Salvador, « El Señor, dice, manda á los casados que la mujer no se aparte del marido; y que si se separase, quede sin casarse, ó haga paz con su marido: y el marido tampoco deje á su mujer (3). » Jesucristo Esposo de su Iglesia jamas se apartó de ésta, ni jamas dejó de asistirla con el mas fino amor é in-

(1) Oseas. Cap. 7.

(2) Mateo. Cap. 19.

(3) I. á los Coríntios. Cap. 7.

finita misericordia. De esa manera el peso del matrimonio no les será insoportable, sino muy llevadero con la gracia del Señor. El marido trate á su mujer con respeto, y ésta mire en su marido la cabeza que Dios le puso, y respétele tambien amando siempre estar sometida á él.

La Iglesia, cuando intervienen causas justas, se para á la mujer de su marido, concediendo lo que se llama divorcio, ya sea perpetuo, ya sea temporal. Mas este divorcio, hermanos mios, no relaja de ningun modo el sagrado vínculo del matrimonio, ni disminuye en lo menor esa fé, que los casados deben guardarse hasta la muerte. La mujer no deja por eso de ser casada, ni el marido tampoco deja de pertenecer á su mujer. Sobre ambos pesan las obligaciones del matrimonio, y ambos habrán de responder á Dios del modo como las cumplieron. No se me oculta, hermanos mios, que hay casos en que el divorcio es justo, y aun necesario ; cuando el marido, por ejemplo, escandaliza á la familia con sus desórdenes domésticos, impurezas, adulterios, embriagueces, y otros desórdenes gravísimos como éstos, la mujer está autorizada para pedir divorcio como medio de salvar la educación de los hijos y la moral de toda la familia. Pero tambien es cierto, que se abusa del divorcio, y en no pocos casos se le hace servir como un medio de tener libertad para vivir á su arbitrio. Tambien es cierto, que muchas ocasiones se buscan pretextos para el divorcio, porque realmente no existen aquellas causas graves, que requieren las leyes de la Iglesia ; siendo la verdadera causa haberse concluido el amor conyugal, no haber fortaleza cristiana para sobrellevar las tribulaciones de la vida, ni caridad para disimular y perdonar las faltas del prójimo. Los cristianos que proceden de este modo, her-

manos mios, estan en pecado mortal, porque faltan al precepto divino de la union conyugal. Tambien cometen pecado mortal las personas que sin sentencia de la autoridad competente se separan de su cónyuge (1). Y tal autoridad no puede dar esa sentencia, sin haber citado y oido al otro cónyuge. Los casados no deben olvidar, que llevan la cruz de Jesucristo, y que Este les dice ser necesario cargarla hasta el fin, si quieren alcanzar su galardon. Los Santos que florecieron en el estado del matrimonio, nos dan en este particular ejemplos admirables de virtud que imitar. Vemos á Santa Isabel de Portugal tolerar las flaquezas del rey Dionisio su esposo hasta el extremo de atender á los espurios de éste sin quejarse jamas (2). Vemos á San Alberto de Bérgamo dar gracias á Dios, porque le purificaba por medio de los malos tratamientos que recibia de su mujer; y á tantos otros que practicaron esa fortaleza, esa paciencia y esa caridad, que los casados deben tener siempre en su estado.

A vosotros me dirijo, á quienes Dios llamó para santificar en este santo sacramento; y á vosotros tambien, que estais en situacion de abrazarlo: pensad sinceramente las obligaciones que impone el matrimonio, para que con la gracia de Dios, que habeis de pedir constantemente, merezcais llenarlas, y conseguir aquí en la tierra vuestra santificacion, y eternamente vuestra salvacion. Así sea.

(1) S. Thom.; S. Ligor.; Benedicto XIV.

(2) Butler, Vida de los Santos.

TABLA DE MATERIAS.

INSTRUCCION	I. Sobre la oracion y su necesidad	<i>pag.</i>	5
"	II. De la oracion del Padre nuestro .. .	"	26
"	III. De la misma oracion.	"	46
"	IV. De la salutacion angélica ó oracion del « Ave Maria ».....	"	66
"	V. De las oraciones que dirigimos á Dios por medio de los Santos.	"	86
"	VI. De la oracion mental	"	106
"	VII. De los Sacramentos en general... .	"	127
"	VIII. Del sacramento del bautismo .. .	"	146
"	IX. De las ceremonias del bautismo so- lemne	"	165
"	X. Del sacramento de la confirmacion..	"	184
"	XI. Del sacramento de la penitencia. .	"	205
"	XII. De las disposiciones necesarias para recibir el sacramento de la peniten- cia. Sobre el exámen de conciencia	"	225
"	XIII. De las disposiciones necesarias para recibir el sacramento de la peniten- cia. Del dolor de los pecados.	"	245
"	XIV. De las disposiciones necesarias para recibir el sacramento de la peniten- cia. 2. ^a Del dolor de los pecados ..	"	265
"	XV. Del propósito.	"	284
"	XVI. De la confesion de los pecados. .	"	302

INSTRUCCION	XVII. De la confesion general	<i>pag.</i> 318
"	XVIII. De la satisfaccion sacramental..	" 335
"	XIX. De la institucion del adorable sacra- mento de la eucaristia.	" 353
"	XX. De las disposiciones necesarias para recibir con fruto el sacramento de la eucaristia	" 371
"	XXI. Del sacramento de la extremauncion	" 389
"	XXII. Sobre el santo sacramento del órden	" 405
"	XXIII. Del sacramento del matrimonio.	" 429

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

NIHIL OBSTAT

Fr. Paulus Carbò O. Praed. Censor Deputatus.

IMPRIMATUR

P. Fr. Vincentius M. Gatti O. Praed. S. Pal. Ap. Magister.

IMPRIMATUR

Iosephus Angelini Archiep. Corinth. Vicesgerens.

